

Antonio Escotado

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
Fuente y dinámica del movimiento comunista

I. DEMOCRACIA Y DEMAGOGIA

“La ciudad antigua, sobre todo entre los griegos, tenía un poder ilimitado, la libertad se desconocía y el derecho individual no existía cuando era opuesto a la voluntad del Estado” 37.

“Los depositarios de la autoridad no dejarán de exhortar a que deleguemos el derecho a tomar parte en el proceso político, porque están siempre dispuestos a ahorrarnos toda especie de trabajo, salvo el de obedecer y pagar”. 38.

Si buscamos ejemplos precoces de masas revolucionarias, lucha de clases, guerras civiles, tribunos populistas y expropiación del rico no será de provecho explorar la historia de China, India o Egipto, donde situaciones de miseria aguda se prolongaron durante siglos y milenios sin alterar para nada la forma de gobierno. El ejemplo más rico en pormenores y antiguo es Grecia en torno al 600 a.C., cuando la desigualdad está produciendo en Atenas tales derramamientos de sangre que los adversarios -aristócratas por un lado y desposeídos por otro- acuerdan someterse a un arbitraje para cortar el bucle de venganzas. El laudo de ese árbitro, Solón, no otorga igualdad de derechos pero insinúa el camino al desligar cuna y mérito, promoviendo directa e indirectamente al laborioso.

Un siglo más tarde aparecen las primeras democracias, fruto de la “concordia” basada en reconocer al demos o campesinado como soberano político. Para entonces hay una clase media rural y urbana comparable en número de personas a la suma de nobles y desposeídos, un fenómeno que no volverá a presentarse hasta nuestros días. Liberado de entregar un sexto de su cosecha al señor, y de créditos antiguos agobiantes, el campesino que prosperó como viticultor y olivarero acabó comprando de su bolsillo una buena lanza y el resto del equipo necesario para infantes acorazados (“hoplitas”) y empezó a ganar todas las batallas. En la urbe tenía como aliado político y colega en tiempo de guerra al hombre de negocios, el profesional, el artesano, el tendero y sus colaboradores, que aspiraban también a “moverse en una esfera sin gobernantes ni gobernados”³⁹. Para ambos el régimen democrático era un antídoto contra déspotas de cualquier tipo, vetados por nuevas instituciones como el sufragio, el sorteo, la separación de poderes y la libertad de palabra.

El tamaño de las polis o ciudades-Estado permitía asumir sin delegación el gobierno de cada una, aunque impusiera a sus ciudadanos comparencias muy asiduas en asambleas, consejos y tribunales populares, algo sólo compensado en principio por el honor y las demás ventajas de autogobernarse. Dicha práctica suscita un individualismo ético y cognitivo que empieza pareciendo un desacato a las costumbres, cuyo reflejo son procesos a filósofos. Pero al aceptar una condena evitable Sócrates acata la sentencia de la mayoría –para poder cambiarla sin fraude en el futuro–, demostrando que la individuación del espíritu no es un enemigo de la democracia sino más bien su fundamento. Reducido antes al interés del clan y la casta, el bien se hace propiamente común como responsabilidad de sujetos singulares unidos por gestionar sin mediadores su res publica.

Lo crucial del régimen democrático es hasta qué punto puede una mayoría de votos decidir sobre la riqueza. En origen, ¿habrían acordado los fundadores de la polis someterse a un sufragio igualitario, si eso implicaba otorgar poderes de requisa a la mitad más uno? La respuesta debe ser negativa, aunque sus descendientes se verán enfrentados a formas progresivamente agudas del dilema. Por una parte, toda sociedad civilizada impondrá una carga fiscal superior al opulento que al indigente, y en ese sentido la mayoría prima siempre sobre la minoría. Por otra, ninguna sociedad será civilizada si pretende vivir de un recurso

tan huidizo como el despojo del rico, y la minoría se impone siempre a la mayoría.

Pioneros de la libertad política, y por eso mismo mentores del género humano, los griegos empiezan ganando las guerras civiles inherentes a desterrar el privilegio hereditario, y tras un deslumbrante florecimiento acaban desapareciendo como repúblicas libres “desgarradas por luchas interminables e irreconciliables, presididas por facciones que se vengán unas de otras con masacres, destierros, confiscación de bienes y redistribución de tierras”⁴⁰. Crónica y ya estéril –incapaz de conquistar nuevos derechos y una vida mejor- la guerra civil precipita su absorción por Macedonia y algo después por Roma.

1. Los estamentos antiguos

El horizonte de novedades tan monumentales es una religión no milagrosa sino civil⁴¹, que venera a la vez el fuego -una potencia cósmica e impersonal- y algo tan privado como el linaje. Su oficiante y principal fiel es un individuo -eupátrida griego, pater latino- que administra un patrimonio de cosas y personas como señor, juez y sacerdote, en términos de propietario absoluto. Debía tener antepasados perfectamente definidos y custodiar sus restos bajo un altar (domus), cuidándose de que siempre contuviera las debidas ofrendas a los muertos y una llama o al menos brasas vivas, pues sólo cumpliendo ese ritual se aseguraba un dominium protegido por deidades privadas⁴². De puertas afuera su patrono es Término (Terminus), una deidad que representa a la linde misma en forma de mojones intocables, pues rozarlos incluso sin querer se consideraba una impiedad merecedora de pena capital. Como contrapartida femenina de Término estaba Tijé, la deidad de la suerte, llamada en latín Fortuna.

Se trata de un culto sin misterio ni promesa de salvación, que consagra simplemente la dignidad e inviolabilidad de cada hogar. Pero su trascendencia política le viene de que limita las magistraturas a los dotados de altar doméstico. Fue preciso por eso combatir para que accediesen al gobierno los clientes y el plebeyo, este último alguien no sólo falto de tierra propia sino de derecho a penetrar en los perímetros urbanos propiamente dichos, como la Acrópolis ateniense o el Palatino romano. Con unos orígenes que se pierden en la noche del tiempo, la clientela guerreaba como tropa junto a sus señores, trabajaba en algunos momentos sus tierras y había conseguido un vínculo de cierta reciprocidad: debía obediencia, y en contrapartida tenía derecho a protección. Por su parte, los plebeyos eran personas sin linaje -“desconocidas” (ignobilia) o carentes de arraigo- ligadas a la vida urbana como tenderos, mercaderes, profesionales y colaboradores suyos.

El cuarto grupo de población sólo tenía en común la esclavitud. En economías de trueque este estrato remite a pueblos sometidos por conquista o saqueo. Pero una fuente interior de esclavos eran las deudas –para empezar, de juego-, pues el derecho antiguo castigaba así el impago, e incluso permitía al deudor eximirse vendiendo como tales a hijas e hijos. A veces la deuda era de otra naturaleza, como el crédito solicitado para pagar la contribución territorial, y ese supuesto tuvo un gran peso político en la Roma arcaica pues creó una especie de esclavo a plazo, cuya deuda le vinculaba (a él y a sus descendientes) mientras no se saldara⁴³. Algo análogo ocurrió en el Ática, comarca de Atenas, como consecuencia del endeudamiento de los clientes menos capaces o con peores tierras.

El salto al civismo

La revolución democrática tiene como precedente recortes en el derecho de primogenitura, que amplían y fragmentan la propiedad hasta convertirla en minifundios, progresivamente incapaces de sostener al granjero y su familia. Al tiempo que los linajes se desmiembran y crecen; la potestad del rey se reduce al pontificado religioso, confiándose a otros individuos la de juzgar y el mando del ejército. Antes de empezar el siglo VII a.C. una combinación de

pudor y amnesia omite las atrocidades ligadas a que el desprovisto de domus se incorpore al proceso político, algo cuyos ecos resuenan en Esquilo:

“Zeus ha abierto el camino al conocimiento de los mortales mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría. En lugar del sueño brota en el corazón la pena que recuerda la culpa [...] Los dioses gobiernan con violencia desde su santo trono”⁴⁴.

Los principales mediadores del tránsito al sistema democrático son los tyrannoi o déspotas, que a despecho de su nombre son lo equivalente en la esfera política al poeta y al filósofo en las suyas⁴⁵. “Lisonjeadores del pueblo”⁴⁶ y enemigos de la nobleza, mecenas del arte y las letras, presiden el paso de una economía agraria a un tejido económico apoyado sobre comercio e industria. En el siglo IV a.C. son una especie de internacional sostenida por matrimonios y otras alianzas, que al conectar las grandes ciudades -Agrigento, Siracusa, Mitilene, Samos, Éfeso, Mileto, Corinto, Atenas- consolida el marco físico de la civilización helénica. Para entonces ha penetrado profundamente la obra de Homero y Hesiodo, y junto a ella una religión cuyos mitos presentan la Naturaleza (physis) como obra de arte.

Aunque los tiranos intentan perpetuarse a través de hijos y parientes, ninguno logra prolongar su égida durante más de dos generaciones y su caída precipita nuevas luchas civiles entre la nobleza y el resto, amortiguadas ahora por una generalización de la prosperidad. Aparecen entonces los primeros demagogos⁴⁷, que andando el tiempo acabarán representando al populacho pero en el periodo fundacional pueden ser eupátridas como el ateniense Clístenes, que alía al sector progresista de su propio grupo con las clases medias para consumir en el 508 a.C. la isonomía o principio de la misma norma, hoy llamado igualdad ante la ley. Su contemporáneo Esquilo saluda la decisión y hace votos para que “jamás rija en esta ciudad la discordia civil, siempre insaciable de desgracias”⁴⁸.

Poco después de transformar sus castas en clases sociales⁴⁹, las pequeñas polis derrotan al invasor persa en Maratón y Salamina (490 a.C.) y se lanzan a sanear y embellecer sus perímetros. Cuatro décadas de febril actividad, por ejemplo, toma reconstruir la Acrópolis ateniense con templos y dependencias que superan al menos en un tercio a los mayores construidos por egipcios, babilonios y persas. Más notable aún es que hacia el 400 a.C. todos los varones atenienses sepan leer y escribir⁵⁰, algo acorde con el hecho de que las decisiones de consejos y tribunales se publiquen siempre, aunque insólito considerando que la educación nunca recibió fondos públicos. De alguna manera, consagrar el derecho de todos a estar informados instó un grado de alfabetización que Europa sólo conseguiría desde mediados del siglo XX.

También sucede que haber abolido la desigualdad jurídica subraya más aún la individual:

“El día en que el hombre se liberó de los lazos de la clientela vio brotar ante sí las necesidades y dificultades de la existencia. La vida se hizo más independiente pero también más laboriosa y sujeta a mayores accidentes; cada cual tuvo en adelante el cuidado de su bienestar, cada cual su goce propio y su misión específica. Uno se enriquecía con su actividad y su buena suerte, otro quedó pobre”⁵¹.

2. El estatuto del trabajo

Básicamente mesocráticas y comerciales, Atenas y otras democracias refutan el tópico ancestral de que otium y negotium son cosas opuestas, sinónimo de dignidad y vileza respectivamente. El banquero y cambista (trapézitas) es allí un empresario dinámico, y ya

antes de derrotar al invasor persa hay en Corinto y Atenas financieros famosos, capaces de montar fábricas de armamento tanto como de equilibrar el déficit público, cosa que demuestra una insólita diversificación de las actividades económicas⁵². La ausencia de normas sobre interés del dinero, y el hecho de que fuese inferior al de otros territorios, indica más desarrollo⁵³. No debe olvidarse tampoco que Grecia es pionera en el uso de monedas, cuyo precedente más próximo son los lingotes de plata hititas.

Esas polis cosechan durante el siglo V lo sembrado durante el VI a.C. sobre un área muy vasta -por el este llega a la orilla más lejana del Mar Negro, por el oeste a Marsella y Ampurias, por el sur a Egipto y Libia- merced a colonias costeras sin ánimo de expansión territorial, fundadas sólo para comerciar con cada pueblo. Pero antes de que concluya ese siglo el espectro social ha pasado de la mesocracia a una silueta más estrecha y prolongada hacia arriba y hacia abajo. Es un fenómeno coetáneo a la transformación de Atenas en un imperio marítimo y al crecimiento paralelo de la esclavitud. Ahora los siervos afluyen del exterior en gran número, su compraventa es uno de los mercados principales y la institución que encarnan contribuye a hacer viable las democracias, permitiendo que los ciudadanos asuman sin delegación todas las funciones legislativas, administrativas y judiciales de cada ciudad-Estado.

Las familias acomodadas tenían talleres para tejedores, albañiles, ebanistas y armeros, todos esclavos; cultivaban sus tierras por medio de ellos, y a menudo costeaban su formación para emplearlos luego como médicos, arquitectos, constructores navales, pedagogos, agentes comerciales, artistas, rameras y hasta funcionarios públicos subalternos. Se les consideraba “herramientas vivas” salvaguardadas por el interés del dueño, ya que sólo un insensato trataría mal a sus aperos. Formaban parte de la familia en sentido amplio y no eran inusuales los casos de esclavos que conseguían comprar su libertad, e incluso tan bien avenidos con los amos que llegaron a ser prósperos sin necesidad de emanciparse. El genio científico y artístico de Grecia implicaba un grado superior de humanismo, manifiesto en una actitud más compasiva de lo habitual hacia el siervo.

Por otra parte, delegar en esa institución gran parte de las manufacturas y servicios separaba sistemáticamente esfuerzo y estímulo, producción y productividad. Quien no puede hacer suyo el fruto de su labor es el menos diligente y creativo de los trabajadores, y la inversión supuestamente óptima –comprar trabajo gratuito- merma el producto neto del territorio donde se aplique, que es siempre una función de rendimientos reales. Antes de que la falsa gratuidad estalle como recesión empieza empobreciendo al profesional y al asalariado, porque la tasa de trabajo esclavo es inversamente proporcional a la cantidad y calidad del empleo disponible. Solón lo ha percibido de manera precoz, advirtiendo que “sólo el trabajo [del hombre libre] puede salvar a la polis, debiendo estimularse y hacerse honroso”⁵⁴. Pero la parte del pueblo más perjudicada por esa delegación del abastecimiento en subhumanos baraja todo tipo de reformas, salvo la abolicionista. Tan seductora es para el pobre la perspectiva de tener él también “herramientas vivas” que no percibe en la esclavitud el obstáculo primario para sus aspiraciones a la promoción social.

La formación de un círculo vicioso

El estancamiento en la capacidad del hombre libre aunque humilde para abrirse camino fomenta una divergencia entre forma y contenido de su participación en la polis. La forma es el servicio público desinteresado, pero para quien no promociona el contenido es la tentación de “poner en venta el parecer a causa de su pobreza”⁵⁵, dando el voto a quien mejor lo pague entre facciones políticas y partes litigantes en otras pependencias. Como la Administración supone numerosos cargos –por ejemplo, en Atenas la Asamblea reunía periódicamente a más de 5.000 legisladores, el Consejo a 500, los tribunales populares a varios cientos-, los pobres se

presentan a cualquier elección o sorteo no sólo para poder patrimonializar su voto, sino porque las polis prósperas compensan con dietas el desempeño de esos deberes cívicos⁵⁶. Jueces ahora, diputados luego y concejales más tarde, su aspiración más o menos abierta es una clase política como la que acaba surgiendo en democracias representativas. Pero esto parece un mecanismo perverso, cuyo efecto sólo puede ser desplazar cada vez más las responsabilidades de gobierno sobre los menos preparados e independientes.

En palabras de Platón, “queriendo evitar la servidumbre el pueblo acaba por tener como amos a los siervos”⁵⁷. Lo mismo piensa otro ateniense, pro-espartano y conservador como su coetáneo Jenofonte, que identifica democracia con gobierno del sector menos educado en los principios del bien público. Seducido por tribunos insensatos, anima su ocio pidiendo fiestas subvencionadas en las cuales fantasea con imitar al rico, mientras “pide recibir dinero por cantar, correr y danzar”⁵⁸. Por desgracia, no se conservan discursos y argumentaciones a favor de ese populismo reivindicativo, mientras abunda una literatura considerable en contra⁵⁹, a menudo maniquea: los “mejores” (“gentes de calidad”) se contraponen a los “peores” (“gentes ligeras de juicio”). En tiempos de máxima prosperidad hay algo menos de 150.000 personas libres –incluyendo niños, mujeres, libertos y extranjeros (metecos)- y unos 365.000 esclavos, más de quince por cada varón adulto con estatus de ciudadano⁶⁰.

Prolongada con altibajos durante un siglo, la concordia se derrumba de modo estrepitoso con la derrota de la federación pro-ateniense de ciudades a manos de la pro-espartana, certificada en el 415 y consumada en el 404 a.C. La guerra había durado más de dos décadas, y a sus devastaciones se sumaba una erosión profunda en aquella mesocracia que introdujo los regímenes democráticos. Cuando la ruina impida seguir gratificando el cargo público la discordia se enseñoorea del escenario, excitada por terrorismo aristocrático y demagogos con nuevas ideas sobre el principio de las mayorías. Como el pobre es ahora más numeroso ¿por qué seguir vendiendo vergonzantemente el voto a particulares, en vez de expropiar por decreto a los ricos? O también ¿por qué no restaurar las arcas públicas haciendo la guerra a vecinos débiles como propone Cleón, el rival y sucesor de Pericles? De la penuria en cada polis depende que la propuesta sea una u otra, cuando el modo de vida previo y sus instituciones han dejado de parecer caminos practicables.

Esta evolución se percibe en el ostracismo, un destierro acompañado de confiscación pensado en origen para quienes conspirasen contra la paz pública. Ahora es una formalidad para requisar propiedades que carece de relación con actividades conspirativas, y tanto los desterrados y expropiados como los desterrables y expropiables nutren grupos donde sólo se entra jurando “ser siempre enemigo del pueblo, y hacerle todo el mal posible”⁶¹. Aunque el progreso de la discordia sólo podría frenarse con prosperidad, el trabajo lleva generaciones entregado a quienes no pueden lucrarse de él, y toda la esfera económica está lastrada por ese hecho. Lo intocable de la producción lleva a ensayar alguna otra distribución, un remedio que contrae en vez de aumentar la renta real de cada polis. Pero medio y largo plazo carecen de sentido para el mísero, y para quien aspira a lograr poderes absolutos como delegado suyo.

Lo urgente es ajustar cuentas con el enemigo de clase, y si demagogos arcaicos como Teatégenes se contentaron degollando el ganado de los nobles, émulos de nueva hornada como Malpágoras dividen a los ricos en dos grupos: uno será desterrado y el otro ejecutado. La facción aristocrática no es para nada más clemente, y cuando Esparta logre imponer en Atenas a los Treinta Tiranos “su privado lucro les lleva a matar en ocho meses casi tantos ciudadanos como diez años de hostilidades militares”⁶². Unos y otros “arrastran a la guerra más vergonzosa, dura e impía: la guerra entre nosotros mismos”⁶³.

3. Radicales y moderados

Para cuando comience la segunda secuencia de guerras intestinas el cambio social ha modificado por completo el reparto de la propiedad, y salvo casos excepcionales la nobleza de sangre es un estamento arruinado. Los nuevos ricos descienden de familias clientelares y plebeyas, cuando no de esclavos libertos, y excitar odio de clase y ostracismo contra ellos perjudica tanto la industria como la confianza, paralizando intercambios e impulsando una fuga de personas y recursos. Los magnates bien podrían colaborar más desinteresadamente con su ciudad; pero someterles a Asambleas donde la mitad más uno de los votos basta para arruinarles consagra una pauta antimeritocrática en momentos críticos, donde se impone una vía “intermedia” que conserve el Estado como institución encaminada al progreso moral y material de los individuos, sin caer por ello en algún paternalismo despótico.

Es la propuesta de Aristóteles (384-322 a.C.), macedonio por nacimiento y griego por vocación, al plantear la república (politeia) como una síntesis de aristocracia y democracia que evite los excesos de cada régimen y asuma sus ventajas. Dicho compromiso supone no confundir cada Constitución con el arbitrio de una mayoría momentánea, en momentos donde “la demagogia llega al extremo de decir que el pueblo es señor incluso de las leyes”⁶⁴. El agitador populista une “hasta a los más enemigos” (terratenientes tradicionales y nuevos empresarios), y ofrece “invenciones nefastas” (fundir a chusma criminal con personas humildes, aunque honestas y bienintencionadas). El colmo de la barbarie ocurre en Mileto, tierra natal de la filosofía, donde

“Al principio vencieron los pobres y obligaron a los ricos a huir de la ciudad, pero en seguida sintieron no haberlos degollado, y cogiendo a sus hijos los trasladaron a granjas para que los bueyes los triturasen bajo sus patas. Los ricos penetraron al punto en la ciudad, haciéndose dueños de ella, y a su vez cogieron a los hijos de los pobres, los untaron de pez y los prendieron fuego”⁶⁵.

El comunismo aristocrático

Siglo y medio después de que Aristóteles enumere una docena de casos análogos al de Mileto la situación no ha cambiado, como atestigua Polibio (200-122 a.C.). Pero al horror de la guerra civil en sus comienzos corresponde el Estado perfecto de Platón (427-347 a.C.), que nos interesa de modo singular por ser la primera exposición argumentada del principio colectivista, llamado allí “unidad absoluta”. Entendiendo que el egoísmo está en la raíz de todos estos males, su politeia es un monumento a la voluntad consciente como factor de cambio y control. Entiende que entre individuo y polis no hay una diferencia cualitativa o de naturaleza sino sólo cuantitativa, pues el Estado es “un hombre sencillamente más grande”.

Partiendo de esa premisa, y siendo la justicia incompatible con la discordia, ¿qué camino asegura la primera y previene la segunda? La vía radical es una purificación en las costumbres que suprima lo “innecesario”, y restaure así la convivencia sencilla, sana y feliz de la sociedad primitiva. Mientras reinen necesidades artificiosas –introducidas por la “inflación” de empresarios, artistas y artesanos– nada asegurará que “el territorio antes capaz de alimentar a sus habitantes no se torne exiguo”⁶⁶. Con todo, si bien se mira es innecesario o prescindible todo deseo “concupiscente” –gobernado por pasiones como la lujuria, la gula, la avaricia o cualquier otra avidez que excluya a otros–, cuyo rasgo común es ignorar la abnegación magnánima. No sólo las propiedades sino el matrimonio y la prole son manifestaciones de dicha posesividad, y la politeia platónica sólo consiente esas debilidades al estamento “inferior” encargado de la producción material, cuya alma está unida al vientre y al bajo vientre. A cambio de esa tolerancia, sus miembros no tendrán voto y ni siquiera voz en la ciudad.

Gobierno y administración se entregarán a los más valientes y capaces como guerreros, que tras educarse en un bien y una belleza “limpios de toda mezcla” pasarán de la engañosa apariencia sensible a la pureza ideal⁶⁷. A este estrato de “guardianes” corresponde que “sus mujeres sean comunes a todos los hombres y ninguna pueda cohabitar privadamente con alguno, siendo sus hijos también comunes”⁶⁸, dentro de una austera promiscuidad orientada a la selección racial⁶⁹. La entrega de los guardianes y su elite filosófica a la justicia se asegura poniéndoles no sólo a cubierto de todo egoísmo familista sino también de opulencia e indigencia, ya que “la riqueza provoca sensualismo, holganza y avidez de novedades, mientras la pobreza provoca sentimientos serviles y bajo rendimiento en el trabajo”⁷⁰. Aunque administran todos los recursos de la polis, su nobleza anímica les lleva a vivir de manera prácticamente monacal.

Entendemos que la Patrística cristiana llamara “san Platón” a quien empieza y termina su tratado político insistiendo en premios y castigos de ultratumba para el inmaculado y el concupiscente⁷¹. De hecho, nadie ha contribuido en medida pareja a escindir los intereses del alma y el cuerpo, anticipando el desgarramiento entre más allá y más acá que define a la conciencia infeliz evangélica. Como veía en el arte una copia de lo sensible, que encadena a esa esfera impura, propuso censurar meticulosamente la imaginación y el pensamiento⁷². Más aún condena a la esfera impura el comercio, del cual derivan falsas necesidades y una distribución anárquica en la propiedad, cuando el ideal es la igualdad absoluta.

La igualdad meramente jurídica de las democracias, en cambio, le parece relajación, indulgencia, libertinaje y desprecio ante la autoridad, un predominio de “apetitos licenciosos” que termina de corromper la avaricia consustancial a los regímenes oligárquicos. La nobleza primitiva, que quiere restablecer con eugenesia y pedagogía, explica sus dos reproches más específicos al régimen democrático: a) está “lleno de amor por la innovación”⁷³; b) confía en “la suerte”⁷⁴.

Podemos contextualizar el comunismo platónico gracias a su pupilo Aristóteles, un demócrata que venera personalmente al maestro⁷⁵ sin dejar de ver en sus recetas políticas una suma de tiranía e irrealidad. Las instituciones ideales vienen de querer ver la polis como un individuo simplemente más grande, cuando es una “multitud” caracterizada por la “diversidad”⁷⁶: un ser complejo.

“La hacienda sería de todos y en particular de ninguno. Pero al decir todos hay engaño y razón sofisticada, porque el vocablo dice lo uno y lo otro, lo igual y lo desigual [...] siendo como afirmar que de una manera es bueno, aunque imposible, y que de otra manera es cosa ajena a todo buen entendimiento y a toda concordia”⁷⁷.

Los ciudadanos no deberían aceptar ningún tipo de permanencia vitalicia en el cargo público, y menos aún que la mayoría quede excluida del voto. La intervención de Aristóteles se produce en un momento donde todo griego culto atiende a criterios venidos de la Academia, y a la preservación de esas garantías democráticas formales añade él algunas objeciones sustantivas. A saber: que los adultos deben tener algunas cosas comunes pero no todas, porque la exclusividad erótica, familiar y patrimonial es deseable y preserva el sentimiento magnánimo⁷⁸. A nadie beneficia imaginar que sin propiedad llegará “una maravillosa convivencia”, pues esas loas violentan la naturaleza (physis) con una ceguera análoga a la imprevisión del programa demagógico.

“...nada sucede por no ser las cosas comunes, sino por las malas y perversas costumbres de los hombres. Los que poseen las cosas comúnmente y las comparten entre sí tienen más

contendientes que los que tienen repartidas sus haciendas. [...] Y no solamente digamos de cuántos males carecerán los que poseen en común, sino también de cuántos bienes gozan ahora. Parece, pues, que es del todo imposible el pasar la vida de esta suerte [...] La polis conviene que sea una en cierta manera, pero no absolutamente una”⁷⁹.

4. La singularidad ateniense

Acusada de preferir la belleza al bien, y afecta a un brillo que no soporta envejecer⁸⁰, Atenas entregó su reforma política a Solón (630-560 a.C.), un eupátrida que alternaba la poesía y el comercio antes de ser magistrado supremo en el 594. Abrió los ojos del Ática a ocupaciones distintas del campo, fomentando el aprendizaje de otros oficios a la vez que la exportación de sus mejores productos, como el aceite de oliva y la cerámica. Dado que los pequeños reinos del entorno y los imperios (Babilonia, Persia, Egipto) usaban medios de trueque incómodos o inexactos por peso y medida, aprovechó la iniciativa de un reino vecino –Lidia- para hacer acuñaciones de moneda que fueron aceptadas inmediatamente, optimizando así unas pequeñas minas de oro y plata de la comarca.

El patricio disponía entonces de las mejores tierras y monopolizaba el gobierno, manteniendo al resto de la población en la alternativa de trabajar como aparcerero en sus propiedades o arriesgarse a caer en esclavitud por impago de créditos. Solón identifica esa circunstancia como “mal público” y prohíbe todo préstamo garantizado por la persona del prestatario. Más aún, deroga cualquier esclavitud derivada de deudas, un hito inmortal en la historia del derecho. Pero no suprime la deuda misma ni sus intereses, sino sólo el sexto del producto que los clientes debían tradicionalmente a los nobles. Aunque su Código mitiga todos los castigos previstos por el previo de Dracón –salvo el correspondiente a homicidio-, no cede a las presiones que exigen redistribuir la tierra. Entiende que bastará suprimir los privilegios para que sea “plantada toda”, y para que los diligentes acaben teniendo su merecimiento.

Como quiere que el peso de la cuna ceda paso a un control ejercido por los laboriosos y prudentes, divide la ciudadanía en cuatro niveles de ingreso⁸¹ creando el Consejo de los Cuatrocientos (cien diputados por cada nivel), a quien incumbe preparar las decisiones de la Asamblea. Aunque sólo podrían ejercer las magistraturas superiores los dos niveles más altos de renta -siendo por eso Atenas una oligarquía en vez de una democracia-, fue un recorte en las prerrogativas hereditarias que estimuló la industriosisidad y redujo los grandes focos de miseria. La nobleza entendió que había sido traicionada por uno de los suyos, y los humildes se consideraron igualmente excluidos; pero unos y otros coincidieron en estimar que sus nuevas leyes debían seguir vigentes durante un siglo.

Días después de desaparecer Solón llega el tirano Pisístrato, que interrumpe formalmente su esquema aunque mantiene en realidad gran parte de sus instituciones, hace el menor ruido posible como autócrata y fomenta vigorosamente la prosperidad⁸². Fue odiado como usurpador a la vez que respetado como persona, y cuando desapareció los ciudadanos recordarían aquellos años como la era de Cronos, una edad de oro⁸³. Es entonces cuando en el Ática las clases medias empiezan a ser preponderantes, al tiempo que el Pireo pasa a ser el puerto más activo del Mediterráneo; la cerámica que se embarca allí no sólo traslada vino y aceite griego sino una industria de vasos pintados que deslumbra lo mismo en Odessa que en Marsella, Egipto o Libia. Falta poco para que llegue el democrático Consejo de los Quinientos, donde el nivel de renta es indiferente a efectos de votar y ser elegible para cualquier magistratura.

A Pisístrato se debe la iniciativa de importar papiro egipcio para poner por escrito los poemas homéricos y venderlos. Este germen de una industria editorial no deja de crecer desde entonces, coordinado con certámenes de teatro y poesía donde emergen la tragedia y la comedia como géneros. Si las religiones de salvación se organizan en torno a un libro sacro, la democracia publicará una variedad de textos que acumulan formas expresivas, técnicas y saber de un modo exponencialmente superior a todo lo conocido. La existencia de libros y lectores es un proceso que se realimenta sin pausa, y bastará siglo y medio para que el proyecto científico futuro quede delineado y en gran medida expuesto, merced a monumentos como la obra de Euclides o el Corpus aristotélico.

De ahora en adelante la amenaza para Atenas no es la miseria sino una opulencia odiosa para su rival griego⁸⁴, Esparta, que odia la escritura y alardea de no haber conocido tiranos. El ateniense vive de su ingenio, y Esparta de esclavizar a un país siete veces más poblado que ella –Mesenia-, cuyos hombres arden en deseos de revancha aunque deban esperar cuatro siglos para lograrlo. Los persas saquean Atenas brevemente en el 480, poco antes de ser derrotados, pero la presión espartana acaba obligando a que la ciudad viva durante años como si fuese una isla, refugiada su población entre los Grandes Muros y unida al mundo tan solo por mar. A pesar de ello, allí el trabajo es digno y se ha dividido. Eso, sumado al estipendio que recibe de otras polis por defenderlas de Persia, basta para tener a raya el guerracivilismo.

Con Pericles (495-429), almirante y campeón del partido democratikós, Atenas es un imperio comercial que emprende colosales obras públicas sin perder de vista la reducción del paro. Carece de precedente en la Antigüedad que estos trabajos estuviesen vedados al esclavo, reservándose todas las labores a hombres libres. Pericles fue capaz también de liquidar con superávit los presupuestos durante periodos largos, y aprovechar que Atenas se hubiese convertido en un centro turístico además de mercantil. Junto a hombres de negocios, vecinos y curiosos, atraía cada año durante varios meses a un millar largo de peregrinos -entre los cuales no faltaban reyes y otros notables- llegados de todo el mundo para iniciarse en Eleusis. Pericles redondeó el esplendor de estas ceremonias, presentando la llanura ateniense como origen del cereal granado y, en consecuencia, de la civilización. Cuando empiecen las hostilidades con Esparta, su discurso combina culto al placer y mesura, libertad e independencia:

“Hemos convertido nuestra ciudad en la más autárquica [...] pues nuestra constitución democrática no depende de unos pocos sino de los más. A todo el mundo asiste, de acuerdo con nuestras leyes, la igualdad de derechos [...] Gobernamos liberalmente lo relativo a la comunidad, y –en la suspicacia cotidiana recíproca- ni sentimos envidia del vecino si hace algo por gusto ni añadimos molestias nuevas [...] Nos hemos procurado frecuentes descansos para el espíritu, sirviéndonos de certámenes y festividades, y de decorosas casas particulares cuyo disfrute diario aleja las penas [...] En efecto, amamos la belleza con economía, y usamos la prosperidad más como ocasión de obrar que como jactancia. [...] Arraigada está entre nosotros la preocupación por los asuntos privados y también por los públicos. Somos los únicos en considerar que quien no participa de estas cosas es no sólo un confiado (idiotés) sino un inútil”.⁸⁵

La libertad como autocontrol -algo desconocido por completo en Esparta y otras polis griegas- es lo que el ateniense enseña al resto del mundo. Esto resulta indiscernible de que su ciudad-Estado sea comercial desde los orígenes, y prefiera siempre la negociación al reclutamiento. En la cúspide de su influencia llegó a convertir a los aliados en algo próximo al súbdito, pero jamás fantaseó con un destino mejor que ir viviendo de intercambiar bienes y servicios⁸⁶. Le es aplicable “el arte de poseer [...] de manera que haya abundancia de las cosas de las cuales

se puedan sacar dineros, necesarios para pasar la vida y tan útiles para conservar la compañía así civil como militar”⁸⁷.

Ni siquiera perder la Guerra del Peloponeso cambia su Constitución, que en el 401 a.C. prohíbe someter a la Asamblea propuestas demagógicas, regla imitada luego por la Confederación Corintia y Creta. Décadas después de la derrota, en plena decadencia, el censo de los atenienses -unos 15.000- revela que sólo un tercio carece de parcela agrícola y casa propia⁸⁸.

La singularidad espartana

Al hacer la biografía de Licurgo –el estadista equivalente en Esparta a Solón en Atenas- cuenta Plutarco que dividió todo el territorio en lotes idénticos, prohibiendo su enajenación para asegurar la igualdad⁸⁹. Sin embargo, en tiempos no legendarios la mayoría de la tierra estaba en manos de veinte o treinta individuos, incomparablemente menos distribuida que en Atenas⁹⁰. Algo análogo puede decirse de hacer que el Estado instruya al ciudadano en la virtud, pues –como vemos en Tirteo, su poeta nacional- “pueblo” es la comunidad del ejército, y se entiende por formación cívica la vida cuartelera. Su concentración insólita de la tierra remite a que heredaban tanto hombres como mujeres y a otros factores perfectamente desconocidos, pues ninguna cultura ha venerado tanto el secreto y el misterio. Para asegurarse la más absoluta arbitrariedad, Esparta nunca puso sus leyes por escrito; y para demostrar que despreciaba tanto el comercio como la industria prohibió otra moneda que la acuñada en hierro, un dinero absurdo.

Lo mismo cabe decir de la violencia innecesaria o cruel, pues ciertos días del año sus reclutas jóvenes cazaban y exterminaban por deporte a sus vasallos. Para curtir bélicamente a los niños los separaban las madres desde los siete años, sometiéndoles a intemperie y hambre. También estimulaban en ellos el robo y el engaño como recursos “viriles”, poniendo como condición que lograran evitar una captura *in flagranti*. El matrimonio y la adopción dependían de obtener un permiso expreso de alguno de los dos reyes en funciones. Como sugería molicie y afeminamiento, el esposo no podía dormir con su esposa –debía hacerlo junto a sus compañeros de armas-, y para yacer con ella verificaba un simulacro de asalto nocturno seguido por violación en su propia casa. Los varones almorzaban en común e idéntica comida todos, si bien esa solidaridad de barracón no llegaba al extremo de compartir con el que no tuviera doblones de hierro en ese preciso momento. Jamás produjeron ciencia, y sus manufacturas son toscas o muy toscas si se comparan con las de sus vecinos.

Aunque finalmente llamaban virtud (areté) a vivir en un estado de belicosidad continua, aterrorizando a los demás, los cronistas coinciden en que uno a uno era fácil sobornarles debido a su avidez de riquezas. Criticaban a los atenienses por libertinos, cuando sus maltratadas mujeres tenían fama de ser las griegas más “disolutas”, y también les reprochaban ser avaros, aunque cobrasen un sexto del producto agrícola a sus clientes y ellos exigían la mitad a los suyos⁹¹.

De Esparta viene anteponer siempre lo público a lo privado, una actitud incongruente con el secreto que reinaba allí, y en particular con el derecho a la información que consagraron Atenas y otras polis democráticas. Sin embargo, esta supremacía de la costumbre y lo supuestamente colectivo ejerce una atracción magnética en momentos de crisis para las democracias. Platón y Jenofonte, por ejemplo, ven en la politeia espartana una especie de “revelación primordial”⁹², y habrá ocasión de comprobar que en el Medioevo y hasta finales del siglo XVIII las turbulencias inherentes a una soberanía popular hacen volver los ojos una y otra vez hacia ese antídoto contra el “individualismo”.

Cuando agredir resultaba insuficiente recurrían a la traición. Así, para derrotar a Atenas se aliaron con Persia, que décadas antes había devastado su propio país. Les resultaba sentimentalmente sencillo, pues su gobierno era más afín al despotismo asiático que al espíritu helénico. Como les sublevaba el culto a la belleza y el conocimiento, al hacerse hegemónicos excitaron la reacción oligárquica en toda Grecia, con los resultados previsibles de masacre y regresión política; por ejemplo, su apoyo al régimen de los Treinta Tiranos marca el periodo más sangriento de la historia ateniense registrada. Poco más tarde, para devolver el dinero y los barcos recibidos del rey persa le entregaron todos los enclaves griegos en Asia Menor, sabiendo por supuesto que eso provocaría exterminios masivos.

Su breve hegemonía fue abortada por Tebas, cuya victoria militar desencadenó la liberación de Mesenia, y andando el tiempo la nación militar se convirtió en una especie de circo barato para el invasor romano. Por unas pocas monedas algunos jóvenes escenificaban los ritos sagrados de sus ancestros, luchando entre sí hasta mutilarse e incluso morir. Incapaz de saquear, la severidad autoritaria había desembocado en una pantomima lindante con el martirio, excitada a su vez por hambre endémica. Laboralmente nulos, los guerreros otrora altivos disputaban a perros y otros animales las sobras del campamento ocupado por cada legión romana. “Teniendo guerra libran bien y al ser señores se perdieron, porque no sabían vivir en paz”⁹³.

4. Grecia como precedente revolucionario

Los argumentos actuales a favor de la democracia se basan en un concepto de autonomía individual que el mundo antiguo no conoce, así como en promover desarrollo económico. Hoy sabemos, por ejemplo, que sin libertad de información la misma catástrofe se cobra más víctimas⁹⁴, que confianza y descubrimiento son activos incomparablemente superiores a cualquier materia prima y que el centralismo conspira contra la asignación eficaz de recursos. Aunque el planificador esté animado por los mejores deseos, comprimir infinitas transacciones en alguna voluntad hace imposible un manejo eficaz de sus datos en tiempo real. La audacia de los griegos fue lanzarse a la revolución democrática cuando los patrimonios se calculaban en medidas de grano, aceite y vino, y el sistema industrial era inconcebible como procesamiento de información.

En un mundo presidido por la alternativa del señorío o la servidumbre, el legado griego fue un mestizaje electoral entre patricios, clientes y plebeyos que transpuso al orden humano las ventajas de la polinización sobre la endogamia. Su demos fue como un campo cuyas plantas ya no son forzadas a cruzarse con la más contigua, fundando una combinatoria sobre individuos antes aislados. No puede ponerse en duda tampoco que ese experimento tuvo éxito, convirtiendo a pequeñas democracias en las potencias de su época. Por lo demás, ya desde Tucídides (460-399 a.C.) la expresión *demokratia* suena mal a los demócratas que hoy llamaríamos institucionalistas o constitucionales, cuya palabra para buen gobierno es isonomía o igualdad ante la ley. Aunque ellos aborrecen el despotismo, temen que retorne precisamente con el triunfo de algún demagogo miope, cuyas medidas para mitigar la pobreza tengan por resultado incrementarla. De un modo u otro, el sentido del nuevo régimen es fortalecer la cohesión social.

Sin embargo, lo que acaba imponiéndose es guerracivilismo crónico. Ni Aristóteles, la mente más preclara y realista de la Antigüedad, sospecha que el círculo vicioso pueda relacionarse con el paro y la recesión ligados a una masa de trabajadores con salario cero, no sólo faltos de incentivo sino de aquella capacidad adquisitiva que se reinvierte en producción. Para la

Política una economía sin esclavos es “como un telar sin tejedor”, y su defensa de la isonomía pasa por alto “que esclavitud e igualdad [jurídica] son incompatibles”⁹⁵. El gobierno popular acaba descansando en que la primera de esas instituciones sostenga a la segunda y permita a los ciudadanos mantener su democracia directa, pero a costa de frenar progresivamente la velocidad de circulación en todo tipo de bienes.

El ciclo de la miseria

Están dadas las condiciones para un comunismo no elitista, que son masas de hombres libres empobrecidos por el desempleo y por una remuneración adaptada a la competencia de esclavos para cada oficio. También hallamos la expropiación como programa, líderes que reclaman poderes absolutos para llevarla a cabo y una división del cuerpo social en pobres buenos y ricos malos. Pero para los griegos de la época arcaica y la clásica el superior en mérito tiene derecho a más riqueza, más posición social y más autoridad política⁹⁶, y ni siquiera entrar en franca decadencia introduce la idea de una sociedad donde se contemple abolir la propiedad privada.

Al contrario, el comunismo espartano y su variante platónica son curiosidades excéntricas, pues “cada guerra civil se limita a trasladar patrimonios”⁹⁷. Los vencedores confiscan a los vencidos, y cada uno considera exclusivamente suya la parte que le haya tocado en ese botín. Lo mismo piensa el demagogo, obligado a desconfiar de todos y mantener a sus turiferarios en cada lugar y momento, aunque siglos atrás luchase contra los privilegios y ahora se sostenga prometiendo o concediendo subvenciones a fondo perdido. La revolución carece para él de contenido místico; no es un rechazo de la posesión como parte de una renuncia genérica a lo tangible.

Al hacerse los clientes y plebeyos ciudadanos de pleno derecho, llamativamente, un número en origen pequeño de esclavos fue creciendo hasta constituir dos tercios de la población total, y una proporción mucho mayor de los laboralmente activos. Era lo idóneo para una vida consagrada a refinar el ocio, como la que cantaban los poetas y celebraban los filósofos, que aún siendo cruel para el no libre parecía prometedora para el resto. Pero la naturaleza sólo es generosa con el humano cuando despliega pericia e ingenio en su relación con ella, y cuando la parte principal del trabajo no se remunera el hecho de que los libres sean iguales ante la ley no asegura el abastecimiento. Al contrario, lo dispensado por Fortuna puede ser una progresiva penuria.

Además de su arte y su ciencia, el espíritu griego ha puesto sobre el tapete histórico el proyecto humanista en cuanto tal; esto es: que el poder de la sangre y las armas sea moderado por el de un mérito pacífico y útil en términos generales, capaz de mejorar la posición del humano en un medio físico indiferente a su necesidad. Acercarse a ello explotando la servidumbre es una tarea aparentemente sencilla aunque de dificultad infinita, que recaerá sobre el pueblo con el umbral de dolor más alto, cuyo nombre –*rhome*- significa en griego “fuerza bruta”.

Que durante su etapa democrática no surja entre los griegos una veneración por la pobreza en cuanto tal casa con el hecho de que ninguna cultura haya sido quizá más ajena a ideales de renuncia y auto-mortificación. Por más que los helenos hicieron importantes añadidos a su panteón de dioses –empezando por la mitología filosófica- nunca abandonaron los ritos de su vieja religión civil, que es un culto a la propiedad privada. Para que esa propiedad deje de ser algo sacro hace falta que el auge progresivo de la esclavitud produzca un fenómeno aún más general y agudo de depauperación. Cuando hombres y mujeres se agolpen en los mercados para venderse como esclavos a cambio de techo y ración el ideal de una santa pobreza estará adaptado al estado de cosas, y el cristianismo podrá convertirse en fe obligatoria.

Para entonces no sólo el viejo culto grecorromano sino cualquier otro cede su puesto a una religión milenarista de vocación cosmopolita. El imperio de Término y las lindes inviolables se otorga a un Dios único, infinito y omnipotente como el de Moisés, aunque matizado por un espiritualismo órfico-pitagórico como el de Platón. El rechazo de la riqueza deja de constituir una veleidad -dependiente de ser uno pobre por nacimiento, o por causas sobrevenidas-, para convertirse en cruzada del más allá contra el más acá, sentido último de la vida humana. La opulencia mancha, y la miseria purifica. Los esclavos, observó Nietzsche, han convertido en vicios las virtudes del amo; competencia, orgullo y autonomía son pecados capitales para la moralidad “verdadera”. Los ciudadanos, cabe añadir, se han depauperado hasta el extremo de odiar la vida concreta y adherirse a la promesa de un Cielo.

NOTAS

37 Fustel 1984, p. 334.

38 Constant 1988, p. 90.

39 Arendt 1993, p. 45.

40 Polibio Hist. IV, 17.

41 Que debe considerarse grecorromana, por no decir indoeuropea e incluso universal, al hallarse en casi toda sociedad antigua de Oriente y Occidente. Sobre la religión grecorromana, cf. Fustel 1984.

42 Entre otros nombres, conocidos en latín como lares, manes y penates.

43 Fue el caso del nexus romano, a fin de cuentas un esclavo estatal, que Tito Livio describe minuciosamente (Anales II, caps. 23-32). Uno de estos “vinculados” –centurión precisamente– soliviantó a la plebe romana exponiendo la amarga injusticia de tener que endeudarse para pagar la contribución territorial y no poder atender ese pago, pues mientras se distinguía luchando en una legión su granja fue atacada y saqueada por otros enemigos, privándole de recursos. Las continuas guerras de Roma con sus vecinos hicieron que esos supuestos no fuesen en modo alguno excepcionales, y el clamor popular resultante produjo la rebelión del Monte Sacro, de la cual surgiría el tribunado de la plebe.

44 Agamenón, 158-164.

45 Cf. Jaeger 1957, p. 217. Dos de los Siete Sabios de Grecia –Pítaco de Mitilene y Periandro de Corinto– son tiranos.

46 Aristóteles, Política 1365a. Uso siempre la versión renacentista de Pedro Simón Abril.

47 De demos (“pueblo”) y agó (“conducir”).

48 Euménides, vv. 976-980.

49 India deroga oficialmente su sistema de castas en 1949, y todavía hoy los miembros de la cuarta (o “intocables”) padecen agresiones y hasta masacres ocasionales por pretextos ligados

al viejo orden, como haber matado una vaca o acercarse demasiado a algún miembro de la primera.

50 Cf. Murray 1988, vol. I, p. 257-258.

51 Fustel 1984, p.332.

52 Cf. Rostovtzeff 1967, vol. I, p. 370-393.

53 En tiempos de Solón van del 12 al 18 por ciento anual en préstamos ordinarios, aunque puedan elevarse al 60 en el arriesgado préstamo marítimo o a la gruesa. El Código de Hammurabi (XX a.C.), por ejemplo, fija el 33 por ciento para cereales y del 12 al 20 para metales. La ley romana de las Doce Tablas, típica de un país con circulación monetaria insuficiente, fija un interés algo superior al 8 por ciento mensual, que al año equivale a muy poco menos del 100. Cf. Di Martino 1985, vol. I, p. 188-189.

54 *Ibid.*, p. 335.

55 Aristóteles, *Política* 1270b.

56 En Atenas los miembros de la Asamblea y los tribunales recibían 3 óbolos por comparecencia, y los del Consejo 5. Los cargos más codiciados eran los judiciales, que implicaban reuniones casi diarias.

57 República 569 b. “La democracia”, ha afirmado antes, “surge cuando los pobres, victoriosos, matan a algunos del partido opuesto y destierran a otros, compartiendo igualitariamente gobierno y empleos públicos” (*Ibid.*, 557 a).

58 Pseudo-Jenofonte 1971, p. 5.

59 Cf. Musti 2000, p. 82.

60 Cf. Engels 1970, p. 149.

61 Aristóteles, *Política*, 1310a.

62 Jenofonte, *Helénicas* II, 4, 21.

63 *Ibid.*, II, 4, 22.

64 *Ibid.*, 1305a.

65 Heráclides Póntico, en *Ateneo* XII, 26.

66 República, 373 d.

67 El programa pedagógico comprende sucesivamente aritmética, geometría plana, geometría del espacio, astronomía, armonía musical y metafísica (“dialéctica”), hasta comprobar que el seleccionado ya no desea sino “la ciencia inmune a error”. En ese momento se le impone – como sacrificio- la entrega al servicio público.

68 República, 457c-d. Platón fue célibe toda su vida; cf. Jaeger 1957, p. 639.

69 Sus estipulaciones implican dejar morir por “abandono” no sólo a cualquier tullido de nacimiento, sino a los que nazcan de “hombres inferiores” o de uniones “no vigiladas por el Estado”. Criar a los niños desde el principio en asilos públicos aseguraría una generalizada devoción de los adultos hacia ellos (pues los de cierta edad podrían ser hijos suyos), y el correspondiente respeto de éstos hacia aquellos (pues podrían ser sus padres). Así se asegura también que todos reciban idénticos cuidados y educación.

70 República., 422 a.

71 Eso explica que haya varias ediciones impecables de su obra, y sólo un amasijo muy incompleto de la aristotélica, por no mencionar la destrucción total de legados tan copiosos como los de Demócrito o Epicuro. Cf., por ejemplo, el prólogo a la traducción francesa de sus Obras completas hecha por Robin y Moreau, 1950, p. XIV-XVII.

72 Por ejemplo, castigaría al “ateo” con pena de muerte, supervisaría las artes plásticas y propone desterrar la poesía, la tragedia, la comedia y hasta la mitología, entendiendo que contienen ficciones “no pedagógicas”. Los trágicos y los cómicos excitan “pasiones violentas, descompuestas; lágrimas y risa inmoderada”. Tanto como la música “sensual”, el poeta debe ser acallado cuando no componga himnos a dioses y héroes.

73 República., 555 d.

74 *Ibíd.*, 557 a.

75 El epitafio de Platón, redactado por él, decía: “Enseñó cómo ser sabio y bueno al mismo tiempo”.

76 Política II, 1261a-1261b.

77 *Ibíd.*, 1262b.

78 “Los que desean hacer muy una la ciudad [...] destruyen dos virtudes, que son la templanza acerca de las mujeres y la liberalidad acerca de las posesiones. Porque ni se mostrará nadie liberal, ni realizará acto alguno liberal, por cuanto el ejercicio de la liberalidad consiste en el uso de las posesiones”. *Ibíd.*, 1263b.

79 *Ibíd.*

80 Se atribuye al primer Aristóteles, cuyos Diálogos no se conservan, haber completado un pensamiento del poeta Teognis diciendo que “lo mejor es no haber nacido, y en otro caso morir joven”.

81 Fijados por medidas de aceite, grano y vino, de manera que quien tuviera otros bienes – dinero, por ejemplo- los reconvertía a medidas de aceite, grano y vino para saber cuál era su grupo político.

82 Financiándose con un nuevo impuesto sobre rentas agrícolas y aranceles portuarios, amplía sustancialmente la cámara subterránea donde se celebraban los Misterios eleusinos, construye el gran acueducto, promueve el cultivo de vid y la industria del vino, otorga créditos al campesino para adquirir equipo y estimula los intercambios comerciales de Atenas con países y particulares.

83 Aristóteles, Constitución de Atenas, 13-17.

84 Los espartanos eran dorios, y los atenienses aqueos, dos ramas de un pueblo ario que invadió los territorios luego llamados griegos en tiempos remotos, desde luego antes del XI a.C.

85 Tucídides, Historia de las guerras del Peloponeso, II, 36-40.

86 Cf. Hansen 1991, p. 80.

87 Aristóteles, Política 1256 b.

88 Dionisio de Halicarnaso, De Lysia, 32.

89 Concretamente, habría concedido 9.000 parcelas a los espartanos urbanos, y 30.000 a los rurales o lacedemonios.

90 “En Esparta hay varios que tienen haciendas extremadamente grandes, y muchos otros muy pequeñas y hasta miserables” (Política 1270 a).

91 Cf. Tirteo, frag. 5 (Diehl).

92 Jaeger 1957, p. 86.

93 Aristóteles, Política 1271 b.

94 Los análisis más concluyentes corresponden al economista Amartya Sen; cf. Sen 2000, *passim*.

95 Rostovtzeff 1998, vol II, p. 1.110.

96 Por ejemplo, cf. Finley 1986, p. 48-49.

97 Polibio, Hist., XV, 21, 3.

II. DEL ELITISMO AL POBRISMO

“Lo obligatorio fue la religión de los romanos, tal como para los griegos había sido lo sereno de una libre fantasía”. 98.

Roma creció como una oligarquía moderada por el tribunado de la plebe. Aunque el fin del periodo monárquico y el comienzo de la república romana estén rodeados de leyenda, no lo es que en algún momento⁹⁹ el Senado y el Pueblo pusieron de lado sus diferencias para acordar que el derecho (“leyes de la ciudad”) sería permanente, y la legislación (“edictos”) tendría una vigencia restringida al mandato de cada gobernante. Este principio, sin duda inspirado por Grecia, hace que un gobierno sea tanto más legítimo cuanto menos imponga sus particularidades a lo general. Tras destituir al rey quedaba completar la constitución con dos instituciones originalmente romanas. El poder ejecutivo sería siempre colegiado y muy breve, delegado en dos Cónsules elegidos cada año. El consejo y la legislación corresponderían a los patricios o seniores, únicos magistrados vitalicios.

Cuentan los anales que el Senado quiso entonces monopolizar las prerrogativas, y que el Pueblo respondió negándose a servir en la milicia como hasta entonces. Ante lo ridículo de un

ejército compuesto sólo por su plana mayor, y temiendo que los vecinos aprovecharan ese momento de debilidad, las familias senatoriales cedieron a toda prisa. Nunca cederían en conciencia, aunque del compromiso nacieron los tribunos de la plebe, individuos tan inviolables como los mojones de Término e investidos de autoridad para vetar cualquier proyecto de ley. Algo después fue admitido el matrimonio entre miembros de castas distintas, y que la inferior tuviese acceso a cargos públicos. Pero el patriotismo solo cundió cuando los plebeyos pudieron acceder a las más altas responsabilidades políticas y militares, nombrando cuando menos a uno de los dos Cónsules.

A partir de entonces se acumulan las proezas: Italia entera es conquistada, Macedonia y Cartago son vencidos, Grecia se convierte en un protectorado, Hispania y la Galia en colonias. Las legiones pueden ser derrotadas aquí y allá, pero jóvenes y veteranos vuelven a alistarse para cubrir las bajas y nadie evita ser vencido pronto o tarde por ellas. En 167 a.C. las arcas públicas están tan llenas –gracias a botines de guerra y tributos de vasallos– que la contribución territorial se deroga.

1. Derecho y suspensión del derecho

Montar un refugio para forajidos de toda índole fue el plan del expósito Rómulo, que tras matar a su gemelo Remo obtuvo esposas para él y los suyos raptando a mujeres sabinas. Pocas veces encontraremos una leyenda de los orígenes tan escasamente idealizada, con rudos héroes juramentados para dominar a cualquier precio. Se diría una reedición del talante espartano, pero Roma exhibió también cualidades inimaginables en Esparta. Ya el penúltimo de los reyes romanos, Tarquino el Grande, usa el arco de bóveda¹⁰⁰ para construir una red de desagües que sigue funcionando hoy –la Cloaca Maxima–, y anticipa que ese elemento arquitectónico permitirá unir la urbe con manantiales de montaña mediante acueductos. La Antigüedad no conoce un sistema remotamente parecido para el tratamiento de las aguas, y los romanos presumían con justicia de ser el pueblo más limpio y por eso mismo más sano¹⁰¹.

Pioneros de la higiene, el sentido común que les defendió de infecciones sin recurrir a magias les inspiró también un afán por entenderse del cual surgirían historiadores extraordinarios, y un derecho civil que sigue siendo lo más parecido a una ciencia de los pactos. Como los jueces romanos eran legos, equivalentes a nuestros jurados, la lógica común a usos y edictos surgió gracias a particulares que meditaban sobre ello por “filantropía”, como otros sobre matemáticas o lingüística¹⁰². Pero el acierto premió sus esfuerzos, permitiéndoles completar un sistema de conceptos nítidos y bien articulados para toda suerte de transacciones que en la Antigüedad “representa el único pensamiento racional realmente constructivo”¹⁰³. Ya antes de convertirse en superpotencia junto al magistrado para dirimir litigios entre ciudadanos (el praetor urbanus) había otro para asuntos surgidos entre ciudadanos y extranjeros o extranjeros con extranjeros (el praetor peregrinus), cuyas sentencias empezarán a llamarse derecho de gentes.

Roma se mantenía formalmente ligada a un código primitivo y esquemático –el de las Doce Tablas–, sin perjuicio de ofrecer a propios y ajenos una seguridad jurídica minuciosamente analizada. Cabría esperar de ese marco un respeto por las libertades, pero la libertas romana es sinónimo de soberanía del Estado sobre cualquier individuo, y su temperamento no pudo ser menos afín al liberalismo. En materia de gustos y criterios la idiosincrasia personal estuvo siempre sujeta a una supervisión que la trataba como el derecho al menor, ejerciendo sobre ella una tutela indefinida. Dos Censores, nombrados para mandatos de cinco años, complementaban la actividad de los Cónsules asegurándose de que las tradiciones decorosas no perdieran vigencia, y sus directrices merecen un breve apunte.

A comienzos del siglo III a.C., por ejemplo, uno de los Censores exige expulsar sin demora a cierta embajada de filósofos griegos, pues la juventud “podría valorar menos las gestas bélicas que las del saber”¹⁰⁴. En términos sustantivos, tampoco es decorosa la adopción -algo basado sobre méritos distintos de la sangre o la espada-, que como mínimo debe gravarse fiscalmente. Si su meta es conseguir un jefe de familia más capaz que los herederos naturales, adoptar resulta censurable y anulable. La censura recela igualmente de las donaciones, los legados y otras muestras de liberalidad. No hace falta quizá añadir que lo indecoroso por excelencia es la innovación, en abstracto y en concreto. Los herederos de Rómulo iban a hacerse inmensamente ricos, pero de la fratría original quedaría como huella una suspicacia hacia la conducta generosa e independiente en general.

El legado básico de Roma al género humano –la mentalidad y la técnica jurídica- sólo pudo aprovecharse a fondo mucho después de sucumbir ella, cuando surgen las primeras ciudades europeas. El sistema de valores aplicado por la censura brilla con luz propia en lo que piensa Cicerón sobre las profesiones:

“Son despreciables todos los oficios que provocan el odio de un tercero, como los cobradores o prestamistas. Están a medio camino entre lo liberal y lo vil el oficio de mercenario y el de cualquier otro que vende su brazo, no su arte, porque el salario no es sino retribución de la servidumbre. Es preciso tener por viles a los revendedores de mercancías, porque todas sus ganancias las realizan a fuerza de mentir. Todo artesano hace una obra vil, y nada puede haber de común entre él y el hombre bien nacido. Todavía se debe conceder menos estima a aquellos oficios que proveen a nuestras necesidades materiales: tendero, carnicero, cocinero, casquero, pescador o proveedor de aves. Agregad a estos los perfumistas, danzantes y dueños de casas de juego. La medicina y la arquitectura, ciencias que se refieren a cosas honestas, sientan bien a los hombres que no son de elevada condición. Todo pequeño comercio es ocupación baja; si el tráfico es grande y abundante conviene que no lo repugnemos, y si el mercader colmado de ganancias o simplemente ahito abandona su ocupación [...] y se retira a sus campos e incumbencias, tendrá ciertamente derecho a nuestros elogios.”¹⁰⁵

Elevarse a dueños absolutos del mundo civilizado con esa representación de la vida social es una empresa tan ambiciosa como cargada de renuncia para casi todos, porque la medida del éxito se confunde con la del sacrificio. Roma nunca tuvo “una clase media propiamente dicha de fabricantes y comerciantes autónomos, siendo su falta la causa de una concentración precoz y desmedida de los capitales, por un lado, y de la servidumbre por otro”¹⁰⁶.

La adhesión al ritual

Los romanos fueron agricultores indiferentes en buena medida a la agronomía¹⁰⁷, que nunca organizaron una combinación sistemática de cosechas y cabaña. Aún sabiendo que el estercolado produce un rendimiento muy superior, sus granjeros siempre prefirieron tradición a innovación, y sólo tenían dos bueyes por cada 25 hectáreas, el doble para el doble de terreno, etcétera. Catón el Viejo (234-149 a.C.) considera “apropiado” que los propietarios de 60 hectáreas con frutales y otros árboles plantados, vid, cerdos y corderos tengan precisamente tres peones, cinco criados, tres pastores, un ama de casa y un capataz, todos ellos esclavos; sólo este último podría aspirar a la emancipación, si reportase ganancias.

Al mismo apego por lo convencional –en este caso porque el cuchillo que usaban los pontífices para sus sacrificios era de bronce- corresponde usar arados de esa aleación cuando todos sus vecinos los tenían ya de hierro, o acuñar durante siglos moneda de bronce exclusivamente. El collegium de fundidores y artesanos del cobre retrasó la sindicación de los herreros, aunque el

tradicionalismo no llegara al extremo de ignorar sus ventajas para hacer espadas y puntas de flecha o lanza. Las calzadas debían formarlas tramos rectos, excluyéndose toda curva más o menos pronunciada; sujetos a dichas condiciones, los ingenieros debían sortear los obstáculos naturales con giros de media vuelta a derecha o izquierda, como los movimientos de orden cerrado descritos por una tropa.

El desprecio por la flexibilidad y la técnica no se rectificará tras los éxitos bélicos, y es dudoso que los romanos descubrieran yacimientos desconocidos antes o formas nuevas de aprovechar la energía natural. Apolodoro de Damasco, el más eximio de los ingenieros romanos, es un griego que Trajano contrata para construir el Gran Mercado y a quien Adriano encarga levantar la prodigiosa bóveda del Panteón. Mandarle que se suicide, como luego hace, consagra la sumisión del científico a la fuerza bruta, el *merum imperium*. Para evitar en sus proximidades a grupos sublevables Roma cerró todas las minas y gran parte de las canteras itálicas, explotadas por esclavos. Pero también clausuró las minas de Macedonia, explotadas por hombres libres, y quiso cegar para siempre Corinto y Cartago, los dos mejores puertos del Mediterráneo entonces.

El proverbio romano dice “tantos esclavos tantos enemigos”, y era común entregarlos a traperos con otros materiales de desecho cuando envejecían o enfermaban. Como aclara Catón, en *De re rustica*, “el esclavo dedicará al trabajo el tiempo que no esté durmiendo”, y en caso contrario “que pruebe las cadenas”. La costumbre manda darle a él y a los animales de labranza 45 días ociosos cada año (“por fiesta o lluvia”), y 30 más por “mitad del invierno”. Igualados por completo esos cuadrúpedos con el bípedo implume que los dirige y cuida, no sorprende tanto lo feroz del trato como la ingenuidad de considerarlo rentable.

El amo considera signo de indolencia -y de lucro cesante para él- que el esclavo descubra procesos simplificadorios o acumulativos, y éste responde con tanto sabotaje y desidia como permita una perspectiva de torturas. Los siervos griegos formaban parte de la familia en sentido amplio, pero aquí –como en Esparta- forman parte del establo, y se insurgen a la menor ocasión. Rebeliones multitudinarias como la de Espartaco, y otra más duradera que estalla en Sicilia, son dos casos entre docenas.

Censor reelegido, Catón piensa que comerciar tiene riesgos y que prestar dinero es indigno. En el Catecismo práctico, un tratadito dedicado a la edificación moral de su hijo, sentencia que “el varón debe aumentar siempre su patrimonio”, si bien esto depende primariamente de no permitir que los esclavos pierdan tiempo. Por más que equipare al usurero con el ladrón, e incluso con el homicida, hace préstamos leoninos a su conveniencia¹⁰⁸, con la habitual hipocresía romana en estos asuntos. Exige al patriota que sea severamente digno -“económico” en el sentido de frugal-, afectando custodiar una virtud que está por encima del dinero, cuando lo único superior a la ambición de oro es para Roma conquistar mando, poder inapelable sobre otros.

2. Agricultura, negocios, crédito

Los romanos cultivaron fundamentalmente cereales, nabos, rábanos, habas, guisantes, olivos y vid en proporciones parecidas a las de cualquier comarca mediterránea sin regadío, y abundante adormidera. Como en Egipto, el caldo de las cabezas fue su tisana, lo mismo que el opio su aspirina. Su cabaña no tuvo el mismo desarrollo, por lo antes dicho, y en terrenos áridos criaban sólo ganado menor. Los minifundistas estaban exentos del servicio militar, y de centurión para abajo las legiones originales reunían a granjeros de tamaño medio, cuyo nivel de vida mantiene un estatuto digno e incluso al alza mientras Roma libra sus guerras itálicas.

Se erige el primer templo a Concordia -diosa de la paz social- en 367 a.C., coincidiendo con una ley que obliga al terrateniente a emplear en sus propiedades a un número de esclavos no superior al de hombres libres. El campo quizá no se trabajara con especial eficacia, pero los agricultores podían vivir de él como propietarios y también como jornaleros. El precio de los productos agrícolas guardaba una relación sostenible con los precios de otras cosas, produciendo estímulo para el diligente y ocupación para el indigente durante un periodo próximo a los dos siglos, desde las conquistas políticas populares en la capital hasta el triunfo sobre los vecinos¹⁰⁹. Pero dichas coordenadas cambian de modo dramático al convertirse Roma en superpotencia, cuando una mezcla de legislación populista imprevisora y grano regalado por vasallos reviente su precio, haciendo menos o nada viables las granjas.

Lo no pretendido se dispara con la lex Claudia (218 a.C.), que para evitar contubernios entre la política y el dinero prohíbe cultivar el comercio a senadores e hijos suyos, ya que gran parte del efectivo se inmoviliza en compra de tierras. Como las leyes sobre proporcionalidad entre hombres libres y siervos de las explotaciones agrarias han caído en desuso, rentabilizar esas compras sugiere el tipo egipcio de plantación que explota algún monocultivo con cuadrillas de centenares e incluso miles de esclavos. Pero esto se apoya en una modalidad productiva que malvive en otras latitudes, no ha considerado el rendimiento del nuevo agricultor y es incapaz de evitar que la capital y otras ciudades reciban suministros gratuitos. La plebe romana, incrementada fuertemente por campesinos libres expulsados o arruinados, necesita pan muy barato y los Cónsules compran su favor asegurando que así sea.

En realidad, el campo no sólo no da para mantener a granjeros con sus familias, sino tampoco a los rebaños de esclavos que trabajan encadenados como criminales en minas y galeras. Toma un par de generaciones admitirlo, y entretanto –según Plinio el Viejo- los latifundia asegurarían un deterioro irreversible del suelo itálico. Volver a una explotación mediante aparceros, como acaba sucediendo, es un término medio que representa el mal menor para unos y otros. Pero cronifica un trabajo orientado hacia lo imprescindible para sobrevivir, pues el escaso volumen de los mercados agrícolas y sus bajos precios privan a estímulo a quien podría esforzarse en mejorar la productividad. Desde la victoria definitiva sobre Cartago (201 a.C.) Italia empieza a despoblarse por una mezcla de depauperación interna y éxito externo, que fomenta en ambos casos la emigración.

Un siglo más tarde necesitaría medidas proteccionistas, no ya para sostener la gama tradicional de cultivos sino el vino y el aceite, sus productos estelares, cuya demanda merma al irrumpir equivalentes griegos, galos e hispanos en un momento donde el agro itálico abunda en grandes explotaciones exclusivamente cerealeras, que infrautilizan por sistema sus propios recursos. Como el tráfico de manufacturas finas –que llegan de Oriente Medio, e incluso de India y China- es una parte ínfima del total, el intercambio se concentra en artículos de primera necesidad. El taller no evoluciona hacia la fábrica, ni siquiera allí donde se agrupan físicamente varios del mismo dueño, algo que puede atribuirse a la falta de espíritu industrial del romano. La meta de la explotación fabril, que es coordinar ingeniosamente unos talleres con otros para producir algún artículo de modo más económico y abundante, no le ocurre a nadie quizá porque implica autonomizar en alguna medida el trabajo del esclavo.

El tejido económico y los 16 linajes

Los éxitos de las legiones llevan a Roma gran parte del metal amonedado en el Mediterráneo, ofreciendo óptimas perspectivas financieras. Con todo, la elite que controla ese efectivo mantiene el crédito en una situación de asfixia, que sumada a la falta de exportaciones determina y una circulación monetaria muy insuficiente¹¹⁰. La esfera del préstamo alterna un rigor inhumano hacia el moroso con medidas políticas de gracia dictadas por miedo a

rebeliones populares. El resultado es una legislación vacilante, que apoya el préstamo gratuito frente al oneroso sin más efecto práctico que elevar la cuantía nominal de lo prestado¹¹¹, para no exponerse el prestamista al reproche de usura (una apócope de *usus aureus* o disposición de oro). Cuando cunda la opulencia del Estado el interés del dinero sigue siendo muy superior al que rentan toda suerte de empresas distintas de explotar al vasallo, con el consiguiente perjuicio para los negocios y el propio acreedor, que se habría arruinado tiempo ha si no fuese testaferra o banquero de conquistadores. Llegadas de fuera, las monedas se reexportan a provincias y otros dominios periféricos, colocadas allí al 4 o 5 por ciento mensual.

De puertas adentro el negocio es hacerse cargo de ingresos, pagos, traslados, obras, servicios y otras gestiones estatales. Los titulares de esa intermediación son societates de senadores, cuyos contables hacen también funciones de depósito y anticipo. Polibio refiere que “toda transacción controlada por el gobierno romano se entrega a contratistas”¹¹², y datos muy fiables muestran que los 16 linajes (*gens*) más influyentes en el 367 a.C. conservaron intacta su influencia hasta el fin de la República (31 a.C.)¹¹³. Lindante con lo prodigioso, dicha estabilidad coincide con un sistema de monopolios tan plácido como inflexible, articulado en un club de proveedores para lo seguro -suministros militares, obras públicas, préstamos hipotecarios- que excluye al empresario innovador. Es un *advenedizo* (*novus homo*) y resulta tratado como enemigo, pues la rivalidad comercial parece una contumacia tan digna de hostilidades como la rivalidad militar.

Por ejemplo, a los cartagineses se les exige que se hagan agricultores y abandonen no sólo Cartago sino la vecindad del mar, algo igual a exigir de los romanos que se hagan navegantes y renuncien a vivir en Roma. Pero entendemos mejor el genocidio teniendo presente que para Catón y quienes le apoyan esa “solución final” es algo más que un éxito militar. Significa abolir un tipo tan incómodo de relación como la mercantil, hecha de sutiles cambios adaptados a cada momento, despejando así el horizonte para que se pliegue obedientemente al *otium* del bien nacido. Por otra parte, el ascenso de Roma a superpoder exigía que el contexto de estabilidad hiciese sitio a un contexto de innovación y descubrimiento, so pena de entrar el conjunto en números rojos.

Sin embargo, el propio concepto de déficit público es ajeno a una Hacienda que vive abiertamente del pillaje consumado sobre extranjeros. Se supone que las redes comerciales tejidas por mercaderes griegos y fenicios competentes pueden transformarse sin dificultad en canales gestionados por el sempiterno club de los negocios seguros, y aunque no sea ése el caso tampoco hay contables capaces de evaluar el perjuicio. Hacia el año 100 a.C. la capital es una urbe gigantesca donde los palacios destacan como fortalezas sobre un fondo de *chabolismo*¹¹⁴.

3. Las guerras sociales

Odio de clase, demagogos y terrorismo son elementos comunes a griegos y romanos; pero los romanos fueron ajenos al espíritu empresarial ateniense y no tuvieron un estadista como Solón. Los conflictos entre estamentos, y el más genérico que opone ricos a pobres sean cuales fueren sus respectivas cunas, arrastran por eso en Roma el troquel de una barbarie mercantil desconocida en Atenas. A mediados del siglo IV a.C. cuenta Livio que “si bien toda la plebe estaba metida hasta el cuello en deudas, aceptar la propuesta del cónsul Aulo Verginio acabaría con todo tipo de crédito”¹¹⁵. El tenedor de dinero lo esconderá al menor signo de latrocinio, evidentemente, pero Verginio quería aplacar el descontento suavizando una legislación que permitía partir el cuerpo del deudor moroso en tantas secciones como acreedores tuviese. Para los prestamistas griegos, fenicios y judíos el aval más seguro era

algún negocio, cuyo buen fin otorgaría medios de pago al prestatario. Bien distintos, los banqueros romanos sentían tanto desprecio por la contabilidad como aprecio por la intimidación, ignoraban un tipo de préstamo que podría atraer a competidores y, a fin de cuentas, convivían lucrativamente con un defecto crónico de liquidez inducido por ellos mismos.

Sin embargo, el conflicto entre acreedores y deudores crece en lugar de aliviarse con las victorias militares, alumbrando una década de luchas entre 131 y 121 a.C. Gracias a ella se adjudica a la milicia romana -y no sólo a sus jefaturas- parte del botín obtenido en países próximos y remotos, y merced al reparto de terreno público promovido por Tiberio y Cayo Graco -miembros de la gens más ilustre, aunque tribunos de la plebe-, “no menos de medio millón de individuos obtuvieron parcelas en Italia”¹¹⁶. Como su meta era crear clase media, añadieron a ese gran éxito una incorporación a la política del orden ecuestre o de los caballeros, antigua clientela del patricio¹¹⁷, que acabaría siendo lo más parecido a un estamento empresarial. Otro de sus proyectos fue crear una colonia en Cartago, que descargase a Roma de hambrientos y abriera en otras latitudes caminos de desarrollo pacífico.

Cabe pensar que todo habría ido a mejor si Tiberio no hubiese sido asesinado a garrotazos por un grupo de senadores y sicarios suyos, y si años después su hermano Cayo no se hubiera suicidado ante el acoso del mismo enemigo. El conflicto romano, sin embargo, no pende tanto de lo que hagan tales o cuales personas como de que ambos bandos sostengan aspiraciones incoherentes. El abismo que ya entonces separa al humilde del próspero impone como lema de la facción democrática condonar deudas y abolir el interés del dinero, y aunque ninguno de los Gracos crea en semejante remedio gran parte de su apoyo es demagógico y les obliga a hacer acrobacias sin red. Como otros hombres benevolentes de la Antigüedad, pensaban la estructura productiva desde “una clase culta ociosa que despreciaba el trabajo y los negocios, y amaba naturalmente al agricultor que la nutría, tanto como odiaba al prestamista que explotaba al agricultor”¹¹⁸.

Mitigar o remediar la explotación podría haberse intentado ofertando dinero público a mejores precios, medida sin duda más incómoda para la oligarquía que las reformas finalmente aprobadas y en modo alguno más cara. Pero pensar la economía política tal cual es, sin reducirla a algún modelo de economía doméstica, es privilegio de muy pocos estadistas antiguos y no caracteriza desde luego a Tiberio o Cayo Graco. La esfera mercantil es a tal punto una combinación de vileza y recovecos misteriosos para el romano que ni uno solo expone la diferencial esencial; a saber: la que media entre enriquecerse produciendo objetos demandados libremente y enriquecerse explotando algún monopolio o vendiendo protección como el gángster.

Subarriendo y subvenciones

La facción democrática ha logrado consumir el reparto de tierras, ha socorrido al indigente rural con obras públicas (las primeras grandes calzadas), y ha obligado a que la nobleza comparta sus magistraturas. Sin embargo, condena al futuro con dos actos de singular repercusión. Uno es subarrendar la Hacienda romana de modo vitalicio -para “aumentar las rentas públicas”, según Cayo Graco-, y otro cronificar el sistema de “raciones” representado por la *annona*, que es una requisita en principio inespecífica de víveres para atender al indigente. Este racionamiento se materializa en vales que acaban vendiéndose, y para cuando llegue la próxima guerra civil la mitad está en manos de no indigentes.¹¹⁹

Se ha dado el primer paso para convertir el mercado en *economato*, que no se detiene en

harina o pan y se prolonga a artículos como aceite, salazones, embutidos e incluso óleos para el masaje en baños públicos, pues simboliza la victoria del populismo y cualquier líder encuentra en él un modo de atraerse a los desposeídos. Pronto el vino se subvenciona también, imponiendo a cultivadores y vinateros la carga de venderlo casi regalado. Con la excusa de una lentitud en el transporte -que impide esperar la llegada de remesas exteriores- las provincias itálicas son urgidas a abastecer con grano, aceite, vino y otros artículos a la gran urbe. Pero sí acaban llegando cargamentos masivos desde Asia Menor y otros protectorados, y el obsequio combinado de víveres certifica un desplome de los precios agrícolas que induce nuevas migraciones de campesinos arruinados a la capital.

La anona no sólo es la mayor amenaza potencial descubierta en Roma contra la seguridad jurídica, sino una paradoja. Representa la victoria de la ciudad sobre el campo, cuando los éxitos de Roma se deben a una milicia no profesional, cuyos soldados son primariamente granjeros de tamaño medio, al estar exento de reclutamiento el minifundista. Sólo quien poseyera cierta cantidad de tierras debía alistarse, y durante siglos el Senado inventó amenazas de guerra -o montó conflictos armados- precisamente para poder reclutar al demócrata, sometiéndole entretanto al rigor del juramento militar. Ahora los demócratas han creado una institución que asegura la ruina progresiva del agro itálico, asfixiando por igual al granjero y al intermediario que constituían su clase media.

Ruinas ligadas al éxito

La segunda y más sangrienta fase de guerras civiles (112-79 a.C.) añade una vuelta de tuerca a la dinámica previa. Controlar los jueces-jurados en muchas causas, además de compartir el gobierno, hace que el orden equestre y el senatorial profundicen en el odio mutuo, desatándose una guerra de sobornos, extorsiones y grandes fraudes que paraliza la política exterior, desmoraliza al pueblo bajo y prepara insurrecciones en Italia, la Galia, Grecia y África. Más adelante, cuando la guerra civil alcance uno de sus momentos álgidos, se prohíbe fugazmente el interés del dinero y el demagogo Cinna (primer suegro de Julio César) promete emancipar a los esclavos de la urbe. Esto sería sin duda un hito en la historia social, pero no pasa de un discurso; ni él ni sus colegas hacen nada concreto en esa dirección.

Se inventa entonces el ejército clientelar -cuya tropa guarda una relación de protegido con su patrono o general-, y este tipo de fuerza armada toma tres veces Roma en poco tiempo, una en nombre del Senado y dos en nombre del Pueblo, asesinando y requisando cada vez. Sus soldados son todos ellos ciudadanos romanos, que simplemente luchan en bandos opuestos. Surgida como freno a los abusos del estamento patricio, la clase equestre se ha contagiado pronto de aquello que más denunciaba, y el pueblo bajo vacila entre líderes delirantes y realistas. Tras una sucesión de reveses el Senado contraataca con Sila, su caudillo, que impone en el año 80 un reino de terror o “época de las proscripciones” donde se cumplen -aunque sea al revés- todos los programas demagógicos de expropiación, y los tribunales de justicia vuelven a ser un coto patricio. El demócrata más competente, Druso, ha sido asesinado hace tiempo, y los líderes del populismo -Cinna, Mario, Mario el Joven- son poco o nada como estadistas.

La cosecha es un inmovilismo forzado e inviable al tiempo. El ideal republicano de una clase media patriótica, que defiende la grandeza del Estado y se llama con orgullo “proletaria” -al aportar una prole educada en lo mismo-, topa con algo análogo a la situación del ateniense venido a menos, empeorada por la situación más restrictiva vigente en Roma para todo. Sus abuelos habían sido dueños de parcelas, que ellos trabajan ahora para terratenientes decepcionados por el sueño de explotarlos mejor con manadas de esclavos. Eso mismo multiplica el número de libertos, obligados a pagar su manumisión ganando jornales, que siguen manteniendo el éxodo rural a Roma y las otras ciudades, donde la indigencia estalla

periódicamente en motines y vandalismo.

La tercera parte de las guerras civiles, concluida por Octavio Augusto, comienza con rebeliones de esclavos como marco para el tránsito de una Italia campesina y propietaria a otra urbana, que debería vivir de salarios pero encuentra insuperables dificultades para conseguirlo. Aunque debió rondar niveles de estricta supervivencia, comenta Rostovtzeff que sencillamente faltan cualesquiera noticias sobre remuneración de jornaleros agrícolas, operarios urbanos y artesanos. Sólo sabemos que hacia 80 a.C. hay en torno a seis millones de ciudadanos romanos y trece o catorce de esclavos. La proporción irá aumentando por compra o victorias militares, pero no por reproducción. Es evidente que su libido resulta inhibida por las condiciones de una cautividad hereditaria.

La alta sociedad de la capital comprende unas dos mil personas aproximadamente, rodeadas por un millón de humildes y misérrimos. Lonjas cotidianas y ferias extraordinarias (mercatus) no prosperan con la sobreabundancia que cabría esperar atendiendo a la cantidad de oro y plata almacenada allí, pues el esclavo permite que el efectivo se difunda poco o nada en forma de pago por servicios. Como la entidad de los mercados pende del poder adquisitivo, el intercambio de bienes conserva a duras penas sus niveles previos. Leche y carne han dejado de ser alimentos usuales para el ciudadano común.¹²⁰

4. Transición al Imperio

Abocada la República a ahogarse, el cuadro de miseria en aumento lo interrumpe el último dictador populista, Julio César, que además de ampliar espectacularmente los dominios de Roma aporta el gobierno más apto de su historia, en los quince meses escasos que las campañas militares le dejan para legislar. Sus primeros edictos reprimen con multas el gasto suntuario en tumbas, vestidos, joyas, muebles y hasta mesa, medida en principio demagógica aunque fundada sobre una política de precios. Busca no sólo calmar la ira del pobre, sino obstruir la huida hacia delante de una aristocracia hipotecada a inauditas ostentaciones, que encarecen de modo inaudito también todo tipo de bienes.

Mucho más delicado resulta lidiar con el interés del dinero o usura, pues el populismo predicaba tradicionalmente prohibirla y él sabía que Roma era inviable fulminando el crédito. Su transacción supuso un revés transitorio para los prestamistas, si bien éstos temían algo aún peor y apenas protestaron; concretamente, les impuso renunciar a réditos atrasados y descontar del principal los ya satisfechos, aceptando un quebranto próximo al tercio de lo previsto. Quienes sí protestaron, llamándole pusilánime y hasta sobornado, fueron figuras de su propio partido -algunas tan endeudadas como lo estuviera Catilina-, que insistían en quemar los reconocimientos de deuda. Pero aquello que modera en un plano lo consolida en otro: para el futuro -y aquí el cumplimiento será inexcusable- los préstamos con interés sólo podrán cubrir la mitad del patrimonio inmobiliario del deudor.

Tras esa salvación indirecta del crédito, César logra para Roma lo que Solón obtuvo para Atenas medio milenio antes, derogando las leyes sobre insolvencia. En vez de perder la libertad por impago, el deudor podrá exonerarse entregando al acreedor todos sus bienes. Abolir causas internas de esclavitud anima la concordia, y a esa reforma del derecho privado añade una reforma del público tendente a hacer viable el progreso. Para ello pone en lugar del magistrado tradicional -soberano hasta la irresponsabilidad- funcionarios ligados al servicio público por una supervisión central eficaz, algo sin duda costoso aunque compensado de sobra si se coordina con una autonomización de los ayuntamientos, que les permita crecer a cubierto

de demoras y veleidades centralistas.

Cuando César sea asesinado, en 44 a.C., faltan aún trece años para que termine la centuria de guerras sociales. Sin embargo, ante su cadáver -celebrado en adelante por el nuevo mes de julio-121 todas las clases coinciden en la necesidad de ver terminada la guerra interior. El nuevo Estado iba a ser una restauración del republicano, al mismo tiempo que todo lo contrario. A la república “debían incorporársele los instrumentos principales del periodo previo: el ejército revolucionario y su caudillo”¹²².

NOTAS

98 Hegel, 1967, p. 223.

99 Tito Livio lo sitúa a finales del siglo VI a.C.

100 Un invento etrusco que se remonta al VIII a.C., empleado hasta entonces en construcciones funerarias.

101 En sus ciudades ningún hogar acomodado carecía de varios grifos por donde manaba agua potable, y a las fuentes de calles y plazas se añadían gigantescos baños públicos. Hasta el demente Calígula inició la construcción de un nuevo acueducto que su sucesor completaría, “llenando Roma de muchas y magníficas albercas cubiertas, que aseguraban la corriente muy fresca y caudalosa del agua Claudia” (Suetonio, Vit. Cl. 21, 1), cuando ya dos siglos antes antes el abastecimiento de la urbe dejaba estupefacto a cualquier extranjero.

102 Lo imperecedero del Corpus iuris civilis o Código de Justiniano es que no sólo contiene las normas vigentes al compilarse –en Bizancio, un siglo después de sucumbir el Imperio occidental- sino dictámenes de muchos jurisconsultos del periodo clásico, cuyas eminencias son Paulo, Gayo, Ulpiano, Papiniano y Modestino.

103 Weber 1988, vol. I, p. 441; cf. también Schumpeter 1994, p.105-108.

104 Plutarco, Vit. Cat., 22.

105 Sobre los oficios, I, 42.

106 *Ibíd.*, 1983, vol. I, p. 470.

107 A despecho de los tratados de Catón, y los muy posteriores de Columela y Varrón, que son en realidad ética y sociología del campo.

108 Cf. Plutarco, Vit. Cat., 21.

109 Sabinos, samnitas, etruscos, volscos, ligures, latinos, galos, etcétera.

110 Cf. De Martino 1984, vol. I, p. 188-189.

111 El prestatario reconoce haber recibido 100, por ejemplo, en vez de 50. Acostumbrado a ese desvío, que satisface formalmente a la demagogia, el préstamo con interés no se reconoce de modo pleno hasta el Imperio bizantino, en la novella 136 del Corpus iuris civilis; cf. Aguilera-

Barchet 1989, p. 184, n. 43.

112 Hist. VI, 17.

113 Cf. Mommsen 1983, vol. II, p. 544-545.

114 “Imagínese a Londres con la población esclava de Nueva Orleans, la policía de Constantinopla, la inmovilidad industrial de la Roma moderna y las agitaciones políticas de París en 1848, y se tendrá un cuadro más preciso de la magnífica ciudad republicana” (Ibíd., vol. IV, p. 520).

115 Anales, II, 29-30.

116 Rostovtzeff 1998, vol. I, p. 69.

117 Los equites fueron originalmente quienes podían sumarse al ejército con un caballo comprado a sus expensas, y durante siglos no se opusieron al monopolio senatorial en materia de magistraturas, ya que hasta comenzar la guerra social “sus intereses e ideales políticos coincidían básicamente con los de la aristocracia romana” (Rostovtzeff, 1988, vol. I, p. 56) .

118 Schumpeter 1995, p. 96.

119 Cf. Mommsen 1983, vol. IV, p. 513.

120 Cf. Mommsen 1983, vol. III, p. 407.

121 Dejaría también su apellido en alemán (Kaiser) eslavo (Tzar) y árabe (Quaysar). Los 60 conjurados que le acuchillaron tenían en común pertenecer a dos grupos: o viejos colegas o enemigos amnistiados por él.

122 Rostovtzeff 1998, vol. I, p. 104.

III. DEL ELITISMO AL POBRISMO (II)

“No podemos soportar nuestros vicios, ni hacer frente a los remedios necesarios para curarlos”. 123.

Con Octavio Augusto, hijo adoptivo de César, llegan 56 años de Pax que son el punto más alto alcanzado por la civilización romana. Su organización se basa en principios de eficiencia: pan y fiestas para el pueblo bajo, ocasiones de emprender para el dispuesto a ello y un saneamiento de las comunicaciones basado en terminar con el bandolerismo y la piratería. El viejo elector, que durante la República habían sido senadores patricios y plutocracia plebeya, cede paso al nuevo elector representado por el ejército, una institución totalmente profesional donde cualquier romano no sólo aprende disciplina y técnicas de combate sino oficios y lenguas. Puede ir ascendiendo si muestra cualidades, o servir allí lo bastante para obtener el premio de alguna parcela y retirarse a una existencia civil. Augusto, primer rey-dios (Divus) de su pueblo, garantiza también la distinción entre buen y mal gobierno, pues persigue sinceramente la excelencia, y ya al poco de reinar habría ganado por amplio margen una elección presidencial.¹³⁴

Entre sus decisiones está confiar la gestión del Imperio a los sectores menos anquilosados –la clase ecuestre, la naciente burguesía municipal, los libertos, muchos esclavos de la casa imperial-, restándole así al gestor previo gran parte de su influencia aunque sin granjearse su enemiga. Siendo un tyrannos en origen, ignorar la política expropiatoria de sus análogos griegos y romanos le asegura el apoyo incondicional de una incipiente clase media y del pueblo bajo. Es un amo abierto a cambios graduales y anónimos, derivados en definitiva del autogobierno, cuando los demagogos griegos y romanos fueron amos con alma de esclavo insurrecto. Ahora Roma se basa en el mismo principio que la Atenas de Solón, y sus dirigentes son los ciudadanos más prósperos y prudentes. La movilidad social, que hereda de la centuria ocupada por guerras civiles, sigue un curso paralelo a la bonanza económica, y aparecen figuras insólitas como filántropos plebeyos y libertos multimillonarios¹²⁵. Por entonces el precio medio de un esclavo sano y joven equivale al de cuatro bueyes.

Con todo, tanto el caudillo divino como su ejército revolucionario son instituciones arriesgadas. Nada veta psicópatas, y es puro azar que el Divus sea un benefactor o un malhechor. Idéntica evidencia se impone en cuanto a las fuerzas armadas. Como acoge a todas las clases, el ejército es un elector más democrático que el Senado; pero obrará como su propia vanguardia –la guardia pretoriana-, siendo unas veces escolta y otras verdugo del rey divino¹²⁶. Roma es un gigante con pies de barro, que conoce el refinamiento material e intelectual aunque no una manera de amortizar el desgaste.

Virgilio y Horacio, buenos amigos de Augusto, no se cansan de preconizar una vuelta a la frugal virtud antigua. El Emperador, a quien indignan las maneras licenciosas de su propia familia, reclama hábitos graves para el varón y patrocina el culto a Casta Dea y Venus Verticordia (“transformadora de corazones”), diosas edificantes para matronas y casaderas a quienes la gran opulencia ha hecho desvergonzadas. Tito Livio, que es también amigo de Augusto, habla de “ocaso moral” en el prefacio a su historia del pueblo romano. Ninguno sugiere mirar hacia delante, aunque estemos al comienzo del esplendor. Roma se ha racionalizado y sigue sin racionalización posible, basculando entre el proyecto de César y una fe ciega en la fuerza bruta.

1. El esfuerzo civilizatorio

La piratería ha sido vencida, así como el bandolerismo. No hay secesiones ni conflicto interno, y el fenómeno espectacular es que surgen sin pausa ciudades dotadas de amplia iniciativa. En cada una hay senados que no dependen del linaje, rodeados por condiciones favorables para aprovechar el crecimiento. Florecen en Italia –sobre todo en la Toscana- granjas que equilibran armoniosamente sus elementos (frutales, cultivos de secano, vides, huerta, ganado), y el interés del dinero desciende de modo asombroso, hasta situarse en el 6 por ciento anual. Los aranceles rondan esa misma cifra, Augusto ha puesto fin a las requisas y exacciones extraordinarias de la guerra civil, y la hacienda imperial se conforma con un 5 por ciento de las herencias. Roma y los principales emporios nuevos (Lyón, Tréveris, Aquilea, Antioquía) empiezan a solicitar artículos de calidad, tanto de uso cotidiano como suntuarios, que en buena medida entran por Alejandría, la ciudad más próspera del Imperio. Hay recursos, aspirantes a promocionar y una administración entregada a funcionarios elegidos por concurso de méritos.

La competencia entre ciudades, y dentro de ellas entre sus próceres, es una fuente destacada de obras útiles y ornamentales que deslumbran al visitante, promueven la gratitud de sus respectivas poblaciones y ofrecen empleo al hombre libre¹²⁷. Unas y otras acompañan a un Estado que ya no busca crecer hacia fuera sino hacia dentro, enriqueciéndose con civilización. Por otra parte, incluso sin expandirse la unidad administrativa carece de infraestructuras adecuadas al auge urbano, que pide un abasto descomunal comparado con el campo y sus aldeas.

El gran logro de los acueductos, que aseguran agua corriente a las ciudades, no se corresponde con algo análogo en el suministro de otros bienes. Las calzadas, que el ritualismo ha trazado en segmentos rectos, dibujan quebrados arbitrarios donde los carros se dejan las ruedas y los animales sus tobillos. Fuera del agua, el transporte de mercancías nunca se desarrolla al ritmo en que crecen las ciudades, y casi todas quedan expuestas a hambrunas de cuando en cuando, que a largo plazo bastarán para diezmar su población. Allí donde no hay puerto o una buena cuenca fluvial el traslado de bienes resulta demasiado lento, y el desgaste que sufren los elementos de tracción dispara sus costes.

Cabe decir que el desfase entre sistema y recursos es inevitable: una inmigración campesina masiva genera directa o indirectamente focos de civismo, a la vez que una miseria tanto más aguda cuanto que hacinada. Pero parte de ello remite a la indiferencia tradicional del romano por el rendimiento. Como precisa Rostovtzeff, entre mala alimentación de los animales, amarres mejorables y ruedas un carro medio romano transporta 210 kilos frente al carro medio francés, polaco o ruso clásico, que traslada 500. Cualquier ahorro de trabajo debido a ingenio mecánico le pareció a Roma un modo de consentir al esclavo, así como algo letal para el empleo del hombre libre. Véase por ejemplo la conducta de un César prudente como Vespasiano (19-81), que “recompensó a cierto ingeniero por descubrir una manera de trasladar grandes columnas con poco gasto, pero no quiso ponerlo en práctica para seguir dando de comer a la plebe ínfima (plebicula)”¹²⁸.

En otras palabras, la miseria crónica y las periódicas hambrunas urbanas se aliviarían evitando mejorar el transporte. Desde Solón, cinco siglos antes, los estadistas atenienses afirman que sólo defiende la libertad y prosperidad del pueblo dejar de tener al trabajo por vileza, impidiendo que sea monopolio del esclavo. Los estadistas romanos ven las cosas de modo muy distinto, si bien es Roma y no Atenas quien crea un Imperio tan gigantesco como duradero, cuyo interés está en no disociar el proceso civilizador de la eficacia productiva. El Estado romano puede requisar la vida y las propiedades de cualquiera, pero no exigirle que

respete el trabajo profesional.

Resulta así que la propiedad conquistada bélicamente sigue mermando la derivada de maestrías pacíficas, cuando eso implica ahora tirar piedras contra el propio tejado. Aunque la combinación de unidad imperial y autonomía particular preste a las ciudades excelentes bases para crecer, ¿qué desarrollo se sigue de socorrer al pobre no abaratando el traslado terrestre? “En otro tiempo“, escribe el latifundista Varrón, “el granero era más grande que la habitación del señor; hoy pasa lo contrario por regla general”. Son notas tomadas meses antes de acceder Vespasiano al trono, cuando se cumple el medio siglo de Pax Augusta, y una red de caminos y calzadas sostenida para asegurar el traslado de tropas debe sostener el tráfico entre territorios urbanizados.

A esto se añade que el número de los talleres puede aumentar en número, al ritmo en que aparecen nuevas ciudades o crecen las existentes, pero siguen sin articularse unos con otros para fundar fábricas. El esfuerzo civilizador no se apoya sobre un espíritu industrial, y ajeno a sus posibilidades productivas el sistema exacerba el desequilibrio entre bienes comprados y vendidos. Se supone que el centro puede vivir con desahogo de su periferia -como antes de resolverse a no seguir creciendo territorialmente-, si bien necesaria para ello crecer en renta, cuando lo cierto es que sólo una provincia, la de Asia, no ofrece un balance global negativo. Como siempre, el mercado pende de la capacidad adquisitiva y ésta de lo que ofrezca cada grupo e individuo a otros. La mejor expresión de precariedad es que siga sin consolidarse una clase media extendida, único productor y adquirente adaptado a condiciones civilizadas.

La carga del volumen

Poner en marcha una progresiva diversificación social coincide con el proceso inverso, que es una creciente proletarización del conjunto, lo uno en términos aritméticos y lo otro en geométricos. Empujados por la disparidad entre gastos e ingresos, mejores y peores gobiernos van haciendo de requisas y corveas¹²⁹ extraordinarias el expediente rutinario, como empieza a suceder desde 69 con la primera guerra civil. Si bien la autonomía municipal ha multiplicado actividad y recursos, Fisco es el patrimonio privado del César, que gobierna sobre lo complejo como un pater familias la casa solariega, cambiando a su antojo relaciones contractuales por relaciones involuntarias. Cuando el vino itálico pasa de no cubrir la demanda a sobrar, por ejemplo, Domiciano ordena que se arranquen las vides en provincias, una medida odiosa y revocada por él mismo más adelante, cuyo efecto sobre los vinateros toscanos es llevarles a creer -sin fundamento- que sobrevivirán sin mejorar su producto con algún valor añadido¹³⁰.

En el siglo II reinan emperadores como Adriano y Marco Aurelio, que le quitan al amo su poder de vida y muerte sobre el esclavo y reservan esa facultad a los jueces. Sin embargo, las arcas se han vaciado y sus viajes provinciales suponen tal cúmulo de requisas y prestaciones en trabajo y dinero que algunos próceres locales se suicidan anticipando la ruina, sin perjuicio de ser muy patriotas y reconocer el mérito de esos magistrados supremos. La madurez de la clase equestre crea un estamento de funcionarios civiles y militares excelentemente preparados, aunque el tránsito del despotismo a la tecnocracia sea ya una respuesta a la penuria. Como necesita efectivo pero no quiere aumentar la presión fiscal Marco Aurelio saca a subasta pública los bienes de su casa en Roma, y cuando después de una victoria las legiones piden una gratificación les responde: “Todo lo que recibáis sobre vuestra paga regular es a costa de la sangre de vuestros padres y parientes”¹³¹.

No exagera, porque los ingresos extraordinarios provenientes del exterior han cesado tras afluir durante medio milenio, y aún renunciando a cualquier anexión las fronteras están fuertemente amenazadas. Para subvenir a su defensa y mantener la civilización hace falta

producir más, cuando Roma es tan remisa al planteamiento contable de los asuntos. Cómodo, hijo de Marco Aurelio, abre el arca de los truenos con un tropel de emperadores dementes o incompetentes, en el mejor de los casos buenos soldados, cuyos roces con los sectores cultos y prósperos les llevan a excitar lo demagógico implícito en el ejército como elector. Mandos y tropa apoyan el ajuste de cuentas entre los dadivosos Césares y aquellos aún independientes de su limosna, presentando el arrasamiento de las instituciones republicanas como protección de los humillios frente a los honestiores.

Estos últimos, se dice, pueden y deben asegurar la existencia ociosa de los primeros. La tesis funciona de modo satisfactorio contra quienes denuncian a los nuevos Césares por trasladar al núcleo del Imperio una política de saqueo antes restringida a la periferia. Pero esto es innegable ya por lo que respecta al campo, pues antes de concluir el siglo II una suma de tributos selectivos e incautación ha convertido el suelo itálico y el de otras provincias en agro público, un eufemismo para dominio del Emperador.

Economía doméstica y economía política

El modo más antiguo de gravar al próspero eran cargas de culto (“liturgias”), que desde las primeras polis le responsabilizan de los deberes correspondientes al desposeído, así como requisas de transporte (angareias) y alojamiento obligatorio de soldados. Ahora liturgias, angareias y anonas recaen sobre la aristocracia provincial devota de los Antoninos, y el fundador de la dinastía que les sustituye, Septimio Severo, se despide de la vida recomendando a sus hijos: “Enriqueced a los soldados y despreocupaos del resto”.¹³² Caracalla, uno de esos hijos, declara luego que “sólo yo debo poseer dinero, y para darlo a los soldados”¹³³. Surgen nuevos cuerpos de seguridad –los frumentarii, los stationarii, los collectiones- que actúan a menudo como agentes disfrazados, hasta formar una red de espionaje y extorsión compuesta por cientos de miles de individuos.

Llamados a reprimir la disidencia política, completan sus ínfimos haberes administrando “praxis sobre el cuerpo” a quien no se avenga a sobornarlos para evitar confiscaciones mayores. Caracalla ha extendido la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio en el 212, pero la medida busca multiplicar el número de obligados a la contribución personal (capitatio), y usar ese ingreso para seguir haciendo obsequios a la guardia pretoriana y a las masas más amenazadoras de indigentes, cuyo prototipo es siempre el populacho romano. La ciudadanía se regala e incluso impone, tras cinco siglos de ser un bien por el que se entregaban fortunas y feudos.

Como financieros, los Césares posteriores a Marco Aurelio falsifican la moneda reacuciando con aleaciones fraudulentas, bañando piezas de cobre con plata, aligerando las piezas por procedimientos como el sudado y el limado, e incluso mediante estafas más ambiciosas. Es el caso del antonianus, una moneda que nace valiendo dos denarios pero sólo pesa en plata una pequeña fracción del denario¹³⁴. El hecho de que la moneda buena se esfume, forzando nuevas y caras importaciones de metal, lo interpreta Caracalla como sedicioso sabotaje a sus reformas. Pero ni a él ni a sus sucesores se les ocurre otro modo de pagar a más soldados cada vez, y sus vidas serán muy efímeras si no otorgan a todo el ejército un generoso donativum al coronarse. Reinados como el de Octavio Augusto demoraron ese gasto extraordinario cinco décadas, mientras ahora el número de usurpadores y rivales de cada emperador impone varios donativa por año. El reflejo prosaico es que haya cada vez menos tiendas, menos adquirentes y menos existencias en los almacenes.

Todas las profesiones deben pagar -con efectivo, víveres y trabajo- para que los soldados no se insubordinen, aunque lo hagan a menudo. Al decretarse que el ejército será gestor y beneficiario de la anona, en 194, el denario experimenta su primera devaluación, y un año

antes el hecho que la carne comestible haya desaparecido de los mercados sugiere al emperador Pertinax un revolucionario plan de reactivación agrícola. Hay tantas tierras abandonadas en Italia que campesinos de todo el país son invitados a ocupar sin más una parte de ellas, convirtiéndose así en propietarios. Pero nadie las quiere –para no empezar a existir a efectos de la contribución rústica-, y el plan sólo se cumple muy limitadamente, recurriendo a prisioneros bárbaros¹³⁵.

Nunca había acumulado tantos recursos el gobierno como despojando a su aristocracia económica, ni se había empobrecido y desmoralizado en pareja medida el resto. Pero cuando los prósperos se arruinen y desaparezcan –como le ocurre al conjunto de la clase ecuestre– seguirá habiendo menos para todos, no un nuevo segmento como ella por número de individuos y renta, ni un salto en propiedades del pueblo bajo. El destinatario de las requisas es siempre un Estado indiscernible del autócrata y su personal bolsillo, que practica por sistema una política de parches. Un siglo antes la Hacienda quebraba al agotarse los botines exteriores, y ahora quiebra al agotarse los interiores.

Frenesí disciplinario

El Imperio responde a su falta de eficacia y dinamismo empresarial exacerbando su componente autoritario, sin otro resultado que exacerbar la indisciplina. Los Césares bailan al son de tropas crónicamente insurrectas, mientras los demás se han reducido a máscaras (personae) que reparte o inspira el servicio secreto, en un horizonte donde florecen intentos cada vez más osados de control. Por ejemplo, como ya no sale a cuenta ser publicano (concejal-recaudador de impuestos), se decreta que el cargo será hereditario y obligatorio; y como las defecciones no dejan de crecer se estampa con hierro candente una marca sobre la espalda del publicano actual y del futuro. Lo mismo empieza a suceder con otros oficios, y pronto hay pena capital para quien abandone su ciudad o comarca. Como faltan medios para hacer cumplir esa orden, su efecto práctico es aumentar la arbitrariedad administrativa. El respeto por la ley ha dejado de existir.

Durante el periodo conocido como anarquía militar hay dos *populus in liza*: uno lo forman el conjunto de soldados, agentes policiales y espías; el otro es la proletarizada sociedad civil, que sólo inquieta al Estado como potencial de insurrectos. Las tropas prefieren el pillaje al combate y las ciudades más prósperas –Alejandría, Antioquía, Lyon– son saqueadas por unas u otras legiones. El emperador Maximino, que supera con bastante los dos metros de altura y destaca por una fuerza física pasmosa, le sugiere a un contemporáneo:

“Todos los días podía verse cómo quienes ayer vivían con desahogo habían sido transformados en mendigos; tanta era la voracidad del tirano, amparado en el pretexto de necesitar dinero para pagar las soldadas. Pero cuando Maximino redujo las casas aristocráticas a la miseria halló que el botín era insuficiente para sus fines y atacó la propiedad pública. Confiscó para sí todo el dinero perteneciente a las ciudades, y las reservas que tenían para beneficencia [...] Todo cuanto podía servir para embellecer y todo el metal utilizable para acuñar moneda pasó a las fundiciones. [...] E incluso algunos soldados se mostraban disconformes, pues sus parientes y amigos les colmaban de amargos reproches, ya que Maximino afirmaba obrar así por ellos y para ellos”.¹³⁶

Impulsado por la voracidad del Fisco, alguien tan orgulloso como el romano se acostumbra a hacer ostentación de pobreza¹³⁷. En el año más afligido por la guerra civil –el 238– lo poco que resta de burguesía municipal defiende a dos candidatos entre los seis que luchan por hacerse con el Imperio, y con la llegada de Decio al trono el nudo corredizo que estrangula a las ciudades se afloja un punto. Sin embargo, asegurar la gratuidad al abastecimiento realimenta la progresiva paralización del comercio y sus medios, pues el grueso de la

navegación y el transporte terrestre se destinan a mover tributos de grano y otros víveres.

Por lo mismo, la masa de parados espera en cada urbe una cesta periódica de supervivencia que demora cada día más su llegada, y merma por sistema. La accesión al trono de un jefe militar bien puede hacer que se convierta dos días en cuerno de la abundancia –un festín servido en mesas con mantel por los siervos de palacio–, pero el derroche de hoy mide las estrecheces del suministro algo más tarde. Hace tiempo que el éxodo rural a las ciudades se ha convertido hace tiempo en lo contrario, produciendo desde Maximino un fenómeno tan nuevo como amenazador. Quienes huyen de la pobreza urbana topan con masas de individuos que sobran también en las aldeas, y juntos acaban formando hordas de harapientos guiadas por jefes mesiánicos, las llamadas vagaudas¹³⁸. Alguna de ellas -como la lionesa- llega a ser tan destructiva y poderosa que exige oponerle el potencial de varias legiones.

A la amenaza de bárbaros externos se añaden depredadores gestados por la ruina interna, en un horizonte de latifundios improductivos cuyo propietario principal es el Fisco. El retorno a condiciones de trueque e incomunicación liga la subsistencia rural a una relación clientelar degradada como el colonato, donde el colono no sólo paga con servicios sino aceptando una atadura a la tierra que le compromete a él y a toda su descendencia. Los coloni son esclavos manumitidos a tal fin, granjeros arruinados, peones libres y bárbaros con vocación agrícola, que si no se acogen como esclavos de hecho a su jerarca quedan expuestos al recaudador-policía, o a vivir del aire.

No ya la vida urbana sino la civilización se están desplomando, y si algo merece análisis es que el Imperio sobreviva otros dos siglos al desfase entre un gigante político y un pigmeo industrial. Las cuentas mal hechas del ayer no pueden ocultar una divergencia entre forma y contenido que moviliza el principio de acción-reacción, suprema costumbre del mundo físico, y todo ambicioso orgullo se torna desencanto y terror, con la resignación como única aunque distante meta. En vez de sistema tributario -sea el que fuere- reinan exacciones ilimitadas, impuestas con total discrecionalidad. Ha desaparecido la diferencia entre ser esclavo y hombre libre como cosa distinta de una inscripción registral. Tanta tenacidad puso el romano en afianzar su señorío, y ahora todos -empezando por el impotente vestido de omnipotente, el Imperator-, deben aplicarse a prolongar una agonía tan común como abyecta.

Sigue habiendo alguna actividad, pero “así como al corromperse un cuerpo cada punto adquiere una supuesta vida propia, que es en realidad la vida miserable de los gusanos, aquí el organismo político se ha disuelto en los átomos de personas privadas”¹³⁹. Todos recelan de todos ante la ubicuidad del espía, amoldándose a la existencia cada vez más mísera que impera con la desconfianza. La vida real resulta odiosa, y llega la hora de aspirar a otra. Llevada al callejón sin salida de su propio triunfo absoluto, la conciencia autoritaria descubrirá sentido y consuelo en la conciencia infeliz.

3. Los bárbaros¹⁴⁰ del Norte

El cristianismo es la nueva figura del espíritu, pero nuevo es también para el mundo grecorromano un grupo de tribus ajenas a la vida civilizada, cuya rudeza coexiste con energía y capacidad adaptativa. Julio César, que fue el único en vencerlas concluyentemente, escribe:

“La nación de los suevos es la más populosa y guerrera de toda la Germania [...] Su sustento no es tanto de pan como de leche y carne, y son muy dados a la caza. Con la calidad de los alimentos, el ejercicio continuo y el vivir a sus anchas (pues no sujetándose desde niños a oficio ni arte, en todo y por todo hacen su voluntad) se crean gigantescos y muy robustos. Tanta es su reciedumbre que a pesar de los intensos fríos visten pieles cortas, que dejan al aire

mucha parte del cuerpo, y se bañan en los ríos. Admiten a los mercaderes más por tener a quien vender los botines de guerra que por deseo de comprarles nada”141.

En tiempos de Pericles este pueblo ocupaba el sur de Escandinavia y el noroeste de Alemania, y en los de César algunos grupos habían llegado hasta la margen izquierda del Rin a costa de los celtas¹⁴². Sólo sabemos que poco antes o después de comenzar la era cristiana tres ligas de clanes suecos –vándalos, gépidos y godos- cruzan el Báltico en una migración que les lleva hacia el este y el sureste, hasta ocupar territorios que abarcan desde la actual Polonia al Mar Caspio. Cien años después Roma practica una política de enfrentar a las tribus¹⁴³ para protegerse, subvencionando como aliados (federati) a quienes más conviniese. Tácito les dedica entonces un breve ensayo¹⁴⁴ que pronto queda obsoleto como descripción¹⁴⁵, pues a diferencia de los celtas -que salen debilitados de su contacto con el Imperio- a ellos les galvaniza el encuentro. Confirmando y ampliando las observaciones de César, destaca su salud física, así como la franqueza y honradez con la cual viven. El primero había observado:

“Los que van a sus tierras por cualquier motivo gozan de salvoconducto y son respetados por todos; no hay para ellos puerta cerrada ni mesa que no sea franca”146.

Rasgos idénticos se mencionan entre esquimales y tuaregs, pueblos hechos una rigurosa intemperie, y es digno de mención que ninguno de estos historiadores exprese aprecio personal por ellos. Ni antropólogos muy perspicaces, como ellos, sospechan que el destino de los nórdicos será transformar la cultura mediterránea en Occidente, una tarea muy distinta desde luego a la asumida por esquimales y tuaregs. Además del inusual tamaño y resistencia, al romano le sorprende su flexibilidad para vivir en condiciones tan dispares como el pastoreo y la agricultura, no menos que la rapidez de movimiento. La velocidad expansiva del islam es un pálido reflejo de lo que hacen pueblos enteros, desplazándose con sus mujeres, hijos, abuelos, ganado y enseres¹⁴⁷. Pero desconocer tanto la minería como la metalurgia les imponía una escasez crónica de hierro, y se lanzaban contra la acorazada legión romana con un pequeño escudo de madera y un venablo del mismo material, descubiertas las extremidades superiores e inferiores. Nunca aprendieron a sitiar ciudades, y su principal aportación al equipo bélico antiguo fue el hacha de doble filo y mango corto, empleada para el cuerpo a cuerpo y como arma arrojada.

En una historia de las actitudes ante el comercio los nórdicos empiezan siendo indiferentes, pues las primeras noticias sobre ellos indican lo que seguirán siendo hasta concluir la llamada era vikinga (750-1050): un pueblo básicamente desinteresado por la tierra, que sus magistrados redistribuyen cada año entre clanes. Hasta que las grandes tribus asuman la responsabilidad de heredar el Imperio en sus respectivos dominios -a finales del siglo V- una de sus fuentes de ingreso es cazar y vender esclavos. De ahí que sean bienvenidos quienes se los compren y puedan venderles buenas armas a cambio. Otras mercancías les tientan poco, ya que son austeros¹⁴⁸. Con todo, a la venta de esclavos debe añadirse el intercambio de las pieles que produce el bosque septentrional, la cera y la miel de sus panales y lo equivalente al oro allí, que son el ámbar y el marfil de los elefantes marinos. Siempre deficitarios en grano, aceite y hortalizas, su dieta de pescado, carne, mantequilla y queso resultaba envidiable en extremo para la gran mayoría de los romanos.

La libertad nórdica

Las instituciones escandinavo-germánicas corresponden a grupos que cazan, cuidan ganado y ocasionalmente cultivan, disponiendo siempre de amplios territorios. Desconocen las ciudades, y la cohesión de cada tribu no depende de alguna jerarquía heredada. En contraste con los griegos, que conquistan la igualdad jurídica con guerras civiles y acaban devorados por ellas, entre los nórdicos esa igualdad reina sin lucha, y sólo circunstancias transitorias -como la

cantidad de ganado- distinguen al simple miembro y al hombre de respeto, que puede actuar como juez, árbitro o embajador en función de las circunstancias. Cada año los próceres reunidos en consejo adjudican los lotes de tierra arable a las parentelas, cuidando de que ninguna ocupe más tiempo un territorio específico. Así reprimen un apego que llevaría a crear comodidades en cada residencia, estimulando la molicie, y logran “que la gente menuda esté contenta con su suerte, viéndose igualada con la más ilustre”¹⁴⁹.

La trashumancia, combinada con una vida nómada o seminómada, borra las lindes entre propiedad y posesión por lo que respecta a la tierra. Las extensiones arables, que en modo alguno representan el activo básico de sus economías, son un bien comunal que la tribu va turnándose como turna guardianes¹⁵⁰, si bien el contacto con la civilización hace que los repartos anuales de tierra -recaídos originalmente sobre familias troncales- vayan pasando a ser concesiones a tal o cual individuo. El anarquismo prima sobre el comunismo, y tanto detestan la autocracia que sus reyes son siempre electivos. Más aún, sólo existen en tiempos de guerra e incluso entonces están sometidos al criterio del consejo que forman los próceres, y al de la asamblea compuesta por todos los guerreros.

Estéticamente, la idea de un rey-dios no casa con personas que reservan el estatuto de dioses “a lo visible cuya benevolencia se experimenta, como el Sol, la Luna y el fuego”¹⁵¹. Éticamente tienen a gala no seguir jamás a quien carezca de méritos actuales y manifiestos, y lesionar o matar se paga o rescata entregando cierto número de ganado bovino o equino, tanto si el perjudicado es un rey como si es un prócer o un gris guerrero. La valía de cada individuo, y su igualdad natural ante la ley, se entienden reconocidas de modo suficiente graduando la reparación en términos cuantitativos, y haciendo que el perjuicio causado al gran hombre valga algunos bueyes más. Esto está en las antípodas del monarca como salto metafísico de cualidad, que convierte en sacrilegio cualquier conducta distinta de la sumisión absoluta¹⁵². A los germánicos no iban a faltarles tiranos nacidos en su seno, desde luego, pero antes de que algunas ligas empiecen a asumir la herencia romana sólo un aspirante a ello¹⁵³ evita ser depuesto fulminantemente.

De este rechazo visceral al autócrata divino viene que el feudalismo europeo –sinónimo en tantos aspectos de atraso- consagre principios fundamentales de la democracia como el carácter temporal y siempre revocable del primer mandatario, las rendiciones de cuentas o el control ejercido por consejos. Al enseñorearse de Europa un pueblo para el cual los reyes sólo pueden ofrecer ejemplo y consejo en batalla, pudiendo la tribu atenderles o no incluso entonces, están puestos los cimientos de un Estado que ni se deifica ni se personifica ni es confesional. Hasta hacerse católicos –mientras son paganos o profesan el cristianismo sin misterios predicado por Arrio- su tolerancia carece de paralelo. Los visigodos, por ejemplo, promulgan una legislación para ellos (el Código de Eurico) y mantienen para el resto los usos previos (la Lex romana visigothorum), sin hacer discriminación alguna entre galorromanos, iberos, cristianos y judíos en sus dominios. Más destacados aún por tolerantes resultan los vándalos en sus dominios del norte de África, y en las islas del Mediterráneo occidental.

Eso no obsta para que sean rudos e incultos, prestos como el franco Clodoveo a partir en dos la cabeza de un lugarteniente con su hacha de doble filo¹⁵⁴. Pero es su temperamento lo que acaba inclinando la balanza hacia la sociedad comercial, en perjuicio de la clerical-militar. Entre los inconvenientes de su derecho¹⁵⁵ está que mantenga la arbitrariedad como regla en su sistema probatorio¹⁵⁶, y que al no deslindar la esfera moral y la jurídica prohíba con la misma pena de muerte traición, desertión y homosexualidad¹⁵⁷. Lo incívico de no distinguir esas esferas supone la corrupción de ambas, pues una ética condicionada por castigos o premios externos es hipocresía y un derecho al servicio de cualquier ética es moralina tiránica.

Hay al mismo tiempo un civismo superior en reducir a nada la parte de lo obligatorio delegada en el jerarca, y mantener una regla consuetudinaria. Anticipando lo que pensaba el jacobino Saint-Just –“que cuando las leyes son muchas el pueblo es invariablemente esclavo”–, los escuetos códigos de estas tribus regulan costas de juicio, indemnización y herencias. Aunque ignoran la sutil profundidad del negocio jurídico romano, su iusnaturalismo cosmopolita concibe la ley como articulación de unas pocas reglas universales y permanentes, que en esencia son cumplir la palabra dada y no admitir ninguna transmisión basada sobre violencia o fraude. La descentralización que corresponde a su individualismo brilla en el hecho de que su unidad básica -la sippe- nombre tanto al clan como al hogar de cierto matrimonio, pues sin distinción de clase todos participan en asambleas ordinarias o extraordinarias que regulan la vida colectiva. Del mismo modo que les bastan algunas generaciones para mezclarse con la población de cada territorio conquistado, cambian sus usos más chocantes por tradiciones latinas¹⁵⁸.

Si se prefiere, la tosquedad es a la vez un anarquismo sin rencor, que reconoce la aspereza del mundo y no admite pactos de redención pagaderos con sometimiento. Esencialmente altricial –lo inverso de precoz–, el nórdico tarda siglos en decidirse a cambiar la depredación por la industria, y quizá hasta Lutero no alcanza una conciencia de sí mismo. Pero su culto a la libertad le hace idóneo para el capitalismo no estatal donde acaba desembocando la sociedad esclavista. A esa sangre nueva que irrumpe en la cultura grecorromana hemos de añadir el pueblo judío, que es el comerciante por definición y también la fuente de una guerra abierta al comercio como no se había conocido.

NOTAS

123 T.Livio, Anales, Prefacio.

124 Algún historiador le ha tildado de “tirano sutil”, viendo en él “una cabeza fría, un corazón insensible y un temperamento cobarde que lo indujeron desde sus 19 años a asumir una máscara permanente de hipocresía” (Gibbon 2000, p. 82). Esto quizá sea excesivo, aunque un episodio tenebroso de su vida fuese mandar matar al niño Cesarión, hijo de su padre adoptivo y Cleopatra.

125 Uno de ellos, por ejemplo, dejó al morir 3.600 bueyes, 250.000 cabezas de ganado menor y 4.116 esclavos; cf. Gibbon 2000, p. 60.

126 En el año 69 la tropa mata a tres emperadores, y en 193 hace lo propio con cuatro.

127 Nadie destaca en filantropía tanto como Herodes Ático, símbolo del magnate que quiere ser útil a la comunidad. En Atenas, por ejemplo, levanta un estadio gigantesco hecho enteramente de mármol blanco, donde caben de sobra todos los ciudadanos. En Tróada construye un acueducto, etc.

128 Suetonio, Vit. Vesp., VIII, 18.

129 Tributos en trabajo no remunerado.

130 La revocación de su edicto tampoco se relaciona con criterios de política económica, sino con unas pintadas que aparecen en Roma y otras ciudades: “Aunque me arranques de cuajo, cabrón, haré vino bastante para rociarte el día de tu suplicio”; cf. Suetonio, Vit. Dom., XIV, 3.

131 Dión Casio 71, 3, 3.

132 Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 861.

133 Ibid, vol. II, p. 877.

134 El denario de Augusto pesaba 3,90 gramos de plata legal. El antonianus exige ser cambiado por dos de ellos aunque pesa unos 5,45 gramos y sólo contiene de plata legal un 20 por ciento. Por consiguiente, es orden del César que 1 valga por 8, considerándose un sabotaje tan imprevisible como criminal que la plata de ley desaparezca en menos de dos años. Cf. De Martino 1985, vol. II, p. 435-474.

135 Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 885.

136 Herodiano, Hist. VII, 3, 3.

137 Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 965.

138 De ahí “vagos”

139 Hegel 1963, p. 245.

140 Los griegos llamaban barbaroi (“extraños”) a pueblos tanto nórdicos como asiáticos y meridionales, atendiendo a razones diversas. La barbarie de los persas, por ejemplo, derivaba de ignorar la dignidad política, pasando de un déspota divino a otro. La nórdica de ignorar la escritura y la industria.

141 Bell.Gal., IV, 1-2.

142 Un pueblo dado al misterio -hasta prohibir que su lengua se escribiese- y parecido al azteca por rasgos tan particulares como largas estancias en escuelas, notables conocimientos (astronómicos, botánicos y farmacológicos) y dioses ávidos de sangre humana. En el año 58 a.C. “Los druidas consideran imposible conservar la vida de un hombre si no se hace ofrenda de la vida de otro, y por pública ley tienen ordenados sacrificios de esta misma especie. Forman de mimbres entretejidos ídolos colosales, cuyos huesos llenan de hombres vivos, y pegando fuego a los mimbres les hacen rendir el alma rodeados de llamas. A su entender los suplicios de ladrones, salteadores y otros delincuentes son los más gratos a los dioses inmortales, si bien a falta de éstos no vacilan en sacrificar a inocentes” (César, ibíd., VI, 16).

143 Teutones y escandinavos se consideraban parientes, refiere Tácito, aunque sus lenguas no tuvieran término para el linaje común. Dicho parentesco nos resulta palmario atendiendo a gramática y fonética, por no mencionar imaginación y costumbres. Códigos visigodos del siglo VI coinciden con códigos islandeses y noruegos del XII, sin que quepa atribuirlo a comunicación.

144 De origine et situ Germaniae., terminado hacia el año 98

145 Aunque incluye a las tribus antes mencionadas y a bastantes más –frisios, anglos (entonces asentados en la península danesa de Angeln), suevos lombardos y suevos semnones, bátavos, marcomanos, suiones y sitones, etcétera-, en el siglo III han surgido ligas enteramente nuevas como sajones, burgundios, francos y alemanes.

146 *Ibíd.*, VI, 23. Tácito entra en más detalles sobre su hospitalidad (Germania, XXI).

147 El mapa de esas migraciones muestra, por ejemplo, que entre 387 y 418 los visigodos hacen unos veinte mil kilómetros desde su irrupción en el delta del Danubio. Bajaron desde allí hasta Atenas, remontaron la costa del Adriático y vuelven a bajar hasta Roma; siguen luego la costa ligur hacia Marsella, se establecen en la parte de Iberia no ocupada por otras tribus nórdicas y retoman la dirección norte para quedarse con buena parte de Francia. La distancia y lo fractal de su recorrido no iguala, sin embargo, el periplo de unos vándalos que migrando desde la actual Rusia llegan hasta Iberia, pasan al norte de África y saltan desde allí a Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. Los alanos, que parten del Don, hacen un bucle exploratorio por el norte de Francia y acaban ocupando el curso medio del Tajo, todo ello entre 400 y 411.

148 Julio César refiere que “gastan toda la vida en cazar y ejercitarse para la milicia. Desde niños se acostumbran al trabajo y a vencer la frustración. Los que por más tiempo permanecen castos son admirados, pues creen que así se medra en estatura, fuerza y bríos. Conocer mujer antes de los veinte años es para ellos grandísima infamia” (Bell. Gal., VI, 21). Inmediatamente después leemos que la castidad “es cosa imposible de ocultar, porque se bañan sin distinción de sexo en los ríos, y se visten dejando desnuda gran parte del cuerpo”. Esta observación resulta muy enigmática.

149 César *Ibíd.* VI, 22.

150 Para inmuebles el concepto básico es la *gewere*, que no constituye un título de propiedad propiamente dicho sino un poder emanado de su posesión. En virtud de ello la tierra –incluso tras admitirse su apropiación individual– no puede cambiar de mano sin prolijas formalidades y autorizaciones.

151 *Ibíd.* VI, 21.

152 Es la esencia de la *lesa maiestas* o *desacato*, donde basta un gesto de disciplicencia para ser echado a los perros; cf. Suetonio, *Vita Domitiani* X, 1. Ensuciar la túnica del hombre-dios es suficiente para el prolongado suplicio llamado *retractatio publica* en Roma, un rito conocido y reiterado con otros nombres por persas, egipcios, chinos, etcétera. Sobre lo metafísico del monarca y el último suplicio público europeo, que castiga una leve herida hecha a Luis XV de Francia, cf. Foucault 1978.

153 El marcomano Maroboduus, que trasladó a su pueblo desde el río Meno (Mein) a Bohemia hacia el año 9 a.C.

154 En su *Historia francorum* san Gregorio de Tours celebra el acto (consumado gracias a un ardid que distrajo a la víctima), alegando que un año antes ese individuo había partido en dos con su hacha el cáliz de un obispo.

155 *Reht* en germánico occidental, *lagh* (*law*) en germánico septentrional.

156 Se admiten, por ejemplo, el juramento mediante socios (los *compurgatores*), distintas *ordalías* y hasta el combate. La distinción entre prueba documental y testifical es tan desconocida como los títulos de propiedad. La palabra de un socio, cruzar descalzo un lecho de brasas o vencer en duelo resuelve litigios sin entrar en verificaciones.

157 Por lo demás, sólo algunos griegos evitaron este tipo de precepto. Incluso los romanos, genios jurídicos, mantenían desde el 149 .a.C. una norma -la *lex Escantinia*- que castigaba implacablemente la desviación sexual.

158 El ojo por ojo grecorromano y judío acaba sustituyendo a la regla de castigar los crímenes más graves con una “pérdida de la paz” o repudio -que permite a cualquiera disponer del reo como quisiere-, y a una “venganza de la sangre” durante indefinidas generaciones.

IV. LA NACIÓN SIN SEDE, Y SU TIERRA PROMETIDA

“Alguien luchó con él toda la noche, tratando de derribarle [...]

-Suéltame, porque llega el amanecer –dijo entonces.

-No te soltaré hasta que me hayas bendecido.

-¿Cómo te llamas?

-Jacob.

-Ya no te llamarán Jacob sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios, y prevalecerás sobre los hombres”¹.

Ningún pueblo antiguo ha dado tantas muestras de reserva ante la esclavitud como el judío. Entre compatriotas estaba prohibido que durase más de seis años, y al cumplirse el séptimo el siervo no sólo debía ser emancipado sino provisto de medios para reiniciar una vida libre digna². Tampoco era admisible denunciar al fugado, o molestarle de cualquier otra manera. Herir –y a esos efectos “la pérdida de un diente”- acarrea emancipación automática,³ mientras matar acarrea “castigo”⁴. Pertenecen a ese mismo espíritu otras medidas de liberalidad, como que los propietarios cederán tierras un año de cada siete a los faltos de ellas, o que “cada siete veces siete” (49 años) se condonarán las deudas y volverán a sus antiguos propietarios casas y tierras enajenadas⁵.

Con los foráneos no son aplicables tales miramientos. También lícito lucrarse en los tratos con ellos, e ilícito hacer lo mismo con el israelita:

“No prestarás con interés a tu hermano, trátese de dinero, víveres o lo que sea. Podrás cobrar interés al extranjero, pero prestarás sin interés a tu hermano, para que tu Dios te bendiga por todas tus ofrendas, en el país donde entrarás para tomar posesión”⁶.

Limitar radicalmente la esclavitud y prohibir el cobro de intereses son medidas de

autodefensa, que al discriminar entre nosotros y ellos (los “gentiles”) buscan apuntalar una fraternidad⁷. Así lo manda el Libro: “No explotarás ni expoliarás a tu prójimo: el salario del trabajador no lo retendrás hasta la mañana siguiente [...] En lo que respecta a los hijos de tu pueblo, no te vengarás de ellos ni les guardarás rencor. Amarás a tu prójimo como a ti mismo”⁸.

Por otra parte, la altura de miras es realista en un medio doméstico, pero la estirpe de Abraham crece demasiado para poder convivir en términos familiares, y mientras unos judíos se hacen típicamente amigos del comercio otros producirán una teoría de su ilicitud ética. La fragilidad política del grupo brilla en que sólo logra ser una organización estatal sin disensiones hacia el XI a.C., con David y su hijo Salomón. Los reyes posteriores jalonan la crisis interna de semejante nosotros, cuyo reflejo externo es una debilidad que acaba induciendo la conquista del reino por Nabucodonosor (586 a.C.), momento desde el cual el país irá pasando de un protectorado a otro. Al dominio de los caldeos sigue el de los persas, a éste el griego –a través de los Ptolomeos egipcios primero, luego a través de los Seleucos sirios- y por último el romano. Entre los reinos helenísticos y la conquista de Roma el territorio llamado entonces Palestina recobra su independencia durante una centuria, no como monarquía sino como gobierno de pontífices (“teocracia”).

El periodo teocrático coincide con una reacción ante la idea de una Jerusalem organizada como polis –con constitución, poderes separados, etc.-, que parece apostasía y suscita santa indignación. En las luchas que siguen al fin del gobierno de Siria algunos hijos de gentiles son circuncidados a la fuerza, y los judíos partidarios de formas republicanas son pasados a cuchillo. De esa guerra civil emergen como principales derrotados los integristas esenios, un movimiento que desarrolla el principio de hermandad con un comunismo muy distinto del aristocrático-militar representado por Esparta y Platón. Pero nada entendemos de la secta esenia ni de su heredera –la más influyente aún de los “hombres pobres” o ebionim- sin atender a otras circunstancias.

1. Una lógica mesiánica

Tras la breve aventura monoteísta del faraón Amenofis IV (1379-1363 a.C.), Moisés adapta su idea del Sol como deidad suprema a un ser único, invisible, todopoderoso y de disposición belicosa⁹, cuyo nombre –impronunciable sin desacato- se transcribe con las siglas YHWH¹⁰. La insignificancia de Israel en un entorno dominado por Egipto y otros imperios parece relativizar la sumisión de todo a su omnipotencia. Pero ese desmentido de los hechos se supera anunciando la venida de un salvador/vengador –el mesías-, que sustituirá la muerte por una vida eterna de dicha o castigo¹¹.

A medida que ese emisario mesiánico asume no sólo el conflicto externo sino el interno la espera de su Venida se hace ansiosa y se adapta a contratiempos, previéndose una Segunda Venida para el caso de que sea condenado a muerte y parezca vencido¹². Los profetas, depositarios de dicha doctrina, son futurólogos que prestan contenido a la idea del Omnipotente con la relación entre un Dios celoso y su grey adúltera: “La fiel Jerusalem se ha hecho prostituta”¹³. Adulterio y apostasía son la misma cosa. Desconfiando de la urbanidad como el beduino de los recintos, la Profecía alterna amenaza y arrullo, anuncios de ruina y garantías de abundancia. El vidente más antiguo subraya ya que bendiciones y maldiciones provienen de un lazo marital:

“Oráculo de YVWH: De entre todas las familias de la Tierra sólo he cohabitado con vosotros”¹⁴

YHVW es un infinito fundido con exclusividad, afectado por predilecciones. Su naturaleza resulta incorpórea y dueña del acontecer en general, pero alberga un corazón enamorado que exige correspondencia, o en otro caso obrará con la crueldad del despecho. Osada en términos lógicos, la construcción colma al predilecto de autoestima, al tiempo que le aísla:

“No harás alianza con otros, ni les otorgarás concesiones. No te casarás con otras mujeres, ni darás tu hija a sus hijos, ni tomarás su hija para tu hijo. Porque tu hijo se desviaría de mi senda, serviría a otros dioses, y mi cólera prendería contra vosotros y os exterminaría al punto. Pero he aquí cómo debéis comportaros con respecto a ellos: demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, cortareis sus baldaquinos sagrados y quemareis sus ídolos”.¹⁵

La xenofobia sin paliativos declina cuando ha habido tiempo para fundar la monarquía anhelada, y verla decaer hasta extinguirse. Queda incluso en el recuerdo un rey próspero e inteligente, Salomón, que contrajo matrimonios con princesas extranjeras, les permitió seguir oficiando ritos paganos en su reino y empezó a llamar “sabio” a YHWH, dejando de llamarle “guerrero”. Medio milenio después, el favoritismo xenófobo no sólo es incompatible con Salomón sino con la Diáspora, un fenómeno que exige mantener buenas relaciones con cada anfitrión nacional. Los judíos emigrados responden a esa exigencia con un cuadro de costumbres donde se combinan la fiabilidad, la discreción y el respeto.

El rival de la profecía

La Diáspora empieza con los cautivos de Babilonia (586 a.C.), y más precisamente cuando buena parte de ellos no sólo decide quedarse pudiendo regresar, sino que aprovecha el contacto con la civilización caldea y la fenicia¹⁶ para descubrir el comercio y moverse por toda la cuenca mediterránea, donde pronto sus mercaderes y prestamistas son difíciles de distinguir del cartaginés.

Conocer otros entornos recalca hasta qué punto su Tierra Prometida no es el amable lugar surcado por arroyos de leche y miel sino un foco de subdesarrollo, cuya grandeza sólo podrá reconstruirse sobre bases más afines al realismo. A mediados del siglo V a.C. la actitud reformista es defendida por Nehemías y Esdras, sacerdotes que representan al judío babilónico y reescriben la Ley o Torá¹⁷. Uno de sus resultados es descartar la videncia profética como verdad revelada., entendiendo que tras tantas generaciones de anunciar lo inminente del rey-mesías la autoestima del judío y su cumplimiento del deber habrán de arreglárselas sin ayuda de portentos cósmicos. Las visiones apocalípticas ulteriores a Malaquías dejan por eso de tener acceso al Libro, y YHWH lo certifica diciendo: “Recordad la Ley”¹⁸.

Pero relegar el mesianismo a superstición crónica del vulgo no mitiga ese foco de discordia y, al contrario, encona las siempre malas relaciones entre Profecía y Sabiduría¹⁹. Casi medio milenio más tarde Jesús reprocha a los fariseos “ser hijos de quienes asesinaron a los profetas”²⁰, cuya ausencia “abruma al pueblo con fardos insoportables”²¹. Para entonces hay ya dos tipos delimitados de israelita: uno quiere desahogo y vivir en buenos términos con los demás pueblos, sin perjuicio de cumplir la Ley; el otro es endógamo y percibe “una estrecha relación entre las palabras ‘rico’, ‘violento’ y ‘malvado’ por una parte, y ‘pobre’, ‘manso’ y ‘piadoso’ por otra”²². El segundo grupo -que tiene en común “anatemizar a los grandes”²³- reprocha al primero “un pueblo despojado [...] donde no aparece un Mesías diciendo: ‘Devolved eso’”²⁴. Tales hermanos están corrompidos por “haraganear sobre los divanes y el damasco de sus lechos”²⁵.

A Amós, el primer futurólogo, corresponde también la expresión más contundente de protesta: “¡Malditos sean los gozadores que viven en paz!”²⁶.

Milicias milenaristas

A comienzos del siglo I, cuando el territorio israelita se ha transformado en provincia romana, la pendencia entre unos y otros es al tiempo guerra civil e insurrección contra Roma. El Talmud de Palestina menciona 24 sectas “apóstatas”, que mezclan fe en YHWH con zoroastrismo, astrología, magia y proyectos de desquite contra quienes no preparen el Fin del Mundo. La indignación acaricia alguna variante de Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de la oscuridad, una epopeya de salvación descubierta entre los rollos de Qumrán que combina mística con croquis de batalla²¹. Liberarse del yugo romano coincide de modo más o menos automático con “levantar a los pobres contra los ricos”²⁸.

La figura del rey-mesías ha pasado entonces de esperanza a realidad. En Galilea, tierra natal de Jesús, cuando él acaba de nacer la muerte de Herodes el Grande coincide con el alzamiento del primer caudillo mesiánico, Judas Galileo. De allí son también su descendiente Eleazar Ben Jair –líder de la guerra que se prolonga del 66 al 73- y un tal Ezequías, antecesor de los ulteriores caudillos independentistas²⁹. Exigiendo el gobierno exclusivo de YHWH, estos “hijos de la luz” -también llamados “filósofos”- forman ya en tiempos de los pontífices Macabeos (130 a.C.) las cofradías de celotes y sicarios o portadores de daga (sica), opuestas no sólo al extranjero sino a “renegados judíos que proponen pactar con los gentiles”³⁰. Al principio verifican represalias selectivas, siguen con guerrillas y acaban formando ejércitos como el que derrota al legado consular Cayo Cestio y 35.000 legionarios³¹.

Los hechos subsiguientes harán que el integrismo sacrifique sus cuadros durante cinco generaciones³². En 135, cuando sus últimas tropas hayan sido desbaratadas, el edicto de Adriano equipara circuncisión con castración y prohíbe esa práctica junto con otras de la religión mosaica. El trato de favor que Roma dispensaba a las comunidades judías ha pasado a ser discriminación negativa²⁷. Residuos de la Palestina fanática parecerían ligados a sus piedras, cuando en la actual cunde la misma avidez por matar y morir religiosamente, con expectativas de ir al Paraíso para quienes se hagan sicarios de Dios. Común a los actores del siglo I y el XXI es ser “gentes de un Libro”, en palabras de Mahoma.

Entretanto, la pureza racial y ritual ha dejado de ser un talismán. Desde las primeras sinagogas, en torno a 200 a.C., el sector de los llamados escribas admite como hermano al gentil que se circuncide, aprenda los deberes del fiel y obre rectamente algunos años. Es lo acorde con una comunidad ni cerrada sobre sí de modo excluyente ni volcada sobre la captación exterior de fieles, cuyo gusto por el término medio mantiene a raya el proselitismo. Pero en las inmediaciones del siglo I el milenarista alimenta una sed de reparación incompatible con límites a la propaganda. Sus sectas simplifican de modo drástico los trámites de incorporación a cada una, descubriendo al tiempo la perspectiva de regalar –e imponer- la fe verdadera, sencillamente por el bien del converso. A través de uno de sus profetas, YHWH había negado la pureza racial del judío afirmando: “eres del país de Canaán, tu padre amorreo y tu madre hitita”³⁴. Ahora esta declaración confirma al movimiento Fin del Mundo en planes misionales que incluyen a todos, salvo precisamente al judío practicante. Potenciar el proselitismo es en la práctica otro modo de nutrir la discordia.

2. Dinámicas grupales

Estos cambios no alteran una Tierra Prometida que sigue viviendo básicamente de pastorear ovejas y cabras, y de remesas que mandan los expatriados. El Templo de Jerusalem –única fuente de ingresos propiamente dichos, gracias al impuesto anual y a ofrendas en dinero y especie- es desde tiempos inmemoriales una caja de depósitos, abierta no sólo a sus gestores sino a cualquier particular. Hacia el año 30, cuando ocurre la predicación de Juan Bautista y Jesús, un tercio de la población está compuesto por esclavos foráneos y un quinto por extranjeros libres. Judía de nacimiento y religión es aproximadamente la mitad³⁵.

La lengua griega ha relegado el hebreo a lengua doméstica, y en griego está el texto más antiguo del Libro que es la Septuaginta o Biblia de los Setenta. El Talmud (“enseñanza”) se propone remediarlo volviendo a las raíces nacionales, aunque el medio ha contagiado tanto a sus redactores que no pueden evitar unas tres mil palabras de estirpe helénica. Siendo irreal pretender que los analfabetos abandonen el arameo, lengua común a toda Asia Menor, ellos deben esforzarse por lograr que algo sólo hablado –entre el servicio, los niños y las mujeres de cada buena familia- se convierta en el idioma escrito por todos los instruidos.

Comprensiblemente, esta vuelta a lo más propio no puede limitarse al idioma y llega con una recreación separatista del mundo, para la cual no hay diferencia entre “el criador de cerdos y quien enseña a su hijo la ciencia griega”³⁶. Tanto crimen hay en transigir con los valores de los gentiles como en producir el alimento inmundo para la Ley.

La hermandad exterior

No obstante, el judío ha florecido extramuros. La literatura grecorromana apenas le menciona -y siempre con desprecio- hasta Alejandro Magno, que reserva a su grupo un quinto de la recién fundada Alejandría. Desde entonces se multiplican referencias que le presentan como alguien audaz en sus empresas, controlado en las emociones y filosófico (en el sentido de estudiar por gusto), no menos que desconfiado y misantrópico. Piensa que la misma suerte espera al necio y al sabio, y –más aún- que “en la sede de la rectitud está el crimen, en la sede del justo el criminal” ³⁷.

Como la identidad del expatriado no puede fundarse en peregrinar al Templo y ofrecerle un diezmo, ha sustituido esos signos de pertenencia por cumplir el descanso sabático y frecuentar su sinagoga. Allí le instruyen ciertos expertos en la Ley -los rabinos- que deben saber ganarse la vida con algún oficio distinto de la instrucción religiosa. Esto es algo sin paralelo en los anales del sacerdocio mundial³⁸, y coincide con una pleamar de prosperidad. El Libro prohíbe los préstamos con interés entre judíos, por ejemplo, aunque ese modo tradicional de apoyarse unos a otros no resulta ya útil, y la tradición oral sobre deberes cotidianos –la Halakha (“camino recto”)- empieza admitiendo esos préstamos entre judíos egipcios, mientras no impliquen “explotar una indefensión”. Sus comunidades necesitan desarrollar el crédito para seguir creciendo.

Moisés prohibió cruzar linajes e incluso pactar con el gentil, pero ellos llevan siglos casándose con gentiles y contratando con ellos sin pausa. Deberían demoler los altares de cualquier otra religión, pero respetan con esmero las establecidas en cada punto de exilio y mantienen su identidad a despecho de vivir rodeados por idólatras, politeístas y ateos. Desde la primera Diáspora está implícita una combinación de lealtad y autonomía como la de Spinoza, que se declara judío aunque no creyente. El hecho de vivir en países distintos del propio, donde los nativos nada regalan, les estimula a descubrir modos de prestar servicios útiles a terceros y educar a su prole en eso mismo. La formación meritocrática resultante ayuda a entender la normalidad del buen rendimiento, y el ulterior peso en la historia mundial de un grupo

numéricamente tan ínfimo. Como se ha dicho tantas veces, su dispersión externa coexiste con su cohesión interna.

El programa de aborrecer la “ciencia griega” no es, pues, una caridad hacia emigrantes desvalidos. La cultura helenística impregna a cuatro o cinco millones de judíos -un número superior al de los no expatriados-, que son a principios del siglo I el tercer pueblo del Imperio junto con romanos y griegos, “poderoso en todas partes sin que en ninguna ejerza su poder”³⁹. Julio César lo ha reconocido de modo expreso, otorgando a sus empresarios exenciones fiscales y de reclutamiento. La Tierra Prometida, en cambio, es la provincia más pobre e insignificante de Roma, una Palestina cuyas subdivisiones administrativas -Judea, Cesarea, Galilea y Samaria- cubren territorios abrumadoramente aldeanos, donde ni siquiera Jerusalem alcanza el estatuto de una ciudad populosa y próspera⁴⁰. Como los únicos centros civilizados son una treintena de ciudades costeras griegas, fuera de esos perímetros la pedagogía meritocrática evoca náusea y cólera entre los fieles al Fin del Mundo.

Cuando Galilea empieza a estallar en revueltas el hombre más rico del Mediterráneo es quizá Alejandro Lisímaco, concejal-recaudador (“curial”) de Alejandría y amigo del César Claudio, que no contempla hacer carrera en el ejército o como terrateniente. Tanto valora la falta de raíces que evita pasar del comercio a la industria, porque fabricar le ataría a una sede mucho más que organizar el intercambio de bienes ya producidos. Su hermano Filón tampoco habla hebreo, pero funde judaísmo con platonismo⁴¹ y crea la teología presentando al Teos como logos o racionalidad. Sin dejar de ser un prócer eminente en la ciudad más rica y culta de su tiempo, admira a distancia las severas comunas fundadas por esenios en el desierto⁴². Si fechamos su nacimiento hacia el 15 a.C., como hacen algunos, rondaría la cincuentena cuando Herodes decapita a Juan Bautista. Algo más tarde, al estallar la primera revuelta en Jerusalem, el gobernador romano de Judea resulta ser uno de sus nietos, Tiberio Alejandro. Pero tanto él como algunos otros Lisímacos han renunciado al judaísmo.

Las hermandades interiores

En Palestina el Fin del Mundo y la derrota de Roma empiezan siendo fenómenos disociables, aunque el resultado de las guerras judías acaba identificando ese cataclismo con la derrota propia y la destrucción del Templo. Al margen de tal alternativa sólo hallamos en tiempos de Filón dos escuelas, que representan la reforma y la tradición respectivamente. La hermandad farisea -en origen de los escribas, luego pietistas- quiere ser rigurosamente fiel al espíritu judío, aunque importa la idea asiática del alma inmortal para justificar la fe en una “retribución” post-mortem. Admite al profeta insistiendo en advertir sobre los falsos profetas, y rechaza el racionalismo filosófico profesando un racionalismo práctico que rechaza toda suerte de magia.

Coincide en ello con la escuela saducea, si bien esta última no necesita creer en retribuciones de ultratumba. Los saduceos dicen que

“Dios ni hace mal ni tampoco lo ve. Dicen también que cada uno elige en función de su voluntad. Niegan que haya gloria o tormento para las almas de los muertos”⁴³.

Las familias saduceas habían dado algún sumo sacerdote al Templo, y los fariseos eran profesionales inmersos en la competencia. Pero los saduceos eran un estamento anacrónico desde el fin de la teocracia, y el fariseísmo se perpetuaría fundando hogares donde “la juventud es educada con intensidad única en un estilo de vida sólidamente ordenado”⁴⁴. Herreros, zapateros, curtidores, maestros de obras, vinateros, leñadores, aguadores y otros artesanos, la defensa de la virtud (“pureza”) que hacen no está reñida por principio con el

goce sexual, el dinero o la ebriedad.

La nobleza judía añoraba la teocracia, y el hecho de que los fariseos prefiriesen seguir siendo provincia romana a padecer dictadores nativos evocó odio en las familias sacerdotales y terratenientes. Tampoco caló mejor su mensaje entre los campesinos, porque el fariseo denunciaba al no instruido en la Torá como una “masa” semejante a la harina, moldeable por llamamientos a cualquier histeria. Análogos al puritano europeo, no transigían ni con la corrupción del clero ni con el fanatismo del ignorante ni con la impiedad del descreído, aunando purismo con pautas seculares como la maestría en un oficio o vivir del modo “más risueño” posible. Lo más irritante para el milenarista era que fuesen oyentes desapasionados, bien dispuestos a revisar cualquier criterio mientras su interlocutor tuviera la bondad de no recurrir a patetismos enfáticos para explicarse.

Su nombre pasa a ser sinónimo de hipocresía y avaricia gracias a los Evangelios, donde son “guías ciegos”, “víboras”, “asesinos”, “podredumbre”, “sepulcros blanqueados” y “saqueadores”⁴⁵. Tampoco faltan noticias sobre fariseos que escuchan a Jesús con atención, quieren conversar con él y hasta le agasajan. En el encuentro más ilustrativo para nosotros – por hacer referencia al comunismo- Jesús acepta la invitación a cenar de uno, pero no viene en son de paz. Omite lavarse las manos antes de comer, y ante la sorpresa de su anfitrión (no sabemos si antes o después de apurar el alimento) exclama: “¡Malditos seáis, fariseos! Purificáis el exterior de la copa y el plato, mientras vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. Dad más bien en limosna lo que tenéis y todo será puro para vosotros”⁴⁶.

3. Los grupos comunistas

Sobre la hermandad esenia⁴⁷ disponemos de noticias no sólo antiguas sino modernas, gracias a himnos, oraciones y hasta narrativa épica hallados en grutas del Mar Muerto. Comunas suyas existen ya en el 143 a.C., cuando se refugiaron en enclaves remotos para evitar el exterminio, siguiendo a cierto profeta –el Maestro de la Justicia-, cuyas palabras coinciden a veces textualmente con las de Jesús. De ellos viene llamar ecclesia (“asamblea”) a sus reuniones, un gran interés por los ángeles y otros seres “intermedios” y, ante todo, el reproche de “codicia”. Fuese cual fuese su número en otros tiempos, a principios del siglo I comprendía unos 4.000 individuos dedicados por entero a la santidad⁴⁸.

Es erróneo pensar que fueron “completamente pacíficos”, como creía aún Weber, pues depósitos de armas en Qumrán y varios textos indican lo contrario. Josefo, impresionado por su santidad, les incluye en el alzamiento contra Roma añadiendo que “no lloraron ni rogaron al ser atormentados, sino que perdían la vida con gran alegría, burlándose de sus torturadores”⁴⁹. En el siglo I las comunas esenias tenían finalidades contemplativas (meditar la Ley) y bélicas (preparación para “el día de las venganzas”). Uno de sus documentos les define como “alianza de testigos verídicos para el Juicio, elegidos para sacrificarse por el pueblo y hacer pagar su deuda a los malvados”⁵⁰. Aunque Jerusalem parece haber tenido una puerta y un barrio específico para ellos, en esta época habían roto todo vínculo con la vida urbana y practicaban una regla estricta:

“Evitan los placeres como si se tratara de un vicio, y observan la continencia y el control de los deseos como si fuera una singular virtud. Se casan a desgana [...] No rechazan la propagación de la especie, aunque buscan evitar el contacto con mujeres promiscuas, convencidos de que ninguna guarda fidelidad a un solo hombre”⁵¹.

La mortificación corporal les parecía un modo de lograr facultades proféticas, cosa

expresamente descartada por los fariseos, y no veían el sábado como ocasión de alegría sino de quietud absoluta (donde estaba prohibido incluso defecar). Siendo el cuerpo una cárcel para el alma, mantener a raya su influjo les llevaba a realizar abluciones casi continuas con agua fría, un reto formidable viviendo en parajes desérticos como Qumrán, que en la práctica exigía construir aljibes descomunales para pequeñas comunas. Todos vestían el mismo sayal blanco, pasaban gran parte de la jornada en devoto silencio y portaban siempre una azadilla para enterrar sus heces en el campo, pues no admitían las letrinas. Los que no rechazaban el matrimonio sólo se permitían la copulación en miércoles (convencidos de que la criatura nacería entonces en sábado). Su convencimiento de que la mujer es adúltera por naturaleza hizo que prefiriesen “adoptar hijos de otros, a una edad tierna aún para recibir sus enseñanzas”⁵².

Los esenios interpretaron el “No hurtarás” como prohibición del lucro. Pensaban que ni títulos de posesión ni otros méritos son alegables ante la “necesidad”, y les caracterizó “no comprar o vender entre ellos [...] pues cada uno toma lo que le falta, aunque sin dar una cosa por otra. Forman con sus bienes un fondo común, de suerte que el rico no puede disponer de mayor fortuna que quien nada tiene”⁵³. Opuestos a la propiedad en y por sí misma, condenaron tanto la esclavitud como el dinero. Su impronta sobre Jesús brilla también en el hecho de que “tienen lo feo por hermoso”⁵⁴, y veneran las desgracias corporales (congénitas o adquiridas) como signo de favor divino. En sus documentos aparece la primera mención a un “bienaventurado pobre de espíritu”, añadida a bienaventuranzas para otros indigentes⁵⁵.

El pobrismo

La secta de los “hombres pobres” o ebionim⁵⁶ simplifica al máximo el trámite de incorporación con un bautismo acuático, que acondiciona para el “inminente bautismo de fuego” previsto por su Fin del Mundo. El más antiguo oficiante de dicho rito es Juan, un primo de Jesús nacido sólo seis meses antes, que algunas tradiciones suponen educado por esenios y vive como ermitaño, cubierto por una piel de camello y alimentándose de saltamontes con miel silvestre. Tras bautizar a su primo, y reconocer en él a un enviado de YHWH, convienen en que no sólo Jesús sino sus apóstoles podrán administrar también ese sacramento. La tradición evangélica fecha tales hechos en el año 29 de la era cristiana -reinando Tiberio, el sucesor inmediato de Augusto-, mientras Juan recorre Galilea seguido por muchedumbres crecientes.

Con el tono de los profetas antiguos, el Bautista llama a su público “camada de víboras que invoca la inminente Cólera”, y si alguno pregunta por qué le aclara que se ha hecho sordo al deber de “compartir”⁵⁷. Su orden es que “quien tenga dos túnicas, compártalas con quien no tenga, y haga lo mismo quien tenga alimento”⁵⁸. Para los judíos legalistas es uno entre los profetas delirantes que proliferan desde Daniel, y para Jesús la persona más notoria que le reconoce. A diferencia del grupo de Juan, el suyo escandaliza por falta de rigor ascético⁵⁹: celebra con vino las fiestas, y constituye una fraternidad ni pudibunda⁶⁰ ni volcada sobre mortificaciones corporales, que se mueve por las zonas más idílicas del Jordán y el lago Tiberiades, donde es posible vivir recolectando frutos y peces. Aparte del rito bautismal, su nexo de unión es un rechazo sin condiciones de la propiedad privada y en particular del comercio como oficio.

Prácticas ascéticas definen la vida entera de ciertos individuos, o periodos breves de formación para jóvenes como el semestre de noviciado en templos budistas. Para el renunciante indefinido la desposesión justifica también su libertad de conciencia, pues en otro caso incumbe a cada individuo observar sin desvío alguno los criterios y hábitos del estamento al que pertenece. Único desclasado respetable, el renunciante atiende a necesidades

“espirituales” de los otros fieles, inmersos como están en las estrechas convenciones de su casta o grupo. Cultos ricos en renunciantes –como el hinduismo, el budismo y el propio judaísmo- corresponden por eso a sociedades perdurar, cuyos eremitas contribuyen directa e indirectamente a la paz y el orden.

El planteamiento pobrista, en cambio, refleja una discordia elevada a niveles explosivos que aspira a liquidar la sociedad tradicional, siendo “más bien heroico que ascético”⁶¹. Los profetas antiguos anticipaban castigos de YHWH a Israel fundados en su adulterio-apostasía, mientras los ebionim parten de la propia desunión civil. Más que castigar una transigencia con otros dioses y costumbres, la cólera divina reprimirá un pecado de codicia que funda el desvalimiento de la parte del pueblo más santa y amada por YHWH. De ahí que el milenio -la Venida- implique una restitución generalizada, dirigida a invertir el orden mundano para que ocupe su sitio preferencial el “inocente” o “niño”. Si Amós maldijo a los “gozadores” en general, Jesús precisa: “¡Malditos seáis los ricos, que disfrutasteis ya de vuestra felicidad!”⁶². Tiago el apóstol –Santiago-, matiza algo más la actitud:

“Vosotros los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida, vuestra ropa roída de polillas [...] Habéis atesorado para una edad que termina. Clama el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en delicias sobre la tierra, entregados a los placeres, y habéis engordado para el día de la matanza”⁶³.

Lo sustantivo y lo adjetivo

Llamativamente, ni Juan Bautista ni Jesús ni Santiago habrían sido ebionitas para la historia oficial, que limita el término a grupos acusados de herejía en el siglo III por quienes defienden un dogma entonces incipiente. A tenor de aquellas noticias el pobrismo sería “un repudio del apóstol Pablo”⁶⁴, la creencia de que Jesús “nació de José y María” y “no fue superior a Salomón o Jonás”⁶⁵, cierta secta abstinentes de alimentos cárnicos e incluso el fruto de unos esenios exóticos -los esenios gnósticos o ebionitas- que “matarán a quien no acepte ser circuncidado”⁶⁶. Lejos de ser los paleocristianos propiamente dichos, grey para las primeras comunas fundadas en el Evangelio, los ebionim serían un fruto “ulterior”. Atendiendo a esas fuentes, ni siquiera consta que condenasen la propiedad privada o defendiesen el dualismo del pobre bueno y el rico malo; su nombre podría ser una casualidad, o venir de un tal Ebión como afirma Tertuliano.

Hasta grandes estudiosos laicos modernos⁶⁷ pasan por alto que san Ireneo, san Hipólito y otros apologetas precoces son una base de datos muy incompleta, además de sesgada. Pero el resultado de archivar sin análisis la veintena de líneas dispersas que dejaron –e ignorar lo que recordaremos a continuación del Nuevo Testamento- es percibir como desvío particular y anecdótico el núcleo del mesianismo pobrista, fuente primaria de su carisma. Lo cierto es que “inicialmente todos los judeocristianos eran llamados ebionitas”⁶⁸, y propugnaban “un alzamiento de pobres contra ricos”⁶⁹. Teniendo esto en cuenta resulta sencillo conciliar a ebionitas de primera generación como Juan Bautista y productos de séptima u octava como el sirio Alcibíades de Apamea, que en 212 conmueve a la comuna cristiana de Roma con un libro⁷⁰ donde Jesús es llamado Mesías, aunque no Dios. La secta simplemente perseveró en el monoteísmo, justificada de modo adicional por haber tenido contactos de primera mano con Jesús o discípulos suyos, frente a una corriente grecocristiana que no podía alegar lo mismo.

En efecto, Jesús nunca dijo a su cortejo de fieles que fuese un igual de YHWH, y el hecho de mencionarle algunas veces como “mi Padre” (Abba) les pareció otra metáfora en una enseñanza basada sobre revelaciones indirectas (“parábolas”). Atribuyeron por eso la deificación de su rey-mesías al influjo de un sector extraño, cuya fuerza creciente provocaría una escisión en el grupo de seguidores originales conocido también como notzrim o nazarenos⁷¹. Pero mantener su credo monoteísta sin renunciar a la lógica mesiánica les llevaría a ser repudiados por el continuismo y por el milenarismo, en nombre de Moisés y en nombre del Cristo, una tragedia cuyo primer sacrificado será el propio apóstol Santiago. Jefe de la comuna de Jerusalem, y uno de los muy pocos alfabetizados –de hecho, escribe en un hebreo elegante–, Santiago disputa con los grecocristianos y muere lapidado por judíos ortodoxos.

Siglo y medio más tarde los residuos de esta fraternidad son conocidos también como hemerobaptistas,⁷² baptistas, elcasaitas o simplemente “cristianos de san Juan Bautista”⁷³. Que regalasen todo en forma de limosna, convirtiendo a sus hijos en mendigos, dejaba tan atónitos a los romanos encargados de perseguirles como una confianza en el Cielo que les llevaba al martirio por autoacusación. Uno de los procónsules de Asia exclamó: “¡Infelices! Si tan cansados estáis de vuestras vidas ¿tan difícil es encontrar una cuerda o un precipicio?”⁷⁴. Partiendo del suicidio como virtud excelsa –la de morir oportunamente (mors tempestiva)–, para el romano era una incoherencia llamar pecado mortal a quitarse la vida y luego decretar una lenta consunción económica para sí y su familia.

Las tesis pobristas

Precisamente esto, sin embargo, define la madurez de su comunismo. En vez de ceñirse a centros de clausura, como el esenio, el credo ebionita pone sus cartas sobre la mesa desde el primer acto público de Jesús, dirigido hacia quienes venden ofrendas para los peregrinos del Templo:

“Halló allí a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciéndose un azote de cuerdas les echó fuera a todos, y a las ovejas y a los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: ‘Quitad de aquí esto y no hagáis de la casa de mi Padre casa de comercio’”.⁷⁵

Los “judíos” –de no mediar guerracivilismo el evangelista habría dicho “los presentes”, o “los mercaderes”– le preguntan a qué viene eso, y Jesús responde que quienes le sigan podrán hacer cualquier prodigio⁷⁶. El comercio se rechaza violentamente porque envilece: “Ser amigo del mundo es ser enemigo de Dios”⁷⁷, “no cabe servir a Dios y al Dinero”⁷⁸, y un rico sólo entraría en el Cielo si los camellos pasaran por el ojo de una aguja⁷⁹. María, la madre del Mesías, celebra en su oración que “el Señor despoje a los ricos”⁸⁰, y un siglo más tarde Tertuliano completa el cuadro incluyendo en el elenco de los condenados al rico de espíritu: “¡Cómo me alegraré cuando vea a tantos sabios tostándose bajo las llamas del Juicio Final con sus engañados discípulos, a Virgilio, Horacio y tantos poetas célebres temblando ante el tribunal!”⁸¹. Jesús había dicho:

“Ay de vosotros los ricos, porque tenéis lejos el consuelo. Ay de vosotros los saciados, porque pasareis hambre. Ay de vosotros los que aquí reís, porque llorareis y aullareis”⁸².

El destinatario de las promesas hechas por YHWH no puede ser más distinto de una raza o un linaje, ya que sintetiza a la humanidad doliente y la creyente, al afligido y al crédulo. Tras fustigar a los mercaderes del Templo, el siguiente acto público de Jesús es el Sermón de la

Montaña, donde redefine elocuentemente a los elegidos: “Bienaventurados los pobres de espíritu, los humildes, los afligidos, los hambrientos y sedientos de justicia”⁸³. Es este preciso conjunto el llamado a zanjar el combate entre la luz y las tinieblas con una sociedad extraeconómica, prólogo para el Fin del Mundo. Se cumplirá entonces lo profetizado como “festín mesiánico”, esto es: que “la muerte desaparecerá para siempre”⁸⁴. La buena nueva (eu-angelos) asegura que los últimos serán los primeros, y que hay un premio seguro para quien tome partido por los ebionim:

“Cuando des una comida no invites a amigos, hermanos o parientes, ni a ricos vecinos, para que no te inviten a su vez y te sea devuelta la atención. Al contrario, invita a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos. Serás afortunado porque no pueden pagártelo, y tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos”⁸⁵.

La corriente sapiencial judía intenta proteger al débil inspirándole fortaleza. De ahí afirmar que “el maestro de su oficio trabaja para reyes, no para el vulgo”⁸⁶, usando “balanzas no lastradas, que pesen fielmente”⁸⁷, pues la justicia no debe “favorecer al pequeño ni ser intimidada por el grande”⁸⁸. La corriente profética aborda de modo inverso la protección del débil, y declara: “Palabra de YHWH: llega el momento donde se podrá laborar y cosechar a la vez, plantar la vid e ir a pisarla a los lagares”⁸⁹. Idéntica fascinación por lo imposible enardece al ebionita, que da un paso adelante a la hora de extraer conclusiones. No sólo es posible plantar y recoger al tiempo, sino dejar atrás la actitud previsoras en general. Quien ande preocupado por necesidades futuras blasfema consciente o inconscientemente contra la divina providencia. Tras recordar que pájaros y lirios existen sin siembra ni vendimia, Jesús aconseja:

“No os inquietéis por lo que comeréis o beberéis, o por cómo iréis vestidos. Estas son las cosas que preocupan a los gentiles. Buscad la justicia, y todo se andará por añadidura, todo os será dado con sobreabundancia. No os inquietéis por el mañana”⁹⁰.

Este optimismo va de la mano con un más allá donde cesan el mundo físico y sus condiciones. En la etapa precelestial, acosada por un marco de escasez, al fiel le bastará ceder su mío para vivir sin aperturas terrenales. Con esa desposesión se asegura no ser maltratado por la proporcionalidad entre esfuerzo y recompensa, un tema que aborda expresamente la parábola de los vendimiadores:

“El propietario del viñedo dijo a su capataz: ‘Llama a los obreros y da a cada uno su salario, subiendo desde los últimos a los primeros’. Los de la undécima hora vinieron entonces, y percibieron un denario por cabeza. Cuando llegaron los de la primera hora pensaron que iban a percibir más, pero a ellos también se pagó un denario, y al recibirlo murmuraron contra el dueño: ‘Estos recién llegados sólo trabajaron una hora, y les trataste como a nosotros, que hemos cargado con la dureza y el calor de toda la jornada’. Entonces él replicó diciendo a uno de ellos: ‘No te perjudico en nada, amigo mío. ¿No habíamos quedado en un denario? Toma lo que te dan y vete. Me place dar a quien llegó el último tanto como a ti. ¿Acaso no tengo derecho a disponer de mis bienes como me plazca? ¿Acaso debes sentir envidia porque soy bueno? He ahí como los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos’”⁹¹.

El comunismo niega al individuo el derecho a disponer de sus bienes como les plazca, ya que todo pertenece a todos. Pero el dueño de esta finca no es un propietario cualquiera sino el Señor del mundo, y Jesús le presenta en el acto de llamar envidioso a quien pretenda medir los esfuerzos como méritos. Sin perjuicio de que el Todopoderoso resuelva cada caso como le plazca, su regla es que las necesidades deben predominar sobre cualquier otra consideración.

Este principio, defendido originalmente por los esenios, se desarrolla mediante portentos como la multiplicación del pan y los peces o la del vino en las bodas de Caná, orientados a mostrar hasta qué punto van de la mano una abundancia gratuita y la fe más firme.

Por otra parte, la multiplicación milagrosa no excluye ni la necesidad ni la urgencia de una desposesión personal. “Vended todos vuestros bienes, y regalad el dinero”⁹², lema repetido en las más diversas circunstancias, es un programa insólito no ya en la cuenca mediterránea sino en cualquier otro ámbito antiguo. Las sectas expropian por sistema a sus iniciados, y los ermitaños renuncian a cualquier propiedad tasable, pero el Reino de Dios que Jesús predica no aspira a formar una secta⁹³ ni impone pautas monacales. “He venido para establecer la división. Desde ahora los cinco miembros de una familia se opondrán: tres contra dos y dos contra tres; padre contra hijo e hijo contra padre”⁹⁴. Su tarea implica “incendiar la tierra [...] trayendo no la paz sino la espada”⁹⁵, único instrumento afilado en medida bastante para combatir al Dinero. Debe darse al César lo que es del César, pero para dar a Dios lo suyo se impone desmercantilizar el mundo.

Aunque hay alguna otra visión memorable entre las tesis pobristas, iremos encontrándola al seguir el desarrollo de la Iglesia. Renan mantuvo que nunca conoció el mundo un momento de tanta intensidad emocional como el primer cristianismo, y es en todo caso cierto que hasta entonces no se había instalado tan permanentemente el milagro en lo cotidiano. El curso natural del mundo aparece suspendido y aquí y allá con portentos, que lejos de resultar enigmáticos -¿por qué resucitar a Lázaro y no a niños muertos?- reclaman el estatuto de “pruebas”. Un siglo más tarde la vehemencia de los comienzos sigue intacta, aunque se extiende por un área mucho más amplia. En Alejandría o Cartago los viajeros pueden topar en los caminos con fieles rigoristas -por contraste con los “laxos”- que no se limitan a predicar penitencia y fin del tiempo. En nombre de su grupo -montanista, novaciano, donatista, etcétera- los más impacientes amenazan de muerte a quien no se avenga a matarles, pues sólo el martirio asegura ir al Cielo.

NOTAS

1 Génesis, 32: 25-29.

2 Deuteronomio, 15:12-13.

3 Éxodo, 21:27.

4 *Ibíd.*, 21:20. El pasaje no precisa cuál.

5 Como las enajenaciones derivaban de compraventas, y recobrar un inmueble suponía devolver su contrapartida (en ganado u otros bienes), cosa normalmente indeseable para ambas partes, el precepto no parece haberse puesto en práctica. Cf. Fetscher 1977, p. 17.

6 Deuteronomio 23: 20-23.

7 Cf. Nelson 1949, p. 15-21.

8 Levítico 19:15-18.

9 El más antiguo texto bíblico podría ser la oda triunfal de Débora, una profetisa arcaica,

donde “su avance hace temblar la tierra y estremece a los cielos” (Jueces 5:4). También se llama a sí mismo “jefe del ejército” (Josué 5:14).

10 Vertido normalmente como Yahvé y Jehová. Cuando pronunciaban su nombre los judíos le llamaban Elohim (“ser divino”) y Adonai (“mi señor”). El acrónimo YHWH aparece unas seis mil veces en la Biblia hebrea, y ninguna en el Nuevo Testamento; cf. Bloom 2006, p. 133.

11 En los comienzos, con todo, ese individuo puede carecer de rasgos sobrenaturales. Isaías aplica el término a un pagano como Ciro el Grande, que venciendo a Nabucodonosor permitió a los judíos retenidos en Babilonia volver a su país.

12 Es la intención primaria en el Libro de Daniel -no profético para el judaísmo-, prototipo de la literatura llamada “seudónima”. Alegando ser del 600 a.C., aunque escrito hacia 170 a.C., se apunta como pronóstico certero cualquier hecho intermedio.

13 Isaías 1:21.

14 Amós, 3:2. El original dice “conocer”, en el sentido en que el esposo “conoce” a la esposa, por ayuntamiento. Sobre el factor femenino en la tradición yahvista, cf. Bloom 1995.

15 Deuteronomio, 7: 2-7.

16 Fenicia es otro nombre para la “tierra de Canaán” que conquistan los caudillos israelitas arcaicos, y un territorio donde sin duda echaron raíces antes de ser desplazados políticamente por otros.

17 Los cinco libros llamados también Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio).

18 Malaquías, 4:4.

19 La corriente sapiencial informa fundamentalmente Job, Salmos, Proverbios, Cantar de los cantares, Sabiduría y Eclesiastés.

20 Mateo 23:31.

21 Lucas 11:46.

22 Renan 1967, p. 178.

23 *Ibíd.*

24 Deutero-Isaías 42:22.

25 *Ibíd.* 3:2.

26 Amós 6:1.

27 El Rollo de la Guerra distribuye un ejército de 28.000 infantes y 6.000 caballeros, reforzados por gran número de ángeles; cf. Eliade, 1983, vol. II, p. 344.

28 Flavio Josefo, Historia de las guerras judías 2, 17.

29 Cf. Josefo 1, 7, 252-274.

30 I Macabeos, 1:11.

31 Suetonio, Vit. Vesp., IV,5; y Josefo 2, 18, 9.

32 La primera guerra estalla cuando un grupo de celotes toma la fortaleza de Masada, tras degollar por sorpresa a su guarnición, y concluye allí -siete años más tarde- cuando los defensores se inmolan colectivamente, dándose muerte unos a otros o arrojándose por las murallas. Destruir en represalia el Templo de Jerusalem, crucificar y deportar, como hace Roma, no aborta un planteamiento apocalíptico que vuelve con Lucas-Andreas y más adelante con Simón bar Kokhba, otros dos reyes-mesías. Secundado por el gran rabino Akiba ben José, un guerrero valeroso y capaz como Kokhba inflige a las legiones de Adriano pérdidas aún más graves que las causadas por Lucas-Andreas a las de Trajano.

33 Las reparaciones de guerra incluyen deportar desde Palestina a unos diez mil prisioneros de las mejores familias, que levantan en Roma el Panteón y mueren como hormigas en el empeño. Otra parte de las reparaciones es un impuesto ad hominem, que afecta a todos los expatriados y grava a fin de cuentas su libertad de conciencia.

34 Ezequiel 16:3.

35 Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 596-600.

36 Mischna, “Sanedrín”, XI, 1; Talmud de Babilonia, 82b y 83a.

37 Eclesiastés, 3:16.

38 El judaísmo siempre fue remiso a que el clero adquiriese propiedades, y Deuteronomio establece que “los sacerdotes levitas no tendrán parte ni herencia de Israel; vivirán alimentados por los sacrificios a YHWH y de su patrimonio particular” (18:1). Como el judío emigrado no tiene Templo donde se hagan ofrendas, sus nuevos sacerdotes renuncian a cualquier mantenimiento.

39 Mommsen 1998, vol. IV, p. 558.

40 Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 597.

41 En definitiva, piensa la libertad divina como don (járis, “gracia”) inaccesible a la voluntad humana, una idea retomada algo después por san Pablo. Lutero opondrá la gracia a la venta papal de indulgencias, y Calvino acaba reinterpretando esa libertad divina como fundamento de la predestinación.

42 Su descripción se contiene en dos breves tratados: *Cualquier hombre bueno es libre y Defensa de los judíos*.

43 Josefo, *Guerras 2, 7*.

44 Weber 1988, vol. III, p. 452.

45 Cf. Mateo 23:15-33.

46 Lucas, 11:39-42.

47 Nombre derivado quizá del hebreo *asaya* (“médico”). Filón les menciona a veces como secta de los “*terapeutai*”.

48 Filón, *Cualquier hombre bueno es libre*, 75-91.

49 Josefo, *Guerras* 2, 7.

50 Es la Regla de la comunidad, encontrada en la gruta 4. Cf. Starky 2000, p. 143.

51 Josefo, *Guerras* 2, 120-121.

52 *Ibíd.* 2, 7.

53 *Ibíd.*, 2, 122-123.

54 *Ibíd.*, 2, 7.

55 En los Himnos de la gruta 1, y en fragmentos como 4Q525. Cf. Puech 2000, p. 160-161.

56 El término hebreo tiene como sinónimo “oprimidos”; cf. *Dictionary of Christian Biography and Literature*, voz “*ebionism*”.

57 Lucas 3:7.

58 *Ibíd.* 3:11.

59 “Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y oran, lo mismo hacen los discípulos de los fariseos, mientras los tuyos comen y beben”. (Marcos 2:18-22). Jesús opone a ello que “el vino nuevo pide odres nuevos” (*Ibíd.*, 2:22).

60 Sin perjuicio de que quizá fuese célibe, Jesús aparece rodeado siempre por seguidoras, entre otras una mujer de vida alegre como María Magdalena, a quien defiende con gallardía.

61 Troeltsch 1992, vol. I, p. 59.

62 Lucas 6:24.

63 Epístola 4: 13 –16; 5: 1-6.

64 Ireneo, *Contra los herejes*, 22.

65 Tertuliano, *Sobre la carne de Cristo*, 18.

66 Hipólito, *Refutación de todas las herejías*, 9, 21.

67 Por ejemplo, los trabajos de Weber sobre el judaísmo antiguo, y los de su colega y amigo Troeltsch sobre doctrina social de las sectas cristianas. Este último entiende que “proclamar el valor infinito del alma, como hace Jesús, demuestra sin sombra de duda cuán ajeno era a cualquier idea de la pobreza como valor en sí, y a una necesidad de compensarla [...] Esta

mezquina perspectiva equivale a tratar las doctrinas de la socialdemocracia como si sólo significasen ‘reparto de la propiedad’ y ‘venganza a costa del próspero’” (Troeltsch 1992, vol. I, p. 171). En la segunda parte, comparando el pensamiento de socialdemócratas como Bernstein y Rosa Luxemburg, sopesaremos lo ajustado o no de tal apreciación.

68 Orígenes, *Contra Celso*, II, 1. Orígenes de Alejandría, cuya obra se redacta a mediados del siglo III, es sin sombra de duda el escritor cristiano más culto de su tiempo.

69 Mead 1903, p. 352. Scholars contemporáneos como Maccoby (1987) y Ehrman (2003), entre otros, se ocupan de recordarlo.

70 El de Elcasai, canónico para la secta donde se educará el fundador del maniqueísmo, Manes.

71 O mejor “nazoreos”, que en arameo significa seguidores del nazor (“salvador”). Cf. Minouni 2000, p. 299.

72 “Bautistas cotidianos”, que practican ese rito todos los días.

73 Renan 1967, p. 194.

74 Cf. Gibbon 2000, p. 243.

75 Juan, 2, 14-16.

76 Mandarán a una montaña “arráncate y lánzate al mar,” y ocurrirá; cf. Mateo 21:22-23.

77 Epístola de Santiago 4: 4.

78 Mateo, 6: 24.

79 *Ibíd.*19:24.

80 Lucas 1:53.

81 Cf. Gibbon 2000, p. 210.

82 Lucas 6, 20-25.

83 Mateo 5: 3-7.

84 Isaías 25:8.

85 Lucas 13:12-15.

86 Proverbios 22:29.

87 *Ibíd.*11:1.

88 Levítico 19:15.

89 Amós, 9:13. “En breve” tanto “los leones como los bueyes comerán el heno, jugará el niño

pequeño junto al nido de la víbora, y el recién destetado pondrá su mano en la gruta del basilisco” (Isaías, 11: 8-9).

90 Mateo 6: 31-34.

91 Ibíd. 20: 8-16.

92 Lucas 12:33.

93 “Jesús no organizó una Iglesia [...] y esa es una de las principales diferencias entre su predicación y la de los esenios [...] Es también la razón de que el pensamiento sociológico del Evangelio haya sido capaz de reaccionar contra la tiranía eclesiástica una y otra vez” (Troeltsch 1992, vol. I, p. 58).

94 Lucas 12:51-53.

95 Mateo 10:34.

V. UNA RELIGION PARA EL OCASO ROMANO

“Podríamos decir que la promesa de salvación, principal novedad, es un exorcismo tendente a liquidar el temible prestigio de la diosa Fortuna”⁹⁶.

Una sociedad se estataliza cuando lo tribal no aborta en ella lo civil. Pero el pueblo judío -en contraste con el inglés, el español, el chino o cualquier otro (excepto quizá el gitano)- no está formado por vecinos, compatriotas o conciudadanos, sino por hermanos agrupados en un culto-familia. Para establecer una constitución distinta de sus reglas ético-religiosas encuentra dificultades singulares, que desde mediados del siglo II a.C. imponen una alternativa dolorosa en cualquier caso: o bien la teocracia –desgarrada por luchas sectarias-, o bien ceder la administración a algún Estado propiamente dicho, mal menor para los no milenaristas.

Los ebionitas no comulgan con el ansia de independencia que vertebra a otros grupos milenaristas, centrados como están en la salvación personal. Pero tampoco transigen con el compromiso prosaico del civismo, que reclama autonomía para un orden de cosas basado en respetar ciertas reglas de juego. Su radicalidad viene precisamente de no admitir el juego (“mundo”) en cuanto tal, oponiendo el deber de auxilio mutuo a las ruletas de cualquier fortuna. El bautismo les permite conservar la unidad tribal originaria sin perjuicio de extenderla a toda la especie, y cierta familia limitada pasa a ser ilimitada sin dejar de tener un solo progenitor, que es el único dueño legítimo del mundo.

Los hijos de un padre mortal pueden incapacitarle por pródigo si olvida la cuota que el derecho sucesorio llama legítima. Tratándose del Dios de Jesús imaginar siquiera dicha acción es absurdo –siendo como es un creador infinitamente justo-, pero eso no altera el derecho de cualquier prole a heredar sin discriminación. El paso que los ebionitas han dado desde los hermanos por consanguinidad a los hermanos por bautismo faculta para extender a todos la cuota de legítima y, de paso, para suprimir el tercio de libre disposición. Cualesquiera diferencias patrimoniales consagran el hurto perpetrado por unos pocos a costa del resto, pues Dios creó los bienes terrenales para que fuesen disfrutados por todos.

A la misma conclusión llegamos atendiendo al estado de ánimo y esperanzas del fiel, ya que sentirse lleno de Dios es también saberse infinitamente débil. Jesús corona la larga tradición profética viendo en el hombre a un siervo que no se gana el sostén de su Señor, haragán y pecaminoso en vez de diligente y recto. Para merecer la misericordia divina debería enmendarse, algo deseable aunque imposible sin un acto de soberbia inspirado en última instancia por el ángel rebelde, Satán. No obstante, puede pagar al menos parte de su débito como siervo improductivo de Dios corrigiendo las distancias sociales e individuales, y “destruir con amor fraterno todas las deudas humanas, todos los cálculos de individuo a individuo”⁹⁷.

Propuestas previas de igualdad material -como la platónica- resultan cutáneas y artificiosas comparadas con este comunismo doméstico-amoroso, donde por un lado lo mundano nada importa y por otro es un deber perentorio evitarle privaciones al prójimo. La concentración puesta en salvarse de la muerte y el Infierno es tanta, y tan aguda la conciencia de Dios como acreedor, que no sólo debe dar todos sus bienes en limosna sino amar al enemigo. Bastante enemigo de Dios es ya el hombre, propenso siempre a la insumisión y la desidia, para desafiar su santa ira no poniendo la otra mejilla cuando una resulta abofeteada. Pura benevolencia,

como una revolución que no desea revolución, amar hasta a los agresores acelera el proceso de poner primeros a los últimos.

El proceso quizá evoque alguna resistencia, pero ya no será una lucha fratricida sino una disputa entre hermanos y falsos hermanos. Estos últimos viven en el exilio rodeados de lujo y apostasía, o engañan al pueblo ingenuo desde el Templo y las sinagogas, burlándose en ambos casos de las señales sobre el fin del tiempo.

1. Venganzas recíprocas

En vano buscaremos al “Jesús histórico”, que incontables especialistas han sido incapaces de reconstruir por falta de datos fiables. Tal como YHWH es el prototipo del dios humano, demasiado humano, Jesús resulta ser una persona absolutamente escurridiza que cada biógrafo y cada fiel perciben a su manera. A la pregunta “¿Cómo cree que le ama Jesucristo?” -hecha cada año por la encuesta Gallup- 89 de cada 100 norteamericanos marcan la casilla “De una manera personal”. Así ha sido en todos los países y tiempos, por otra parte, pues “Jesús de Nazaret existió, aunque Jesucristo es una invención del Nuevo Testamento”⁹⁸.

Las noticias no fabuladas sobre él son pocas y vienen de José ben Matías, más conocido por su nombre romano –Flavio Josefo-, único contemporáneo que le menciona. Aristócrata y cabecilla militar durante la primera guerra judía, colega de celotes feroces como Simón bar Giora y Juan de Giscala, Josefo acabó concentrando el desprecio de sus paisanos cuando no quiso inmolarse con otros defensores de una fortaleza, y tras obrar como un pícaro en ese trance salvó la vida augurando a Vespasiano que sería el nuevo Emperador. No contento con esa traición, terminó de indignar a su pueblo cuando osó ver en ese César al “verdadero mesías”. Con todo, no tiene motivos para callar, inventar o exagerar, y aunque dedica más espacio a Juan Bautista ofrece cuatro datos sobre Jesús: fue un galileo nacido de José y Miriam, ingresó en la cofradía de los bautistas, fue crucificado como rebelde por el gobernador romano y su hermano Tiago fue muerto a pedradas por judíos legalistas⁹⁹.

Jesús ha visitado varias veces Jerusalem. Pero en la última penetra triunfalmente, envuelto por “toda la multitud de sus discípulos, que claman ‘Bendito el rey que viene en nombre del Señor’”¹⁰⁰. Con esa comitiva como guardia se dirige al Templo “para espantar a los que vendían [...] acusándoles de convertirlo en cueva de bandidos”¹⁰¹. Ya había expulsado a esos mercaderes al comenzar su vida pública, años antes, pero ahora la violencia se multiplica por la amenaza que representan sus adeptos, añadida a la osadía de instalarse en el Templo a predicar. Parece inminente una efusión de sangre en la ciudad, mientras él fluctúa del pacifismo al belicismo: unas veces sugiere “vender la capa para comprar una espada”¹⁰², y otras anuncia su resignación. Finalmente, cuando el consejo municipal le manda llamar envereda por la vía socrática y muere predicando una paz que no siempre promoviera en vida. “Cordero de Dios que borra los pecados del mundo”, su tormento quiere lavar los adulterios-idolatrías de Israel para con YHVW, e introducir en su benevolencia al resto del género humano.

Es una reconciliación infinita, que clausuraría toda rencilla si ya el Evangelio más antiguo no dedicara dos capítulos a los acusadores nativos de Jesús¹⁰³, con un gobernador romano que intenta salvarle. En el último Evangelio repite tres veces “no veo culpa en él” e “intenta firmemente liberarle, pero los judíos seguían gritando: ‘si le dejas libre eres enemigo del César, a quien desafía cualquier hombre con pretensiones de rey’”¹⁰⁴. Una vez más, no se trata de tales o cuales individuos, o de tales y cuales estamentos, sino de “los judíos”. Pilatos pudo ser una persona pusilánime, y la descripción sería entonces psicológicamente correcta¹⁰⁵, pero el derecho romano atribuye a sus funcionarios monopolio penal y la cruz es

el castigo reglamentario para rebeldes como el esclavo Espartaco. Por otra parte, entre los apóstoles hay un celote reconocido (Simeón) y un sicario o “iscariota” (Judas), quizá dos¹⁰⁶, grupos que desafiaban por sistema a Roma. Para creer el relato evangélico hace falta pensar que a Pilatos esto le habría resultado tan indiferente como que una multitud vetase el comercio en las inmediaciones del Templo, o pululara por la ciudad celebrando la llegada de un nuevo monarca.

Si no es atribuible a censura posterior, la falta de noticias romanas al respecto sugiere que el episodio conmovió poco a Administración. El Talmud de Palestina, única fuente alternativa, no subraya la Pasión como un evento social destacado. Se limita a decir que el tal Jesús –en realidad Joshua o Josué-¹⁰⁷ era hijo ilegítimo de una judía y un legionario llamado Pantero, condenado por Roma como uno más entre los demagogos galileos. Su criterio, inmodificado desde entonces, es que el Nuevo Testamento “está lleno de odio mal informado hacia los judíos, aunque fue escrito por judíos que huían de sí mismos y buscaban congraciarse como fuese con el dominador romano”¹⁰⁸.

2. Caudal y ambigüedad del mensaje

En cualquier caso, es tarde para evitar que el conflicto entre civilización y milenarismo lleve a una guerra indefinida entre fariseos y ebionitas. Dieciocho siglos más adelante, Marx –un ateo que es nieto y biznieto de rabinos- afirma en su primer artículo que “la esencia empírica del judaísmo es la usura”¹⁰⁹. Ha abordado el tema tan de pasada que no atribuye también al judaísmo el primer freno radical al interés del dinero, las primeras fraternidades comunistas y la única cultura antigua contraria a la esclavitud. Tampoco se ha detenido a analizar la discordia aparejada a cualquier gobierno religioso de la política, cosa explicable considerando que su destino será fundar la religión política de nuestro tiempo.

Con “el judío” como quien “mató al príncipe de la vida”¹¹⁰ la pendencia entre proféticos y legalistas toca a su fin. El sacrificio sucesivo de su profeta y su mesías otorga a los primeros una ventaja tan insuperable como creciente, que destierra el prosaísmo meritocrático por un culto dirigido a toda suerte de infelices. Esto faculta para arremeter contra lo sacro de la civilización grecorromana –las lindes de cada dominio-, apadrinando una sociedad de débiles a quienes Dios ama y fuertes de quienes se vengará pronto o tarde. Al mismo tiempo, lo original en la vida y enseñanzas de Jesús es proponer para sí y para los demás la regla del fuero interno, una libertad de conciencia ignorada sistemáticamente por otras culturas y profetas que andando el tiempo cristaliza en el tipo de humanidad característicamente europeo. Como ese deliberar autónomo es la verdadera forma de su contenido, hay siempre un margen para relativizar hasta al pobrismo más intransigente.

Generalizando el obrar “en conciencia” la cristiandad se compromete a una fluctuación desde lo más revolucionario a lo más pacífico, del individualismo al colectivismo, sostenida sobre el amor como principio y fin de todo. Para Jesús la política es una pérdida de tiempo, pero su denuncia del interés particular –personal, profesional, gubernamental, racial y nacional- no puede ser más activa políticamente, y en una Antigüedad que ignora la diferencia entre fenómenos simples y complejos¹¹¹ resuena hasta el punto de dividir la historia en un antes y un después de Cristo. A partir de él es un mandamiento practicar la compasión, lo contrario del egoísmo. Los estoicos llevaban siglos preconizando filantropía cosmopolita, y libertad de conciencia, aunque su ideal siempre fue menos magnético para el gran público.

De alguna manera, ese criterio griego informa el de Jesús y genera una tensión constante entre el elemento mágico-sacrificial y racionalidad. Sin ir más lejos, vencer la inclinación

egoísta es rendirse al cumplimiento de la voluntad divina, si bien esto supone combinar un desapego hacia cualquier cosa distinta de la salvación con esfuerzos orientados a remediar carencias del prójimo. La deidad evangélica ha dejado de ser el Señor de las Batallas, y a tal punto ha cambiado su concepto que el anagrama YHWH no aparece una sola vez en el Nuevo Testamento. Ahora es un Padre benévolo, asimilable al Logos de los estoicos como fiel del equilibrio cósmico, cuyos decretos podrán hacerse equivalentes sin demasiadas dificultades a “ley de la Naturaleza”¹¹². Lo más básico y urgente para el fiel –conquistar el Cielo- implica un cambio de actitud ante los otros en general. Huir de aquella sociedad equivale a poner en marcha una convivencia distinta, donde la unidad de los humanos como criaturas se sobreponga a su compartimentación en grupos.

No había resonado en la Antigüedad una invocación al mejoramiento más llana e indiscriminada, que apelase a lo racional sin olvidar a quienes ansían creer en lo sobrenatural. Si se prefiere, faltaba decir al vulgo que lo divino y lo humano son inseparables, que “Dios se ha hecho Hombre”, cuando sólo esto ampara un respeto incondicional por cualquier otro miembro de la especie, con el proyecto de una paz no basada en victorias o derrotas. Atea y piadosa al tiempo, la idea del Dios-Hombre –“encarnación” del primero y “glorificación” del segundo- deja atrás el rescor ancestral entre inmortales y mortales, cuyo símbolo es el castigo de Zeus a Prometeo por transmitirnos el fuego. Ahora el asunto primario es evitar la muerte, y una astucia de la razón hace que ese delirio coincida con rechazar la inhumanidad del mundo tradicional.

Pero que la simiente florezca toma muchos siglos, a lo largo de los cuales la religión que supera toda religión está formada por milagrería y rencor, como una compasión opuesta a la concordia precisamente, que justifica a Tácito cuando acusa a los primeros cristianos de “odio al género humano”¹¹³. Que la pecadora vida física cederá su puesto a la sobrenatural maldice a la Tierra, e inaugura con esa ingratitud un indefinido ejercicio de hipocresía. El principio humanista queda expuesto al precio de una conciencia desgarrada entre más allá y más acá, superstición y realismo. Su corazón lo colma una amargura volcada hacia dentro, como la del homosexual en una sociedad que abomina formalmente de su inclinación:

“Soy un ser de carne vendido al poder del pecado. No comprendo realmente lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que odio [...] En realidad, no soy yo quien cumple la acción, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que no mora en mí ningún bien, quiero decir en mi carne, y está a mi alcance querer el bien pero no cumplirlo, porque no hago el bien que quiero y cometo el mal que no quiero. ¡Infeliz hombre el que soy! ¿Quién me liberará de este cuerpo que me aboca a la muerte?”¹¹⁴

“La carne conspira contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Hay antagonismo entre ellos”¹¹⁵.

Las comunas iniciales

Carne y riqueza son caras de una sola moneda, y ser santamente pobre significa evitar tanto el *luxus* como la *luxuria*. Hacia el año 40 hallamos a los seguidores de Jesús divididos en una línea que encarna el grupo de Jerusalem y una línea representada por el de Antioquía¹¹⁶. Además de disentir sobre lo obligatorio de la circuncisión y el resto de la Ley, Tiago piensa que la “justificación” ante Dios deriva de “las obras” y Pablo que reside sólo en “la fe”. Esto segundo, cualitativamente menos arduo, se impondrá en poco tiempo.

Mientras tanto, Jesús ha exigido un reparto de bienes que los primeros grupos cristianos cumplen “vendiendo todas sus propiedades y bienes y compartiendo el precio entre todos,

según las necesidades de cada uno”¹¹⁷. Como el Mesías no estableció nada preciso al respecto, la redistribución se verifica a través de los Apóstoles y está marcada por la convicción de que es inminente la batalla entre Cristo y el Anticristo. De ahí que el dinero donado por los fieles no se emplee en producir o reproducir recursos, sino en evitar el comercio y el crédito. Los préstamos, como precisa Santiago, no sólo no deben devengar intereses sino que tampoco exigen reembolso, pues otra cosa “oprime al humilde”¹¹⁸. Es una Hacienda estrictamente transitoria, aunque no exenta de severidad para el defraudador:

“Un tal Ananías, de acuerdo con su mujer Safira, vendió una propiedad; reservó una parte en connivencia con su mujer y puso el resto a los pies de los apóstoles. Ananías, díjole entonces Pedro: ¿por qué ha llenado Satán tu corazón, hasta el punto de mentir al Espíritu Santo quedándote con parte del precio de tu campo? [...] No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír estas palabras Ananías perdió el equilibrio y expiró. Un gran temor se apoderó entonces de todos cuantos lo vieron. Algunos jóvenes amortajaron el cuerpo y se lo llevaron a enterrar. Unas tres horas después apareció su mujer, ignorante de lo sucedido. Pedro la interpeló: ‘Dime ¿el campo que vendisteis, valía tanto?’ Ella repuso: ‘Sí valía tanto’. Pedro continuó: ‘¿Cómo habéis podido conspirar para burlaros del Espíritu Santo? Pues bien, en la puerta tienes las pisadas de quienes han enterrado a tu marido, que te llevarán a ti también’. En ese mismo instante ella se derrumbó y expiró. Un gran temor se apoderó de todos cuanto se enteraron de estas cosas”¹¹⁹.

Que este tipo de gestión fiscal persista algunas generaciones prueba la sintonía del momento con aquello que los gnósticos cristianos y judíos llaman “ebriedad de lo inaudito”. Pero dispone también de un apoyo imprevisto en lo más pedestre y sobrio: el Imperio está llamado a adoptar un culto que bendiga en general la depauperación. Cuando a la figura de Jesús se añada la de Pablo habrá un sólido puente para transitar entre Dios y el César.

3. Un cristianismo operativo

El proceso de reconciliación-escisión representado por Jesucristo se reproduce en Saúl de Tarso un fariseo nacido extramuros que empieza persiguiendo a las comunas ebionitas¹²⁰. Alcanzado por la luz, acaba uniéndose a su fe para “llevar la palabra de Dios a los paganos”¹²¹, e ingresa en el recuerdo como san Pablo Antes de redactar su Epístola a los romanos el bautismo era una inmersión en agua que prepara para la apocalíptica inmersión en fuego; a partir de ella es un requisito para que el “pecado original” no condene automáticamente al infierno. La especie humana depende de una liturgia que sólo el clero puede administrar con eficacia, y el valor de ese grupo concreto se torna infinito. Hay ahora un motivo de absoluta urgencia para que los apóstoles y sus delegados se lancen en misión hacia los cuatro puntos cardinales. La fe es el más impagable de los dones.

Bastaría esto para asegurar a san Pablo un lugar preeminente en la historia de la Iglesia, pero hay mucho más. Antes de incorporarse al movimiento los fieles concebían a Jesús como un mesías iluminado aunque humano, y Pablo colabora en el triunfo final de un Dios repartido en tres personae: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Igualmente destaca su actividad como organizador, que convierte en distancia estética la desventaja teórica de no haber conocido al Mesías y permite un filtrado de tradiciones orales muy distintas¹²² cuyo producto es un cuerpo de doctrina unitario y a la vez multifacético -el Nuevo Testamento-, donde un tercio de las páginas está ocupado por cartas suyas a las primeras comunas cristianas. Este volumen – disponible desde principios del siglo II- convierte un credo local en religión ecuménica, bien adaptada al mundo de su tiempo.

Más aún, para que la nueva fe tuviese futuro se imponían al menos tres condiciones, que

Pablo asume explícitamente. La primera era no tomar al pie de la letra el retorno inminente del Cristo, viendo en la redención un trabajo lento y a fin de cuentas indefinido¹²³; como salvarse coincide con un progreso interior del fiel, basta saber que la nueva religión lucha con todas las otras y triunfará sobre ellas. La segunda condición era deslindar esa espera de la ociosidad, organizando la Iglesia sobre un realismo ajeno a la corriente profética, y pocas declaraciones tan claras en ese sentido como “De día y de noche debemos afanarnos con trabajo y fatiga para no ser una carga [...] Si alguien no quiere trabajar, que no coma”¹²⁴. La tercera condición era no confundir pobrismo con abolicionismo, amor incondicional por el débil y rechazo de la esclavitud como institución, pues “los esclavos deben servir fielmente a sus amos”¹²⁵. Concretamente:

“Que cada uno siga en el estado en que lo encontró la llamada de Dios. ¿Eras esclavo? No te preocupes. Aunque puedas convertirte en libre, aprovecha más bien esa condición. Pues quien era esclavo es un liberto del Señor, tal como quien era libre es un esclavo de Cristo”¹²⁶.

“Esclavos, obedeced a vuestros señores terrenales con temor y temblor, de corazón. No os limitéis a la obediencia externa que busca concitarse el favor de los hombres, sino afanaos como esclavos del Cristo que ponen toda su alma en cumplir la voluntad de Dios”¹²⁷.

Como ninguno de estos tres criterios aparece en las enseñanzas de -donde más bien hallamos lo contrario-, Pablo hubo de disputar con los demás apóstoles para imponer su perspectiva. El Nuevo Testamento, única fuente de datos fiables sobre él, fecha su muerte en los últimos años del reinado de Nerón¹²⁸ sin por ello despejar multitud de incógnitas. Tan misteriosa y escurridiza para el historiador como la de Jesús, su figura sólo se convierte explícitamente en faro de la cristiandad tras siglo y medio de relativo oscurecimiento, cuando el Imperio occidental está a punto de desaparecer y surgen los primeros Padres eclesiásticos. Pablo es conciencia infeliz en estado puro -“un ser de carne vendido al poder del pecado”-, aunque su combinación de misticismo y genio organizador inspira directa o indirectamente el proceso adaptativo de las comunidades cristianas.

El cambio en la opinión pública

Al pagano culto del siglo II los cristianos le parecen orates a medio camino entre el pirómano y el mendigo, reclutados generalmente entre pobres diablos. Un siglo más tarde le parecen peligrosos por su capacidad para servir tanto en las legiones como en puestos civiles, sin perjuicio de representar un sabotaje sistemático para los valores tradicionales. Y, en efecto, así es. Pero el tránsito de una amenaza a otra merece dos palabras.

En el siglo II, cuando empiezan a circular ediciones del Nuevo Testamento, casi todos estos fieles son esclavos, libertos y hombres libres de humilde condición, que se mantienen en la marginalidad para cumplir al pie de la letra su Libro. Trabajar les parece un efecto del pecado cometido por Adán y Eva, que no condena a quienes hayan recibido el bautismo. Lo próximo de la Segunda Venida implica una existencia de consumidores, capaces de subsistir mientras cada grupo cumpla la regla de reparto y sea ascéticamente frugal, y Tertuliano evoca a aquellos primeros fieles diciendo que “el hambre no aterra a quien está preparado para morir con Cristo”¹²⁹. El peligro de superpoblación sugiere controles de la natalidad como el que argumenta san Cipriano, uno de los obispos más destacados: “Cuando el mundo era joven tenía sentido crecer y multiplicarse, pero para su etapa de senectud lo pertinente es el consejo evangélico de ejercer la castidad”¹³⁰.

No menos decisivo para que individuos y comunas practicasen inicialmente el absentismo

laboral fue evitar una contaminación por contigüidad con los paganos¹³¹. Sin embargo, el hecho de demorarse el Fin del Mundo insta el surgimiento de la Iglesia, una entidad llamada a la permanencia y no diseñada siquiera vagamente por Jesús, que comienza a existir como tal a principios del siglo III. Con la Iglesia llegan muchos más fieles, un vendaval de polémicas teológicas y una institución que trasciende a cualquier individuo, un complejo de sujeto-objeto. A mediados de ese siglo al menos un décimo de la población es cristiano, y suenan las primeras voces de alarma ante un grupo que se niega a colaborar con esfuerzo y respeto al Estado¹³², seguidas por las primeras persecuciones. Quizá instigados por ellas, empiezan a colaborar en toda suerte de oficios civiles y militares, a juzgar por las protestas que esto produce en cristianos troquelados a la antigua usanza. La Iglesia tiene intereses de conservación comparables a los del propio Imperio, y sólo es cuestión de tiempo que limen sus respectivas diferencias.

Ahora los cristianos disponen de portavoces elocuentes como Tertuliano (c.155-220) e incluso eruditos como Orígenes (185-264), que habrían sido santos muy venerados de no incurrir en una u otra herejía, pues el precio que paga la unidad eclesiástica es precisamente una ortodoxia inflexible. Hasta los administradores prácticos de cada congregación empiezan a ser personas capaces de redactar libros, sin perjuicio de hallarse inmersas en el desgarramiento de esta vida o la otra. Un modelo del dilema es el propio san Cipriano (200-258), primer obispo de Cartago y acuñador de expresiones célebres –“la Iglesia es la Esposa pura de Cristo”, “no tendrá a Dios por Padre quien no tenga a la Iglesia por Madre”-, que empieza escondiéndose ante la persecución del emperador Decio y termina sucumbiendo a la de Valeriano. Tampoco faltan entre las más altas autoridades eclesiásticas individuos de rara versatilidad como Calixto I (217-222), que tras ser vendido como esclavo administra con picardía el negocio de su amo –una casa de empeño- para comprarse la libertad a través de un testaferrero. Acto seguido gana una elección a obispo y acaba accediendo a la sede romana, en reñida batalla con el antipapa Hipólito.

Los cristianos empiezan siendo objeto de represión como algo chocante por grotesco, y acaban siéndolo no tanto por insolidaridad hacia los deberes de ciudadanía como por poner en peligro de extinción a cualquier otro culto. Su creciente coherencia engrana con una creciente incoherencia del Imperio, que se manifiesta ahora en el proceso llamado de la anarquía militar. Volvamos a Roma para precisar el estado de cosas.

4. Lo divergente converge

Ciertos años como el 253 hay tres Emperadores, y otros -como el 235- su número puede elevarse a seis. El tropel de aspirantes y guerras escenifica la tragedia muda de que el esquema administrativo va dejando de asegurar el intercambio de objetos variados entre ciudadanos distantes. La gran unidad es un peso muerto, cuyo coste no mantiene la comunicación entre células y evoca procesos gangrenosos. Que los recursos se destinen a remendar agujeros pertenece al mismo orden de cosas en cuya virtud los caminos terrestres y marítimos vuelven a ser arriesgados o impracticables, y el valor de las propiedades se desvanece como agua vertida sobre arena.

Siempre que cunde el hambre las oportunidades de inversión son óptimas, pero los Césares llevan demasiado tiempo regalando -víveres a masas potencialmente subversivas, tierras al Ejército- a costa de granjeros mayores y menores, profesionales y hombres de negocios, último rastro de particulares con capacidad para invertir. El traslado de anonas es la principal actividad no militar, y una alta proporción de los medios disponibles para el transporte comercial se dedican a esos repartos extracomerciales. Ahora Roma ha esquilado a su propia burguesía provinciana, nacida de una autonomía municipal que va recibiendo

sucesivos recortes hasta desaparecer en la regimentación de todo. Aunque los dominios orientales duran incomparablemente más como sociedades diversificadas, hasta sus mayores focos previos de producción y comercio –Alejandría y Antioquía– han sido saqueados en un momento u otro por el ejército imperial, y nunca se repondrán del todo.

Modelo de sociedad hecha a vivir del trabajo ajeno, Roma es el paradigma del amo que prefiere morir luchando a perder su derecho infinito sobre el esclavo. Ocuparse de “aquello que provee a las necesidades materiales” es lo vil por excelencia, impropio de cualquier hombre bien nacido y más aún del que se debe a su “elevada condición”¹³³. Esa actitud hace especialmente instructivo el proceso por el cual sus ciudadanos acabaron proletarizados en masa, entendiendo por proletario no el ilustre nombre de quienes aportaban prole a la República sino el estatuto de quien sólo posee necesidades, y está obligado a trabajar como mano de obra inespecífica, o a vivir del subsidio. Todos los oficios civiles y militares han pasado a ser hereditarios.

Reorganizando la miseria

“Ser llamado a filas”, recuerda un historiador, “estaba reservado a quienes tuviesen un país que amar, una propiedad que defender y cierta participación en unas leyes que respetaban tanto por interés como por obligación”¹³⁴. Como el minifundista quedaba exento del deber patriótico, la legión original estaba compuesta por granjeros de cierta entidad mandados por caballeros y dirigidos por senadores, que representaban la aristocracia agraria. Ahora han desaparecido no sólo la antigua clase senatorial y la ecuestre sino aquél granjero, absorbido por latifundios o expropiado por el Fisco, correspondiendo los rangos militares a bárbaros o romanos míseros, condenados a una vida peor aún si no se enrolaran. Cuando no han salido de la tropa, los generales-emperadores pertenecen a la única elite profesional superviviente, donde conviven latinos con germánicos, balcánicos o hasta asiáticos como Filipo el Árabe.

Arruinados, quienes antes asumían o supervisaban la producción y distribución de bienes trabajan como servidores públicos indiscernibles del esclavo, y militares en excedencia o en activo han acabado siendo propietarios de los predios rústicos y urbanos. Salvo jefes del ejército, que dirigen también las gigantescas policías, todos los urbanitas dependen de alguna cartilla de racionamiento con la cual especulan tan juntos como aislados, temeroso cada cual de que otro le denuncie por rebeldía, sociedad secreta o magia. El espectro social se achata, algo que si en un sentido venga al pobre del rico en otro le hunde más aún. Irse ciñendo progresivamente a lo imprescindible en alimento y vestido generaliza un ascetismo pintoresco: el de quien tiene siervos pero vive finalmente de conseguir alguna limosna, y aprende a estirar para una semana lo que comería en un día.

La contracción global del producto precipita también un ocaso en los mercados de esclavos, hecho en principio estimulante que ahora significa sólo progresiva falta de liquidez y empleo. Ya no sale a cuenta enseñarles un oficio y cobrar su salario, porque escasea cada vez más quien puede pagarlo. Techo, vestido y alimento pasan a ser algo demasiado caro para casi todos los supuestos hombres libres, condenados a heredar el oficio de sus padres y a regalar trabajo cuando el Estado lo mande. Es por eso un eufemismo llamar “baja clase media” al precipitado urbano de siervos no rentables, libertos y ciudadanos míseros, como hace Weber, pues lo propio de cualquier estrato intermedio es alguna movilidad -ascendente o descendente-, y dicho rasgo brilla ahora por su ausencia. Tal o cual individuo quizá se convierta en magnate o hasta Emperador, pero la excepción confirma la regla y la regla es ahora un estancamiento que las leyes defienden con pena capital para el infractor.

En el ámbito rural el fracaso de los latifundios es otro elemento decisivo para la crisis del esclavo strictu sensu, pues la explotación basada sobre grandes cuadrillas de forzados es ruinoso y los dominios que no quedan improductivos deben retransformarse en granjas medias o pequeñas. Pero ya no hay granjeros autónomos, sólo algunos campesinos libres depauperados por el experimento del latifundio y sumidos en deudas por el Fisco. La lógica inmovilista que todo lo preside añade a esa mano de obra un contingente de esclavos emancipados (parte de las grandes cuadrillas previas) y otro contingente de bárbaros dispuestos a emplearse en la agricultura, convirtiendo al conjunto en “colonos”. Aunque son jurídicamente libres, arriendan tierra ajena -pagando ese usufructo en especie o servicios- y están atados a ella. Si su propietario vende la tierra ellos van con ella, y las deudas de los padres se transmiten a los hijos, nietos y biznietos. El oficio de campesino ha pasado a ser tan hereditario como los oficios civiles y militares. El Imperio ha descubierto aparentemente un modo de tener tantos esclavos como habitantes, y sin necesidad de comprarlos ni mantenerlos.

5. Un gobierno militar para la economía

Por otra parte, un prodigio tan extraordinario sólo se postula en situaciones de agonía, y los esfuerzos imperiales no logran evitar que la iniciativa privada dimita en bloque. De ahí que Aureliano reorganice en 273 los collegia relacionados con el transporte y almacenamiento de víveres, convirtiendo el abasto en un servicio estatal dividido por secciones y negociados. Para entonces el denario de plata ha perdido su ley, y allí donde la auctoritas no impone como plata una manifiesta pieza de bronce se limita a bañarla con ese metal. El oro, que ha desaparecido de la circulación, sólo emerge con chantajes hechos a personas determinadas. Común a Aureliano y sus sucesores, todos de vida muy breve, es tratar la economía como sierva del mando (ancilla imperium), e ir delegando la actividad productiva en sistemas involuntarios de relación. El juego de oferta y demanda parece fuera de lugar cuando la ciudadanía ha pasado a ser un no-propietario multiplicado indefinidamente, y en situación de paro crónico.

A finales del siglo III las guerras entre aspirantes y titulares del trono han producido una postración tan intensa como aquella que fundara la Pax de Augusto, sembrando un ansia de concordia a cualquier precio. Pero el estado de cosas es incomparablemente peor, y la restauración que se confía a Diocleciano supone convertir a un recio soldado profesional en hacendista y jurisconsulto. Con la vida cuartelera como modelo, estataliza la producción de grano y pone en marcha reformas monetarias, administrativas y fiscales dirigidas a simplificar como sea, ahondando en la desvinculación de estímulos y procesos. Un hito en ese sentido es su edicto sobre precios máximos, que saluda la llegada del siglo IV dictando topes salariales y valor de cambio a un millar largo de artículos. La Exposición de Motivos del precepto es instructiva:

“¿Quién será tan insensible o falto de humanidad para no haber advertido que los precios excesivos se extienden por el comercio de los mercados y la vida cotidiana de las ciudades, y que el ansia desmedida de beneficios no es aminorada ni por la abundancia de suministros ni por los años de buen fruto? [...]

Como una situación provechosa para el género humano rara vez se acepta de modo espontáneo, y como la experiencia nos enseña que el temor es la guía más eficaz y la mejor regla para el cumplimiento del deber, nos complace que sea sometido a pena capital cualquier persona que incumpla las medidas de este estatuto”¹³⁵.

Como cuando se define un dios por ser el verdadero, o un país por ser el mejor, adjetivar el sustantivo cancela su análisis, presentando lo “excesivo” del precio y lo “desmedido” de la ganancia como variables dependientes. Hoy nos parece obvio que abaratar los bienes sin

producir recesión sólo es factible por el camino indirecto de elevar cada renta, aumentando el volumen y la velocidad en el intercambio de productos. Eso lleva consigo mejoras las infraestructuras de comunicación, frenar la arbitrariedad de las exacciones y suprimir la adulteración de la moneda, dirigiendo los esfuerzos a reducir el déficit público. La perspectiva de Diocleciano es otra, y cree que producción y consumo crecerán cambiando lo “espontáneo” por el “temor”.

Pero el proyecto de poner al comercio de rodillas fracasa. “En el primer momento”, refiere un testigo, “la alarma fue tal que nadie salió a vender, y la carestía empeoró aún más, aunque tras muchas ejecuciones la simple necesidad llevó a revocar la norma”¹³⁶. Ejecutar a alguien porque no vende patatas, gallinas o hebillas por menos de tanto o cuanto no toma en cuenta que faltan medios para vigilar el cumplimiento del plan, y un Emperador amargado por los límites de la coacción dedica el final de su gobierno a perseguir cristianos, a quienes acusa de construir un Estado secreto con ramificaciones en el ejército. Puesto que han osado incluso levantar una parroquia frente a su palacio en Nicomedia (Sarajevo), ejecuta a varios miles de fieles y entre ellos a nueve obispos. Es un número hasta cierto punto modesto, considerando que hay ya varios cientos¹³⁷.

NOTAS

96 Eliade 1983, vol. II, p. 274.

97 Troeltsch 1992, vol. I, p. 58.

98 Bloom 2006, p. 34.

99 También podría ser cierto que Jesús –sin perjuicio de pertenecer al estrato artesanal-descendiera de un linaje davídico, título privilegiado para aspirar al estatuto de rey-mesías. Ya desde el profeta Daniel, y más aún en los años inmediatamente previos a su nacimiento, un desasosiego social manifiesto en brotes de insurrección se une a rumores sobre la llegada de un nuevo David. Eso explica, sin justificarla, la matanza de niños decretada por Herodes el Grande en Galilea, territorio levantisco por excelencia.

100 Lucas 19:37.38.

101 *Ibíd.* 19:45-46.

102 *Ibíd.*, 22:36. Allí mismo añade: “Porque la Escritura dice: ‘Se le contará entre los forajidos’”.

103 Que es el consejo de los notables o Sanedrín, donde están representados la nobleza (“ancianos”), los saduceos (“sumos sacerdotes”) y los fariseos (“escribas”). El Sanedrín decide acusarle de “blasfemia” cuando Jesús se identifica como el Mesías anunciado, “Hijo del Bendito”. Cf. Marcos 14:53 y 14: 60-65.

104 Juan 19:12.

105 Para una sólida argumentación en contrario, y de un teólogo católico, cf. Lemonon 1987, p. 74-97.

106 A juzgar por el episodio donde san Pedro le corta la oreja a uno de los agentes policiales con su sica (Juan 18:10).

107 Josué tomó Jericó, y es célebre por pedir a YHWH que detuviera el Sol para poder exterminar a todos los derrotados en una batalla.

108 Bloom 2006, p. 35.

109 Marx 2005, p. 12. Ha empezado diciendo: “No puede el judío oponer a la nacionalidad real su nacionalidad quimérica y a la ley real su ley ilusoria, creyéndose con derecho a estar al margen de la humanidad, a no participar por principio del movimiento histórico, a aferrarse a la esperanza de un futuro que nada tiene que ver con el futuro general del hombre” (Ibíd., p. 1).

110 Hechos de los apóstoles, 3:15. Es el primer discurso de san Pedro a “los hombres de Israel” en Jerusalem. A principios del siglo III san Hipólito considera a los judíos “avergonzados por haber matado con sus manos al Dios que vino” (Refut. her., 9, 25).

111 Aristóteles usa la distinción en su Política, pero el Estado sigue pensándose como “un hombre especialmente grande” (siguiendo la pauta platónica) hasta el siglo XVIII, cuando el holandés Mandeville abre los ojos de la Ilustración inglesa al proceso “vicios privados, virtudes públicas”.

112 Los primeros cristianos occidentales cultos, san Ambrosio y san Jerónimo, llaman “escritores eclesiásticos” a estoicos como Séneca y Epicteto, a despecho de ser paganos.

113 Anales XV, 44.

114 Pablo, Epístola a los romanos, 7:14-24.

115 Epístola a los gálatas, 5:17.

116 La palabra “cristiano” –mesías en griego (jristos) con una desinencia latina- aparece en esa ciudad, y se exporta desde allí.

117 Hechos de los apóstoles 2:44. “No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad” (Ibíd., 4:32-33).

118 Epístola de Santiago, 2:6.

119 Hechos. 5: 1-11.

120 Dirige la primera purga en Jerusalem, “devastando a la Iglesia cuando iba de casa en casa, deteniendo a hombres y mujeres” (Hechos, 8:3).

121 Ibíd. 9:15.

122 Fundamentalmente, el hebraísmo en buena medida elemental que informa los evangelios “sinópticos” (Marcos, Mateo, Lucas) y la teología platónica-gnóstica-zoroástrica de Filón, que inspira el evangelio de Juan, así como la Epístola joánica y el Apocalipsis.

123 En su segunda advierte: “No dejéis que vuestro espíritu se agite demasiado deprisa y se alarme con palabras proféticas [...] orientadas a pensar que el Día del Señor ha llegado” (2:2).

124 *Ibíd.* 2:8-10.

125 Epístola a Timoteo 6:1.

126 Epístola a los corintios 7:20-23.

127 Epístola a los efesios, 6:5-7.

128 La persecución de cristianos decretada por Nerón es una leyenda, tan extendida como carente de apoyo en los anales romanos. Debe descartarse por ello su martirio (y el de san Pedro) en el año 67 o 68, sin perjuicio de que pudiera haber muerto en Roma hacia esas fechas debido a alguna otra causa.

129 En Troeltsch 1992, vol. I, p. 120.

130 *Ibíd.*

131 El inevitable contacto con “emblemas idólatras” prohibía trabajar para el Estado y para los ayuntamientos, en ocupaciones “disipadas” como el teatro, las artes o la enseñanza laica, como ayudante de pontífices, astrólogos y magos o en cualquier actividad ligada a los templos. Esto último incluía de modo expreso a “carpinteros, albañiles, ebanistas, soladores, artesanos de cubiertas, pintores, grabadores, herreros, carniceros, floristas y cualquier oficio ligado a cultos impíos”; *Ibíd.*, p. 123-124.

132 Plinio el Joven constata en 98 la “desolación económica” que cunde en las regiones de Asia Menor donde predominan los cristianos, y en 178 Celso teme que si sus principios prevalecieran el Imperio acabaría sin ejército. Orígenes le responde que “cuando todos los hombres se hayan convertido en cristianos hasta los bárbaros se sentirán inclinados a la paz”; *ibíd.*, p. 124.

133 Cicerón, *De officiis*, I, 42.

134 Gibbon 2000, p. 39.

135 Diocleciano, en Cameron 2001, p. 38.

136 Lactancio, *Sobre las muertes de los perseguidores*, 7, 5-7.

137 Un millar, según Gibbon.

VI. CAMBIANDO DE ERA

“Dios es una palabra relativa que se refiere a los siervos, y deidad es su dominio no sobre el cuerpo propio –como piensan aquellos para los cuales es alma del mundo-, sino sobre siervos [...] Le admiramos por sus perfecciones, pero le adoramos debido a su dominio, pues le adoramos como siervos”¹³⁸.

Diocleciano abdica al poco, y las guerras que provoca su sucesión acaban favoreciendo a Constantino –uno de los siete aspirantes en liza- gracias al apoyo de legionarios cristianos, respaldados por sus comunidades occidentales y orientales. Doce años después del edicto sobre precios llega el de Milán (313), que pone en marcha la cristianización del Imperio. Con el cambio llega un papa –el romano Silvestre I- que sigue en su cargo hasta 335, aunque carecemos prácticamente de información alguna sobre su actividad. No consta siquiera que interviniese en elaborar el credo cristiano, un fenómeno ocurrido en la segunda mitad de su pontificado, de lo cual podría inferirse la importancia relativa de Roma entre otras diócesis mucho más pobladas y prósperas¹³⁹.

Mirándolo desde el Imperio, luchar a espada contra la espiral de los precios resultaba contraproducente, por no decir imposible, mientras abrazar el Nuevo Testamento completaba el pobrismo de hecho con pobrismo espiritual, renovando la resignación antigua. Se diría que entre los males inmediatos estaban un ciudadano embrutecido por la inmovilidad social, y una circulación monetaria tan insuficiente que buena parte de la población había retornado al trueque. Pero el mensaje evangélico era capaz de ver progreso donde otros veían recesión, y se había difundido sobre todo en los grupos urbanos menos vejados por la masificación. Un

obstáculo tan infranqueable para el comercio como el fin de la economía monetaria les parecía una bendición moral.

El nuevo culto justificaba también requisar los bienes de templos paganos, un patrimonio hasta ahora intacto y comparable en magnitud al derivado de saquear los ayuntamientos décadas antes. De hecho, tanto se compenetraron el interés militar y el eclesiástico que el Estado alcanzaría un periodo de estabilidad sin precedente en siglos, cuyo símbolo es la égida de Teodosio el Grande (384-395). Pensar que la cristianización del Imperio precipitó su hundimiento olvida que consumía sin producir, fiando todo a la coacción, y que la Iglesia cristiana prolongó enérgicamente su vida. La cambió también, desde luego, consumando atropellos al sentido común y la autonomía, pero de que Roma se perpetúe como Santa Sede viene una distinción entre poder temporal y espiritual que impondrá políticamente la libertad de conciencia.

El acuerdo del Imperio con la Iglesia le otorga en principio exenciones fiscales y de reclutamiento, para que pueda “dedicarse completamente a servir su propia ley”¹⁴⁰. Poco después delega en obispos -episkopos (“supervisores”)- las nuevas divisiones administrativas creadas por Diocleciano, que no son provincias sino “diócesis” subdivididas a su vez en parroquias, cuyo cepillo acumula pronto un patrimonio sólo comparable al de la casa imperial. El Evangelio ha llamado a congraciarse con Dios regalando los propios bienes, algo que funciona en momentos de desconfianza y penuria como un vigoroso estímulo para hacer donaciones, y las diócesis crean servicios de beneficencia mejor adaptados al socorro del indigente que el previo reparto militar de anonas. El hecho de que las autoridades eclesiásticas sean ricas y dependan sólo del obispo de Roma -futuro Papa- hace de ellas aliados potencialmente insumisos, desde luego, pero al Imperio le importa ante todo evitar el crónico estallido de motines y pillajes en las ciudades, algo que la cristianización mitiga ensalzando el desprendimiento.

Las religiones civiles son cultos de propietarios, y a finales del Bajo Imperio no hay propietarios como los antiguos, protegidos por la santidad de los mojones que aseguraba el dios Término. El Estado lleva siglos moviendo las lindes a su antojo, y equivale a una burla mantener los sacrificios a deidades domésticas. Venerar a los antepasados no casa con una sociedad desintegrada, cuya indigencia es la del venido a menos y la del liberto. El credo ebionita, por su parte, se adapta impecablemente a que ni el venido a menos ni el recién emancipado puedan aspirar a distinta de la limosna o el ascetismo.

1. Novedades fiscales y sociales

Viéndose como decimotercer apóstol, “obispo de los sin Iglesia”, Constantino transforma la monarquía divina romana en cesaropapismo, y su orden de quemar todos los ejemplares de un tratado escrito por el neoplatónico Porfirio sobre los cristianos inaugura en Roma la censura teológica. Al igual que la convocatoria del Concilio de Nicea (325) para zanjar la disputa entre Arrio¹⁴¹ y Atanasio¹⁴², esta iniciativa coincide con otras menos ligadas a la piedad religiosa como matar a su primogénito y a su esposa un año más tarde, por razones no explicadas. En el 310 -cuando derrota a su último rival-, el kilo de oro vale 120.000 denarios, y diez años más tarde 550.000¹⁴³, una inflación superior a la padecida en tiempos de Diocleciano. Su origen son las causas previas del fenómeno, sumadas a la inyección de efectivo que deriva de confiscar los templos paganos.

Por primera vez en mucho tiempo, se funden lingotes de oro para acuñar una nueva moneda -el solidus- que apenas nadie ve en el Oeste, pues lo circulante son denarios viles o de bronce.

Como confirmarán tantas excavaciones, el metal noble se ha enterrado, y para desenterrarlo el César-Papa añade a los impuestos existentes uno en oro y plata (el chrysargiron), que grava sólo a profesionales y comerciantes. Ellos son el sector social peor visto moralmente, aunque su salud económica ha llegado a ser tan ruinoso que Constantino debe reforzar el cobro con más violencia:

“Cada cuatro años, cuando tocaba pagar este impuesto, se oían llantos y lamentaciones por toda la ciudad, porque prescribía tormento para quienes no pudiesen satisfacerlo. Las madres vendían a sus hijos, y los padres prostituían a las hijas ante el apremio de los recaudadores”¹⁴⁴.

Lo equivalente al chrysargiron para el populacho urbano son nuevas limitaciones a la ya ínfima libertad de movimiento y profesión. En 332, por ejemplo, un edicto suyo establece que los colonos sospechosos de querer abandonar su tierra podrán ser encadenados indefinidamente. Pero el rigor tiene ahora una justificación espiritual, y los cronistas cristianos contemplan el reinado de Constantino como “enorme aportación al bien común”¹⁴⁵, en una época caracterizada por “profunda paz y prosperidad”¹⁴⁶. La fe suple al desfalleciente patriotismo como vínculo colectivo, y en menos de medio siglo la minoría cristiana se ha convertido en mayoría. Para entonces florece ya la obra inmortal de Constantino que es la urbe de su nombre, un bastión civilizatorio que mantendrá en Oriente el comercio y la industria.

Esto no supone, sin embargo, que en Occidente el Imperio se haga más aceptable para sus ciudadanos. La ubicuidad de los invasores, y la rápida cristianización de muchos, disemina el convencimiento de que no sólo acabarán imponiéndose sino de que son un mal menor comparado con la supervivencia de un sistema indiscernible de una inmensa jaula. En 369 un edicto de Valentiniano establece que “ningún miembro del gremio de traperos podrá abandonar furtivamente un municipio [...] y el gremio será castigado si no lo denuncia inmediatamente”¹⁴⁷. La pasión autoritaria sigue exigiendo que los oficios sean hereditarios y que cada individuo esté atado a cierto lugar, aunque el número de edictos en ese sentido indica hasta qué punto la ley se desprecia.

Hay cada vez menos medios para reprimir a más desobedientes, y el destino del voluntarismo inflexible es irse haciendo progresivamente grotesco. Lo único manifiesto es que hombres y mujeres siguen ofreciéndose como esclavos a cambio de vestido, comida y techo, cuando quien podría proporcionárselos escasea cada vez más. A medida que crece la oferta de esclavitud el abastecimiento se contrae, profundizando en el resultado amargo de una libertad inútil para casi todos¹⁴⁸.

Acoso al paganismo

Los Anales de Amiano Marcelino son la única crónica fiable sobre parte del siglo IV, un periodo donde el estado de cosas “paraliza de horror” a personas cultas de una u otra confesión. Tres años después de morir el apóstata Juliano, en 366, la elección de san Dámaso como obispo de Roma produce 137 cadáveres, fruto de las luchas entre partidarios suyos y partidarios de Ursino, el otro aspirante¹⁴⁹, que le acusa de connivencia con los arrianos¹⁵⁰. El año siguiente entra en vigor la Lex maiestas de Valentiniano, que considera “traición” el paganismo y autoriza el uso de torturas para las averiguaciones¹⁵¹. Por todas partes, pero sobre todo en Oriente –donde quedan más bibliotecas privadas–, las familias destruyen libros, cuadros, estatuas y cualquier objeto sospechoso de “lesa majestad”. Temen ser acusadas de magia, apostasía o indecencia, y tienen motivos: “Resulta difícil recordar a alguien absuelto,

tras activarse la maquinaria punitiva con poco más que un susurro”152.

En Alejandría su obispo organiza la quema y posterior demolición hasta los cimientos del “edificio más imponente del orbe”153, el templo dedicado al Zeus egipcio que es Serapis. Algo después otro obispo, Cirilo, maneja a su claque154 para que una turba encabezada por Pedro el Lector linche y despelleje a la erudita Hipatia, directora de la Biblioteca, tras lo cual son incendiadas algunas alas de ese edificio. Justificando una nueva quema de la Biblioteca, tres siglos más tarde, el califa Omar explicará que los libros son superfluos: unos por decir lo mismo que el Corán155, y otros por no hacerlo. Cuando no son demolidos, los templos politeístas se transforman en iglesias decoradas con reliquias truculentas156.

Rama militante del pobrismo, el movimiento antialfabetización es también el foco más activo de operaciones contra judíos, politeístas y herejes. Constantino decretó que si un cristiano se convirtiese al judaísmo sus bienes serían confiscados, y los circuncisos quedarán excluidos pronto de todas las dignidades, siendo inhábiles para profesiones como la abogacía o cualquier cargo público. Esa discriminación no evita la quema de sinagogas, a veces con la feligresía refugiada dentro, o una masacre en su sector de Tesalónica. En el año 400 ciudadanos de Constantinopla exterminan a miles de godos por ser herejes arrianos, prendiendo fuego a la iglesia donde habían buscado asilo. Centrado teóricamente sobre la compasión, el sentimiento aparece en su inmediatez como lo opuesto, y “aquella religión que se eleva contra la violencia de las pasiones las exaspera hasta el furor”157.

Rivalidad entre iluminados

Los maniqueos cargan con la peor parte en estas persecuciones, pues ni las autoridades temporales ni las eclesiásticas les ofrecen un instante de cuartel. Su fundador, el iranio Manes (216-277)158, encarna brillantemente al tipo de individuo y mensaje con máxima capacidad conmovedora por entonces, que es predicar y convertir a todos sin demora. Vivió veinte años en comunas elcasaítas –los ebionitas persas- siguiendo fervorosamente sus reglas, hasta que cierto día empezó a hablarle un hermano gemelo (Syzigos) divino e invisible para los demás. En vez de diagnosticarse esquizofrenia, como habría hecho Freud, se aplicó desde ese momento a elaborar una religión original a la vez que sincretista159.

A partir de su establecimiento en el valle del Nilo el maniqueísmo irradia en todas direcciones. Hallamos comunas suyas tanto en el norte de África como en Italia, Britania o la Galia, y la secta inicia un movimiento hacia Extremo Oriente que acabará otorgándole un importante papel en China. No en vano para Mahoma los tres grandes profetas previos a él son Moisés, Jesucristo y Manes. Maniqueo empezó siendo san Agustín, y frenar el fulgurante crecimiento de este rival aceleró la conciliación entre Iglesia e Imperio a través del papa san Melquíades (311-314)160. Que todos los recursos cristianos se pusiesen al servicio de Constantino no es independiente de que los maniqueos parecieran invencibles sin apoyo del poder coactivo.

Sin embargo, el peso histórico del maniqueísmo no se corresponde con el espacio dedicado al fundador y sus adeptos en crónicas posteriores, donde es costumbre olvidar incluso que de él vienen instituciones como la celebración del domingo y el sacramento de confesar los pecados ese día. Lo permanentemente turbador del maniqueo para la Iglesia es que su desprecio por el término medio –el propio dualismo- entronca con la Profecía bíblica y exalta precisamente la conciencia infeliz, presentando de modo ejemplar el desgarramiento entre más acá y más allá. Si Manes triunfa en Oriente y Occidente como “profeta del Dios del paraíso de las luces” opuesto al “Príncipe de las Tinieblas”161 es porque construye el sistema más completo de ritos y criterios adaptados a la hipótesis de que es posible y deseable una salvación.

Si le quitamos a esa enseñanza la idea de que el Bien y el Mal son eternos e iguales en poder -viendo el Mal como algo un poco menos potente que el Bien-, el maniqueísmo práctico es mucho más afín a los bautistas originales que la Iglesia a partir del siglo IV, y esto explica tanto su avasallador éxito en los comienzos como su recurrencia medieval, cuando la resurrección del comercio y las primeras industrias evoquen nostalgia por la ecclesia primitiva. Que esta religión incorpore elementos zoroástricos, hinduistas y budistas no altera su núcleo ebionita-elcasaita, como revela el más somero análisis de esta doctrina.

Su punto de partida es la angustia como ánimo inseparable de nuestra condición. Al percibir lo que es y aquello que le rodea el humano se siente humillado no sólo por la “inmundicia” de su cuerpo sino por un ahora de “tiempo y mundo”, que no puede atribuirse a un ser caracterizado por su pura bondad como la Luz. Comprendiendo que debe ser obra de la Materia o Tiniebla, ese cautiverio del principio divino pone en marcha una epopeya de reconquista cósmica desplegada en tres Creaciones, donde incumbe al género humano contribuir a que la Luz se redima del hundimiento en el más acá y pase a ser un “Salvador-salvado”. Lo salvado será el alma entera –de Dios y de los humanos- y lo que salva la inteligencia objetiva o inmanente llamada nous por los griegos. La iluminación (gnosis) de ese proceso es una ciencia (sophía) que destierra para siempre la “incertidumbre”¹⁶².

Como en el movimiento Fin del Mundo, todo es proceso y transformación, aunque al mirarlo algo más detenidamente no hay proceso en ninguna parte, porque el dualismo descarta la mediación en general. Lo bueno y lo malo no sólo son “absolutamente” tales sino que en ningún momento se interpenetran para producir un tercero, y el drama cósmico es una oscilación entre el estado inicial de dualidad perfecta –donde la Luz ocupa el norte, el este y el oeste, la Materia el sur- y el retorno del universo a ese mismo estado, tras una etapa de “mezcla” donde no llega a haber mezcla efectiva, pues a despecho de las abundantes guerras entre hijos de la Luz e hijos de las Tinieblas lo bueno y lo malo permanecen intactos, unas veces residiendo donde les corresponde por esencia y otras veces encerrados en envoltorios hostiles.

Esta idea del movimiento como mera traslación externa, donde un más allá luminoso resulta forzado a existir en un más acá tenebroso, tiende a considerarse un rasgo de la ética y la teología maniquea cuando es en realidad el núcleo de toda fe salvífica¹⁶³. Otra cosa es que lo rústico de su expresión pueda provocar embarazo en fieles de ánimo dualista, aunque remisos a extraer las últimas conclusiones de esa lógica. Manes es a todos los efectos el segundo Crucificado, y el par de siglos que hay entre una y otra Pasión insta la curiosa idea de que lo salvífico sea precisamente el nous aristotélico, un término puesto en circulación por el ateo Anaxágoras (500-428 a.C.) para describir la inteligencia impersonal vigente en el mundo físico. El dualismo sería ciencia estricta, una actitud observante de la naturaleza en general. Por otra parte, la lógica binaria prescinde por principio de la observación meticulosa; sin ir más lejos, podría considerarse una invitación a la lepra el precepto donde habla de las abluciones, el pudor y su sentido:

“Lavar la comida no sirve, porque lo inmundo es el cuerpo. Lo lavado no es en absoluto distinto de lo no lavado [...] Sólo la separación de Luz y Oscuridad es genuina pureza redentora, de la cual os apartasteis empezando a bañaros”¹⁶⁴.

El ideal monástico

Ya antes de que cunda la gnosis maniquea el estado agónico del Imperio ha callado a los

estoicos e invoca una pleamar espiritualista cuyos representantes básicos son el cristianismo y el neoplatonismo, rivales en forma y hermanos por contenido. Si los griegos concebían el alma (psijé) como vida o automovimiento del reino natural (physis), cristianos y neoplatónicos ven en ella algo contrapuesto al mundo, que reacciona con disgusto ante el goce sensible y los éxitos materiales. Común a ambos es un sentimiento de estar de paso, desprendiéndose cada individuo del apego por cosa distinta de lo sublime, y este estado de ánimo tiene repercusiones demográficas inmediatas.

En efecto, hasta el siglo IV el factor responsable de que la población total fuese mermando era algo tan prosaico como una contracción en el intercambio de mercancías, paralela al deterioro en las vías de comunicación. Pero sustituir el viejo culto civil por credos salvíficos invita a continuar reduciendo la población, ahora por incidencia directa en la tasa de natalidad. Dos siglos antes, cuando se hallaban prohibidas, las comunas cristianas preconizaban castidad para evitarse una proliferación de bocas hambrientas mientras llegaba el Apocalipsis. Ahora la Iglesia se ha organizado para subsistir indefinidamente y nada tiene contra la reproducción. Pero su carisma sigue estando en una conciencia que es infeliz por detestar lo carnal, y si sus primeros santos fueron ante todo mártires los ulteriores serán ante todo eremitas.

No es un movimiento convocado por la jerarquía eclesiástica sino espontáneo, donde además de varones hay tanto vírgenes como viudas, prácticamente siempre de extracción aristocrática¹⁶⁵. Ni ellas ni ellos son clérigos -ordenados en cuanto tales y sujetos a voto de castidad-, pero todos son conscientes de que la copulación evoca por fuerza sensaciones amenazadoras para el control de la carne por el espíritu. Sin otro estímulo que purificarse mortificando al cuerpo, les hallamos diseminados por parajes agrestes ya antes de que el cristianismo se convierta en culto oficial del Imperio. Hacia el año 300, por ejemplo, cierto desierto entre otros –el de la Tebaida- está habitado por unos 7.000 renunciante¹⁶⁶.

La vida monacal sólo se regulariza con san Benito de Nursia (480-547), y estas primeras generaciones de eremitas combinan la libertad más completa con puntuales visitas a las ciudades, normalmente para votar cuando corresponde elegir a un nuevo obispo o sumarse a alguna otra ceremonia. Como cada uno diseña su propia regla de vida, en algunos la vocación de clausura es compatible con el gregarismo y esto da origen a las llamadas bandas de anacoretas, que se alían con cristianos pobres de cada ciudad (la “chusma” de Amiano) para consumir actos terroristas. Un día cunden rumores de que tal edificio, barrio o grupo ofenden a Dios, y otro día la banda monástica del territorio ataca esos objetivos.

Es una venganza por las persecuciones anteriores, que si no exterminaron a muchos más cristianos fue por falta de un celo perseguidor como el que ahora exhiben ellos. Pero sería erróneo pensar que los terroristas cuentan con el beneplácito de la casa imperial, con el de obispos no demagógicos o con cristianos integrados e incluso muy ricos como Melania la Vieja y su esposo Piniano, que regalaron 45.000 piezas de oro a los pobres. Al contrario, las bandas de anacoretas generan un malestar expreso en la mayoría de sus correligionarios, entre otros motivos porque la Iglesia empieza a ser superior no ya emocional sino intelectualmente a todas las otras escuelas y sectas.

2. La elite cristiana

Salvo Atenas, Alejandría, Constantinopla y Antioquía -donde sigue habiendo academias dedicadas a cultivar distintas ramas del conocimiento-, la involución general ha contraído la enseñanza a lecciones de “retórica”¹⁶⁷, que las familias pudientes pagan a sus hijos para cuando deban hacer un discurso o redactar un escrito. El género más cultivado del momento

es el panegírico, un elogio solemne de personas o convicciones, y hay panegiristas paganos tanto como cristianos, también llamados “apologetas”. Pero sólo entre estos últimos florece un interés por la teología que produce docenas de libros sobre la relación entre el Padre y el Hijo, o la naturaleza dual e indivisible de Jesús y su Virgen-Madre. Esta literatura acompaña a otra no menos abundante sobre historia eclesiástica y vidas de santos. Cuando desaparezcan los mártires, a partir de 313, el heroísmo se concentra en los anacoretas, y llegan desde muy lejos comitivas de fieles para ver a renunciantes como Zenobio o Arsenio. Los peregrinos se mantienen a distancia, para no molestarles, pero su número suscita actividad económica.

Quizá el único negocio occidental no sumido en recesión es ese flujo de personas que mueve caravanas y flotillas entre Europa y los Santos Lugares, construyendo una cadena de tiendas y albergues en Belem y Jerusalem fundamentalmente, con etapas intermedias en Alejandría o Antioquía. Es una obra piadosa de la cual nadie vuelve sin escapularios, botellas con agua del Jordán donde se bautizó Jesús, tierra del Monte de los Olivos, etcétera. Excavaciones en el desierto israelí del Neguev muestran que atender a esa feligresía indujo la construcción de importantes regadíos; las aldeas de la zona crecieron como nunca, y Gaza llegó a ser una ciudad muy próspera¹⁶⁸. Magnéticos como Lourdes y Fátima, estos enclaves seguirán prosperando hasta que los mahometanos se hagan cargo de la zona.

Los primeros Padres

Aristocracia material e intelectual y jerarquía eclesiástica convergen desde finales del siglo IV, con ejemplos prototípicos como san Ambrosio de Milán (340-397). Hijo de un prefecto de la guardia –prácticamente el número dos en la cadena imperial de mando-, y formado también en la carrera de las armas, era gobernador de la provincia cuando fue nombrado obispo de la ciudad por aclamación. No tuvo tiempo siquiera para bautizarse antes de ceñir la tiara, pues urgía evitar una elección reñida que terminase con un baño de sangre como el ocurrido poco antes en Roma, con el nombramiento de san Dámaso.

Senatorial por estirpe y carácter, nacido y criado en el palacio paterno de Trier (Tréveris), su entrega desde entonces incompañada a la diócesis refleja cómo la alta burguesía pasa de ser oficialmente cristiana a fervientemente tal. A él se debe la primera versión del dogma en latín impecable¹⁶⁹, una tarea que combina con la de estadista. Le incumbe ser el principal interlocutor de Teodosio el Grande, a quien aplaca algunas veces –cuando piensa reprimir duramente alguna revuelta- y riñe o hasta excomulga en otras, como cuando castiga una masacre perpetrada por cristianos. En el fresco de Pinturicchio porta en la mano derecha un látigo de tres puntas, símbolo de la intolerancia demostrada hacia gentiles, judíos y arrianos. No menos intransigente se mostraría hacia todo lo relacionado con la “carne”, y en particular con la sexualidad, mal supremo a su juicio para el buen cristiano.

Más directamente centrado en el ascetismo que san Ambrosio –y también un vástago de la alta burguesía- fue el serbio san Jerónimo (c.347-c.419), que se pasó la vida luchando consigo mismo para ser un renunciante impecable, y a quien san Dámaso encargó poner en latín la Biblia cristiana¹⁷⁰. Sus tres años de estancia en Roma para reunir documentación le permitieron inspirar a un círculo de acaudaladas vírgenes y viudas, cuya mentalidad expuso en un opúsculo –Defensa perpetua de la virginidad de María, madre de Jesús (383)-, donde denunciaba la confusión reinante entre virginidad y matrimonio virtuoso¹⁷¹. Como acusar a su medio de laxitud e hipocresía sexual le hizo objeto de críticas, abandonó esa “Babilonia” en dirección al desierto otra al vez, si bien ahora acompañado por Paula y otras vírgenes, con ayuda de las cuales logró terminar en Belén un complejo de monasterio para hombres, convento para mujeres y hostel para peregrinos, inaugurado en el año 389. Aunque esto representaba una empresa mixta con siglos de existencia en la zona, el modelo de Jerónimo cubriría Asia Menor y Europa de comunas ascéticas semisuficientes, ajenas por principio al

comercio pero no a cultivar huertas o vender reliquias al peregrino.

La tríada de grandes Padres occidentales se completa con Aurelio Agustín, luego san Agustín (354-430), un profesor particular de retórica nacido en el seno de una familia acomodada aunque no millonaria, que tras abrazar sucesivamente el misticismo maniqueo y el neoplatónico será bautizado por san Ambrosio a los 33 años. Como en el caso de éste, su valía impone nombrarle a toda prisa adjunto del anciano obispo de Hipona, en la diócesis de Cartago, cuyo cargo hereda pronto. Allí redactaría *La ciudad de Dios*, un extenso tratado donde exculpa a Dios de que Roma haya sido tomada y saqueada por los godos en el 410, algo atribuido por los paganos al abandono de su religión ancestral. Buen escritor, conciliar la omnipotencia y la gracia divina¹⁷² le llevó a plantear una predestinación –tesis pronto declarada herejía-, mientras luchaba contra el cisma donatista y la herejía pelagiana, incómodo el primero por atentar contra el clero¹⁷³ y peligrosa la segunda por negar el pecado original¹⁷⁴. Precisamente esa lucha le convenció de que era vano argumentar, como en principio creía, y que la fe perseguir a quienes fuese preciso.

A estas tres figuras debe añadirse una generación de teólogos, filólogos y canonistas orientales muy activos, que en bastantes casos serán obispos. Con una Iglesia cuyas decisiones se han puesto a cubierto de los más fanáticos, sus comunidades no aspiran a comodidades y las diócesis funcionan como almacenistas y distribuidores para cualquier asomo de excedente. A medida que se desintegra la unidad política aumenta el valor de cualquier vínculo, y la Cristiandad no puede ir mejor atendiendo a sus propias expectativas. Mientras progresa una redención colectiva que san Agustín plantea al modo paulino -como un proceso indefinido y no exento de retrocesos-, su victoria final sobre el paganismo, el cisma y las herejías parece asegurada.

Por lo demás, este éxito condiciona un mundo con perfiles oníricos, y el símbolo de fe popular más poderoso desde Jesús es san Simeón el Viejo, también conocido como Simón Estilita. Su proeza será vivir entre 419 y 459 subido a lo alto de una columna, en el desierto que tiene Antioquía al noroeste. A juicio de muchos, sus cuatro décadas de ascesis demuestran que hasta dirimirse la batalla entre Cristo y el Anticristo basta como residencia un espacio inferior al metro cuadrado. Cuando muera lo llevarán en procesión siete obispos y la máxima autoridad militar, cerrando la comitiva una escolta de 600 soldados seguida por muchos miles de peregrinos.

Propiedad y compraventa

Los Padres griegos y los latinos razonan la maldición pronunciada contra el comercio por los Evangelios. Clemente de Alejandría –el más antiguo- observa que la salvación será imposible si los propietarios no ponen su hacienda en manos de “un santo o profeta”¹⁷⁵, y san Basilio de Cesarea presenta el comunismo espartano como sociedad modélica¹⁷⁶. San Ambrosio asegura que la propiedad privada es una usurpación, y que adquirir riquezas resulta imposible sin cometer injusticia. La caridad constituye un “derecho” de los pobres, pues por su mediación recobran algo que les pertenece. San Jerónimo añade que las ganancias de un hombre van siempre ligadas a las pérdidas de otro, y san Agustín completa esa perspectiva identificando el deseo de “comprar barato y vender caro” como vicio social por excelencia¹⁷⁷.

En definitiva, “los bienes terrenales fueron creados para todos [...] y sólo el pecado y la codicia explican diferencias tan flagrantes entre quienes tienen y quienes no”¹⁷⁸. Estos criterios acompañan al convencimiento de que la indigencia evita también el despertar de bajas pasiones. Bien sea por haber dado en limosna los propios bienes, o por no haberlos tenido nunca, lo esencial de la comuna cristiana es que todos puedan vivir con modestia aunque sin agobio. Ello exige que la libertad de regalar o ayudar no exista, pues “cualquier

acto de beneficencia es [...] mero cumplimiento de un deber, que naturalmente no se agota con la primera acción y continúa existiendo mientras persista la ocasión determinante”179. La relación entre el acomodado y el necesitado es independiente de que uno sea frugal y otro despilfarre, o uno trabaje y el otro no, porque se trata de un vínculo “puramente moral”. Como aclaró Jesús, “si sólo prestas esperando la devolución ¿qué mérito acumulas? [...] Debes prestar sin esperanza de que te sea devuelto”180.

Por otra parte, confiar en la Providencia equivale a trascender responsabilidades prosaicas, y esto implica a su vez rechazar el negocio jurídico en cuanto tal, con su regla de que los pactos tienen fuerza de ley entre las partes. A juicio de los Padres, entender que los contratos son actos libres y al tiempo vinculantes ignora el vínculo moral donde descansa la libertad verdadera, que es el deber de compartir. De ahí que cualquier compraventa sea siempre la relación entre un ganador y un perdedor, desventajosa por necesidad para alguna de las partes.

Como sucede con el pecado de la carne, el de la codicia nace de tolerar un intercambio supuestamente autónomo que empieza relajando las buenas costumbres y termina suscitando una movilidad social mórbida, llamada a dividir cada comuna en ricos y pobres. En definitiva, el gran principio dice que los seres humanos carecen de patrimonio particular legítimo: o son de Dios o son del César. “Por derecho divino la tierra es del Señor, y suyo es todo cuanto contiene”, observa san Agustín, mientras por derecho humano pertenece “a los reyes y emperadores del mundo”181. Al hacerse propietarios los hombres relativizan a ambos jerarcas, en mayor o menor medida.

Es ilustrativo observar que dichos criterios no resultaban tan meridianamente claros medio siglo antes, cuando buena parte de la aristocracia se mantenía indecisa ante el fervor cristiano. El pobrismo rústico demora la incorporación a la Iglesia de personas acomodadas, y sumarlos a ella es una de las finalidades perseguidas por el Sínodo de Paflagonia (340), cuyos obispos adoptan un criterio conciliador. A su juicio, es imposible “asegurar” que si el creyente no cede todos sus bienes al clero será condenado al infierno. Aunque podría ser así, no es una certeza absoluta, como la naturaleza trinitaria de Dios o la virginidad de María. Sólo la riqueza de origen comercial invoca sin duda castigos infernales.

Situar al rico en el infierno resulta delicado para una religión ya ecuménica, que no evoca las mismas respuestas en el Imperio occidental y el oriental. En 399 el patriarca de Constantinopla -san Juan Crisóstomo- dedica su undécima homilía sobre historia de los apóstoles a la “plétora”, que es el “inagotable tesoro formado por la reunión común de bienes”182. Al igual que el prodigio de los panes y los peces a orillas de lago Tiberiades, o el del vino en las bodas de Caná, abolir la privacidad patrimonial funcionaría como un multiplicador indefinido de los recursos, asegurando que nadie sufra privaciones. Lo ingente de la propia plétora excusa incluso la ayuda divina en forma de milagros, pues una masa patrimonial como la formada por todos los bienes de Constantinopla se reproduce mediante generación espontánea, al igual que los bosques o el ganado. Para demostrarlo propone empezar creando una comuna de 50.000 pobres, cuya vida feliz será la más activa propaganda:

“¿Acaso no haríamos así de la tierra un cielo? ¿Quién desearía luego seguir siendo pagano? Creo que nadie. Todos querrán unirse y ser favorables a nosotros”183.

Una propuesta análoga sería escuchada con menos reticencia en Milán o Marsella. Pero Crisóstomo (“boca de oro”) postula también un derecho eclesiástico a la requisa -apoyándose en el episodio de Ananías y Safira, los primeros defraudadores fulminados por san Pedro184-,

y es el Patriarca de una urbe que pronto alcanzará el cenit de su prosperidad. La homilía enoja tanto a la emperatriz Eudoxia que en 404 es condenado a destierro perpetuo. Esta decisión funciona como un llamamiento a la prudencia en el alto clero, comprometido al peso de su propia púrpura. En vez de flagelar al rico con invectivas y amenazas, obispos y arzobispos obrarán mejor obteniendo limosnas y legados. Para Occidente están empezando las edades tenebrosas, y para Constantinopla el esplendor.

3. El despertar del medievo

Los últimos emperadores de Occidente fueron meros símbolos, acompañados por una realidad no simbólica donde los padres vendían a sus hijos e hijas por pura miseria. En 472 un edicto imperial condena dicha práctica, y nadie prohíbe aquello que nadie hace. Antes y después de ser tomada por un reyezuelo bárbaro¹⁸⁵, en 476, Roma parece una ciudad apasionada ante todo por la elección periódica de su obispo, que se distingue de otros prelados cristianos por el nombre de Papa. Tiene unos 60.000 vecinos, veinte veces menos que en otros tiempos, y escandaliza a algunos por la nula resistencia ofrecida al invasor. Sin embargo, un año antes cuenta Salvino -obispo de Marsella- que muchos romanos huían a las regiones ya ocupadas por tribus bárbaras, donde no llegaba la rapacidad de los funcionarios imperiales¹⁸⁶.

Hacerse cargo de la civilización incumbe precisamente a los incivilizados. Nada más saber que el último Imperator ha desaparecido el franco Childerico reclama esa herencia, comprometiéndose a mantener en sus dominios la organización y la lengua latina. Lo mismo se proponen anglos, sajones, suevos, vándalos, alanos, visigodos, ostrogodos y lombardos, que están apoderándose entonces del resto de Europa y el norte de África. A su favor está que el monarca sólo sea para ellos un *primum inter pares* o mero jefe, exigiéndosele una excelencia concreta que sólo cesa cuando la cristianización mande “consagrar el gobierno como algo derivado de Dios”¹⁸⁷. Hasta entonces el Imperio había sido una mezcla de presa y patrón, pero reinar sobre territorios donde hay cincuenta o cien nativos por cada conquistador inspira leyes respetuosas con la cultura grecorromana.

Para entonces la pretensión de consumir sin producir ha llevado a sus límites la crisis del transporte¹⁸⁸, y en todo Occidente no se mantiene una sola explotación minera considerable. Los ejércitos, que viven de metales nobles para la paga, y de bronce y hierro para su equipo, deben importar esas materias de Oriente tras siglos de abastecerse en Britania e Iberia, algo a su vez absurdo cuando el número de barcos ha caído de modo espectacular y la liquidez se ha secado. Los excedentes potenciales de enterrar al Imperio dependen de tocar fondo -dejando al muerto reposar entre sus iguales y organizándose los vivos con vistas a una vida distinta-, pero ese momento está aún lejos. Mientras el marasmo económico acelera la ruralización, los únicos enclaves que mantienen visos de civismo son puertos marítimos o ciudades situadas sobre buenas cuencas fluviales.

La positividad del aislamiento

Sin embargo, la comunicación no parece una prioridad. En 488 el sucesor del obispo Salvino en Marsella es Valeriano de Cimiez, a quien incumbe la tutela de una zona que conserva alguna relación con el norte de África y es entonces la menos empobrecida de Europa. Una de sus homilías empieza recordando a san Pablo –cuando decía “Que nadie engañe a su hermano con negocios”¹⁸⁹- y prosigue con consideraciones como las siguientes:

“Las personas se arriesgan a los peligros del mar por culpa de la avaricia, por odioso deseo de ganancia [...] Un marinero no habría confiado nunca en un barco si la pasión por el comercio no hubiese espoleado el deseo de navegar. Y entonces un hombre se ve arrastrado por las olas contra las afiladas rocas, para cuadruplicar el dinero de los negociatores: ellos exportan oro, de manera que pueden importar perjurio con falsedad. Porque cuando algo se compra barato

sólo así puede venderse caro al por menor. Hacer negocios siempre quiere decir estafar”¹⁹⁰.

Una generación antes san Paulino de Nola ha pensado la navegación de cabotaje como “contagio con la iniquidad”¹⁹¹, un criterio de autarquía económica al que sigue fiel santo Tomás de Aquino cuando sentencia: “Más digna es la ciudad si tiene en su propio territorio abundancia de todo que si es opulenta por obra de mercaderes”¹⁹². Una existencia extracomercial con “abundancia de todo” sólo evoca en tiempos de santo Tomás la Jerusalem celestial, pero no así en los de Valeriano de Cimiez. Su homilía propone lo que está pasando en el sur francés al empezar a desaparecer los negociatores y su navegación. Es un estado anímico sobre el cual informa Gregorio I, también llamado san Gregorio Magno (540-604), que escribe a cierto matrimonio una carta de edificación justo antes de cambiar el siglo:

“Cada día me siento más débil a causa del dolor, y anhele el remedio de la muerte. Es tanta la enfermedad de las fiebres que ha atacado al clero y las gentes de esta ciudad que prácticamente ningún hombre libre ni ningún esclavo es bueno para ningún trabajo o servicio [...] Como se acerca el fin del mundo, la aflicción es general”¹⁹³.

Se está refiriendo a los estragos de la malaria, y en otra misiva menciona “inversiones del clima, horrores que vienen de los cielos y tormentas contrarias a estación”, aunque nuestras preocupaciones por el cambio climático no admiten comparación con las de quien espera ansiosamente el más allá. Por otra parte, Gregorio Magno fue un patricio que se mantuvo firme también en el más acá¹⁹⁴, manteniendo una lonja de esclavos en la ciudad donde compraba y vendía en persona¹⁹⁵. Ningún papa propuso “guerra” contra herejes o paganos, y ninguno se había bautizado como “siervo de los siervos de Dios”, aunque esto formase parte de una rivalidad con el patriarca de Constantinopla que le llevó a intrigar en la corte bizantina¹⁹⁶. Mucho más culto es el hispanorromano san Isidoro de Sevilla (c. 570-636), un obispo de los visigodos con el que termina la Patrística occidental. Los otros cronistas del periodo –el franco san Gregorio de Tours y Beda el Venerable, un anglosajón- sufren mucho con la gramática latina, pues reconocidamente ignoran cómo usar los géneros y preposiciones.

Cierto día del año 618¹⁹⁷ cesa el reparto gratuito de pan en Roma, una institución incapaz de sobrevivir a la conquista persa de Alejandría, y el fin de la limosna estatal inaugura algo entre la turbulencia y el estancamiento. En un área que va desde Inglaterra a los Urales, y desde el Báltico al Mediterráneo, un rastreo de fuentes¹⁹⁸ indica que entre los siglos VII y X el hombre de negocios aparece mencionado menos de trescientas veces, y menos de 20 con nombre propio o apellido. Como en ese lapso temporal los documentos escritos e inscripciones aluden a varios o muchos millones de personas dedicadas a otros menesteres, su desvanecimiento léxico sólo puede atribuirse a efectiva desaparición o al pudor que produce un término malsonante como negociator. Es más realista afirmar esto segundo, pero no excluye una contracción inaudita de lo primero.

NOTAS

138 Newton 1987, p. 619-20.

139 Lo que ha pasado por crónica es una falsificación –la Vita beati Sylvestri- escrita tres siglos más tarde, que es un modelo de literatura seudónima como el libro de Daniel, donde escribir a posteriori permite anticipar portentosamente lo ya ocurrido.

140 Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica X, 7.

141 Arrio propuso una versión sencilla de la fe cristiana, sin dogma trinitario y con el Cristo como semidiós. En el Imperio el arrianismo fue perseguido pronto como herejía, pero prácticamente todos los bárbaros llegaron al cristianismo a través de obispos arrianos, que en esas tribus hallarán cobijo ante la persecución de los ortodoxos hasta el siglo VI.

142 El Credo de Atanasio aprobado en Nicea establece: “Creemos en un solo Dios, el Padre que todo lo gobierna, creador de todo lo visible e invisible. Y en un solo señor Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado por el padre y unigénito [...] Y creemos en el Espíritu Santo”.

143 Cf. Cameron 2001, p. 127.

144 Zósimo, Historia nueva, II, 38.

145 Eusebio, Hist. Ecles., X,7.

146 En palabras del panegirista Nazario; cf. Cameron 2001, p. 145.

147 Codex Theodosianus, XIV, 8.2.

148 El fugaz reinado de Juliano el Apóstata, cuya égida dura menos de tres años, ha hecho correr ríos de tinta nostálgica, basada en imaginar que el Imperio podía elegir entre el fanatismo de la nueva religión y una actitud pagana ilustrada. El hecho de caer asesinado en el 363 -por el lanzazo de un desconocido, presumiblemente cristiano- apoya la pretensión de ver en este Emperador algo parecido a una feliz mezcla de Esquilo y Julio César, pero pasa por alto la degradación del propio paganismo. Hijo de su tiempo, Juliano vivió fascinado por charlatanes como Jámblico y Máximo de Éfeso, promotores de una técnica (la “teurgia”) orientada a alcanzar “contacto íntimo” con Júpiter, Marte y otros dioses. Sus adeptos se afanaron en prodigios como mover estatuas, o lograr que hablasen, guiados por obras seudónimas como Oráculos caldeos y otras expresiones de la llamada Gran Magia, única alternativa real a la conciencia infeliz neotestamentaria. Amiano Marcelino, que fue oficial de Juliano y representa una isla de sobria imparcialidad entre los delirios de unos y otros, no vacila en reprocharle intolerancia por haber prohibido la catequesis cristiana.

149 Amiano XXVII, 3.

150 Dámaso I (304-384) definió la ortodoxia como “doctrinas proclamadas por el obispo de Roma”.

151 Amiano, XVIII, 1.

152 Ibíd. XIV, 5.

153 Ibíd. XX, 16.

154 La claque –un grupo homogéneo que abuchea, aplaude o lanza consignas- es una institución capital en la Antigüedad, donde viene a representar lo más visible de la opinión pública. Los gobernadores romanos, por ejemplo, debían remitir informes periódicos sobre conducta de las claque en el hipódromo y el teatro, compareciendo personalmente o por delegación en cualquier evento donde interviniese alguna, y especificando por escrito su respectiva conducta.

155 De hecho, Q'uran significa ya “repetición”.

156 “Nuestros lugares sacros”, escribe un pagano, “pasaron a ser tumbas. Antes adornados por estatuas de los dioses, los cubren hoy huesos de mártires que sufrieron alguna muerte ignominiosa, y allí se veneran cuerpos con atroces heridas, cabezas metidas en sal”; cf. Hegel 1967, p. 259.

157 Hegel, 1967, p. 273.

158 Aunque los maniqueos hablan siempre de su “crucifixión”, el suplicio que le administró la autoridad persa por disidencia ideológica fue cargarle con enormes cadenas. Las llagas, el esfuerzo y los calambres terminaron con su vida en menos de un mes.

159 Básicamente una combinación del Avesta zoroástrico, la Biblia hebrea y el Nuevo Testamento.

160 Iniciada algo antes, cuando el emperador Galerio (293-311) devuelve al clero cristiano propiedades requisadas.

161 Cf. Eliade 1983, vol. II, p. 373-375.

162 Nos desviaría demasiado entrar en detalles de dicha sophía, que es una épica muy prolija, colmada de personajes y episodios agrupados por ejes de simetría. Por ejemplo, a 5 moradas luminosas (“intelecto, razón, pensamiento, reflexión, voluntad”) corresponden 5 pozos infernales (“humo, fuego devorador, viento destructivo, barro y tinieblas”), y a 5 tipos de demonios corresponden otros tantos héroes positivos (“el Ornamento del Esplendor, el Rey del Honor, el Adamas de Luz, el Rey de la Gloria y Atlas”). En cierto momento el Tercer Mensajero decide desnudarse –adoptando forma femenina- ante los Arcontes demoníacos, para que su lujuria les lleve a eyacular y cedan con su semen parte de la Luz devorada antes por ellos mismos. En otro momento se descubre que la Tierra entera arderá 1.468 años para “desprender” las partículas luminosas presas aún en ella.

163 Sorprende que los comentaristas de Heidegger no hayan detectado su influjo en toda la sección primera y especialmente los capítulos V y VI de Ser y tiempo -dedicados a la “caída” del Ser en la existencia-, donde basta sustituir Ser por Luz para que la llamada “cura” (sorge) existencial revele estrechos paralelos con la epopeya maniquea.

164 Manes, Codex Coloniae. Cf. el site de la actual Iglesia Maniquea Ortodoxa (<http://essenet.net>).

165 Hasta en esos círculos sucede, según san Agustín, “que muchas casadas con padres más bondadosos [que el de Agustín] llevaran marcas de golpes y tuviesen el rostro desfigurado”; Confesiones IX, 9.19.

166 Cf. Eliade 1983, vol. II, p. 400.

167 Clases de gramática y oratoria (elocuencia en latín, fakundia en griego).

168 Cf. Cameron 2001, p. 192.

169 Esto incluía asimilar católicamente la teología neoplatónica (una tarea ya iniciada por cristianos de Oriente), sustituir a los héroes romanos por patriarcas bíblicos y santos, regular

las obligaciones del clero y justificar el rechazo de la vida mercantil, una tarea de crítica al “abuso social” que compendian los sermones De Nebuthe.

170 Esto es, el texto griego de la tradición hebrea (la Septuaginta o Biblia de Los 70) y el Nuevo Testamento, una tarea que saca delante de modo filológicamente insatisfactorio -dadas sus limitaciones como traductor-, pero capital para difundir la obra en Occidente.

171 Su tesis es que no hay diferencia entre sexo no pecaminoso y posibilidad de procreación. Por lo mismo, son meras “vaginas lúbricas” las esposas cuya edad hace improbable el embarazo. Cuando una madre le acusó de haber matado a su hija con ayunos demasiado severos, se eximió de responsabilidad aclarando que la joven anacoreta estaba ya en el Cielo; cf. Spiegel 1973, p. 62.

172 La creación sería “la voluntad de un Dios bueno de que haya cosas buenas” (De civitate Dei, XI, 21).

173 Donato y sus sucesores –cuya feligresía era entonces mayoritaria en el África romana– negaban validez a cualquier sacramento administrado por clérigos corruptos, pues “no puede conferir una santidad de la cual carece”.

174 Pelagio y sus sucesores consideraban absurdo un pecado involuntario, insistiendo en que esa construcción “convenía a quienes alegan la debilidad humana como excusa para sus fracasos”. Al argumento agustiniano de que el pecado original se trasluce ya en que reproducirnos requiera “lascivia” uno de esos herejes, el obispo Juliano, objetó que “los instintos son éticamente neutros”.

175 Cf. Spiegel 1973, p. 64.

176 Cf. Fetscher 1977, p. 18.

177 Cf. Spiegel 1973, p. 60-66.

178 Troeltsch 1992, vol. I, p. 116.

179 Simmel 1977, vol. II, p. 495.

180 Lucas 6:34-35.

181 En Spiegel 1973, p. 65.

182 Cf. Mises 1968, p. 437.

183 Cf. Fetscher 1977, p.18.

184 Cf. supra, p. x.

185 El hérulo Odoacro.

186 Cf. Engels 1970, p. 189.

187 Stahl, en Troeltsch 1992, vol. I, p. 178.

188 Desde Diocleciano, que lo menciona expresamente en su edicto sobre precios máximos, es más barato y seguro –a despecho de naufragios y piratas- llevar en barco una carga de grano desde Gibraltar a Constantinopla que trasladarla en carros un centenar de kilómetros.

189 I Tesalonicenses, 4:6.

190 Cf. McCormick 2006, p. 93-94.

191 Ibíd., p. 28.

192 En Cipolla 2003, p. 234.

193 Cf. McCormick 2005, p. 41.

194 Heredó de sus padres grandes dominios en Italia y Sicilia, fue prefecto civil del Lacio antes de ordenarse como clérigo, escribió hasta siete libros sobre milagros e introdujo el canto litúrgico conocido por su nombre.

195 Cf. McCormick 2005, p. 243.

196 Allí apoya al usurpador Focas, verdugo del patriarca, del emperador Mauricio y de su cónyuge. Antes de acabar con la pareja real les obliga a ver cómo mueren bajo tormento sus cinco hijos.

197 Cf. McCormick 2005, p. 727.

198 Algo posible gracias a la digitalización de datos arqueológicos y literarios que verifica McCormick.

VII. LOS SIGLOS OSCUROS

“Alá está más cerca que la vena del cuello”¹.

El Imperio sobrevivió a pesar de su deficiencia productiva porque comunicaba puntos lejanos donde los mismos bienes tienen precios distintos, y podía ser lucrativo moverlos de un lugar a otro. Al cesar esas señales se hizo imposible una vida urbana a la antigua, donde llegan víveres gratis del exterior aunque sea bajo espartanas cartillas de racionamiento, y el colapso de las ciudades consumió una generalización del vasallaje². El nexo soberano/súbdito –donde está implícita una capacidad del primero para mantener comunicadas áreas vastas–, pasa a ser bajo condiciones de aislamiento una “lealtad” que se derrama en cascada desde los reyes a los señores y sus colonos, bendecidos todos por un Papa a quien complace que no les reúna la perspectiva de alguna ganancia, sino cierta compasión mutua.

La ruralización coincide con una historia fabulada que narran bardos anónimos a propósito de Arturo, el Grial y tramas afines, mientras la vegetación crece hasta borrar las calzadas. Los héroes populares son santos y santas, cuya santidad se prueba con una abundancia de milagros que realimenta la fabulación, mientras el ideal de autosuficiencia se plasma en sistemas domésticos de producción y consumo –las curtes comarcales–, que no conocerán rival durante cuatro siglos. Un pueblo abrumadoramente analfabeto y sin personajes intenta minimizar la devastación ligada a guerras privadas entre señores agrupándose en torno a castillos o alguna fundación religiosa, que ceden el usufructo de sus tierras a cambio de obediencia y prestaciones laborales gratuitas.

Lo esencial es que la fe no se alía con una civilización previa y ya formada. Le incumbe construirla de arriba a abajo, usando los elementos menos desintegrados de la civilización anterior –el idioma, algunos usos y técnicas– para sacar adelante unos ideales evangélicos adaptados a que la Iglesia ya no arda de impaciencia por la llegada del Apocalipsis. Todos los Estados del medievo se apoyan sobre el carisma eclesiástico, y la sinergia de un orden político sujeto al clerical transforma el proceso de desintegración económica en un apogeo del silencio y la humildad. La penuria se percibe como logro ascético y fin en sí, que consagra universalmente el principio social cristiano. Aunque la vida parezca menesterosa, ese ropaje visible no es sino ilusión y encierra la riqueza ilimitada del prodigio milagroso. Los clérigos pueden recompensar incesantemente al pueblo con gracia divina mediante un poder sacramental que es su potestas ordinis.

1. Vasallos y fieles

Como los latifundios imperiales –por no decir la tierra en general– han pasado al clero o a la nobleza de sangre, para los mansi o campesinos la diferencia entre ser indeseables o parroquianos es una relación personal de dependencia, que las primeras leyes medievales llaman *recomendatio* cuando resulta vitalicia y *precarius* si tiene plazo. Carlomagno será un hito en esta evolución, ya que impide heredar a los esclavos rurales sin por ello eximirlos de una condición “vinculada”. En muchos territorios, aunque no en todos, la situación produce al siervo de la gleba, que puede adquirir y retener propiedad aunque está ligado vitaliciamente a su lugar de nacimiento, y sujeto en otros sentidos a su señor como al amo previo³.

Esta atadura al territorio fue inventada por el Bajo Imperio, y lo realmente novedoso es que se consume una exclusión del autónomo. No hay resquicio para empresarios en la sociedad altomedieval, cuya concordia se basa explícitamente en haber superado la competencia y la industria. Lo magnánimo de los señores brilla en que su canon se reduzca a varios sacos de grano o algunas ovejas y cabras, fracción mínima de aquello que su parcela proporcionaría a un granjero diligente. Lo magnánimo de los siervos brilla en su disposición a ser reclutados como tropa, regalar trabajo cuando proceda y rendir pleitesía. No les une una relación utilitaria y prosaica, como los contratos, sino la regla de que el inferior se esforzará “de corazón” en obedecer a su superior, y éste le tratará “cristianamente”. Sólo la carrera eclesiástica permite trascender el destino escrito por la cuna de cada cual, convirtiendo al superior en un humilde eremita y promocionando al inferior hasta un puesto más elevado en la escala jerárquica.

El Bajo Imperio había borrado las ventajas de ser libre, haciendo que en la práctica todo ciudadano estuviese tan sometido al Estado como un esclavo a su amo, algo tanto más amargo cuanto que el Estado empezaba y terminaba en un jerarca arbitrario. Las ventajas de la libertad se replantean con el traspaso del poder a bárbaros originalmente anarquistas y una centrifugación del territorio en feudos particulares. Pero el aislamiento anula la capacidad concreta de obrar –trasladarse, cambiar de vida-, y la autonomía que hayan podido obtener individuos y grupos en el caos de la transición es indeseable tanto para el poder temporal como para el espiritual. Poder adquirir y retener lo adquirido resulta una facultad vacía cuando no hay otro mercado que el de siervos.

Los sacramentos medievales

Las diferencias que el retrato de Jesucristo exhibe de unos Evangelios a otros no alteran lo más mínimo su promesa de salvación a quien sea capaz de amarle incondicionalmente. Temperamentos no infelices ni crédulos tienden a dudarle, y a ellos se dirige el Sermón de la Montaña cuando empieza diciendo: “Benditos los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos”⁴. La lucidez mundana sólo puede engendrar angustia, mientras el simple -también llamado “niño” e “inocente”⁵- será redimido al tiempo de las complejidades unidas al más acá y los tormentos del más allá. Infelicidad y credulidad se unen armónicamente en la figura del pecador, alguien que obra como no quisiera debido al conflicto entre su alma y su carne, y desde san Pablo los mejores cristianos se reconocen grandes pecadores.

Siglos después la jerarquía eclesiástica ha descubierto un *refugium peccatorum* más específico que amar a Jesucristo sin reservas, e introduce el sacramento originalmente maniqueo de una confesión periódica. No ya un obispo sino cualquier clérigo pueden oír las culpas del fiel, prescribir que rece cierta penitencia y absolverle en nombre de Dios y la Iglesia. Si el confesado falleciera de seguido, sin tiempo material para pecar, dispone de una certitudo *salvationis* que le asegura ir al Cielo o en el peor de los casos al Purgatorio⁶, nunca al Infierno. Es un rito que en los comienzos ocurría una sola vez al año -el Jueves Santo-, pero evoluciona de acto público y colectivo a ceremonia privada e individual. Hacia 700, en el corazón de las tinieblas europeas, es ya un autoanálisis supervisado que soslaya las posibles indiscreciones del confesor arbitrando para él un voto solemne de secreto. Primero ha sido un acto obligatorio indirectamente- porque comulgar sin haber confesado podría ser sacrilegio- y luego pasa a serlo directamente, porque se prohíbe no confesar al menos una vez al año⁷.

Exigir el desnudamiento íntimo anticipa técnicas psicoanalíticas cuando la medicina hipocrática⁸ ha sido desplazada por ensalmos, agua bendita, etcétera. Dichas técnicas son tanto más bienvenidas por eso mismo, y todo el medievo abunda en personas que gritan “¡confesión, confesión!” cuando sienten algún peligro. A mediados del siglo XII los cátaros

acusan al clero de “vender el perdón de los pecados”⁹, aunque hace falta esperar a John Wycliffe (c. 1320-1384) para que el confesionario parezca algo que sólo puede compadecerse del simple condenándolo a más simpleza, y a una negligencia apoyada sobre absoluciones mecánicas. La propia promesa de rescate in extremis no sólo sería un mecanismo arbitrario de control eclesiástico, sino una manera de lograr que el fiel sea menos exigente consigo mismo y menos digno del perdón divino.

Pero dentro de la misma religión, y en el mismo ámbito territorial, deben transcurrir cuatro siglos para que se consolide el cambio de criterio. La fe cristiana nace tomando partido por los párvulos o “inocentes”, y la llegada del medievo lleva hasta sus últimos límites lo que esto implica de presión sobre otros temperamentos y actitudes. En efecto, el proyecto de salvarse amando todo salvo “el mundo” se concilia mal con reglas cívicas que son espontáneas en algunos y otros adquieren por educación, rodeando de peligros adicionales la independencia y la búsqueda de conocimiento. Las cargas del rico espiritualmente están llamadas a aumentar tanto como su opuesto monopolice el favor divino y las atenciones de la Iglesia¹⁰, imponiendo que los héroes se disfrazen de lisiados, las afroditas de frías, los sabios de necios y los elocuentes de tartamudos.

La sencillez del bien y el mal, la luz y las tinieblas, configura un tipo de masa estable por recurrente, y para adentrarse en detalles del fenómeno tanto da leer lo que escribe Amiano Marcelino sobre incendiarios de bibliotecas en el siglo IV como La guerra del fin del mundo¹¹. Esto último es una descripción novelada de eventos acontecidos en Brasil hacia 1900, cuando en el interior de Bahía cierto sujeto tenido antes por lunático –Antônio Conselleiro- lideró una rebelión contra la recién estrenada República¹². Durante la etapa semiamnésica que va del siglo VI al X un número indeterminable de sujetos análogos – empezando por Adalberto el Milagroso y la profetisa Theuda- seducen a muchedumbres ansiosas de salvación.

Pobrismo y capital humano

Mantener y renovar un stock de individuos sin personalidad jurídica, ampliamente mayoritario como sector de población y con tasas muy bajas de natalidad, fue algo que la cultura grecorromana intentó especializándolos como marinos, ebanistas, médicos, escribientes, prostitutas, etcétera. Esto comenzó a ser inviable desde el siglo III, cuando se generaliza la institución del colonato, y recibe su golpe de gracia a partir del VI, cuando el deshilacharse del tejido económico desemboca en las autarquías feudales. Falto de liquidez, el señorío medieval se adapta al estado de cosas con el dominio sobre alguien que se mantiene a sí mismo, es más fértil y devuelve su “recomendación” con labor.

Las actas medievales más antiguas de confiscación y confirmación de propiedad usan la fórmula “finca y no emancipados” (res et mancipia) para designar al esclavo clásico, que va dejando de tener demanda al ser preferible el siervo de la gleba. Pero a la vez que se contrae la demanda interna de mancipia crece una demanda externa, que convertirá a niños y jóvenes de ambos sexos en artículo prácticamente único de exportación. A la inmovilidad del estamento servil corresponde un movimiento voluntario e involuntario de personas, que incluye esclavos vendidos por sus dueños, individuos (libres o no) capturados por distintos cazadores e incluso un sector que prefiere el albur de ofrecerse en las lonjas de esclavos a las miserias de su tierra, apostando por encontrar un amo benévolo y mejores condiciones de vida en Bizancio, Bagdad o Córdoba.

La única mercancía capaz de desplazarse por tierra sin costes exorbitantes es el semoviente humano, que además de andar puede ir cargado de paso con esto o lo otro. A tal idoneidad sólo cabría oponer reparos morales, que ahora brillan por su ausencia. El mayor mercado de

cautivos durante los siglos oscuros estuvo en Roma, que los exportaba desde el puerto papal de Civitavecchia, y más adelante desde sus territorios en la Campania. Cuando tenemos las primeras noticias en tal sentido la mayoría de los embarcados desde allí hacia Bizancio son lombardos, un pueblo cuya vecindad incomoda mucho a la Santa Sede. Siglos después el negocio persiste inmodificado, y la primera muralla vaticana es levantada por captivi árabes tras la derrota de una escuadra suya en Ostia (849), cuando el Papa ejecuta a sus jefes y se nombra propietario del resto.

No uno sino cinco monarcas europeos reprochan a pontífices romanos que consientan el tráfico con sus vasallos¹³, tanto siervos como libres, estimulando así a “piratas y bandidos”. A despecho de representar a religiones inconciliables, el Papado y los Califatos suspenden la intolerancia mutua cuando se trata de ese tráfico, y en 806 el jurista Ibn Sahnun aclara que “no está permitido capturar barcos cristianos, estén donde estén, si son comerciantes conocidos por sus relaciones con los musulmanes”¹⁴. No puede, pues, afirmarse que la organización extramercantil de la vida quisiera abolir la servidumbre, y que los principios de la Iglesia -en particular las tesis pobristas- estarían en el origen de grupos humanos no lastrados por una mano de obra sin salario. Más ajustado a los hechos es recordar que esa organización produjo una inermidad generalizada, y que el tráfico con esclavos obtenidos por medios violentos sería “el primer gran impulso para el desarrollo de la economía comercial europea”¹⁵.

Desde san Pablo el cristiano entiende que para vivir con rectitud es indiferente ser amo o siervo, y hasta resulta más prometedor lo segundo. En el pórtico del medievo Gregorio I se declara *servus servorum Dei*, inaugurando una actitud asumida expresamente a partir de él por obispos y clérigos en general¹⁶. Las fuentes altomedievales son unánimes a la hora de mostrar que para su Iglesia lo perverso de la servidumbre no es el liberticidio inherente a ella, sino la posibilidad de que someterse a un amo infiel desemboque en apostasía. Lejos de prohibir la adquisición, captura o venta de personas, ya el Concilio de Clichy (626) da por hecho ese tráfico como pilar de la estructura social, y establece a título de excepción que no podrán destinarse “a judíos y paganos”. Idéntica regla consagra poco después el Concilio de Chalon-sur-Saône (647-653), seguido por una larga serie de cónclaves ulteriores¹⁷ cuya propia reiteración sugiere un sistemático incumplimiento.

Al celebrarse el cónclave de Clichy reina el merovingio Dagoberto, y una de sus misivas estimula a los vecinos alamanes y lombardos para que hagan captivi en los Balcanes. Cuando los árabes pasen a ser el adquirente mayoritario de europeos y europeas se endurecen las penas para quienes se los vendan; pero castigarles viene de que el cristiano podría abrazar otra religión, y perder no ya el gobierno de su vida terrena sino su alma inmortal¹⁸. Por lo demás, esas reglas son declaraciones para la galería, que las fuentes árabes desnudan de toda veracidad.

Pero antes de entrar en el floreciente mercado de esclavos algo debe decirse sobre el mundo bizantino y el islámico, que tan esenciales resultan para la Europa medieval.

2. El bastión grecorromano

Constantino fundó su Nea Roma sobre el estrecho que comunica el Mediterráneo y el Mar Negro. En esa estratégica península había una ciudad desde tiempos inmemoriales -que se alineó con Esparta en su guerra contra Atenas-, pero Constantinopla sólo se convierte en la Bizancio que sobrevivirá hasta 1453 merced a extraordinarias obras de fortificación terminadas a mediados del siglo V¹⁹. Para entonces es la sede del Imperio de Oriente y

dispone de una clase media considerable, tanto rural como urbana, que testimonios árabes ulteriores ligan a la explotación de distintas técnicas:

“Desde el país bizantino llegan artículos de oro y plata, dinares de oro puro, plantas medicinales, telas tejidas con oro, brocado de seda, animosos caballos, esclavas, artículos raros de cobre, cerraduras que no pueden forzarse, liras, ingenieros hidráulicos, expertos agrícolas, marmolistas y eunucos”²⁰.

Mientras Occidente entra en un sistema de grandes dominios, con un circuito de bienes y servicios que excluye el comercio, la desaparición del dinero en gran parte del Oeste coincide con lo opuesto en el Este, y reinando Anastasio I (491-518) las rentas han crecido tanto que la contribución rústica puede pagarse en metales nobles. Aunque este emperador no escatima en obras públicas, sus dos décadas de gobierno aportan a la tesorería 160 toneladas de oro, un saldo neto cuyo origen no son conquistas o saqueos sino granjas rentables y actividad mercantil. Florecen, sin excepción, todas las ciudades que jalonan rutas conducentes a su capital.

Idéntico a Roma por leyes y memoria colectiva, el Imperio romano de Oriente está hecho a producir e intercambiar, lo cual supone un empleo distinto de sus recursos humanos y materiales. Dos de sus señas de identidad –la “magia civilizadora” y el “imperialismo defensivo”– vienen de no comulgar con el desdén romano hacia la industria, y su diplomacia se liga a lo mismo. Cuando Atila amenaza al país, por ejemplo, las negociaciones con Teodosio II desembocan en que recibirá 950 kilos de oro. Pero tan importante como esa cláusula del convenio es otra, por la cual se establecen puestos comerciales bizantinos en territorio huno, que además de importar materias primas recobran el oro extorsionado con la venta de sus manufacturas. Junto a la pompa asiática hay medidas como suprimir el impuesto sobre profesionales y hombres de negocios creado por Constantino, y una burocracia eficaz para mantener las vías de comunicación.

Constantinopla tiene entonces más de medio millón de habitantes, y además de los bienes antes mencionados exporta vinos, entre ellos el celebrado –por “fuerte y rudo”– tinto de Gaza. Es el principal puerto no ya del Mediterráneo sino del mundo, mediador en la redistribución de mercancías que llegan de los cuatro puntos cardinales. Monjes bizantinos han roto el secreto celosamente guardado por China, trayendo gusanos de seda que permiten limitar la importación del esa tela a variedades muy específicas. Pero ya antes de que se ponga en marcha la nueva fuente de ingresos el superávit de caja sugiere a Justiniano (527-565) varios proyectos colosales, entre ellos una reconquista del Imperio occidental que consuma en considerable medida²¹. Mucho más duradera y útil iba a ser la compilación de edictos y dictámenes de los jurisconsultos clásicos, el Corpus iuris civilis. Otra de sus obras inmortales, la catedral de Santa Sofía, se erige cuando están calientes aún los rescoldos de una revuelta que incendia buena parte de Constantinopla, causando 30.000 muertos²².

El bizantinismo

Las finanzas van tan bien que ni siquiera esos gastos extraordinarios interrumpen los planes de recobrar el Mediterráneo. El excedente permite también subvencionar a los persas para que su celo preislámico –la religión zoroástrica– no imponga sacrificar a infieles hallados en sus territorios, disuadiéndoles también de su ancestral disposición expansiva. Pero el brote de peste bubónica (541-543) mata a un tercio de la población, liquidando el excedente de personas dispuestas a trabajar o alistarse. La escasez de brazos dispara una espiral en los salarios que Justiniano intenta corregir legislando sobre sueldos máximos, y el resultado de la plaga a medio y largo plazo es convertir a los bizantinos en importadores masivos de esclavos

como mano de obra, cuando precisamente el rendimiento del trabajo libre distinguía hasta entonces sus productos.

Otras culturas padecen pestes sin cambiar estructuralmente. La bizantina reacciona ante esa catástrofe haciéndose más militar y más clerical, un proceso que en pocas generaciones acaba con la clase media agraria y la urbana. Desde fuera sus ciudades parecen fortalezas, y miradas desde dentro se organizan como conventos. Ya precozmente ese elemento monástico justifica que Justiniano clausure la Escuela de Atenas (529), imponiendo un código de costumbres que subvenciona formas célibes de vida y estorba de modo espectacular la repoblación. Le quedan a Constantinopla casi mil años de vida, pero ya no como Imperio romano de Oriente sino como alianza de feudos, radicada en un lugar natural de poder convertido por obra humana en fortaleza inexpugnable.

El marasmo que acompaña a los sucesores de Justiniano parece invertirse con la llegada del enérgico Heraclio, que reconquista Alejandría venciendo de modo concluyente a los persas, y que para recobrar una agricultura no latifundista devuelve tierras expropiadas por sus antecesores. Pero en 622 -cuando accede al trono- Mahoma se ha ido de La Meca a Medina para fundar la ummah musulmana, un movimiento de pujanza sólo comparable al cristianismo y de expansión mucho más rápida, que en dos décadas conquista Egipto, Siria, Palestina y Persia, sitiando Constantinopla desde 647 a 678. Aunque tenga las mejores bibliotecas, y abundantes polígrafos, el Imperio oriental se ve forzado a entrar en una existencia de espora, con Venecia como único aliado de consideración.

Por lo demás, el bizantinismo sembró la discordia más enconada entre diofisitas y monofisitas, y serán estos últimos quienes rindan Egipto y Siria a los árabes con la esperanza de tener autoridades políticas y religiosas más tolerantes que su Emperador o su Patriarca. Juan el Gramático, principal scholar de esta civilización, es un tratadista del siglo VI que combina fértiles intuiciones sobre cinemática con filigranas teológicas, y al tomar los hábitos decide bautizarse como Juan Filoponos (“amante del quebranto”). Símbolo de pompa formalista y devoción por una sutileza no menos protocolaria, los principales funcionarios bizantinos fueron reglamentariamente eunucos, mientras innumerables personas perdían la vida por cambiarle una letra a cierta palabra²³. A caballo entre la prosa del comercio y la poesía del dogma, sus ciudadanos se polarizaron en la defensa de versiones menos y más misteriosas de la ortodoxia. Esas disputas irán haciéndose cada vez más sangrientas, hasta provocar un siglo de guerra entre iconófilos e iconófobos²⁴.

La progresiva clericalización se hace en detrimento de la vida mercantil, desde luego, que si en el siglo V y VI resultaba floreciente en el IX aparece exhausta. El emperador Teófilo (829-842) ve con escándalo que su esposa sea propietaria de un mercante anclado en el puerto, y ordena destruirlo. A su juicio, “el comercio es incompatible con el imperio”²⁵.

3. Los imperios mahometanos.

El islam remite a una sociedad milenaria –la Arabia Felix- establecida en el borde más meridional de esa península, que a través del Mar Rojo y el Índico recibía especias, tejidos y otros productos de Extremo Oriente. A principios del siglo VII dicha cultura agoniza, y compiten por hacerse con sus recursos un partido de etíopes cristianizados y otro de yemenitas maniqueos. Sus puntos de acuerdo y desacuerdo son el horizonte doctrinal cuando la región ve surgir un nuevo Libro en el valle desértico aunque abundante en pozos de La Meca, donde repostan y negocian las caravanas que mueven bienes entre el Índico y el Mediterráneo.

Junto a otros dioses, algunas tribus del lugar veneraban cierta piedra negra (la Ka'ba), probablemente un meteorito, y allí nace -como huérfano perteneciente a uno de los clanes principales- el profeta Mahoma (c.570-632), a cuyo juicio esa piedra es símbolo de Alá, “el Dios de Abraham”²⁶, que manda ser generoso con los débiles y asegura a todo ser humano una retribución adecuada a sus obras en “el Día del Juicio”. Alá es único, todopoderoso y a la vez personal o providente, como YHWH, si bien no prefiere a ninguna tribu o raza. En línea con la Biblia hebrea, y el Nuevo Testamento, el Corán no ve el conflicto entre bien y mal como lucha entre dos dioses de potencia pareja²⁷, a la manera persa, sino la guerra entre Dios y un ángel rebelde. Pero el dualismo zoroástrico reaparece en un fiel maniqueo por naturaleza, soldado de la luz contra los sicarios de las tinieblas, que castiga con pena de muerte la apostasía.

El Corán afirma que Jesús ascendió vivo al Cielo, donde vive junto a Alá²⁸, y que anunció la venida de Mahoma²⁹. En otro pasaje hallamos a Jesús negando que él y su madre sean dioses, tras preguntárselo Alá expresamente³⁰. Al igual que YHWH, no admite iguales ni la deificación humana que más o menos secretamente expone el Evangelio. Mahoma tampoco admite rival, pues sin perjuicio de reconocer autoridad a tres videntes previos -Moisés, Jesús y Manes- se presenta como Sello de la Profecía. En realidad, ha combinado judaísmo y cristianismo de un modo que conserva y supera a ambas religiones, solventando enérgicamente la relación entre fe y política. Su islam (“rendición a la voluntad divina”) no sólo es de modo inmediato un Estado sino el proyecto de un Estado planetario único, destinado a curar las desavenencias derivadas de particularismos.

En medio siglo los sucesores (“califas”) de Mahoma conquistan un territorio superior al que los romanos se anexionaron en medio milenio, y llegan algo después hasta China sin usar la rueda como vehículo de transporte³⁰. Su culto coincide con la cristiandad –y disiente del judaísmo- al considerar la esclavitud como una institución no ya lícita sino inexcusable, que proporciona a amos y siervos las mismas oportunidades de salvarse. Aunque todos los islámicos son miembros de una fraternidad –la ummah-, no hay en el Corán nada parecido a la regla mosaica de que el “hermano” esclavo será redimido al cumplirse los siete años de sumisión, recibiendo entonces medios para inaugurar una vida independiente. La libertad no es un valor en sí, y a los efectos de evitar castigos infernales le basta al musulmán con cumplir la regla de cortesía sugerida por san Pablo: el amo es impecable si evita tratar con violencia innecesaria a la “herramienta andante” que representa cada siervo.

Esta circunstancia hará que el califato de Bagdad y el de Córdoba sean para Europa la principal amenaza y a la vez un balón de oxígeno económico, porque su demanda de esclavos supera pronto a la bizantina. Adquirir los mejores ejemplares de latino, nórdico y eslavo no resulta precisamente eugenésico para el Continente, pero es la única fuente de efectivo por entonces.

Fraternidad y discordia

En su acelerada expansión, el islam solventa la existencia de poblaciones afectas a cultos distintos arbitrando que quien quiera conservarlos evitará ser perseguido pagando un tributo. Con todo, el Profeta muere sin preparar su sucesión y esto no sólo deja sin resolver algunas cuestiones gubernativas³², sino que deja en el aire dos modos prácticamente opuestos de entender la vida piadosa y siembra una escisión crónica entre sunitas y chiítas. En principio, la disidencia de los segundos viene de que el nuevo jefe de la ummah musulmana es uno de los suegros del Profeta -Abu-Bakr, padre de Aisha, su favorita- en detrimento de Alí, marido de su hija Fátima.

Aunque sean dos individuos no separados por diferencia doctrinal alguna, que veneran igualmente a Mahoma, la unidad islámica es tan profunda como su división interior. Tras el breve reinado del anciano Abu-Bakr, el salto del tribalismo beduino a un señorío ecuménico cuesta el asesinato de los dos califas siguientes, así como el de Alí y su hijo Huseín, seguido por la escisión del califato omeya que se establece en Córdoba. Los sunitas defenderán en lo sucesivo un “conformismo basado en creer que treinta años de tiranía son preferibles a un día de desorden”. Los chiítas optan por una pasión victimista que expresa la sentencia de Alí: “No encontrarás opulencia sin topar con derechos pisoteados de las personas [...] No hay bocado exquisito libre del hambre de quienes trabajaron para hacerlo posible”³³. La figura política adaptada a su apasionamiento es el imam, que por encarnar la infalibilidad no es tanto una persona física como un espíritu.

El chiísmo se expande y diversifica a través de las cofradías sufíes, con Irán como centro permanente. El sufi (“místico”) –llamado también “pobre” (fakir)- representa un integrismo marginal, que es tan minoritario como diversificado. El paso del asceta al místico lo culmina el “mártir del amor”, Ibn Mansur al-Hallaj, ejecutado en Bagdad (922) por ver en sí mismo “la verdad creadora”. Esa corriente incluye manifestaciones que van desde una lírica metafísica insuperada –con Ibn Arabí, Jayam³⁴ y Roumi-, hasta el panfleto Destrucción de los filósofos (1095) del influyente Algacel³⁵, por no mencionar a los derviches³⁶ danzantes y la orden de “quienes siempre lloran” o plañideros. Anticipando lo que será el misticismo europeo, sus poetas borran la distinción entre Alá y mundo, lo infinito y el yo personal, mientras sus usurpadores políticos destejen cada noche lo tejido durante el día³⁷.

Algunas instituciones

Nunca se había producido un fenómeno de grandes ciudades comparable a las mahometanas, que forman una cadena prácticamente ininterrumpida desde Marrakech a Cachemira, con El Cairo como megápolis. Entre el siglo VIII y el XII sus excedentes agrícolas y las manufacturas que produce o transporta son el grueso del comercio mundial, basado sobre una densa red de rutas terrestres y marítimas que sus mercaderes roturan o amplían. No es de extrañar por ello que renueven los usos jurídicos o que dispongan de juristas ilustres en Córdoba, pues controlar el intercambio de productos europeos, indios y chinos implica oportunidades formidables de negocio. No obstante, ya desde el siglo XI el producto exportado va perdiendo importancia³⁸, con efectos que constriñen tanto el suministro como el desarrollo interno de sus urbes. Esto remite a la inestabilidad política de cada dinastía, a las desavenencias entre tribus y, finalmente, al odio entre legalistas y esotéricos que dibuja la grieta entre realismo y apasionamiento, modo de vida sunita y chiíta.

Por una parte, no tiene igual una civilización que ha nacido fundiendo fe y política; y basta comparar Las mil y una noches con el Chronicon vita Macarii y otras hagiografías escritas en monasterios europeos. Por otra, cada califato ventila sus crisis con más integrismo, en detrimento de una vida civil nunca aceptada del todo. En el siglo XI, por ejemplo, brota una corriente de “Gran Resurrección” que es un calco del apocalipsis propuesto por videntes hebreos: la Ka’ba desaparecerá, se borrarán las letras en todos los ejemplares del Corán, serán ejecutados quienes pronuncien el nombre de Alá, etcétera³⁹. Algo paralelo sucede con el viejo culto maniqueo, cuya fe dualista revive en las formas más populares del chiísmo.

El crédito se diría uno entre los cuatro tratos primarios⁴⁰, pero lo maniatada una prohibición genérica de la ribah o interés del dinero. Añádase a ello que el Corán y la sharia prohíben no sólo el juego sino cualquier tipo de iniciativa mercantil análoga. Esto implica vetar la relación directa entre riesgo y beneficio, excluyendo expresamente las transacciones “de resultado imprevisible”, únicas capaces de desarrollar a fondo la actividad económica. Su culto es un

modelo de sobriedad intelectual comparado con el del medioevo cristiano, pero en vez de ir hacia la secularización y la mesocracia sus imperios entran en un medioevo donde tanto la industria como las clases medias se estancan o retroceden. A partir del siglo XII los avances tecnológicos pierden impulso, al mismo tiempo que el nivel de conocimiento y comprensión en el campo de las ciencias⁴¹, y el tiro de gracia llega cuando los portugueses alcanzan India y China por mar, liquidando su monopolio sobre el Índico.

Las comunidades suelen alcanzar una lucidez suprema cuando comienza su ocaso, y eso ofrece la figura del aristócrata Ibn Jaldún (1332-1406), cuya Introducción a la Historia sólo puede compararse por profundidad y finura analítica con la obra de Aristóteles y Hegel. Estudiando culturas y cambio social llega al concepto de una “cohesión” (asabiyah) surgida espontáneamente en tribus y pequeños grupos familiares, que alguna ideología religiosa intensifica y amplía hasta crear reinos e imperios. Factores psicológicos, sociológicos, políticos y económicos –captados en su interconexión- le llevan a diagnosticar el ocaso inevitable de cada asabiyah, que allana al mismo tiempo el camino a otra. Llamativamente, Jaldún no ve en este proceso otra evolución que el paso de la vida silvestre a la civilizada, común a toda sociedad no ágrafa. En este elemento sólo hay pleamares y bajamares de un océano inmutable.

4. Un apunte sobre Extremo Oriente

En China la penuria material no puede atribuirse a motivos teológicos, como los que se oponen a la institución crediticia entre cristianos e islámicos. Si nos situamos allí a mediados del siglo IV –cuando los obispos católicos celebran el sínodo de Paflagonia⁴²-, leeremos en la crónica imperial que el producto agrícola es insuficiente para “las necesidades del Estado”. Es un dato curioso, pues el Río Amarillo y el Chiangjian depositan ellos solos casi diez veces más sedimentos que el Nilo, el Amazonas y el Mississippi juntos, regalando grandes extensiones de terreno aluvial que rinden hasta cinco cosechas anuales. A dicha materia prima se añaden campesinos muy dóciles, que sus amos desplazan en masa como si fuesen semillas de las plantas cultivadas por ellos. Trabajan la tierra con una meticulosidad emocionante, y “su virtuosismo en el ahorro jamás ha sido alcanzado en otra parte del mundo”.⁴³

A despecho de estas condiciones, el emperador T'ai-wu no tiene suficiente “ni para su digno sustento personal”, mucho menos para la Corte y obras públicas, y decide borrar el “despilfarrador anarquismo”⁴⁴. Ordena a tales fines un censo de todos sus súbditos que permita controlarlos estrechamente, pues la prosperidad de China pelagra si se dedican a consumir pasatiempos o amasar dinero. A su juicio, los deberes procreativos y productivos del pueblo exigen pena capital para quienes “beban vino, asistan a espectáculos teatrales o dejen la agricultura por el comercio”. El efecto de estas medidas es que algunos reos de ebriedad, pasatiempo y comercio sean exterminados, aunque la normativa cae en desuso y la economía sigue estancada o en retroceso. Ninguna religión subraya tanto como el confucianismo la conquista de confort material, pero sacralizar la prosperidad no implica permitir el desarrollo de una “mentalidad” económica⁴⁵.

En vez de derecho los campesinos tienen edictos, un factor adicional de desmoralización que contribuye a las hambrunas. Es hasta sorprendente que sobrevivan sin taras genéticas, porque la obsesión productiva aprovecha cada metro para el cultivo. No hay espacio para criar otro animal que el cerdo, y como estiércol se usan el porcino y el humano; lo transportan e insertan en tierra mediante el arado seres de ciencia-ficción, portadores de enfermedades dantescas.

El poder del capricho

Mil años más tarde el país está fascinado con la construcción de barcos. Una de sus flotas – mandada por el almirante eunuco Zheng He- dispone de 317 naves, algunas enormes (130 metros de eslora, frente a los 25 de la Santa María), capaces de transportar muchos regimientos. Toda Europa junta no puede imaginar siquiera una armada semejante⁴⁶. Pero la Corte cambia de idea, y en 1500 quien construya una embarcación con más de dos mástiles merece pena capital. En 1525 las autoridades costeras ordenan destruir todo barco que surque la alta mar, así como el encarcelamiento indefinido de sus propietarios. El motivo expreso de este decreto es que al Imperio no se le ha perdido nada fuera: “China recibirá pleitesía y tributos, permaneciendo ajena a la tentación del vil comercio, tanto como a novedades de fabricantes. Las propuestas de mejora son superfluas cuando no censurables”⁴⁷.

Ha llegado un nuevo brote de “Imperio inmóvil”, donde los escasos testigos europeos observan cómo “cualquier hombre de genio inventivo se ve paralizado por la idea de que sus esfuerzos no le valdrán recompensas sino castigos”⁴⁸. Precisamente por esos años preparaba Portugal sus primeras expediciones a Extremo Oriente, seguidas algo más tarde por las de holandeses e ingleses, y tanto flotas comerciales como militares habrían sido útiles para que China no pasase de su altivez a un estado de genuflexión ante Rusia, Japón y las potencias occidentales. La misma actitud se observa ante el cañón, un invento chino del siglo XIII, pues en el siglo XVII el país ha olvidado tanto producirlo como usarlo, y cuando en 1621 los portugueses de Macao regalen al Emperador cuatro piezas deben complementar su obsequio con otros tantos artilleros⁴⁹.

Derecho y legislación

De alguna manera ventilará sus cuentas con la veleidad gubernativa un país tan aventajado en genio inventivo⁵⁰. El hecho de que todas las comunidades chinas extramuros sean prósperas sugiere que lo problemático está dentro. Hasta el más sanguinario y venal rey godo, por ejemplo, debía aparentar buena voluntad y rectitud para no granjearse una rebelión inmediata. En el Pekín de T'ai-wu -y en el Mao- eso sería una iniciativa extemporánea, cuya flaqueza promueve sedición. Mientras el Hijo del Cielo está decretando en 1525 un nuevo periodo de glorioso aislamiento, y prohibiendo la construcción naval, católicos y protestantes europeos coinciden en pensar el tiranicidio como acto ético supremo, y llaman tirano a quien ignore la buena voluntad y la rectitud.

Causa y efecto de esta diferencia es que el despotismo asiático atribuya el dominio de todo al soberano, cuando “cualquier ley contra la propiedad es una ley contra la industria”⁵¹. Tolerar el liberticidio tira al desván los propios hallazgos y desincentiva la diligencia. De Shi-Huang Ti (c.259-210 a.C.), primer Emperador, se cuenta que mandó quemar los libros confucianos e hizo castigar a un monte, deforestándolo, por haber dificultado su maleza el augusto caminar. Todavía en 1455 otro emperador castiga al monte Tsai por la misma falta de respeto⁵².

Cuando comparamos el Imperio romano con el árabe y el chino las diferencias desbordan exponencialmente a los parentescos. Todo se diría particular en cada caso, salvo que nunca pase de pequeña minoría un estrato móvil y equidistante entre el príncipe y el mendigo. Precisamente esto dejará de suceder en Europa, cuyo destino incluye crear la clase media más amplia y estable de todos los tiempos. Pero es una tarea en gran medida inconsciente, que va cumpliéndose a lo largo de muchos siglos a golpes de azar y necesidad, donde la civilización occidental sólo se adelanta a otras por reaccionar de modo distinto a sus peculiares adversidades.

NOTAS

1 Sura 50:8.

2 Del galo *vasalus*, “criado”.

3 Entre sus deberes está el *ius primae noctis* o derecho de pernada, “un residuo que se prolonga toda la Edad Media, al menos en los países de origen céltico [...] Al paso que en Castilla nunca fue siervo el campesino, en Baleares, Cataluña y el alto Aragón adoptó la forma más abyecta hasta 1586 cuando se produce la sentencia o bando arbitral de Fernando el Católico -redactado en catalán-, donde dice: ‘Juzgamos y fallamos que los senyors no podrán tampoco pasar la primera noche con la mujer que haya tomado un campesino, ni tampoco podrán después de que se hubiere acostado la noche de boda pasar la pierna encima de la cama ni de la mujer, en señal de soberanía; tampoco podrán los susodichos señores servirse de las hijas o de los hijos de los campesinos contra su voluntad, con y sin pago’” (Cf. Engels 1970, p. 68-69). Que la región pasara a ser una Marca carolingia en 808 explica el arraigo de esta costumbre franca.

4 Mateo 5:3. La New English Bible sustituye “pobres de espíritu” (*pneuma*) por “quienes conocen su necesidad de Dios” (*these who know their need of God*), pero usa seis palabras para traducir tres, y no modifica el sentido. Cf. el comentario allí a Mateo 5:3.

5 Mateo 19:14

6 De san Gregorio Magno parte esa idea de un lugar intermedio, donde las almas no padecen el fuego infernal pero se consumen de impaciencia por un cuerpo purificado.

7 La Iglesia católica y la ortodoxa griega creen que la confesión es estatuida por ciertos pasajes del Nuevo Testamento, y deriva de la Encarnación. Confirmación y extremaunción son dos sacramentos adicionales introducidos por el Papado altomedieval.

8 Aquella que considera la enfermedad como un fenómeno natural (*physikós*) y emplea remedios naturales para tratarla.

9 Según refiere Bernardo Gui en su *Manual para inquisidores*; cf. Robinson 1903, p. 383.

10 Una variante no mágica del confesionario es el diván psicoanalítico, que trata la pobreza de espíritu como neurosis. Desde la cruzada antidroga -unida en origen a misioneros católicos norteamericanos- la galería de indigentes espirituales ha crecido con el adicto, que en una línea análoga a la histeria escenifica un drama de indefensión y dependencia: querría trabajar y ayudar a los demás, de quienes solicita favores sin pausa, pero lo traiciona su mala fe, que unas veces reclama terapia y otras se afana en engañar al terapeuta. Tras una serie indefinida de adictos extrafarmacológicos -ludópatas, bulímicos, anoréxicos, erotómanos, movilmaníacos, musculópatas-, vuelve con distintos nombres el parvulus, que en una época solicita exorcismo y en otra tratamiento médico. Ver esas conductas como simples vicios o malas costumbres de cada voluntad no es admisible para exorcistas ni para otros terapeutas; cf. Szasz 1974, *passim*.

11 Cf. Vargas Llosa 2002.

12 Inocentes todos en sentido evangélico, reclamaron la vuelta del rey y un reino de Jesús llamado a la expropiación del incrédulo. Los treinta y tantos mil combatientes que acabaron

oponiendo al ejército –muchos de ellos niños, ancianos y mujeres- lucharon con enorme bravura, y ganaron varias batallas hasta sucumbir a los medios abrumadores que finalmente reunió el país contra ellos. La penuria intelectual les unía más aún que la escasez material, fascinados como estaban por un Consejero para quien toda desdicha o mutilación era belleza, excelencia.

13 El primer tratado medieval que se conserva es de 840 y constituye un acuerdo entre el carolingio Lotario I y la república de Venecia, donde ésta se compromete a no comerciar con los súbditos de aquél, y a cerrar su industria de castración; cf. McCormick 2005, p. 710.

14 *Ibíd.*, p. 595.

15 M.McCormick dedica un millar de páginas al peso comparativo de este tráfico en la primera Edad Media, y vincula la liquidez derivada de él con el proceso que acaba evocando la revolución comercial del siglo XII.

16 También los bizantinos se incorporaron a esta glorificación teórica de la servidumbre, entendiendo que no sólo era la actitud ejemplar para el eclesiástico sino para el funcionario, cuyo servicio al Estado implica una esclavitud (*doubleia*).

17 Cf. McCormick 2005, p.689.

18 La distinción entre cautivos sólo aparece en 880, como cláusula de un tratado entre el Sacro Imperio y Venecia que excluye el comercio con personas libres (“*qui liberi sunt*”).

19 Esas murallas resistirían el embate de ávaros, búlgaros, rusos, pechenegos, persas y sobre todo musulmanes, que hasta en siete ocasiones intentaron tomar la ciudad. Su perímetro rondaba los 30 kilómetros, y el muro (once metros de alto y tres de grosor) se completaba cada cincuenta por torres con el doble de alzada, capaces de descargar un infierno de proyectiles cruzados sobre cualquier punto de la muralla donde se concentrase un ataque. Ninguna urbe tuvo o tendría defensas remotamente comparables, y ninguna evocó tanta codicia en distintos vecinos. Juan Crisóstomo comenta, a finales del siglo IV, que en los grandes palacios no sólo abundaban adornos de oro y plata, mosaicos y alfombras, sino refinamientos como grandes puertas de marfil perfectamente liso, con juntas invisibles.

20 Ibn Hawkal, en McCormick 2006, p. 553.

21 Recobra el norte de África, el sur de España, todas las islas del Mediterráneo, toda Italia y la Dalmacia. Mandados por Belisario -uno de los grandes guerreros de la Antigüedad-, los ejércitos bizantinos se lanzan incluso a empresas en el norte, frenando el avance huno en Crimea y cruzando el Danubio para contener a otros bárbaros.

22 La rebelión llamada de la Nika es instigada por los Verdes y los Azules, dos facciones del Hipódromo que representan a la aristocracia terrateniente y a la comercial. Sempiternamente enfrentadas, en 532 se unen para exigir la destitución del favorito imperial. Justiniano se salva por poco de morir, pero acaba saliendo fortalecido.

23 *Omoousíos* (“misma substancia”) y *omoiousíos* (“pareja substancia”) es el centro de la disputa sobre la naturaleza de Jesús. San Gregorio Nacianceno comenta que la capital “está llena de obreros y esclavos que son todos profundos teólogos y predicán en sus talleres y en las calles. Si pedís a alguien que os cambie una pieza de plata os instruye sobre la diferencia entre el Padre y el Hijo; si preguntáis el precio de una barra os contestan que el Hijo es menos que

el Padre, y si preguntáis cuándo terminará de hornearse os aclaran que el Hijo fue formado de la nada” (cf. Hegel 1967, p. 261.). Obsérvese que la ironía del santo parte de ver estas cuestiones abordadas por “obreros y esclavos”, olvidando que su condición de pobres materiales y analfabetos les capacita especialmente como fieles.

24 El culto de imágenes religiosas (“iconos”) como objetos visibles que llevan a lo invisible llegó a oficializarse a finales del siglo VI. Lo prohibió el emperador León III en 730, extremándose la persecución entre 741 y 775. En 787 la emperatriz Irene reacciona prohibiendo la iconoclastia con rigor, pero en 814 los iconoclastas retornarían. Finalmente la viuda de Teófilo I restauró la veneración icónica en 843, un evento que esta Iglesia sigue celebrando como Fiesta de la Ortodoxia.

25 Así lo refiere uno de sus cortesanos, Teófanos Continuatus; cf. McCormick 2005, p. 29.

26 Alaha es uno de los nombres de YHWH en arameo.

27 En una de sus tradiciones el dualismo iranio profesa que Zurvan (el Tiempo) engendró a Ormaz y Arimán, cuya oposición crea el universo físico como campo de batalla. Para Manes Dios y la Materia son eternos e iguales en potencia.

28 Corán 43:61.

29 *Ibíd.* 61:6.

30 *Ibíd.* 5:116.

31 Lo puntualiza un historiador islámico contemporáneo; cf. Hourani 1991, p. 72. Gran parte de sus dominios son desiertos como los de Arabia y Asia central, donde cualquier carro quedaría inmovilizado.

32 Por ejemplo, qué actitud tomar ante alcohol, café, haschisch y otros vehículos de ebriedad, cuestión resuelta póstumamente por el derecho positivo (sharia) con 80 latigazos. El opio, considerado tradicionalmente regalo divino (mash Allah) esquivó la prohibición hasta mediados del siglo XX, cuando el Diván o Parlamento iraní clausura en 1955 su fumadero.

33 Cf. Naipaul 2002, pp. 416-417.

34 En el caso de Jayam, cuya obra como matemático y astrónomo está probada, sus admirables cuartetos o rubaiyats pudieron haber sido inventados por E.Fitzgerald, el traductor, pues no disponemos de original árabe remotamente parecido.

35 Texto escrito para desanimar a quien quiera cultivar las ciencias, allanando así el camino “al fervor religioso”. Un siglo después Averroes se ganó el destierro de Córdoba por su Destrucción de la destrucción, donde considera insincero a Algacel (que habría redactado su libro para escapar a acusaciones de herejía) y le llama “ingrato que vuelve contra el saber lo aprendido de él” (cf. Pioli, en Porto-Bompiani 1959, vol. III, p. 923). Suele atribuirse a Algacel una anticipación de la crítica hecha por Hume al principio de causalidad, pero su objeción al pensamiento científico es que “los filósofos no pueden demostrar la existencia de Dios ni la inmortalidad del alma” (*Ibíd.* p. 924). Es ocioso aclarar que ambas cuestiones son científicamente ridículas para Hume.

36 Dervish significa en persa lo mismo que fakir en árabe.

37 “Su principio era la religión y el terror, como el de Robespierre fue la libertad y el terror [...] que fundó muchos imperios y dinastías. Sobre este mar ilimitado sólo reina un perpetuo devenir, nada es sólido. Lo formado permanece transparente al rizarse, y es reabsorbido. Tal como esas dinastías e imperios no detuvieron la degeneración, por falta de solidez orgánica, los individuos desaparecen. Pero allí donde se fija un alma noble, como la ola en el mar rizado, aparece con una libertad tal que no hay nada más noble, más generoso, más valiente, más resignado”; Hegel 1967, .p. 276-277.

38 Cf. Hourani 2003, p. 151

39 Cf. Eliade 1983, vol. III/1, p. 132-133.

40 Venta (bay), alquiler (ijarah), donación (hibah) y préstamo (ariyah).

41 Cf. Hourani 2003, p. 320.

42 Véase antes, p...

43 Weber 1998, vol. I., p. 508.

44 Cf. Landes 2000, p. 38-39.

45 Weber ibíd. p. 515.

46 Cf. Landes 2000, p. 100.

47 Ibíd., p. 316.

48 Cf. Peyrefitte 1992, p. 286.

49 Ibíd., p. 314.

50 Entre otros hallazgos, China es cuna de la carretilla, el estribo, el compás, el papel, la imprenta, la pólvora, los fuegos artificiales, la porcelana, una máquina hidráulica para hilar y el alto horno; cf. Elvin 1970, p. 184 y 297.

51 Burke, citado en Acton 1952, p. 57.

52 Cf. Weber 1988, vol. I, p. 302.

VII. LOS SIGLOS OSCUROS (II)

“Dios proveerá”.53.

Para renacer es preciso sucumbir, y un funeral aplazado en Europa desde finales del siglo II no se celebra tampoco al ser depuesto el último Imperator. Los bárbaros han convertido su disposición libertaria en monarquías permanentes, asumen como mejor saben el modelo latino de organización y el sistema sólo toca fondo hacia 750, cuando se han privatizado prácticamente todos los dominios (“beneficios”) al hacerse hereditarios. Es el momento de máxima debilidad para los poderes centrales, y las comarcas llevan siglos descartando la creación de excedentes. Sólo ahora es certificable sin reservas la defunción de un comercio acosado al tiempo por el ideal y la realidad, que en más de un sentido desaparece para siempre.

En efecto, sus formas previas caían bajo el estigma de lo vil y asocial, pero la pasión y muerte de este oficio opera en cierta medida como una catarsis. Diez generaciones después, cuando reaparezca, el previo baldón no podrá aplicársele de modo automático y unívoco. Para entonces han empeorado aún más las condiciones de vida, y los nuevos comerciantes traen consigo el proyecto de una sociedad distinta aunque fervorosamente cristiana. Veamos esto algo más de cerca, empezando por los últimos años de la agonía.

1. Aranceles, infraestructuras y especias

La falta de datos directos sobre volumen y naturaleza de la actividad mercantil en la Alta Edad Media no excluye algunos indirectos como las rentas del peaje o telón (*thelonium*), que se cobraba al usuario de caminos, diques, puentes y puertas. En Franconia –con su larga dinastía merovingia- el hecho de que la recaudación sea bastante pareja entre 500 y 670 indica un movimiento pequeño aunque regular de bienes⁵⁴. En esa época la zona menos empobrecida de Europa es el sur de Francia, donde llegan productos del norte de África y Asia Menor. Mucho más arriba Namur y Lieja elaboraban ya antes de sucumbir el Imperio unos paños frisios (*pallia fresonica*) con materia prima criada en el noroeste holandés, donde la proximidad del mar templó algo el clima y permite la cría de ovejas con vellones finos.

Más arriba aún los arqueólogos han descubierto en Jutlandia dos emporios con casi cien mil monedas bizantinas, persas y árabes⁵⁵, dato poco conciliable con el estado supuestamente prehistórico de esa zona a principios del siglo VIII. Los mercados de Ribe y Haithabu existen casi cien años antes de la primera incursión vikinga registrada –el saqueo de cierta abadía inglesa en 793-, y demuestran un contacto previo de las tribus escandinavas⁵⁶ con Oriente. Su reacción ante la caída del Imperio romano fue probablemente un periodo de guerras internas –sugerido por la proliferación de fortalezas y descrito retrospectivamente en la épica del *Beowulf*-, al cual sigue un movimiento migratorio tan enérgico como el de godos, suevos y otras ligas en tiempos de Tácito. Pero ahora la incomunicación se ha hecho extrema y es decisivo que abran un pasillo comercial entre el Báltico y el Mar Negro, descrito en los más antiguos anales rusos como “camino vikingo a los griegos”.

Mantenidas en niveles discretos hasta el último tercio del siglo VII, las rentas derivadas de peajes reflejan también el progresivo desequilibrio de fuerza entre bizantinos y árabes. A medida que los segundos se sobrepone a los primeros el traslado de bienes va mermando y comienza un periodo donde apenas hay viajeros registrados, 4/5 partes de los cuales son clérigos y el resto peregrinos laicos⁵⁷. Las vidas de san Wilibaldo y san Bonifacio, que están entre las más antiguas documentadas, tienen en común proponer a los príncipes y obispos ingleses que se abstengan a enviar peregrinas a Roma y Jerusalem, porque demasiadas compatriotas se han convertido en “adúlteras y ramerías” de aldeas y fondas del camino.

Como este tipo de transeúnte no dispone de efectivo ni de bienes gravables por telón, y los mercaderes han desaparecido, cesa todo tipo de ingreso arancelario y se interrumpe el gasto en infraestructuras⁵⁸. La nobleza es el único grupo capaz de prestar gratuitamente servicios administrativos, y convertir a esos señores en magistrados ejecutivos y judiciales no deja de resultar irónico, pues “el poder [del rey] recae sobre personas cuyo interés se cifra en disminuirlo”⁵⁹. A veces la corona puede elegir –cuando el duque o el conde con ambiciones sobre el territorio no son una amenaza-, y delega entonces la administración en la Iglesia, que tras hacerse territorial (*Landeskirche*) pasa a ser imperial (*Reichskirche*) con Carlomagno. Para él y para sus sucesores “los clérigos son los funcionarios y el principal apoyo del Imperio”⁶⁰.

Pero que el señor sea duque u obispo no modifica la tendencia recesiva. Reinando el último monarca merovingio subsiste cierta relación entre la Provenza francesa y la modesta industria de Frisia, con pequeñas estaciones de depósito⁶¹ que aseguran el intercambio de paños y lanas por dátiles, pimienta, papiro y otros productos llegados del norte de África. Dos generaciones más tarde el sur de Francia se reduce al mismo estatus de supervivencia que el resto de Europa, y Marsella desaparece como ciudad para convertirse en una aldea de pescadores que faenan por el litoral en botes.

La falta de liquidez no parece inconveniente a ninguno de los cronistas, ya que consolida sociedades donde el valor de uso se ha sobrepuesto al de cambio. Lo justo es que las cosas necesarias sean gratuitas, pagaderas sólo con reverencia y servicios, sustituyendo las compraventas por una relación extramonetaria entre “sufragadores y sufragáneos”. En 730, por ejemplo, algunas diócesis y abadías reparten a clérigos y frailes una cesta periódica de artículos aromáticos o “pigmentos” (comino, pimienta, canela y clavo). Que ese suministro se interrumpa motiva una queja en los párrocos de Reims, y su obispo Hincmaro redacta una carta pastoral donde lamenta que los sufragáneos pidan superfluas pensiones in pigmentis, cuando algunos las revenden y piden por placer (voluptate), no por necesidad⁶². El incidente ilustra tanto los privilegios del gremio eclesiástico como lo precario de cualquier importación.

Por otra parte, las especias y aromáticos eran medicamenta, como atestigua un texto atribuido al abad de Saint.Gall: “Preocupándonos por tu longevidad, te enviamos aromas, ungüentos y especias medicinales, para que puedas deleitarte oliendo, untándote y probándolas”⁶³. Genio y figura del deleite físico no culpable, las pomadas restauran al absorbido por el más allá con atmósferas de un más acá exótico, donde los árboles exhalan un perfume sensual y al tiempo curativo. A caballo entre las virtudes que hoy se atribuyen a vitaminas y antibióticos, ciertos aromáticos son artículos de primera necesidad para nobles y religiosos. Aunque las importaciones se reduzcan al mínimo, ¿cómo asegurar medios de pago para las imprescindibles?

2. La nueva fuente de ingresos

Los aranceles, cuyas rentas nos han permitido deducir la existencia de cierto tráfico mercantil, son también el mayor estorbo imaginable para el comercio exterior. Su desaparición beneficiaría mucho a los mercaderes, por tanto, si no se hubiesen desvanecido ellos algo antes. Piratas escandinavos han minado la pequeña industria textil de Frisia y cualquier enclave análogo en el Atlántico; el Mare Nostrum constituye en buena medida un monopolio musulmán, aún no se ha abierto la ruta entre el Báltico y el Mar Negro y el ideal de autarquía económica coincide con una Europa literalmente bloqueada por tierra y por mar. La parálisis del intercambio tiene como agravante adicional que no puede salir de sus confines, pero está indefensa ante todo tipo de visitantes.

Es entonces cuando los niños y adolescentes pasan a ser la moneda de cambio, y el mercado tradicional de esclavos se transforma en mercado de cautivos. Uno de los milagros que se atribuyen a san Elías el Joven, un siciliano de muy buena familia, fue sobrevivir a dos esclavitudes derivadas de raptó; la primera concluyó por rescate, y la segunda porque su propietario árabe le manumitió. Tanto en las costas como tierra adentro, toda Europa es un coto para ojeadores y tratantes en ese tipo de caza, si bien la zona más mencionada por las crónicas es el “oscuro aunque rebotante depósito humano de los principados eslavos”⁶⁴. El neologismo del momento es sclavus⁶⁵, término que absorberá todos los previos para nombrar al no libre⁶⁶, y la situación general no puede parecerse más a la de África tras el descubrimiento de América. Entonces el cazador era algún reyezuelo africano y el intermediario solía ser árabe, mientras ahora el cazador es múltiple (nobles europeos, vikingos, magiares, piratas sarracenos) y el tratante puede ser tanto europeo como bizantino o musulmán.

Las sacas de los Balcanes se mantendrán durante tres siglos, y nadie ayuda tanto a las poblaciones danubianas como dos hermanos griegos –san Cirilo y san Metodio– que fundan la Iglesia eslava desarrollando un alfabeto en el cual siguen escribiendo rusos, ucranianos, serbios y búlgaros. La gran obra filantrópica de Metodio es cristianizar Moravia, vedándola

así en teoría a cazadores amparados en el paganismo de los eslavos. Pero su diócesis molesta al arzobispo de Salzburgo y a Luis el Germánico, rey de los francos orientales, y la muerte del santo basta para que unos doscientos diáconos de la escuela catedralicia sean capturados en 885; los de más edad morirán abandonados en el páramo, y los jóvenes pasan a ser mercancía⁶⁷. Aunque sean ya cristianos, la inercia secular se alía con el desfase entre dichos y hechos que caracteriza al mundo extramercantil. Dos décadas más tarde la princesa Berta de Toscana regala al califa de Bagdad veinte “eunucos eslavos” y otras tantas “hermosas y elegantes siervas eslavas”.

Sentido y entidad del tráfico

Las noticias europeas, que vienen siempre de clérigos, entienden el proceso con cierto fatalismo. En su crónica sobre los lombardos, escrita hacia 775, Pablo el Diácono habla de “Germania” como un territorio que se extiende desde el Atlántico Norte al Don, cuyas bondades climáticas – el frío ante todo- lo destinan a ser granero humano. Quienes viven en medios cálidos tienen más enfermedades y se reproducen menos, y “he aquí la causa de que incontables muchedumbres de cautivos sean llevados desde esta populosa Germania y vendidos a los pueblos meridionales”⁶⁸. Si se omite el temor a que los raptados renieguen de su fe, sólo un monje de Monte Cassino lamenta -en 802- la prosaica verdad del caso; esto es, que “allende el mar las obras están siendo hechas por cautivos de nuestra raza”⁶⁹.

Los demás son lacónicos hasta el silencio, cuando no minimizan el fenómeno. Por ejemplo, los primeros captivi registrados en anales europeos son dos jóvenes visigodos en 724, si bien fuentes árabes afirman que ya diez años antes no menos de 30.000 (visigodos e hispanorromanos) fueron enviados desde España a Siria⁷⁰. Los islámicos quizá exageran a veces, como cuando dicen que tomar Barcelona y la Septimania le procuró a Almanzor –califa de facto en Al Ándalus- más de 200.000 cautivos en 793. Pero los cronistas eclesiásticos, escandalizados ahora por esta exageración, no lo están por el hecho de que en 796 el futuro emperador Carlomagno ponga a la venta un tercio del pueblo sajón, legitimado por el hecho de que no es (todavía) cristiano. En el siglo IX parte destacada de las capturas es obra de “extranjeros”, ciertamente, aunque desde el siglo V son los propios europeos quienes lanzan y mantienen el negocio. Es la cruz de una moneda cuya cara lleva estampada la gratuidad de los bienes.

Comparar el precio del semoviente humano en Europa, Bizancio y Bagdad muestra también que su tráfico ofreció considerables márgenes de beneficio, progresivamente recortados por el desarrollo respectivo de estas civilizaciones. En 725 un “muchacho de la Galia” se vende en Milán por 45 gramos de oro, y una “muchacha hermosa” [europea] en Irak por la cantidad récord de 635,5 gramos -150 dinares-, siendo las lonjas de Europa tres o cuatro veces más baratas por media que las de Alejandría, Damasco o El Cairo hasta finales del siglo X⁷¹. Esa diferencia de valor estimula a los bizantinos, porque incluso haciendo una travesía doble (primero a Venecia, Roma, Nápoles o Amalfi y luego al sur del Mediterráneo) sus gastos se compensan. Más decisiva aún resulta para reyes y nobles francos, al depararles la posibilidad de lujos asiáticos con una mercancía tan valiosa que después del intercambio “aún les quedaba dinero, moneda nueva, en sus bolsas”⁷².

Entre 800 y 900, de los nueve barcos atestiguados en puertos europeos del Mediterráneo seis son cargueros de esclavos, acercándose a una proporción parecida a la que siglos antes representaban las anonas de grano sobre el transporte marítimo en general. Que el gran Carlos y sus descendientes vendan cautivos, y no otra cosa, culmina un desprecio por el comercio que su cultura ha convertido en persecución al comerciante. Con todo, las inyecciones de bienes y efectivo derivadas de ese tráfico movilizan a tribus escandinavas sedentarias hasta entonces, lanzándolas a imitar el negocio de hacer captivi en vez de adquirir

mancipia, como hasta entonces, y pronto les vemos dedicados a cazar francos en masa⁷³.

Junto con los precios, una variable a considerar en las cotizaciones del capital humano es que estalle alguna plaga, fenómeno inseparable de territorios comunicados y ajeno a una Europa incomunicada. La primera gran demanda de esclavos llega con la peste bubónica bizantina -en tiempos de Justiniano-, que no sólo genera una falta de brazos sino concentración de la riqueza en menos manos. El segundo gran brote de demanda coincide con su aparición en el mundo islámico (750), que produce allí los mismos efectos genéricos. El eco europeo de esta peste iba a ser que “el oro y la plata árabes aumentaron la inversión en barcos, mercancías, iglesias y gente”⁷⁴.

Pero los momentos puntuales de auge no interfieren con un gusto sostenido por el lujo, y lujo son adolescentes europeos de ambos sexos, especialmente los rubios y pelirrojos. En el siglo X, cuando la peste no acosa al sur del Mediterráneo, el obispo de Verdún, Luitprando, describe como principal industria del Sacro Imperio la fabricatio de eunucos para el mundo árabe⁷⁵. Sus harenes necesitan este tipo específico de sirviente, y los primeros talleres de castración han aparecido tiempo atrás en Venecia.

3. El proceso y su comprensión

K.Polanyi e historiadores de su escuela⁷⁶ ven el régimen de mercado como un sistema provisto de alternativas eficaces, y llaman “falacia economicista” a la relación entre el juego oferta/demanda y un abasto racional en condiciones de escasez. Polanyi concretamente exhuma el desprecio grecorromano por los mercaderes para presentar el comercio como “regateo a gran escala”, cuyo efecto sería alterar el precio “natural” fijado por cada vendedor. Ello impone “una forma antinatural de intercambio [...] pues el natural no tiene ganancias y asegura la autarquía”⁷⁷. Las curtes medievales son un ejemplo singularmente válido de alternativa al mercado, no sólo porque organizan la producción durante un largo periodo de tiempo sino porque forman parte de un plan general orientado a organizar una provisión no monetaria de bienes y servicios, donde compradores y vendedores son sustituidos por sufragadores y sufragáneos.

Con todo, poner en práctica este modelo no es separable de que Europa se convierta en un exportador masivo de esclavos ni de que la vida se estanque hasta crear tasas nunca vistas de lepra, una enfermedad ligada fundamentalmente a falta de higiene⁷⁸. Sanar de modo mágico a dichos enfermos y convivir heroicamente con ellos -fingiendo ignorar el carácter no contagioso de su enfermedad⁷⁹ - es el tema favorito de la literatura altomedieval, donde se mencionan varios miles de leproserías (“lazaretos”) distribuidos por el Continente^{79*}. La leyenda más repetida habla del monje Ralf, que quiso contraer esta enfermedad para unirse del todo a los afligidos y acabó lográndolo, quizá por rechazar cualquier agua distinta de la bendita.

La cultura altomedieval ha borrado de su léxico las palabras “lucro” y “mercader”, si bien esto promueve una escasez extrema y la correspondiente codicia. En el apogeo de su espíritu el rendimiento medio por simiente de cereal se acerca a 2, y cuando empieza a aproximarse a condiciones de mercado -en el siglo XII- ronda el 680. Allí donde la cosecha apenas devuelve la siembra ser dueño de grandes feudos puede ser insuficiente no ya para lujos sino para que cada señor renueve su equipo bélico, y cada obispo el litúrgico. Además de impulsarles al robo y al soborno⁸¹, les invita a participar de modo más o menos encubierto en la industria de hacer y exportar cautivos.

Si el comercio constituye una forma “antinatural” del intercambio, como sugiere Polanyi, Europa no pudo realizar un experimento más prolongado de naturalismo. Carlomagno es analfabeto, a despecho de representar para la época un brillante renacimiento cultural⁸², y en su tiempo las rutas comerciales se han estrechado hasta servir sólo como sendas para peregrinos. El catastro de Saint-Germain-des-Près, una de las abadías próximas a París, indica que en 806 tiene 2.788 cabezas de familia trabajando sus tierras como siervos (prácticamente todos de apellido francoalemán), 220 esclavos y 8 campesinos libres⁸³. Tres siglos antes el campo se había distribuido de modo distinto: dos tercios para los conquistadores y un tercio para los nativos. Ahora, en el cenit de la autosuficiencia ebionita, por cada autónomo hay unos 370 heterónomos. La desbandada de esclavos que siguió al fin del Imperio ha acabado metiéndoles en un embudo donde bárbaros, autóctonos y ellos mismos acaban reciclados como dependientes.

A fin de cuentas, la denuncia de una “falacia economicista” sugiere estorbar como sea la libertad de oferta, cuando ni este régimen ni su opuesto modifican la naturaleza humana o los efectos de la ineficacia. Como observó el gran historiador del periodo, “una economía ajena a la idea del beneficio no puede considerarse un fenómeno natural y espontáneo. Los grandes propietarios medievales no vendieron porque no pudieron vender, y no pudieron vender porque faltaban mercados”⁸⁴. El desplome final del intercambio coincide desde finales del siglo IX con acosos externos, pero deriva básicamente de una fuente tan íntima como la combinación de desprecio por el trabajo profesional y desprecio por el “mundo”, esclavismo y pobrismo.

Los mercados habían ido languideciendo en Europa ya desde el siglo III, y su naufragio final obra como un revulsivo. Aunque la reacción sea una dinámica colmada de mediaciones y retrocesos, el hecho de que las ferias se vayan a pique les permite rebotar desde el fondo, de un modo que pone en cuestión lo indiscutido durante toda la Antigüedad. En vez de conformarse con el estancamiento, la lepra y la vida celestial, el continente europeo va a inaugurar una mercantilización tan desoladora para algunos como dignificante para otros. En esquema, “el trabajo servil acaba desapareciendo al ser incapaz de soportar la competencia del trabajo libre, que siendo más rentable lo hará ruinoso”⁸⁵.

Los primeros emporios

Junto a los precoces mercados de Jutlandia, nada ayuda tanto a combatir el aislamiento como la fundación de Venecia, mencionada ya en 571 por el bizantino Casiodoro como patria de mercaderes marítimos, que desde las campañas de Justiniano en Italia está unida material y espiritualmente a Constantinopla. Un siglo antes los vènetos habían dejado sus tierras para establecerse en islotes vírgenes de la laguna ante la amenaza de godos, hunos y lombardos, aceptando así no sólo un clima insalubre en todas las estaciones sino la falta de agricultura, cabaña e incluso agua potable. Pero “el mar es suficiente para quienes tienen iniciativa”, como observa Pirenne, y tras una fase de supervivencia -cambiando pesca y salazones por grano, frutas y carnes de los vecinos- sus precarios poblados acaban dando lugar a la urbe más bella y rica de Europa durante medio milenio.

Vencer un hábitat tan adverso ayuda a explicar rasgos tan insólitos como no ser confesional en los tratos comerciales, o mover sus mercancías en convoyes bien armados. Mientras los demás soportan el sacrificio en gastos militares anticipando saqueos y conquistas, o sufren para pagar tributos de protección a otros, los venecianos rentabilizan más el mismo esfuerzo asegurando sus rutas comerciales. Hasta osan decir que el bienestar de la Serenísima República viene de una actividad tan pacífica, universal y permanente como el intercambio, y pronto compiten con Roma como depositarios y exportadores de esclavos balcánicos. Mucho más lucrativo aún es erigirse en importador por excelencia, gracias a sus tratos con judíos y

árabes. No cabe ser más inmoral para las pautas altomedievales, pero el poderío de su flota disuade a quienes querrían escarmentarles.

A mediados del siglo IX hay ya enormes fortunas en una ciudad donde lo denso del tráfico opera como multiplicador, permitiendo que las diez grandes familias vivan y den de vivir a un amplio estamento intermedio formado por profesionales de todo tipo. La Serenísima República es una oligarquía abiertamente hostil a las instituciones democráticas, aunque saber leer y escribir es algo tan generalizado allí como en la Atenas de Pericles⁸⁶. Si Bizancio concentraba hasta Justiniano gran parte del oro existente en la comunidad mediterránea, ahora es Venecia quien mueve dicho recurso gracias a sus contactos con el califato oriental y el occidental, donde llega desde minas en el interior de África.

Durante el siglo X ninguna urbe –salvo Bagdad– se acerca al esplendor de Córdoba, que según las fuentes musulmanas alcanza el millón de habitantes y tiene unas 80.000 tiendas. Exporta tejidos y orfebrería de calidad extraordinaria, dispone del único sistema monetario estable –basado en monedas de oro, plata y bronce que cumplen escrupulosamente su ley–, tiene tratadistas de derecho mercantil⁸⁷ y hasta se permite ser tolerante con los cristianos antes de que la Reconquista hostigue. Es la edad del esplendor para los judíos sefarditas, que además de asumir una parte notable de la actividad mercantil destacan como traductores, médicos y filósofos⁸⁸. Pero el brillo alcanzado apenas sobrevive a Abderramán III (912-961), tras del cual llegan reinos de Taifa donde la moneda de oro empieza a desaparecer, la de plata se adultera y el bronce se generaliza. A la discordia civil y el embate de su integrista se añade hacer frente a reinos cristianos cada vez más competentes en términos militares, y la renta del emporio islámico occidental va mermando de modo gradual aunque irreversible.

El imperio marítimo veneciano no padece las guerras internas que dividen crónicamente al poder musulmán y sigue creciendo. Los refinamientos comerciales que ha aprendido comerciando con Bagdad y Córdoba convierten a sus banqueros en dispensadores prácticamente únicos del crédito, cuyo interés fijan en torno al 20 por ciento cuando se trata de venturas marítimas y al 15 en negocios menos arriesgados, un precio comparativamente barato para quien usa moneda de ley. Como Bizancio no ha perdido su industria de la seda –aunque sí la vía terrestre que traía ese tejido de China–, tratar con ella y con los árabes convierte a Venecia en único distribuidor occidental de dicho producto y otros muchos, empezando por las especias. Para alcanzar el cenit de su prosperidad sólo necesita que Europa deje de ser paupérrima.

4. La civilización del incienso

Esto último no parece factible, pues en el resto del Continente la disposición comercial está formalmente desterrada. El oficio del buhonero, que llena un carromato de cosas para venderlas en otro sitio y volver cargado de cosas distintas, se percibe como una codiciosa insensatez que obtendrá justo castigo con una requisita practicada no ya por salteadores sino por soldados de su señor en los primeros giros del camino.

Con todo, la miseria y el propio proceso de feudalización conspiran para que nobles y prelados vean con buenos ojos cualquier incremento en la renta de sus dominios, lo cual significa sustituir la política de expolio por un cobro de peajes al comercio ambulante y las primeras ferias. Por ejemplo, hacia 700 la productividad conseguida en los alrededores de París permite celebrar el 9 de octubre de cada año un mercado, que paga telón por la compraventa de sus productos estelares –vino, miel y tintes vegetales⁸⁹– al abad de Saint Denis. En 950 los telones cobrados por ferias y mercados, así como otros derechos de comercio (licencias, peajes sobre acuñación) corresponden a obispos y arzobispos en una proporción de

9 sobre 1090.

Objetivamente, los siglos oscuros ponen en práctica una alternativa radical al mercado como mecanismo asignador de recursos. Objetivamente también, no es posible decidir si primero fue la falta de salidas para eventuales excedentes, o una merma en el esfuerzo. Que las ferias más antiguas duren un solo día atestigua que la demanda no basta para mantener contactos más asiduos. Pero ser insuficiente, sin dejar de existir, indica también que la situación espera decisiones. Libre de impuestos monetarios y control efectivo, sólo depende del siervo potenciar o reducir el número y entidad de los mercados. Mientras esa posibilidad se dilucida, una población estadísticamente muy joven sigue reaccionando al régimen de autosuficiencia con retrocesos⁹¹.

Fundiendo la Iglesia y el Estado

La transición de la dinastía merovingia a la carolingia ha sugerido que Europa frenó su caída libre merced a los éxitos bélicos y políticos de un Carlomagno que en 800 es coronado por el Papa como cabeza del Sacro Imperio Romano-Germánico. De este evento vendrían los “fundamentos económicos y sociales de la cultura europea”, subtítulo de un libro muy celebrado en su día⁹² donde la grandeur territorial se anuncia con trompetas de triunfo. Sin embargo, la cultura europea propiamente tal no puede vincularse de modo positivo con un jerarca para tiempos de suprema miseria⁹³, que como adalid de la autarquía cristiana ensancha el agujero negro del estancamiento. Sus obras colosalistas terminan en rápidos fracasos, como una fossa carolina destinada a unir el Rin con el Danubio⁹⁴, y no pasan de intenciones otras que habrían sido aún más benéficas (como abrir escuelas en todas las aldeas).

Una túnica de armiño no basta para tapar harapos en el resto de las prendas, y cuando Carlomagno es coronado emperador por el papa Esteban II⁹⁵ todo ingreso público ha desaparecido hace un par de generaciones. El y la corte viven de las rentas que producen sus dominios privados, tributos que pagan países sometidos y botines de guerra. No hay un Estado que cobre impuestos para devolverlos en forma de obras y servicios comunes, y mejorar su precaria hacienda le lleva a restablecer estaciones de peaje en las principales vías de paso para rebaños de esclavos. Pero la nobleza verifica dichas recaudaciones, y algo definitivamente no funciona en la gestión de los recursos. El denario de plata carolingio pesa treinta veces menos que el merovingio, exhibiendo un adelgazamiento casi sobrenatural de la pieza⁹⁶.

Aparte de cautivos, el único producto europeo demandado entonces eran las espadas, fruto de un talento metalúrgico anónimo que no abandonaría ya sus orígenes septentrionales. Si se prescinde del herrero, la época es una apoteosis de lo enfático organizada al servicio de “una inmensa mentira”⁹⁷. Refinamiento circunscrito a la ferocidad, amor caballeresco entre montones de mugre, culto a la muerte, entusiasmo por el espanto y otros tópicos que anticipan el patetismo romántico son como fluidos atropellándose en un cauce abierto para la vida eterna, mientras el hambre permite vender carne humana como artículo comestible en las aldeas, siempre que sea de infiel o réprobo⁹⁸. Si Occidente se retrotrae a la fundación del Sacro Imperio será atendiendo al descontento que cunde, y a su capitalización del mercado humano.

La pompa y la escoria

Ambos factores hacen que una situación idónea para la comuna rural ebionita resulte intolerable para cierto número de siervos, cuya forma de rebelarse será precisamente mercadear. Carlomagno destruye en Jutlandia y Lombardía los centros de comercio accesibles para él y, sin embargo, su palacio de Aquisgrán⁹⁹ tiene como principal partida de

gasto el incienso. Tanto es el desagrado ante la compraventa que no sólo las fuentes literarias sino las legales de su tiempo evitan la palabra “comercio” hasta cuando hablan precisamente de él¹⁰⁰. Pero ese modo litúrgico y heráldico de entender no expulsa del lenguaje a los negociadores sin hipotecarse a un culto por lo fantástico que vela lo real por sistema. Al hacer su regalo diplomático de eunucos y esclavas al califa Muktafi (en 906), la ya mencionada princesa Berta de Toscana acompaña el obsequio con:

“Veinte prendas de vestir hechas con cierto molusco recogido en el fondo del mar, cuyos colores cambian como los del arco iris; tres pájaros que al percibir veneno en comida y bebida emiten chillidos espantosos; y perlas de cristal que quitan flechas y puntas de lanza, aunque se hayan clavado profundamente en la carne”¹⁰¹.

El califa no tarda en comprobar que ni las prendas ni los pájaros ni las perlas de cristal son cosa distinta de fraudes, pero la civilización del incienso vive embriagada por los humos de esa y otras especias. El uso de la escritura como vehículo mágico determina que casi todas sus cartas, noticias y referencias sean falsificaciones, que cuando no inventan títulos de propiedad o hazañas pseudónimas¹⁰² son pergaminos lanzados por unos contra otros en forma de conjuro mágico. La realidad resulta demasiado poco, o demasiado distinta de lo pretendido, para pensar en considerarla analíticamente. Si exceptuamos la expresión “pueblo de Dios”, que recurre con frecuencia, el pueblo o sociedad de cada territorio lleva siglos no interesando a cronistas apasionados exclusivamente por la fabulación. Bien pudo suceder que parte de las masas rurales expresaran sus padecimientos apoyando brotes de profetismo milenarista, con santones seguidos por comitivas de párvulos, y es muy probable que –a pesar de las sacas- el estancamiento de la actividad siguiera multiplicando el número de sobrantes en cada lugar.

Sólo es seguro que a mediados del siglo IX empieza un tráfico terrestre regular y a larga distancia de mercancías. Quienes lo asumen son siervos fugados de su gleba, que combinan el arrojo del rebelde con capacidad para sacar adelante una fuente civil de ingresos. Arriesgan morir si fuesen devueltos a su señor, tienen en contra las instituciones del momento, y se juramentan con otros llamados al mismo desarraigo para formar grupos tan marginales en principio como las bandas de salteadores. Pero viven de lo inverso, que es mantener abiertos los caminos, merced a su propia capacidad de combate y la colaboración de algún soldado profesional que prefiere ser socio suyo a servir como peón en las guerras privadas. El novus homo arriesga por costumbre la vida para proteger algunos carros, si bien lo más distintivo en él es soportar un desarraigo impensable para quien no levanta la vista de su terruño.

NOTAS

53 Juan Crisóstomo, Homilía IX.

54 Cf. Pirenne 2005, p. 15 y ss. Buena parte de los datos altomedievales se colacionan en los 120 volúmenes de los Monumenta Germaniae Historica (en lo sucesivo MGH), que empieza a publicar Stein en 1821 y seguirán apareciendo hasta 1931.

55 Ribe tenía en 721 una hectárea destinada a la feria; Haithabu rondaba el millar de vecinos, sumados a otros tantos residentes temporales, una cifra alta para casi cualquier villa altomedieval. En ambos enclaves se han encontrado balanzas, pesas, adornos, tejidos, elementos metálicos, botones (un invento árabe) y otros utensilios domésticos. Cf. McCormick 2005, p.567-573.

56 Dos de sus ligas fueron los normandos, oriundos de Noruega, y los vareng o varegos suecos. Los normandos llegarían por mar a Frisia, Inglaterra y Francia (hasta acabar ocupando Sicilia y todo el sur de Italia), mientras los segundos inician una expansión terrestre desde la orilla oriental del Báltico que les lleva finalmente a fundar Ucrania. Unos y otros vivían en aldeas o granjas, compensando su escasez de cereales con cría de ganado, caza y pesca. Su maestría como carpinteros e ingenieros navales produjo barcos de robustez nunca vista, con los cuales exploraron prácticamente todo el Atlántico Norte y llegaron a América, medio milenio antes que Colón.

57 Cf. McCormick 2005, p. 165.

58 Comprensiblemente, los teloneros quisieron seguir cobrando peaje al viajero -llevase o no mercancías-, aunque la falta de salario les eximiera de mantener el puerto, dique, puerta o camino de referencia. Dicha práctica acabó prohibida por Pipino el Breve, padre de Carlomagno, lo cual redujo drásticamente el número de peajes en Franconia; cf. McCormick 2006, p. 597.

59 *Ibíd.*, p. 31.

60 Troeltsch 1992, vol. I, p. 222.

61 Las fuentes mencionan Maastricht, Valenciennes y Cambrai.

62 Hincmaro, Epístola 52, *Patrologia Latina*, 126.274D.

63 MGH *Formulae*, Cod. Sangallensis 27, 412.22-23.

64 McCormick 2005, p. 684.

65 El inglés *slave* omite incluso la *ce* o la *ka* que enmascara levemente el término en italiano, francés, español y alemán

66 *Andrapodon* y *doulos* en griego, *servus*, *mancipium* y *famulus* en latín.

67 La Vida de Naum, el texto más antiguo de la Iglesia búlgara, afirma que “los vendieron a los judíos por un precio. Y los judíos los llevaron a Venecia, vendiéndolos de conformidad con la divina Providencia. Vino entonces el hombre del Emperador, y cuando supo de los hombres compró algunos y los llevó a Constantinopla”; cf. Kussef 1950, p. 143-144.

68 *Historia langobardorum*, 1, 1, 47.25-28. Cf. Goffart 1988, p. 382.

69 Cf. McCormick 2005, p. 685.

70 Cf. Sánchez Albornoz 1973, p. 55.

71 Cf. McCormick 2005, p. 701-704.

72 *Ibíd.*, p.705.

73 Lo hacen con gran éxito penetrando por el Loire y luego por el Sena hasta París, donde una de sus razzias les depara un botín compuesto por varios centenares de jóvenes. Tampoco tardan en tomar Aquisgrán, la capital de Franconia.

74 *Ibíd.* p. 721.

75 Cf. Engels 1970, p. 188.

76 Cf. los capítulos de Neale, Oppenheim, Chapman y Benet, en Polanyi 1976.

77 Polanyi 1976, p.139-140.

78 Un factor antihigiénico destacado son criterios sobre pureza que desde san Pablo definen a la conciencia infeliz. Aguijón de lo carnal, la desnudez se evita por todos los medios, forzando sacrificios como bañarse vestido en agua fría o aceptar la acumulación de detritos. Los nórdicos solventaban tradicionalmente sus cuentas con la limpieza mediante saunas y baños grupales –por supuesto desnudos- en lagos y ríos gélidos, una costumbre que asombró a Julio César por el respeto a la limpieza implicado en ella. Los romanos construyeron termas gigantescas, donde se bañaban cotidianamente sin remilgos, pero ambas prácticas desaparecen con la cristianización. Los santos se comportan como el célebre Dionisio Cartujano, que prefiere alimentos rancios a los frescos, chilla de horror si se le acerca una mujer joven y sólo practica abluciones con agua bendita. Las santas tienen a gala no haberse desnudado nunca desde la pubertad.

79 La lepra puede transmitirse genéticamente cuando alguno de los progenitores esté ya infectado, y aparecer entonces sin necesidad de una previa desidia higiénica. Pero esto sigue sin hacerla contagiosa para terceros, y es una leyenda carente de fundamento que el personal de leproserías pueda contraerla sin transigir con grados extremos de suciedad.

79* Aún en 1230, cuando la población se ha multiplicado por tres y la renta por otro tanto al menos, hay más de 250 leproserías en Inglaterra; cf. Wikipedia, voz leper.

80 Cf. Cipolla 2003, p. 126-127.

81 Como vender el Cielo a cambio de legados convierte en magnates a los dignatarios eclesiásticos, la nobleza responde a esas transmisiones hechas por parientes suyos -a quienes en otro caso heredaría- con saqueos de ganado y otros bienes eclesiásticos. Los actos de latrocinio sólo cesan al pactarse una inmunidad de los recintos sacros a cambio de que el clero acepte un patronazgo del noble y pase a deberle “investidura”. Por su parte, la codicia clerical se manifiesta en la llamada simonía, que vende no ya los cargos de párroco y canónigo sino obispados y la propia Santa Sede, adjudicada al mejor postor hasta finales del siglo XII, cuando lleguen las reformas de Gregorio VII.

82 Centrado sobre Alcuino de York (732-804), un anglosajón cristianizado con rasgos drúidicos, que le lee los documentos, escribe sus decretos (capitularia) y siente por su soberano una indisimulada mezcla de lealtad y pavor.

83 Cf. Engels 1970, p. 193.

84 Pirenne 2005, p. 34.

85 Mises 1995, p. 744.

86 Pirenne 2005, p. 76.

87 Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 37.

88 Ya habían florecido en la España visigoda, aunque al pasar sus monarcas del arrianismo a la fe católica acabaron proscritos y hubieron de emigrar o bautizarse.

89 La institución del luto, rigurosamente observada hasta hace poco, es su principal negocio.

90 Cf. Troeltsch 1992, vol. I, p. 386.

91 Hacia el año 1000, cuando el comercio ha empezado a mitigar este rigor, la población de Europa (incluyendo Rusia y los Balcanes) se calcula en torno a los 30-35 millones. Tres siglos antes faltan noticias para hacer un cálculo análogo, pero debió ser bastante o muy inferior. Sí sabemos que consolidar las redes comerciales coincide en 1300 con una cifra próxima a los 80 millones. Cf. Cipolla 2003, p. 147-157.

92 Dopsch 1982 (1918).

93 Pirenne, en su artículo sobre Mahoma y Carlomagno (1922), fue el primero en argumentarlo.

94 El proyecto dio lugar a canales todavía visibles, pero partía de algo tan afín al wishful thinking como suponer que los picos no toparían con roca basáltica.

95 Su móvil es evitar que la sede de Roma siga sometida jerárquicamente a la bizantina, y sobre todo contrarrestar el celo iconóforo de la emperatriz Irene, que condena la iconofilia de la Iglesia católica romana.

96 Cf. Pirenne 2005, p. 29.

97 Hegel 1967, p. 283.

98 *Ibíd.*, p. 285.

99 También Aachen, y Aix-la-Chapelle.

100 Cf. McCormick 2005, p. 28, n. 35.

101 *Ibíd.*, p. 683.

102 Como la Donación de Constantino, que inventa un legado territorial de este emperador al Sacro Imperio, la Vida del beato Silvestre –que pretende estar redactada en el siglo IV- o el Canon de los obispos, supuestamente acordado en un concilio de 314 aunque escrito hacia el año 1000.

IX. TOMANDO CONTACTO

“La pobreza es una constelación sociológica única: cierto número de individuos, que por un destino puramente individual ocupan un puesto orgánico específico dentro del todo. Pero este puesto no está determinado por aquél destino y manera de ser propios, sino por el hecho de que otros (individuos, asociaciones, comunidades) intentan corregir esta manera de ser”.103.

Mover docenas de carros hasta lugares remotos y recobrarlos, sin necesidad de añadir a cada expedición una escolta militar, sólo fue posible en los primeros tiempos del Imperio romano. Ahora esta esperanza parece singularmente vana, pues a los salteadores se suman marismas, páramos y bosques muy densos que cubren el 80 por 100 del territorio, sellando cada zona habitada. Los hagiógrafos altomedievales ven en las florestas obstáculos infranqueables, como corresponde a una cultura que observa con rigor el “Dios dará” y no puede oponerse a la desidia laboral sin poner en cuestión la servidumbre.

Pero la roturación de bosques es posible y sale a cuenta desde la tala del primer árbol, que ofrece no sólo calor sino materiales de construcción y otros excedentes. Sólo sería ruinoso si se encomendara a mano de obra involuntaria, y el fenómeno del momento es más bien que bastantes siervos se lanzan a vivir por su cuenta y riesgo, sin bandera ideológica que lo promueva y como respuesta a sentimientos individuales de asfixia y desesperación. Esa iniciativa aleatoria será suficiente para que Europa vuelva estar comunicada, asegurando también que el previo asentamiento en las riberas de cuencas fluviales¹⁰⁴ empuje con fuerza tierra adentro.

Para cuando el proceso empiece a rendir sus frutos el centro de artes y técnicas se ha desplazado a Renania, donde hacer negocios tiene más adeptos, y Colonia supera a cualquier ciudad septentrional por empresas fabriles y mercados. Su nueva muralla –que amplía la vieja fortificación romana¹⁰⁵ para proteger precisamente esos barrios- se levanta a partir de 900, costada por los diezmos y peajes que residentes y transeúntes pagan a su arzobispo. Colmo teórico de lo impenetrable, la Selva Negra tampoco resiste a las sierras y hachas de sus colonizadores, y comparar la catedral de Worms con la capilla de Aquisgrán levantada por Carlomagno muestra que los constructores renanos han aprendido a saltar de cuatro plantas hasta doce, y son capaces de erigir la joya definitiva del románico.

El esfuerzo aparejado a mantener rutas regulares no surge aspirando a modificar instituciones, aunque ha puesto las bases para que su modificación sea inevitable. Acosada por la penuria, parte del pueblo recupera la actividad mercantil y eventualmente cumple con ello el verso de Hölderlin: donde crece el peligro crece lo que salva. La amenaza para las instituciones viene de que sea un salvamento prosaico, desafiante para el rescate eterno gestionado por la amalgama de servidumbre y pobrismo. Para ella el raptó y posterior venta de personas es la fuente primaria –por no decir única- de ingresos, pero cuando esas vías mantenidas por el paso de mancipia y captivi se adaptan a la rueda el tráfico de esclavos empieza a ser menos rentable que el de otras mercancías. Además de atroz, la violencia que rodea todas sus fases lo determina como mal negocio en términos comparativos.

Esa estocada al corazón del fraude es humanista incluso allí donde no lo pretende. Consolidar circuitos comerciales implica también que los caminos se desbrocen o inauguren, que el bandidaje se frene y que el sentido del aislamiento pierda entidad. Ferias desaparecidas reabren o amplían su duración, permitiendo que se repueblen núcleos urbanos abandonados o reducidos a aldeas. Una multitud de topónimos –Newport, Neustadt, Neuville, Nieuwpoort,

Bourgneuf- describe la vigorosa expansión de un “villano” que empezó fugándose de la gleba y en pocas generaciones se ve abocado a reclamar libertades, obteniéndolas de grado o por fuerza. Un logro meramente técnico -mover bienes por senderos donde sólo pasaban peregrinos o reatas de cautivos- dispara innumerables consecuencias.

1. Los mercaderes iniciales

La más brillante sociedad mercantil del siglo IX está formada por los radanitas judíos, cierto grupo de políglotas que describe un alto funcionario de Bagdad en su Libro de caminos y reinos (886)106. Hablaban cuando menos seis idiomas –“árabe, persa, griego, franco, andalusí y eslavo”-, algo insólito en su tiempo si no fuese aún más insólita la empresa de mantener un circuito de longitud descomunal -con uno de sus extremos en China y otro en el califato cordobés-, abasteciendo territorios separados entonces por medio año de viaje ininterrumpido. Respetuosos con la cultura de cada lugar, vendían lo mismo en Constantinopla que en Aquisgrán y en todas partes eran bien recibidos. Importaban de Occidente eunucos, esclavos, esclavas, pieles (marta, castor y conejo) y espadas, vendiendo allí sobre todo tejidos de calidad y especias.

La compañía de los radhaniyya conduce a personajes curiosos, como el judío Abraham que vive en la Zaragoza musulmana y hace de banquero para Ludovico Pío, un hijo de Carlomagno. También tienen nombre propio David y José, dos judíos que le prestan el mismo servicio desde Lyon, mirando directamente al depósito humano balcánico. El obispo lionés del momento, Agobardo, es un antisemita furibundo que querría llevarles a la hoguera, pero la corte le disuade de inmediato. Unos y otros son “personal de palacio”, como lamenta el prelado107, y están exentos de todo peaje. Ya Carlomagno se sirve del judío Isaac para conferenciar con Harún-al-Raschid, y en 851 era sabido que nutridos grupos (cohortes) de mercaderes acudían a Zaragoza desde el este del reino franco. Carlos el Calvo –un heredero de Ludovico- tiene como fidelis y contable imperial a Judas, otro judío.

Los comerciantes autóctonos

Pero la genealogía del caravanero europeo descubre también gentes sin la tradición de judíos y sirios, que en algún caso podemos seguir con cierto detalle. Algo posterior a Carlomagno y modelo del nuevo héroe es Goderico de Finchale (Lincolnshire)108, un joven que deserta de su gleba y se pone a vagar por playas buscando inútilmente restos de naufragio. Le vemos más tarde convertido en buhonero, un pequeño comercio de venta ambulante desde el cual promociona a socio en un grupo gestor de caravanas, que yendo de feria en feria le familiariza con la elasticidad de la oferta y la demanda en cada lugar. Invierte sus ganancias fletando un barco que traslada mercancías y personas por el canal de La Mancha, y gestiona la empresa con tanta energía y suerte que acaba siendo dueño de una flota dedicada al cabotaje entre Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Flandes.

Siendo ya un magnate es tocado por la gracia divina; regala todo a los pobres, se convierte en un ermitaño muy estricto y empieza a hacer milagros que le acaban llevando a los altares como san Goderico. Antes de transformarse en santo se ha dedicado a comprar barato para vender caro, y su biógrafo le muestra profundamente arrepentido de ello. Pero tampoco omite reconocer que arando las tierras de Lincolnshire le habría sido imposible ayudar a tantos necesitados. Cámbiese el final de esta historia y tendremos un fragmento arqueológico sobre el empresario europeo, que cuando la época glorifica relaciones involuntarias prospera merced a las voluntarias exclusivamente, vendiendo y comprando cosas.

Su persona es ilegal por ello, si no lo fuera ya por haber desertado de su terruño, y debe sobrevivir intimidando al bandido como los precoces mercaderes venecianos aprendieron a

hacer con el pirata. Pero esos enemigos no le superan en arrojo, y retroceden ante el poder adquisitivo que le otorga atender al gusto de cada cual. Ahora junto al rico en bienes inmuebles empieza a haber un grupo rico en bienes muebles y conocimientos, rodeados ambos por una masa vegetativa de no propietarios.

“Tal como la civilización agraria había hecho del campesino alguien cuyo estado habitual era la servidumbre, el comercio hizo del mercader un hombre cuyo estado habitual era la libertad [...] Ese individuo errante traía la movilidad social, descubriendo una mentalidad que no mide el patrimonio por la condición del hombre sino por su inteligencia y energía”¹⁰⁹.

La historia de san Goderico, un sajón inglés, remite a émulos contemporáneos como los frisios flamencos, los germanos del Rhin y los propios vikingos, cuyo desinterés por la propiedad inmobiliaria les lleva a fundar Estados comerciales que no pasan por la agricultura como escalón intermedio. Algo parejo sucede con los lombardos, que tras ser sometidos por Carlomagno se transforman en mercaderes y comienzan a ser mencionados por los cronistas como canalla usurera. Los judíos ya no están solos en su dedicación a los negocios y el crédito. Un hecho decisivo en este orden de cosas es que la migración de los varegos suecos -gente del Rus o ruski para los eslavos- funde el reino de Kiev en 856, rompiendo el bloqueo continental con una ruta terrestre que une el norte europeo con Bizancio y los árabes¹¹⁰. Algo más tardan los normandos en crear el reino de Sicilia e Italia meridional, que será en el siglo XII el Estado más avanzado y próspero de Europa.

Antes de que la ruta terrestre funcione en ambas direcciones y afluyan tejidos, armas y otras manufacturas de Europa, los varegos exportan a Oriente Medio frutos de sus bosques -ámbar, miel, marfil, pieles preciosas, maderas- y de su maestría como carpinteros y herreros. Poco después ellos y el resto de los pueblos septentrionales abandonan la vida de saqueo y destrucción para dedicarse al comercio y otros empeños civiles. Como ignoran las instituciones del vasallaje, hacerse sedentarios no significa renunciar a una regla de vida basada esencialmente sobre la movilidad, que si antes dependía de ir robando y matando a agricultores ahora parte de aprovisionarles y adquirir sus productos. El fruto del cambio son campamentos (gorods) que jalonan el gran arco septentrional y se levantan atendiendo a esa pauta: la tierra sólo tiene valor si puede venderse o produce frutos comparables a su venta.

Nuevos emporios

La fundación de Kiev es un hecho del siglo IX, y en el X -cuando sus efectos empiecen ser perceptibles- los recursos se movilizan y hay alimento para muchas más bocas. Brujas, la Venecia del norte, restablece la industria de los paños comprando en Londres los vellones de merinos ingleses. Una lana suave y bien teñida era ya algo intercambiable por refinamientos orientales como los brocados en hilo de oro y seda, y un artículo interesante también para la Serenísima República y otros puertos -ante todo Barcelona y Marsella-, que reviven como escalas de su tráfico con Al-Ándalus. Útil por excelencia, y graduada en muchas calidades, la exportación a gran escala de esa manufactura se abarata inventando las piezas de 60 varas. Otro producto destacado es el vino de Borgoña, que se vendía ya dos siglos antes en la feria de Saint Denis pero aprovecha el desarrollo del noroeste para abrirse nuevos mercados. Nada parejo había existido como estímulo para dividir el trabajo entre el campo y los incipientes núcleos urbanos, que responden a esas oportunidades con especialización.

Tal como Gante, Amberes y otras villas flamencas aprovechan la estela abierta por Brujas, la prosperidad veneciana se contagia al norte de Italia inaugurando allí nuevos centros de comercio marítimo, industria textil y agricultura avanzada⁸. Ahora esos dos focos -añadidos al del Rhin- tienen artículos atractivos que intercambiarse, y poner en práctica dicha posibilidad prueba hasta qué punto ser próspero o mísero pende de intensificar o no los

contactos. Esto insta el retorno a economías monetarias, que crean estaciones intermedias para el tráfico entre Flandes, Renania e Italia en la Champaña francesa.

Reacciones en principio desesperadas –como la del joven Goderico de Lincolnshire- han funcionado con eficacia contra los rigores del estancamiento, y la respuesta más antigua de escándalo ante el mestizaje físico y cultural que se avecina llega con Odón, Odilón, Hugo y Bernardo, abades sucesivos de la orden de Cluny, adalid de una reforma ascética en la Iglesia. Heredándose unos a otros en la tarea de actualizar la ciudad de Dios agustiniana, sus esfuerzos cristalizan en el *De contemptu mundi* (“Sobre el desprecio del mundo”) con su colorista descripción del Cielo y el Infierno, que anticipa la Divina comedia del Dante. Pero sólo hemos tomado en consideración la reapertura de los caminos y falta describir sus estaciones, los altos en cada ruta.

2. La ciudad nueva

Obispos y otros señores feudales son los beneficiarios más ostensibles del incipiente comercio, y para cuando esté terminando el siglo X cunde la idea de que prosperan no sólo a expensas del siervo sino de la realeza legítima y la propia Santa Sede, imponiendo sus intereses egoístas al ecumenismo cristiano. El *De contemptu mundi* denuncia ya la “decadencia moral” de prelados y aristócratas, que con su conducta siembran dudas sobre lo santo de la pobreza, y aunque Bernardo de Cluny sea un renunciante monástico su ataque a “los señores de este mundo” expresa un sentir no circunscrito para nada a ese círculo. En efecto, la Iglesia sólo pudo convertir a masas asilvestradas transigiendo con un politeísmo que alimenta la fe en fetiches mágicos, rasando a la baja, y las ventajas abundan en desventajas.

Por ejemplo, los votos de pobreza, obediencia y castidad resultan meramente testimoniales, siendo común usar los hábitos como palanca para enriquecerse, medrar y fornicar¹¹². Lo espantosamente incómodo de la existencia terrenal contrasta con la comodidad de los medios arbitrados por el clero para acceder a la celestial –pagando misas, mandando a otro como peregrino, comprando bulas santificantes-, y el disconforme como estos apaños arriesga una excomunión que equivale a muerte civil¹¹³. La misa original, con su ingesta de pan y vino, reserva ahora lo segundo –la sangre del Cristo- al oficiante, imponiendo a los fieles que se conformen con una hostia de pan ácimo. Las no consumidas siguen siendo carne del Cristo, y su condición de fetiche determina que tocarlas sin ser clérigo sea sacrilegio¹¹⁴.

Los votos nobiliarios¹¹⁵ no son en general más observados que los eclesiásticos, y resulta muy difícil si no imposible distinguir al señor temporal del señor espiritual. Ambos administran sus feudos con modales de sátrapa persa, atemorizan al pueblo con sus soldados y llevan vidas “licenciosas”. Lo más sangrante es que les incumba proteger por medios sobrenaturales o naturales y no protejan, cuando las razzias de distintos invasores se han ido haciendo más asiduas y la vocación de mártir desapareció hace tiempo. Allí donde ni las plegarias de los prelados ni las armaduras de los condes impiden el saqueo, ¿cómo disuadir a quienes explotan el tesoro de potenciales cautivos que es Europa desde hace siglos?

Hace falta algo más eficaz que el aparato clerical-militar, y quien puede asumir esa tarea aparece donde menos cabría esperarle: en el descastado grupo de los primeros mercaderes. Ellos necesitan más que nadie albergues seguros, y a diferencia de todo el resto no sólo saben combatir sino capitalizar recursos. Aunque la defensa tendrá como jefes a reyes y otros nobles de la espada, su equipo –y buena parte de la infantería- son un obsequio de los aventureros comerciales a la causa común.

Una democratización de la defensa

En efecto, el burgus o portus¹¹⁶ amurallado es inseparable de que Europa sea un territorio sin excedentes y por lo mismo inerme. Atrae a depredadores del norte, el este y el sur, y los habría recibido del oeste si no la protegiera el Atlántico. Seguir su distribución inicial sobre el mapa muestra que esos enclaves surgen en Italia para mitigar la devastación debida a los magiares; en Alemania para hacer lo propio ante magiares y eslavos; en Inglaterra y la costa del Mar del Norte para protegerse de los piratas normandos; y en el sur de Francia a consecuencia de incursiones sarracenas, bien por tierra o por mar¹¹⁷. El hecho de que esos ataques aceleren el renacimiento del civismo, en vez de borrar sus últimos vestigios, evoca el viejo dicho de que “lo contrapuesto concuerda, y de los discordantes se forma la más bella armonía”¹¹⁸.

Las primeras fortificaciones cubrían áreas muy pequeñas, rara vez superiores a cien metros de diámetro, ocupadas por el depósito comarcal de grano y una torre defendida por algunos soldados y su jefe. Ya que los campos no podían ponerse a cubierto, salvar parte de los cereales mitigaba la inevitable hambruna resultante. Pero en torno a ese vetus burgus surgieron construcciones ligadas a ferias y mercados, que quedarían indefensas hasta que el conjunto de vetus burgus y suburbia pudo convertirse en una sola fortaleza¹¹⁹. Cuando la tenacidad y la ingeniería arquitectónica de comerciantes y artesanos empezaron a hacerlo posible -a finales del siglo XI- estar defendido pasó a depender de sus moradores. Surgía así una alternativa al asilo en monasterios y castillos, que para el pueblo llano era también sede permanente y fuente de ingresos.

En los primeros momentos el proceso no incomoda a prelados y nobles, que siguen siendo propietarios del suelo y nunca imaginaron obtener rentas tan altas de espacios tan reducidos. Pero en la esencia de estos lugares estaba aspirar “al derecho en y por sí mismo, no sólo los tratados y ordenanzas que forman el contenido de la diplomacia”¹²⁰. De ahí una norma común a todos: quien residiera allí cierto tiempo –un año y un día, concretamente- borraba cualquier vínculo previo de dependencia. La voluntad de autodeterminación es consustancial al burgo y se expresa en el lema Stadtluft macht's frei: “el aire urbano hace libre”. Libre y quizá también acomodado, porque el trabajo no servil se orienta hacia la calidad y mejora al tiempo la cantidad. Lo que Roma no hizo -articular distintos talleres para producir fábricas- es una iniciativa sin la cual ninguno de estos núcleos habría podido amurallarse.

Por extracción social, a los antiguos desertores del vasallaje que son los buhoneros y caravaneros se suman quienes conocen algún oficio, los nuevos empresarios y campesinos no apáticos, que quieren aprender alguna maestría o simplemente trabajar como mano de obra inespecífica pero remunerada. Gran parte de ellos se convertirán en tejedores urbanos, descritos por un escriba de la época como “plebe brutal, inculta y descontenta”¹²¹.

Los moradores del burgo

La coordinación de rutas comerciales y fortalezas civiles inunda de complejidad un marco entregado antes al simplismo. Los cambios empiezan a no tener nombre o apellido, las organizaciones surgen de modo tan espontáneo y confiado que pueden prescindir de estatutos, las finalidades se diversifican arrastradas por procesos impersonales. Los burgueses, cuya primera mención escrita parece fechable en 1007, tratan con el campesino sin pasar por la mediación de sus señores espirituales y temporales, atendiendo a conveniencia mutua, y pronto surgen en su seno asociaciones de comerciantes (hansas) y gremios de artesanos.

El punto crítico para la ciudad nueva era que residir allí borrara en efecto la servidumbre, pretensión probablemente asumida por algunos o muchos núcleos urbanos a lo largo del siglo X. La mayoría fueron obispados u arzobispados, aunque algunos -como Frankfurt, Nüremberg o Ulm- son ciudades no episcopales. El primer alzamiento descrito ocurre en 1077

y tiene como sede la diócesis de Cambrai, en las lindes actuales de Francia y Bélgica. Aprovechando que el obispo ha ido a la coronación del Emperador, y “en medio del entusiasmo general”, los comerciantes, tejedores y artesanos declaran que el perímetro amurallado ya no pertenece ni al Sacro Imperio ni al Papa ni a otro señorío que el suyo propio¹²². Como su prelado volverá en algunas semanas, se juramentan para defender hasta el último aliento los fueros que ellos mismos consensúan. Hace décadas que las nuevas villas septentrionales protagonizan actos de insumisión -aboliendo, por ejemplo, los telones-, pero el hito de Cambrai ofrece pormenores interesantes.

Para empezar, el motivo de su rebeldía no es homogéneo. Los artesanos y tejedores siguen siendo emocionalmente siervos, y están aleccionados por eremitas que acusan al obispo de haber comprado su cargo, norma entonces. Oponen a la Iglesia “rica” una Iglesia “pobre”, y querrían que el burgo fuese algún tipo de instrumento orientado al triunfo de la segunda. El edificio del ayuntamiento donde se han reunido con el resto de los rebeldes para redactar el fuero de libertades es lo que fue en origen –un almacén para productos aún no vendidos en el mercado local-, pero ni ese predio ni lo demás del burgo se les presentan como instituciones propiamente civiles. Dos generaciones más tarde, en 1130, Cambrai será el foco noroccidental europeo para las primeras sectas comunistas beligerantes¹²³, que son cristiano-maniqueas.

Quienes ligan el burgo con la custodia y desarrollo de un mercado son los hombres de negocios y sus ayudantes, tan analfabetos como casi todo el mundo aunque ilustrados por viajar en tiempos donde nadie más lo hace. Su actividad ha permitido que el artesano deje de vivir en alguna casamata contigua a una abadía o castillo, y que otros burgueses –entre ellos los tejedores- cambien la gleba por un perímetro más seguro. También están acostumbrados a competir, y a la lucha abierta para defender sus caravanas. Si esos aventureros sintiesen nostalgia por una existencia de parvulus no habrían enveredado por la vida que llevan, cuya única positividad consiste en disponer de efectivo y generar empleos. Lógicamente, su mérito principal –la fortaleza que exige convivir a diario con el riesgo y el desarraigo- le hace extraños y sospechosos a los ojos del resto.

Por otra parte, la falta de arraigo no es una premisa sino una consecuencia: sólo echarán raíces cuando sea posible hacerlo sin transigir con la servidumbre. A ningún otro grupo le resultaba urgente en medida pareja que su libertad de hecho pasara a serlo de derecho, pues si bien el clero y la nobleza aprovechaban ampliamente sus servicios -tanto o más que el campesino y el artesano- la ley vigente era incompatible con sus aspiraciones. Por ejemplo, que sus esposas perteneciesen casi siempre a la casta servil les imponía (en función de la regla *partus ventrem sequitur*) que sus hijos fuesen siervos; sólo los muy ricos lograban casarse con aristócratas, y sin duda tras asumir las deudas de su familia política. Humillados por los señores y despreciados u odiados por quienes pasaron a depender de ellos, el futuro de los comerciantes altomedievales pasaba por robustecer la base de su independencia, que era una ciudad radicalmente distinta de las previas.

La singularidad del burgo

En Roma los nuevos núcleos urbanos eran fundados oficialmente por los jefes de cada territorio, y su plano se trazaba con regla y compás. Los centros que ahora surgen son extraoficiales, incluso ilícitos, y van creciendo por agregación celular, no a priori sino a posteriori. A despecho de algunas diferencias entre el Norte y el Sur¹²⁴, todos se distinguen de las ciudades romanas por su sistema fiscal. En el burgo no funciona el tributo en especie del agro, que se cobra por zonas, ignora el patrimonio concreto de cada contribuyente y pasa al bolsillo del señor o abad. Al contrario, su existencia parte de un impuesto personal que debe ser satisfecho por todos en cuantía acorde con el patrimonio de cada uno¹²⁵. El destino de esta contribución no es un bolsillo particular sino el sostén de servicios públicos, y quien deje

de pagarlo resulta expulsado. Tampoco se acepta al que trabaje con desidia, y un estricto ojo por ojo preside la justicia penal.

El burgo hace frente a una crisis crónica en las sociedades tradicionales con medidas inéditas. En respuesta al horror impuesto por Cómodo y sus sucesores, los ayuntamientos romanos habrían podido defenderse construyendo fortalezas autogobernadas, donde residir durante un año borrarse todo estigma servil. No lo imaginaron siquiera, pero desde finales del siglo XI el atolladero crónico de las sociedades tradicionales dispone de remedios distintos a más coacción y más resignación, la receta milenaria. Ausente hasta entonces de las crónicas, el retorno del pueblo llano a la memoria le muestra exultante ante fuentes imprevistas de acuerdo y celebración, derivadas a su vez de que ha encontrado un medio donde crecer. Ninguna prueba de entusiasmo supera al hecho de que en los nuevos perímetros “todos sus elementos se conciben y ejecutan como obras de arte”¹²⁶. La catedral será con mucho el mayor de los edificios, pero no ha sido construida con más esmero que las casas particulares o los soportales de la plaza mayor. Es algo sin precedente en Estados esclavistas, donde sólo palacios y templos aspiran al cuidado artístico.

La solidaridad hace del burgo una comuna, aunque no reñida con el comercio. Si se prefiere, la solidaridad ciudadana es inseparable del bien común más amplio que representa coordinar medios rurales y urbanos en beneficio recíproco. Gracias al burgo las comarcas quedan exoneradas del yugo autárquico, y pueden ponerse a optimizar sus recursos diferenciales. Lo distintivo del servus romano y el medieval –el hecho de que éste puede producir por cuenta propia- no empieza ser operante hasta que el siervo inmóvil tenga compradores para sus productos. Pero como empieza a haberlos el agricultor rotura tierras baldías, sustituye cultivos y aplica toda suerte de mejoras orientadas al rendimiento. Tan unidos están los burgos a una mejora en la renta rural que todos ayudan a recoger la cosecha. Todavía en el siglo XIV, cuando la población europea se ha multiplicado –París y Milán tienen unos 250.000 habitantes, Florencia y Amberes unos 100.000-, las leyes inglesas exigen dicha colaboración a los censados en cada ayuntamiento, sin distinción de rango¹²⁷.

Nada de esto parece factible sin la andadura civil emprendida por germanos y escandinavos a lo largo del siglo X. Dentro de una dinámica donde el motor es la producción y circulación de bienes, un Estado comercial como Kiev ofrece la conexión –siquiera sea inicialmente tenue- entre Brujas y Bagdad, y esa larga ruta terrestre impulsa la transformación de campamentos en villas y la de éstas en burgos libres. Lo equivalente para el norte de Italia es consolidar posiciones en la ribera europea del Mediterráneo, un fenómeno que acaba transformando a Pisa y Génova –enclaves originalmente piráticos- en repúblicas prósperas. También los piratas normandos han acabado creando el reino de Sicilia a expensas de los musulmanes. Orgánico en vez de jerárquico, el desarrollo urbano y el de las comunicaciones son anónimos, descentralizados y por eso mismo incontenibles. Han nacido del mundo feudal pero devoran los obstáculos feudales como algo viviente asimila algo inerte.

El renacer de las clases

Antes de que el comercio y la industria agrieten el monolito clerical-militar, del siglo VI al XI, reina un sistema de castas como el indoeuropeo pero sin la tercera, que es el grupo mercantil. Los eclesiásticos hacen de brahmins, los señores de shatrias y los campesinos de intocables o cuarta casta. A diferencia de lo que ocurre en la India, sin embargo, en Europa hay trasvases frecuentes entre la primera y la segunda casta, haciendo que suelen ser hermanos o primos los cardenales y los duques. Su conjunto forma en el siglo X una sociedad ebionita enteramente desarrollada, donde por una causa u otra el 99,9 de la población es no propietario o propietario condicional, y el 0,1 restante detenta tierras y recursos por la gracia de Dios, no debido a negocios.

Ahora esta porcelana empieza a estar amenazada por descendientes de los mercaderes iniciales, que le discuten al clero y la nobleza su condición de instituciones apostólicas. Carlomagno había inaugurado el siglo IX proclamándose rey-monje sin evocar suspicacia, pero con el primer milenio cristiano llega una mezcla explosiva de pobrismo y actividad mercantil. Tan devotos o más que el campesino, los primeros burgueses viven en espacios reducidos donde el qué dirán multiplica su presión, y justamente porque el deber de solidaridad les resulta perentorio “odian a una Iglesia que trata al clero inferior como siervo [...] siendo en todos sentidos lo contrario de la pobreza apostólica”¹²⁸. El mismo sentimiento caracteriza a las amme haaretz del momento, las masas rurales.

Por otra parte, el burgo es todo menos anticomercial, y opone al sistema de castas unas clases con intereses a menudo opuestos, aunque unidas nuclearmente por su movilidad. En la Roma republicana uno de los resultados de la primera guerra civil fue que acceder a las magistraturas hizo del orden ecuestre una facción corrupta y despótica. Algo análogo gravita sobre los burgueses, que han nacido en el reino del favor y sus *privatae leges* o privilegios y quieren simultáneamente la libertad y regímenes coactivos. Las hansas de comerciantes aspiran a mandar sobre los precios controlando la demanda, y los gremios artesanales – aliados y competidores suyos- aspiran a conseguirlo controlando la oferta. Para ambos el monopolio es requisito de supervivencia.

Su reclamación será atendida, y gobernarán sobre los precios durante siglos. Es lo más próximo al establecimiento de un sistema con cuatro castas, cuya cristalización no acaba de producirse gracias al progreso del trabajo libre. La fuerza de los ciudadanos depende finalmente de que una madeja inextricable de relaciones les vede la debilidad de erigirse en otro estamento protegido por *privatae leges*, como el clero y la nobleza. Son clase media propiamente dicha, moviéndose siempre hacia el ascenso o el descenso, y cuando se consoliden una alta burguesía y una pequeña burguesía seguirá habiendo toda suerte de escalones intermedios. Ese dinamismo ofrece el arma invencible, por más que las castas desafiadas dispongan en principio de muchos más medios materiales y humanos.

De momento la comunicación trae fricciones, con una larga secuencia de luchas y guerras civiles. La hipocresía del pobrismo institucional es denunciada por movimientos cuya particularidad reside en no ser tanto anticomerciales como anticlericales.

NOTAS

103 Simmel 1977, vol. II, p. 520.

104 Básicamente el Rhin, el Mosa, el Ródano y el Po.

105 Agripina, segunda mujer de Claudio, nació allí e insistió en rebautizar el fuerte como *civitas*, que desde el año 50 se llamaría Colonia Ara Claudia Agrippinensium.

106 Radhaniyya en árabe. Sobre Ibn Khurradhbih, el cronista, cf. McCormick 2005, p. 640-642.

107 En su *De insolentia Iudaerorum*, 195, 149-159.

108 *Libellus de vita et miraculis S. Godrici, heremitae de Finchale*, auctore Reginaldo

monacho Duhelmensi, 1845; cf. Pirenne, p. 79-80.

109 Pirenne 2005, p. 86 y 84.

110 Sobre Kiev y las primeras ciudades rusas el texto pionero es Rostovtzeff 1922.

111 Génova y Pisa como potencias navales, Milán, Parma, Pavía y Lucca como centros de industria, y la Lombardía en general como combinación de agricultura y comercio, apoyada sobre la extraordinaria feracidad que empieza a lograrse en el valle del Po.

112 Hasta el Sínodo romano de 1076 no se denuncian como faltas la simonía (compra de cargos eclesiásticos) y el nicolaitismo (matrimonio o concubinato de clérigos).

113 Para Graciano -compilador del Código de derecho canónico- y para su papa, Urbano II, no es homicidio matar al excomulgado si lo dicta un “celo por la Iglesia”. Gregorio IX excomulgaba hasta la séptima generación; cf. Troeltsch 1992, vol. I, p. 391.

114 Por san Pablo (Epístola a los gálatas 5:19-31), y por muchos vasos hallados en las catacumbas de Roma con la inscripción *bibe in pace* (“bebe tranquilamente”), sabemos que la ingesta de vino al comulgar inducía reacciones afines al entusiasmo báquico, ante todo cuando los fieles se habían preparado con ayunos severos, pues un vaso basta para embriagar a quien lleve días tomando sólo pan y agua. Tales accesos de cordialidad “carnal” escandalizaron tanto más cuanto que el vino estaba vedado en la civilización grecorromana a mujeres que no fuesen de vida alegre. En el siglo III, Novaciano distingue entre “presentar un sacrificio al Hacedor” y permitirse con ese pretexto “diversiones estrepitosas, afines al fornicio y la impureza”. Sobre la evolución del rito eucarístico, y sus nexos con el culto dionisiaco, cf. Escohotado 1989, p. 230-233.

115 En 1090 Bonizon de Sutri cifra el código del caballero cristiano en “sumisión a su señor, renuncia al botín, pelear contra los herejes, proteger a pobres, viudas y huérfanos y amor platónico por la dama”.

116 *Portus* no es sinónimo de puerto, sino de depósito comercial: “Lugar desde el que se importan y exportan mercancías” (Digesto, 16, 59), como ratifica san Isidoro: “*Portus dictus a deportandis commerciis*” (Etimologías XIV, 39-40). La tradición se conserva en holandés, donde *poort* significa ciudad y *poorter* burgués.

117 “Los magiares, procedentes de Asia e instalados desde 896 en la actual Hungría [...] no diferían mucho de los hunos y devastaron Alsacia, Lorena, Borgoña y el Languedoc. Los ataques de los normandos se hicieron anuales a partir de 843, y en 845 saquearon los *portus* de Hamburgo y París con una flota de 120 naves, que transportaban una media de 50 hombres”; Cipolla 2003, p. 150.

118 Heráclito, fr. 8 (Diels). Los magiares, cuya caballería resultaba invencible a campo abierto, eran vulnerables en terreno montañoso y al regresar cargados de botín. Sus devastaciones cesaron cuando Otón I, rey de los sajones y cabeza del Sacro Imperio, les infligió una derrota definitiva en 995. Ese mismo año venció al príncipe Boleslav, liquidando las incursiones eslavas.

119 Cf. Mumford 1979, vol. I, cap. 9.

120 Hegel 1967, p. 268.

121 “Cronicon santi Andrea Castri Cameracesi”, en MGH. Scriptores., t. VII, p.540.

122 Cf. Pirenne 2005, p. 119.

123 Cf. Barraclough 1985, vol. III, p. 122.

124 Allí donde la romanización fue superficial –en todos los territorios situados al norte del Rin- las civitates o no existieron o desaparecieron, y deben por eso partir de cero como Hamburgo o Lübeck. En Europa meridional la urbanización parte siempre de algún enclave otrora importante, que fue deshabitándose y ahora empieza a poder crecer.

125 Más adelante algunas ciudades lo sustituirán por la sisa o impuesto indirecto, que gravando los artículos de consumo adecua de otro modo la carga fiscal al gasto.

126 Mumford 1979, vol. I, p. 363.

127 Cf. Mumford 1979, vol. I, p. 319.

128 Troeltsch 1992, vol. I, p. 349.

X. CONVULSIONES INTERNAS

“En el otoño de la Edad Media florece como nunca la insinceridad consigo mismo”. 129.

Cambrai se rebela un año después de que el papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV se depongan el uno al otro, consumando una escisión en la cúpula del poder medieval. Parte de la nobleza toma partido por el Papado y parte por el Imperio, y lo mismo se observa entre obispos y arzobispos que optan entre ser ecuménicos o autonómicos. Esa fractura – prolongada hasta el siglo XIV- resulta providencial para que los burguenses puedan crecer sin demasiada presión, y prosperar como proveedores de los bandos enfrentados.

Por lo demás, la guerra entre Roma y el Imperio deriva de que el Papa quiere acabar con la venta de cargos eclesiásticos y el matrimonio o concubinato de clérigos, una depuración preparada décadas antes en algunos monasterios¹³⁰ y acorde con el revival ascético que trae el fin del primer milenio cristiano. Gregorio VII pretende “independencia de la Iglesia con respecto a las autoridades civiles, y al tiempo una ampliación de sus derechos territoriales y principescos”¹³¹, algo en principio paradójico aunque adaptado a la lógica medieval. Si sus deseos se cumplieran la Santa Sede pasaría a ser el mayor propietario europeo -con mucho-, una perspectiva que no le parece inquietante mientras sus administradores estén atados por voto de pobreza.

Esta línea parece idónea para frenar el sentimiento anticlerical que ha ido creciendo con los burgos y el alivio del aislamiento, pues los milenaristas empiezan defendiendo una Iglesia propietaria y administradora de todo, como la descrita en Hechos de los apóstoles. Pero los aliados laicos han exhumado la fe anárquica del cristiano primitivo, y desandan uno a uno los pasos que transformaron a la secta inicial en organización racionalizada burocráticamente. A veces su fervor les lleva a tropezar antes que nadie con la autoridad civil, como les acontece a los patarinos de Milán, Parma y Florencia, a quienes Gregorio VII tiene en particular estima. Lo cierto es que ni ellos ni ningún otro grupo regeneracionista se librarán de excomunión, y del paso ulterior que el Papado está descubriendo para luchar contra sus peores adversarios: la cruzada-inquisición.

1. Comunismo medieval

Hacia el año 1000 ningún europeo dudaba de que los monasterios fuesen la forma perfecta de vida en común. Lo suscribían razones puramente espirituales y también prosaicas, al ser -con los castillos- el único espacio a cubierto de hambrunas y saqueos. Si a ello añadimos permisividad sexual, y un legendario gusto por la buena mesa y el buen vino, para los parámetros altomedievales residir temporal o permanentemente en abadías resultaba envidiable. Con frailes o monjas de primera y segunda clase, estos últimos equiparables a sirvientes, la aristocracia usaba sus recintos como reformatorios para hijos díscolos, asilos para progenitores quebrantados y casas de reposo para el resto, donde lo equivalente a educación, custodia o tratamiento era la propia regla ascético-contemplativa de cada orden.

Tanto más ilustrativo resulta observar que a finales de ese siglo la laxitud de frailes y monjas provoca vergüenza, odio e incluso actos de violencia fulminante. El Nuevo Testamento profetiza que “al cumplirse el reino de los mil años” cesa el encadenamiento del Diablo¹³², y releer esas líneas inspira una vuelta al horizonte findemundista en medios rurales y urbanos mediante “humillados”, “flagelantes” y otros “pobres para Cristo”. Su versión más violenta serán los apostolici o dolcinianos, a cuyo juicio quienes no viven en la pobreza pecan y pueden ser destruidos. Todos han jurado “una vida de desprecio por el mundo”, como observa un cronista hacia 1150¹³³, y aunque algunos practican la mansedumbre otros se mueven al grito de “¡Muera quien hable en contra!”¹³⁴.

Los grupos europeos más antiguos son cristiano-maniqueos y parten de una secta búlgara, detectada por cronistas bizantinos tras la predicación de cierto Bogomil en 930¹³⁵. Profesan un dualismo moderado ¹³⁶ -donde Jesús representa a un emisario angélico que simplemente “pareció” morir-, rechazan todo tipo de jerarquías mundanas y consideran especialmente despreciable una Iglesia que pretende monopolizar la gracia divina con un supuesto poder sacramental. Ven en monjes y monjas de clausura a personas egoístas, cuando no manipuladas por un poder anti-igualitario que pretende dominar al resto fingiéndose más recto. Creen también que la riqueza es tan pecaminosa como virtuosa la pobreza, pues cuanta menos materia rodee a cada persona más alma tendrá. Su ingenuidad filantrópica convive con una abierta aversión hacia el no sectario, y suele destacarse su “desconcertante falta de unidad doctrinal”¹³⁷.

Tampoco hay unidad doctrinal en el evangelio de san Marcos, el más antiguo de los canónicos, y resulta más preciso decir que los nuevos fieles son un calco de los paleocristianos, sin el pulido de la ortodoxia y el aparato litúrgico de la institución eclesiástica. Su entusiasmo brota de un credo sencillo y populista, que conmueve en Europa como conmovió en Palestina o Persia la predicación original de Jesús y Manes. Estas ideas han aprovechado las rutas comerciales recién abiertas, y en 1130 hay comunas suyas en Cambrai y otros burgos importantes del norte¹³⁸, así como un foco muy activo en el Piamonte, que de alguna manera estimulan su posterior arraigo en el centro y el sur de Francia. Allí aparecerán sectas exclusivamente cristianas que son el gran evento intelectual de la época, semillero para las posteriores rebeliones urbanas y campesinas.

En menos de una generación las sectas apostólicas pasan de la nada al favor popular en una ancha franja que va de los Balcanes a los Pirineos, con comunas en Flandes, el oeste de Alemania y Lombardía, donde están concentrados el comercio y la industria. Aunque sean sectas muy distintas, tienen en común interpretar literalmente el Sermón de la Montaña.

Los herejes iniciales

Una espesa bruma envuelve a los patarinos lombardos, citados por todas las fuentes como

pioneros pero reducidos al dato de tres hermanos –los caballeros Arialdo y Erlembaldo, el clérigo Arnulfo– brutalmente asesinados en luchas con el arzobispo de su ciudad, a quien acusan de comprado y fornicario. El texto conocido como Historia de Milán es un fragmento que sólo cubre hechos ocurridos poco más tarde, cuando otro miembro de esta castigada familia –el diácono Litprando, “propietario de la iglesia de San Paolo”– ha perdido su nariz y sus orejas¹³⁹ pero no cesa en la denuncia del arzobispo. A partir de aquí cunde el surrealismo, pues el prelado es un demagogo sostenido por “la turba” que llega cubierto de harapos y sigue vistiendo así, a quien el propio Litprando recomienda vestir de modo acorde con la importancia excepcional de su archidiócesis. Por otra parte, Patarino viene de pates (“andrajos”) y Pataria era una calle frecuentada por los mendigos de la ciudad. El andrajoso prelado niega ser corrupto¹⁴⁰, y el relato termina con una ordalía de fuego superada milagrosamente por su acusador.

Bastante más información hay sobre los cátaros o “puros”¹⁴¹, que partiendo de burgos septentrionales y lombardos se consolidan en el Languedoc, donde son tolerados e incluso apoyados por la nobleza y el alto clero. Sintiendo herederos de los patarinos, dividen su sociedad en “perfectos” (con votos perpetuos de ascetismo, pobreza y castidad) y simples “oyentes”. El matrimonio les parece maligno, ya que quieren provocar el advenimiento de la Luz y el fin de la Materia con un suicidio colectivo (la “sagrada Endura”) consumado por restricción de natalidad. Los oyentes más estrictos preferían fornicar a casarse, cuando la carne les venciese en un momento de flaqueza, y evitaban eyacular dentro de su compañera.

Buena parte del éxito popular conseguido por esta religión puede atribuirse a que las obligaciones del no perfecto son abstenerse de violencia (sacrificio de animales, servicio militar, pena capital) y sostener a sus perfectos. Fuera de esto su código de conducta consagra la libertad de conciencia, núcleo del Evangelio y a la vez incompatible con la ortodoxia. Por santo Domingo –testigo de primera mano durante una década– sabemos que el éxito de los predicadores cátaros derivaba de proceder “con celo, humildad y austeridad”¹⁴².

Las comunas de Albi y Toulouse, llamadas albigenses, tenían menos contacto que otras zonas con el comercio y empezaron a vivir el anti-materialismo como un ensayo de amoldar novedad y tradición, entregado en gran medida al arbitrio de cada cual. Sin filósofos ni cronistas siquiera, con esta autonomía prosperaron y fueron respetadas hasta 1207, cuando la Santa Sede declaró que toda propiedad cátara era confiscable y convocó una Cruzada interna. Invitaba así a los señores francos del norte, que se lanzaron sobre su presa desde 1208 a 1244 y obtuvieron un enorme botín en tierras y otros bienes. Los supervivientes fueron entregados a una Inquisición recién constituida, que les sometió a la hoguera no por crueldad sino para que tuviesen ocasión de purificarse con el arrepentimiento, y ardieran unos pocos minutos en vez de ser condenados al fuego eterno. Roma había advertido sobre sus intenciones ya en 1190, cuando un canon papal equipara al hereje con un reo de lesa maiestas o alta traición, cuyo castigo sólo puede ser el “tormento sin reserva de pruebas” consumado por la eventual muerte.

Llamativamente, tanto la herejía albigense como todas las demás sectas heréticas del momento se prohíben la pena capital, incluso para los más abominables crímenes. Se dice que poco antes de ser destruidas las comunas albigenses creían en una Edad de Oro, y la vecindad de Cataluña y el Languedoc ha hecho que algún cronista imaginativo retrotraiga a ellos el anarquismo ibérico¹⁴³. Como detestaban la materia en todas sus manifestaciones, si algo les acerca a Durruti es su propensión a destruir archivos notariales y otros registros, que simbolizan lo perdurable del mundo material. Brilla por su desapasionamiento la descripción de los cátaros hecha por el dominico Gui, en su Manual para inquisidores (c.1300): “Dicen de sí mismos que son buenos cristianos [...] que ocupan el lugar de los apóstoles, y que por eso

mismo son perseguidos”¹⁴⁴.

A diferencia de los cátaros, que aborrecían toda forma de violencia, algunos grupos e individuos asaltan monasterios e iglesias antes incluso de que los cristiano-maniqueos aparezcan en las crónicas. Hacia 1050 un expolio limitado a dominios eclesiásticos es atribuido a “turbas campesinas” de Arras, y en 1112 se corona como rey-mesías un tal Tanchelmo de Amberes, del que sólo consta que derogó el diezmo eclesiástico y reinó efectivamente sobre parte considerable de Flandes, hasta ser asesinado en 1115. La misma trayectoria sigue Eon de l’Etoile en Bretaña. Su divisa de robar al clero para repartir esos bienes entre los pobres recuerda la leyenda de Robin Hood, aunque difiere de ella por centrar sus ataques sobre abadías y ermitas. El punto álgido de esa resistencia armada llega con los flagelanti italianos, que dirigidos por fra Dolcino construyen una fortaleza para dar asilo a los saqueadores de propiedad eclesiástica, y sólo se rinden tras un asedio en toda regla.

El proto-protestantismo

Muchos más enjundiosas conceptualmente resultan las herejías de enricianos y petrobusianos, que siendo coetáneas y diseminándose en comarcas contiguas o próximas muestran hasta qué punto la comunicación oxigena el entendimiento, produciendo alternativas no fanáticas para una conciencia resuelta a decidir autónomamente. Enrique el Monje -muerto en cárceles eclesiásticas hacia 1149- andaba descalzo en invierno, destacaba por su grandioso porte y convenía con la elocuencia del sentido común. Acabó defendiendo tres puntos: a) la Iglesia carece de poder doctrinal y disciplinario; b) el Evangelio debe ser objeto de libre interpretación; c) conviene interrumpir, por supersticioso, cualquier acto de culto.

Antes de que muera en mazmorras ha fascinado a todo tipo de feligresías en zonas cátaras y un territorio bastante mayor, que va de Montpellier a Burdeos. Pobristas y racionalistas a la vez, sus sermones hacen que las damas regalen sus joyas y vestidos, que los caballeros célibes se casen con prostitutas para redimirlas y que, en general, crezca el apoyo al libre examen de los asuntos religiosos. Lanzar a la Inquisición contra los enricianos no evita que sus opiniones sean inextirpables, y sigan luchando hasta conseguir en 1598 el Edicto de Nantes sobre libertad religiosa.

No menos analítico fue Peter de Bruy o Buy, probable maestro de Enrique el Monje y clérigo también, que podría ser el primer europeo en criticar sistemáticamente no sólo el ropaje litúrgico sino cualquier aspecto mágico del credo cristiano. Dentro de la magia incluyó el valor del bautismo -cuando el bautizado no tiene pleno uso de razón y lo solicita-, la transubstanciación de la hostia, la santidad del celibato y el truculento símbolo de la cruz. Quería “desmaterializar” a la Iglesia para “que Dios y el hombre se acercasen”. Sus enemigos¹⁴⁵ le acusaron de algunos actos violentos, como promover la ocupación de monasterios ricos para repartir sus bienes entre los indigentes, e imponer el matrimonio a ciertos clérigos (los ya unidos por previo concubinato). Santo para muchos, fue preso en 1126 y quemado vivo -con fuego de cruces hechas por él mismo- en 1130.

También en 1130 aparece la Historia de mis cuitas del monje Pedro Abelardo (1079-1142), “el hombre más sutil e instruido de su tiempo, escuchado por toda Europa”¹⁴⁶, referente intelectual para Enrique el Monje y Pedro de Bruys que forma también a Arnaldo de Brescia, nuestro siguiente rebelde. Abelardo evita comprometerse con el pobrismo apostólico, aunque su obra filosófica -varios tratados sobre lógica y dialéctica- colabora al surgimiento de una Universidad en París. El prestigio alcanzado por este estudioso de Aristóteles indica que empieza a respetarse la inteligencia en y por sí misma, como si la Sabiduría comenzase a recobrar terrenos abandonados por una Profecía institucionalizada, que ha ido produciendo en su propio seno tal antídoto. Junto a la auctoritas aparece una razón observante que

exhuma las ciencias lo mismo que inventa la notaría o el molino de viento, osando incluso irrumpir en la ciudadela supuestamente inexpugnable del dogma.

Entretanto, la Iglesia se desgarró en realidades opuestas. Una es el conjunto de los fieles o “buenos cristianos”, el *corpus mysticum*, y otra una institución despótica que siendo depositaria del desinterés hospeda al más ávido de los interesados. Arnaldo de Brescia (1090-1155), un ascético monje que por dones personales habría destacado en cualquier actividad, abanderó un comunismo donde no se pide restitución al rico en general sino un reparto inmediato de los dominios eclesiásticos. Como otros burgos lombardos, su ciudad natal tropezaba con el obispo –propietario de casi todo–, y en 1139 colabora con el ayuntamiento para acelerar un traspaso de competencias que convierta a Brescia en una república democrática. A su juicio:

“Es imposible que se salven clérigos que tengan propiedades, obispos que mantengan regalías y monjes con posesiones. Todas estas cosas pertenecen al príncipe, que sólo puede disponer de ellas a favor de los laicos”¹⁴⁷.

Cabe observar que la Iglesia convivía bien con estructuras económicas en recesión aguda o muy aguda, y que el panorama cambia cuando surgen indicios de crecimiento. La contundente forma que tiene Arnaldo de tomar partido por los laicos es empezar negando que un clero “propietario” administre los sacramentos, tesis que le vale el destierro de Brescia y la orden papal de “guardar perfecto silencio”. Pero llegando a Roma descubre la misma trama de burgueses maniatados por un obispo, y vuelve a ponerse al mando de la insurrección civil. Ahora tiene experiencia en tales asuntos, y se desempeña con tal eficacia que el papa Eugenio III le excomulga aunque no puede evitar el exilio¹⁴⁸. Tres años más tarde sufre la humillación adicional de regresar teniendo a Arnaldo como primer magistrado de una democracia próspera.

Esta audacia suspende momentáneamente las hostilidades entre Imperio y Santa Sede, que actuando unidos logran deponerle y algo después ahorcarle¹⁴⁹. Su legado es que la Iglesia “primitiva” no está en guerra con el civismo –como aún pensaban los apostólicos de Cambrainsino con la Iglesia “señorial”, y cifra su progreso en ahorrarle al laico el yugo militar-clerical. Arnoldistas, enricianos y petrobusianos están animados por un pobrismo no reñido con previsión y diligencia, que limita su afán expropiador al alto clero mientras los cristianos van adaptándose a la fábrica y otras instituciones nacidas con los burgos. De ahí que confluyan todos en el movimiento comunista más duradero y civilizado, cuyo origen es un magnate de la industria textil parecido por antecedentes y filantropía a Robert Owen.

Los valdenses

Hacia 1173 uno de los empresarios más prósperos de Lyon, Petrus Valdes (también Pierre de Vaux, y Waldo), reparte su dinero y su fábrica de hilaturas de manera que algo le quede a su esposa e hijas aunque no a él, comprometido desde entonces con un estricto voto de pobreza. Su primera urgencia es traducir la Biblia a lengua romance, para poder estudiarla y comentarla, y pronto hay una secta de pauperes o indigentes, también llamados *pauvres d'esprit*, que a despecho de ese nombre dan muestras de notable inteligencia con su proyecto de “armonizar el ideal religioso y un orden civil independiente”¹⁵⁰.

Valdes, al que vemos luego abriendo un comedor comunitario, supo quizá desde el principio que estaba abocado a la herejía. Pero se impuso ser ortodoxo y dócil con la jerarquía en todo, salvo renunciar a un celo misionero orientado a una reforma de la propia Iglesia por caminos democráticos graduales, con un movimiento de abajo a arriba. La Santa Sede no pudo oponerse, confirmó su voto solemne de pobreza y añadió que él y los discípulos sólo estarían

autorizados a predicar cuando así lo pidiese cada diócesis y parroquia. Antes de que se acumularan las denuncias por desobedecer esta norma, en apenas una década, los valdenses tienen tiempo para arraigar en burgos antiguos y de nueva planta, especialmente entre tejedores, artesanos y hombres de negocios, sin perjuicio de atraer también al bajo clero, la clientela del noble y muchos campesinos.

La excomunión les llega en 1184, cuando viven divididos en perfectos y discípulos (estos últimos sin voto de pobreza y castidad) y se agrupan en dos ramas; los “pobres de Lyon” son moderados, mientras los “pobres de Lombardía” o humiliati se inclinan al radicalismo. Como la excomunión equivale a muerte civil, los valdenses carecen ya de estímulo para seguir velando sus divergencias doctrinales; modifican parcialmente la liturgia¹⁵¹, llaman “crimen” a la Inquisición y explican que el alto clero es apóstata desde los tiempos del papa Silvestre y Constantino, cuando la conversión del cristianismo en culto oficial enajenó su troquel ebionita. El periodo transcurrido desde entonces sería la crónica de una progresiva traición a sí mismo y al conjunto de los laicos, cuyo desarrollo entorpece con un pobrismo hipócrita. El precepto de compartir sólo es obligatorio para Iglesia señorial, no para una sociedad secular que bastante tiene con defenderse de las inclemencias naturales.

Cuando esta postura acabe de perfilarse, a mediados del siglo XIII, sus comunas se multiplican y prosperan por toda Europa, lo mismo en las cuencas del Ródano y el Po que en las del Rin y el Danubio. Una vez más, el atestado menos melodramático de sus progresos y apoyos lo encontramos en un inquisidor:

“Entre todas las sectas que existen o han existido no hay ninguna más perniciosa que la de los lyoneses; y por tres razones [...] La segunda porque es la más extendida, y apenas si hay un país donde no exista. La tercera porque todas las demás sectas despiertan horror y repulsa por sus blasfemias contra Dios, mientras ella exhibe una gran semblanza de piedad [...] Solamente blasfeman de la Iglesia y del clero romanos, y por esto tan grandes multitudes de laicos les prestan atención”¹⁵².

Los inquisidores transforman la excomunión papal en ejecución y confiscación de bienes, desde luego, pero derrotar a los valdenses supone una Cruzada tan interminable como insatisfactoria en sus resultados. Valdes no es capturado, algunos de sus discípulos resisten en Bohemia -hasta desencadenar la posterior rebelión husita-, y su núcleo suizo acaba fundando una de las primeras iglesias protestantes, que tras acogerse a la profesión de fe calvinista mantiene sus enclaves antiguos y se disemina por América del norte y el Río de la Plata.

En 1250 un acta inquisitorial ha alegado que “como estudian tanto, rezan poco”¹⁵³. Este rasgo ayuda a entender que aún hoy –reunidos por una Tavola o asamblea ecuménica anual– sigan fieles a su comunismo cívico, viviendo sin apreturas una vocación de frugalidad y mutuo auxilio.

El pobrismo clerical

Santo Domingo de Caleruega (1170-1221) y san Francisco de Asís (1182-1226) son personalidades afines, aunque las circunstancias les impusiesen destinos muy dispares. Del primero se cuenta que siendo estudiante de teología en Palencia intentó dos veces venderse como esclavo para dar ese dinero en limosnas, y que vivió “sumido en trance contemplativo” los nueve años de su estancia como canónigo en Burgo de Osma. Luego se convertiría en amigo íntimo de Simón de Monfort, jefe de la cruzada anti-albigense, y allí vio la necesidad de “combatir la herejía propagando la verdad” con las mismas armas de humildad y vocación apostólica de los herejes. Roma sancionó sus esfuerzos aprobando la orden de predicadores o dominica, que de modo espontáneo asumiría las funciones inquisitoriales, mientras él siguió

dando ejemplo de extraordinaria austeridad hasta su última hora¹⁵⁴.

Francisco de Asís –el “santo seráfico”- nació como santo Domingo en el seno de una familia distinguida. Se orientó inicialmente hacia la carrera de las armas, hasta que cierto día oyó a Cristo decirle desde una cruz: “Ve y repara mi ruinoso casa”. Vende entonces su guardarropa y el caballo, trata de entregar el dinero a una parroquia, rompe el corazón de su padre –un empresario textil que le acusará ante tribunales civiles y eclesiásticos- y acaba haciendo lo que él mismo propone a los jueces, que es abrazar la santa pobreza como su “dama” y “prometida”. Ningún texto evangélico le impresiona tanto como el que dice “no toméis oro ni plata ni dinero en vuestros cintos, ni impedimenta para ir de viaje”¹⁵⁵. Aunque sea autodidacta, un par de años más tarde ha reclutado once “hermanos apostólicos”, y presenta en Roma la regla vitae para una orden mendicante cuya finalidad será “caminar sobre las huellas de Jesucristo.”

Dichas huellas restauran la conciencia infeliz en estado de prístina pureza, con un ánimo de hermandad hacia todo que sólo excluye libido y confort. El Hermano Asno –así llama a su cuerpo- carga con toda suerte de penalidades, pero él le pide perdón con ternura, porque nada concupiscente obtendrá. Una intensa visión del Crucificado, ocurrida en 1224, le deja estigmas permanentes de clavos en manos y pies, trastorno al que pronto se suma la ceguera. Su fama se ha propagado con gran celeridad, y para entonces hay unos diez mil franciscanos dedicados a la predicación mendicante. Aunque tiene prisa por pasar al más allá, Francesco se somete a varios tratamientos médicos infructuosos y muere dos años después entre grandes dolores, que agradece como posibilidad de repetir la pasión de Cristo.

El pobrismo teológico franciscano brilla en san Egidio, uno de sus primeros discípulos, que “reprochaba a las hormigas su excesivo afán por acumular provisiones”¹⁵⁶. Merecían amor, como todas las criaturas de Dios, aunque habrían sido perfectas confiando más en la Providencia. Precisamente ese desprendimiento absoluto hacia lo mundanal fascinó como un nuevo destino, imponiendo –ya en vida del fundador- un noviciado que permitiese seleccionar entre la masa de aspirantes. Más difícil aún fue aceptar las importantes dádivas de tierras, edificios y otros objetos, pues su regla excluye terminantemente cualquier forma de propiedad. Los canonistas romanos solventaron el problema jurídico arbitrando que la orden tendría un usufructo perpetuo de muebles e inmuebles.

También era factible convertir en limosna esas dádivas, regresando de pensamiento y obra a la primera comuna de Jerusalem. Acatar o no la solución papal separó a los “conventuales” de los “espirituales”, que acabarían excomulgados por Juan XXII. Dos escritos suyos¹⁵⁷ refutan la herejía comunista alegando –entre otras razones- que Jesús y los apóstoles fueron propietarios. Hay en realidad tantos grupos deseosos de confiscar propiedad eclesiástica que el legado franciscano puede considerarse un esfuerzo por desactivar el rencor a pie de obra. Hasta su mansedumbre es vehemente, sin embargo, y el propio santo seráfico arenga a las tropas de dos cruzadas a Tierra Santa; una cosa es negarse a matar una mosca y otra dejar impune al infiel contumaz.

Con el pobrismo clerical se completa el cuadro de vocaciones apostólicas. Pero mientras la época arde en predicadores y sermones ocurren también otras cosas. Se dice que el pueblo anda muy revuelto cuando está más bien renaciendo. La libertad de conciencia y expresión, centro del estrépito, derivan del proceso sin ruido en cuya virtud los aventureros fueron logrando libertad de hecho, y no escatimaron energía para construirse estaciones seguras. Con la libertad de hecho llegaban procesos sin jerarquía, subjetivos e inconscientes a la vez.

2. La revolución comercial

Tras el mercader errante, que restablece vías abandonadas y actividades perdidas, el nuevo héroe anónimo es el notario, que opera como un legislador indirecto y va articulando el acceso de la clase media a propiedades y pactos antes restringidos a la aristocracia temporal y espiritual. Los jurisperitos romanos fundaron el negocio jurídico sobre la autonomía de la voluntad, y es en las notarías donde mercaderes analfabetos aprenden a escriturar sus pactos, regulando aleatoriedades e indemnizaciones. También allí comprenden las ventajas de una “creditización”¹⁵⁸ que equipara el efectivo a la expectativa de cierto pago y adapta ese pago las condiciones de cada lugar y momento. Es su respuesta a monedas envilecidas por fraudes en la acuñación y el peso, y a la fuerza en principio absoluta que veta el interés del dinero.

En el siglo XII y el XIII esa creditización no evoca suspicacias civiles, pero sí el anatema de un derecho canónico que se codifica en 1140¹⁵⁹. Prefigurando aquello que más tarde se llamará fetichismo de la mercancía, el Código establece: “Quien prepara algo para que ello mismo entero y sin cambio (*res integram et inmutatam*) le proporcione lucro, he ahí al mercader expulsado por Dios del templo”¹⁶⁰. A eso añade que usura est amplius requiritur quam datur -un pedir superior al dar-, crimen supuestamente limitado en esos tiempos a “judíos, sirios y lombardos”. Lo canónico es “devolver aquello que se recibió, y nada más”. Como algunos empresarios se sentían tentados a combinar sus negocios con actividades financieras, volvía a advertírseles que el comercio es inadmisibile cuando especula con dinero¹⁶¹.

Por otra parte, una organización tan poderosa y vasta como la Iglesia había abandonado tiempo atrás la inactividad de sus recursos, y llevaba siglos ejerciendo como acreedor lucrativo. Fuera de ella el banquero más destacado del siglo XIII es la Orden de los Caballeros Templarios, que llega a tener más de 9.000 sucursales en el Continente¹⁶² y sufraga con sus propios recursos algunas Cruzadas. El alto clero y los templarios exigían al comerciante que prestase gratis et amore, so pena de incurrir en pecado y crimen de usura, por más que la Iglesia practicara el crédito en forma de prenda mobiliaria (*vif-gage*) y prenda hipotecaria (*mort-gage*), gravando hasta la demora en el pago del diezmo. El hecho de que esos contratos le reportasen dinero o nuevas prendas no suponía usura, pues lo productor de rentas era la cosa empeñada (casas, campos, siervos, etc.), no un dinero¹⁶³.

Instrumentos y reflejos

A este bizantinismo contable y verbal contestan las notarías con el contrato de cambio, donde el deudor declara haber recibido una suma no por préstamo (“mutuo”) sino in nomine cambio. Cierta dinero aquí y ahora puede generar -en otro aquí y ahora- tales o cuales bienes. La necesidad más apremiante es una remisión de fondos que obvie los inconvenientes de su traslado físico -el cambio llamado *trayecticio*-, y las notarías perfeccionan el mecanismo en cuya virtud “los banqueros reciben dinero contante, pero no entregan a cambio dinero contante, sino que prometen abonar el equivalente en otro lugar, donde ellos tienen una sucursal o persona relacionada con los negocios”¹⁶⁴. Los testimonios más antiguos de tal contrato son actas notariales genovesas, venecianas y marsellesas de la segunda mitad del XII.

La Iglesia no mantiene mucho tiempo este pulso bizantino, y el IV Concilio de Letrán (1215) define ya la usura como “intereses excesivos”. Hay, pues, un interés no excesivo o razonable. Lo asombroso es que haya tantas personas dispuestas a arriesgar ahorros, un fenómeno no sólo relacionado con la presencia de excedentes sino con inventos como la contabilidad científica o de partida doble, y una serie de contratos que desemboca en la fusión de sencillez y complejidad representada por la letra de cambio. Con ella aparece un tipo de pagaré negociable que convierte en ejecutivas obligaciones separadas por miles de kilómetros, sin necesidad de recurrir al documento notarial donde se plasmaron. El ritual probatorio del medievo, lento, arbitrario y pomposo, admite excepciones reguladas por una vía “ejecutiva”

que se liga al *ius mercatorum* aparecido con las ferias¹⁶⁵.

Paralelas a estos cambios son obras sin parangón. En 1150 comienzan en Flandes las operaciones de quitarle tierras al Atlántico Norte, y en 1179 buena parte de la Lombardía está irrigada, gracias a la cooperación de campesinos, ingenieros y agrónomos milaneses. En 1185 las calles de París dejan de ser lodazales tras empedrarse, y algo más tarde Lübeck inaugura una red de cañerías y fuentes públicas. Lagos y pantanos son desecados para roturar huertas; la minería, la metalurgia y el tratamiento del vidrio se transforman. Nuevos arneses y aperos agrícolas incrementan su propia eficacia. Se inventan grandes grúas portuarias, estufas de hierro forjado, molinos de agua y de viento, herraduras para los animales de tiro y razas mejoradas como el percherón, que ara a una profundidad antes impensable y puede romper costras heladas.

Incorporar fuentes mecánicas de energía, y descubrir otros medios para ahorrar esfuerzo, forma parte de un proceso que despierta recursos sumidos en sopor. Al mismo tiempo que aparecen las primeras escuelas de derecho y medicina -en Bolonia y Salerno- empieza a haber competencia, tanto en el sentido de rivalizar unos proveedores con otros como en un horizonte de maestría sepultado por el lastre servil añadido al trabajo. Cuando el estilo románico ceda su lugar al gótico, a mediados del siglo XIII, los burgos han transformado la limosna privada en beneficencia pública:

“El consejo municipal cuida de las finanzas, el comercio y la industria, decide y supervisa los trabajos públicos, organiza el aprovisionamiento de la ciudad, reglamenta el equipo y la buena organización del ejército comunal, funda escuelas para los niños y paga el sostenimiento de hospicios para pobres y viejos. [...] Al suprimir intermediarios entre comprador y vendedor garantiza a los burgueses el beneficio de una vida barata, persigue incansablemente el fraude, protege al trabajador contra la competencia y la explotación, reglamenta su trabajo y su salario, cuida de su higiene, se ocupa de su aprendizaje e impide el trabajo de mujeres y niños”¹⁶⁶.

La reorganización política

A esta descripción le sobra un toque idílico, que el paso de los años se ocupará de borrar. En cualquier caso la ciudad comercial es tan rentable que los propios señores feudales crean *novus burgus* en sus dominios, donde a cambio de tributos dinerarios renuncian a hospedaje, pernada, despojo y leva. Esto empieza llenando sus cofres, pero no cambia el factor desequilibrante de que los mercados urbanos despachen con presteza asuntos interminables para abadías y castillos. La eficiencia de los burgueses les postula como árbitros del futuro, aunque para el derecho heráldico sólo sean meros siervos fugados o hijos suyos.

La casta militar se reía de “pestilente paletos”, bélicamente nulos, hasta que comuneros lombardos desbaratén el ejército del gran Federico Barbarroja en Legnano (1176). Seis años después se vengará saqueando Milán, pero son victorias pírricas. Algo parejo sucede en Florencia, donde Maquiavelo comenta que la ciudadanía responde al acoso papal anteponiendo el fuero cívico a la salvación de su alma. Además de luchar como cualquiera, los burgueses son inmunes a la desertión siempre latente en ejércitos de mercenarios y siervos, así como técnicamente más expertos. Las curas definitivas de humildad llegan con Uri, Schwitz y Unterwald, cantones iniciales de la Confederación Helvética, que unen al hallazgo de la pica suiza su amor por la independencia y vapulean desde 1291 a 1315 a la caballería más flamante de Europa.

En Lucca -un burgo próspero gracias a sus sedas, terciopelos y brocados- el duque destierra en 1310 a novecientas familias de fabricantes, tan proclives al autogobierno como el resto de

los empresarios y obreros especializados. Pero es la excepción que confirma la regla, porque los negociadores han reaparecido en la lengua escrita y su oficio no está formalmente peor visto que otros. El padre de san Francisco es uno de ellos, y la dignidad de su empresa textil no se le discute ni cuando procesa al hijo por tirar lo gastado en darle una carrera respetable. Hasta el pobrismo más devoto se resigna a convivir con algo que antes excluía de la existencia.

Por otra parte, cuando el comercio no es acosado por catástrofes genera ciudadanías, y con ellas instancia crítica ante el poder de las castas feudales. Este proceso cobra lucidez cuando las dinastías reinantes –algunas singularmente debilitadas¹⁶⁷- se alían con las ciudades, ofreciéndoles una revolución-restauración que sella el paso del Estado feudal al nacional. El alto clero y la nobleza, que andan enzarzados en el Conflicto de las Investiduras, sólo pueden permitirse empresas conjuntas muy puntuales como las cruzadas, donde oponen a la incipiente lógica político-mercantil representaciones del más intenso patetismo.

Sin embargo, a medida que los burgos van haciéndose inexpugnables de puertas a fuera crece la posibilidad de tomarlos por dentro, sembrando discordia. Allí los riesgos de la libertad evocan cada día las seguridades de la servidumbre, y las asperezas de educarse cívicamente siembran todo el siglo XIV de rebeliones urbanas y campesinas. Aunque la mera existencia de cada ciudad libre pruebe la armonía de conveniencias particulares, lo sutil de su concordancia hace que resulte inaudible e invisible para poblaciones progresivamente escindidas en función de una salud simplista, que dependería sólo de poder excluir toda rivalidad. El paso de economías domésticas a economías políticas ha desatado un proceso esencialmente no lineal y por eso mismo dotado de vida propia; pero la inercia voluntarista debe descomponerlo en fragmentos abordables de modo lineal, que puedan domarse a golpe de reglamento.

Una desregulación de facto indujo fugas en la casta servil, de las cuales surgirían los aventureros iniciales. Pocas generaciones después, cuando la revolución comercial empieza a cambiarlo todo en Europa, es instructivo observar que regulación equivale a panacea y tres tipos de antiguos siervos –mercaderes, artesanos y tejedores- claman por ella. Han pasado del espíritu libertario al gremial, y aunque viven de ser competentes quieren evitar toda competencia. A su juicio, el principio de reciprocidad o librecambio equivale a suicidio.

La organización sin organizador

El caso más deslumbrante de ente complejo con aspiraciones simples –su opción es o monopolio o nada- lo aporta la Hansa, una criatura germánica que aprovecha la conversión del vikingo al civismo para fundar una liga de ciudades¹⁶⁸. Antes de terminar el siglo XII sus caravanas acorazadas y sus cargueros marítimos o fluviales abastecen a un territorio que llega por el oeste a Flandes e Inglaterra y por el este a Ucrania, multiplicando y refinando en esa vasta zona los bienes de consumo. Sin perjuicio de mover innumerables artículos, el núcleo de su negocio es intercambiar grano y tejidos por minerales del nordeste y salazones de pescado, tanto más imprescindibles cuanto que Europa ayuna todos los viernes y muchos días más al año. Ha nacido con vocación de respetabilidad, y sólo admite en sus despachos y factorías¹⁶⁹ a “comerciantes casados con buena fama”.

Esta vocación sorprende menos que el origen, pues resulta imposible trazar su historia enumerando una serie de individuos relevantes, como sucede con ducados, obispados y reinos. En la Liga Hanseática todo es espontáneo, impersonal y descentralizado, empezando por existir sin estatutos ni rectores, merced sólo a periódicas reuniones (“dietas”). Su estructura horizontal en vez de vertical permite irse adaptando sin pausa a cada medio, interrumpe el hieratismo jerárquico y hace de ella algo que no puede ser decapitado, porque es reticular y tiene un centro en cada nudo. De ahí que pueda permitirse ser una institución libre de todo placet señorial, fuente de ingresos directos e indirectos para millones de personas, mientras

concita las simpatías populares frenando el bandidaje y la piratería, levantando mapas y cartas marinas, construyendo faros y formando pilotos. Centrarse en el comercio manda no tener ejército ni marina, aunque en caso de agresión sabe reclutar ambas cosas y vencer a un reino de guerreros como Dinamarca (1370).

Nada remotamente parejo se había visto, y nada lo anunciaba en una Europa analfabeta y fanática, donde el tráfico de larga distancia se circunscribía a cautivos y espadas. Puede por eso considerarse causa y efecto de que el trabajo haya pasado a reconocerse, algo a su vez imposible sin una merma en la proporción de siervos. Pero la Hansa lucha por una soberanía del intermediario, y a medida que el consumo y la producción crecen su esquema va haciéndose más transitorio y precario. Irrita a empresarios no hanseáticos, por ejemplo, hasta producir un serio revés a manos de hombres de negocios y marinos holandeses, aliados con sus equivalentes de Polonia y Rusia. Más fundamentalmente aún tropieza su proteccionismo con la conveniencia del comercio local, hanseático o no, por no decir que con el comercio mismo.

Tras su hazaña, la decadencia de la Liga –desde finales del siglo XIV hasta su última Dieta (1669)- indica que ha muerto de éxito. En 1556, cuando es ya un adorno, condesciende con las instituciones tradicionales y decide nombrarse un presidente o Síndico. Sus actos decisivos fueron adoptados por consejos de delegados anónimos, y aceptar la prosopeya del mando jerárquico anuncia que lo decisivo ya no está en sus manos. Entre tanto ha puesto de relieve la diferencia entre órdenes endógenos y exógenos, autoproducidos y fundados por terceros, así como una alternativa radical al modo de ver y obrar de los cruzados.

NOTAS

129 Huizinga 1962, p. 21.

130 De Francia central (Cluny) y Lorena (Brogne y Gorz).

131 Troeltsch *ibíd.*, p. 224.

132 “Un Ángel dominó al dragón Satán [...] y le lanzó al abismo hasta el cumplimiento de los mil años” (Apocalipsis 20:1-3).

133 Landulfo de San Paolo, en su *Historia de Milán*, cap. 6 (MGH *Escritores*, vol. 20, 17-49). El texto colgado en la red es cortesía de la Universidad de Stanford, con traducción inglesa de Ph. Buc.

134 *Ibíd.*, 8.

135 Cf. Eliade 1983, vol. III/1, p. 191-194. Los bogomiles son paulicianos armenios deportados en masa a los Balcanes por emperadores bizantinos a mediados del siglo IX. Entre otras doctrinas, la secta pauliciana sostenía que el único verdadero sacramento es “escuchar la palabra de Jesús”. Feroces persecuciones de Bizancio, que empiezan lapidando a su portavoz en 690, acabaron llevándola a preferir gobernantes islámicos. En 1837 un obispo de la Iglesia ortodoxa define a los grupos supervivientes en Armenia como “pre-protestantes”; cf. *Catholic Encyclopaedia*, voz. “paulicians”. Sigue habiendo paulicianos allí, y unos diez mil bogomiles declarados en la actual Serbia.

136 El mal es un ángel traidor a Dios, no un igual a Dios. Tampoco falta una subsecta –los

dragovitsianos- que siguiendo derroteros gnósticos identifica al Príncipe de las Tinieblas con YHWH, “el dios malvado del Antiguo Testamento”.

137 Eliade 1983, vol. II, p. 195.

138 Goslar, Lieja, Gante y Colonia fundamentalmente.

139 Landulfo de Saint Paul, sobrino de Litprando, cuenta que Gregorio VII le recibió diciendo: “Tu forma visible avergüenza más, pero la imagen de Dios es la de la justicia, y eres más hermoso” (Hist. M., 9). Litprando “portaba una gran cruz, no para calmar la belicosidad, sino para llamar a la guerra” (Ibíd, 3).

140 “Juró públicamente sobre los santos Evangelios que desde el día que salió del vientre materno no había cometido polución ni envilecido su carne con nadie” (Landulfo ibíd., 12).

141 Del griego catharoi, como “catarsis”

142 Cf. Catholic Encyclopaedia, voz “Saint Dominic”.

143 Cf. Bécarud, y Lapouge 1972.

144 Gui, en Robinson 1903, p. 381.

145 Fundamentalmente Pedro el Venerable, abad de Cluny, en su *Adversus petrobrusianus* (c. 1130).

146 Lo dice un discípulo como el obispo Otto de Freising, introductor de Aristóteles en Alemania, en su *Gesta Friderici I imperatoris* (1156).

147 Cf. Catholic Encyclopaedia, voz “Arnold of Brescia”.

148 De este pontífice –el menos belicoso del periodo- dijo que “le ocupa más llenarse el cuerpo y el bolsillo que imitar el celo de los apóstoles, y no vacila en defenderlo con homicidios”.

149 El cadáver es incinerado a continuación, esparciéndose las cenizas por el Tíber para evitar santuarios dedicados a sus restos. Que se le ahorrara morir abrasado, y que no fuera reo de herejía sino de rebelión, indica hasta qué punto evocó algo parecido a temor reverencial en su propio estamento y admiración entre los laicos.

150 Troeltsch vol. I, p. 358.

151 Devuelven a los fieles la ingesta de vino en la misa, tienen sus propios ministros, no bautizan antes de la mayoría de edad, tampoco confiesan con clérigos oficiales...

152 Reinarius Saccho, *Sobre las sectas de los herejes modernos* (1254).

153 Cf. Fetscher 1977, p. 26.

154 De día y de noche le ceñía un grueso cilicio, y ni siquiera agonizante aceptó la comodidad de una cama, prefiriendo tumbarse en el suelo sobre unas arpilleras. La Catholic Encyclopaedia le llama “atleta de Cristo” y enumera algunos de los muchos milagros que justificaron su rápida canonización. El primero es que un escrito suyo a los cátaros no ardió,

aunque el pergamino fuese arrojado por dos veces al fuego.

155 Mateo, 10:9.

156 Cf. Mises 1968, p. 417.

157 Las Decretales Ad conditorem canonum (1322) y Cum inter nonnullos (1323).

158 Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 44-57.

159 También llamado Decreto de Graciano, por el monje agustino que compiló el texto.

160 Canon II, dist. 88.

161 Cediendo a la tentación de lo discontinuo, la excelente investigación de Aguilera-Barchet presenta el Código como un paso decidido tras “tibios rechazos de la Patrística y algunas moderadas condenas conciliares” (ibíd, p. 46). El ebionismo se consolidaría en 1140, en vez de estar activo desde el 140 a.C. con la migración rural esenia. Pero la Patrística no rechazó tímidamente el interés del dinero, sino que tanto ella como el Nuevo Testamento se oponen ya a su antecedente, que es el negocio jurídico.

162 Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 196-197.

163 Ibid, p. 189.

164 MGarrigues 1976, vol. I, p. 765.

165 Los Usatges (1064) de Barcelona, que por entonces es ya uno de los cinco puertos europeos más importantes, mencionan un “derecho expeditivo” aplicable a extranjeros (sin duda comerciantes); cf. Pirenne 2005, p.167, y Aguilera-Barchet 1989, p. 57.

166 Pirenne 2005, p.138-139.

167 El rey francés, uno de los casos extremos, es un minifundista comparado con el duque de Borgoña.

168 Llegaron a ser más de 60, presididas por una Lübeck que es el primer burgo libre en sentido estricto, también llamado “imperial” por ignorar la jurisdicción de todo magistrado intermedio entre ella y el Emperador. Su senado hanseático seguía gobernándola en 1933, y prohibió a Hitler que celebrase mítines electorales en el distrito.

169 Los kontors hanseáticos estaban en Londres, Brujas, Colonia, Bergen, Visby y Novgorod.